

Lobsang Rampa

El médico de Tibet

Troquel

EL MÉDICO DE TIBET

por

Lobsang Rampa

Este es un libro del que cada lector se formará un juicio personal.

Cuando publicamos *El tercer ojo*, de Lobsang Rampa, se produjo un conflicto de opiniones que apasionó tanto a los expertos como al público en general. A muchos les pareció evidentemente absurda la afirmación del autor: dijo que si bien era de origen inglés, su cuerpo había sido poseído en tal forma por el espíritu de un Lama tibetano que ahora es, en realidad, el Lama mismo, "uno de los pocos que han llegado a este extraño mundo occidental". Sin embargo, muy pocos leyeron el libro sin llegar a sentir un respeto muy verdadero por la innegable sinceridad del autor, por su íntimo conocimiento de la vida tibeteana —que los expertos han sido incapaces de desaprobar— y, sobre todo, por el extraño timbre de verdad de la historia.

En *El médico de Tibet*, se continúa esa historia. Comienza cuando Lobsang parte del lamasterio de Lhasa e inicia su gran viaje para estudiar medicina en Chungking. Lo que le ocurre allí —que llega hasta lo que deben ser las atrocidades más terribles cometidas por los japoneses en la segunda guerra mundial— hace que la lectura resulte emocionante e instructiva. Pinta una vida completamente distinta de todo lo que conocemos en el mundo occidental, una vida en la cual los poderes ocultos y los acontecimientos sobrenaturales desempeñan un papel importante y aceptado.

El *Suplemento Literario de Times* afirmó que *El tercer ojo* estaba "cerca de ser una obra de arte". *El médico de Tibet* que contenía este extraordinario y emocionante relato, confirmará sin duda ese veredicto.

Lobsang Rampa

EL MÉDICO DE TIBET

Lobsang Rampa

EL MÉDICO DE TIBET

Segunda parte de
EL TERCER OJO



EDICIONES TROQUEL / BUENOS AIRES

Título del original en inglés:
DOCTOR FROM LHASA

Traducción de
ADA EMMA FRANCO

Ilustró la tapa
SILVIO BALDESSARI

PRIMERA EDICIÓN
Octubre de 1959

SEGUNDA EDICIÓN
Mayo de 1960

TERCERA EDICIÓN
Junio de 1960

CUARTA EDICIÓN
Octubre de 1960

QUINTA EDICIÓN
Noviembre de 1960

SEXTA EDICIÓN
Junio de 1961

SÉPTIMA EDICIÓN
Julio de 1961

OCTAVA EDICIÓN
Enero de 1962

NOVENA EDICIÓN
Julio de 1962

DÉCIMA EDICIÓN
Noviembre de 1962

UNDÉCIMA EDICIÓN
Mayo de 1963

DUODÉCIMA EDICIÓN
Setiembre de 1963

Impreso en la Argentina
Printed in Argentina

Queda hecho el depósito que previene la ley 11.723
© by EDITORIAL TROQUEL S. A., Buenos Aires, 1960.

ÍNDICE

NOTA DE LOS EDITORES

Cuando se publicó el primer libro de Lobsang Rampa, El tercer ojo *se produjo una acalorada controversia que todavía continúa. Muy pocos lectores de Occidente se mostraron dispuestos a creer la afirmación del autor, que sostenía que un lama escribía su vida "a través" de él y que en realidad había ocupado su cuerpo después de un accidente. Algunos, recordando casos similares del pasado, aunque no de Tibet, prefirieron mantener un criterio amplio. Otros, que posiblemente formaban la mayoría, se mostraron escépticos. Muchos de ellos, sin embargo, fueran especialistas en el Lejano Oriente o lectores comunes que disfrutan con un libro extraño, se sintieron confundidos por el evidente dominio del tema que tiene el autor —con el que abría una amplia puerta a una parte del mundo fascinante y poco conocida—, y por la ausencia de antecedentes de pericia literaria.*

Los editores creen que, sea cual fuere la verdad (si es que se llega a conocer alguna vez), conviene que El tercer ojo *y* El médico del Tibet *se pongan al alcance del público, aunque sea sólo porque son libros sumamente entretenidos por mérito propio. Cada lector debe llegar a una decisión personal respecto de los problemas fundamentales que presentan. El* médico de Tibet *aparece tal como el autor lo escribió. Debe hablar por sí mismo.*

PRÓLOGO DEL AUTOR

Cuando estuve en Inglaterra, escribí El tercer ojo, *un libro que dice la verdad, si bien provocó muchos comentarios. Me llegaron cartas de todas partes del mundo, y en respuesta a muchos pedidos escribí este libro,* El médico de Tibet.

Mis experiencias, como las relataré en un tercer libro, han ido mucho más allá de lo que la mayoría de las personas tienen que soportar; son experiencias que tienen muy pocos paralelos en la historia. Sin embargo, ése no es el tema de este libro, que es continuación de mi autobiografía.

Soy un lama tibetano y llegué al mundo occidental en cumplimiento de mi destino; llegué como había sido predicho y soporté todas las penalidades vaticinadas. Desgraciadamente, los occidentales, me consideraron una curiosidad, un espécimen que había que poner en una jaula y exhibir como un animal anormal llegado de lo desconocido. Eso hizo que me preguntara qué les ocurriría a mis viejos amigos, los yetis, si los occidentales lograran capturarlos... como tratan de hacer.

Sin duda matarían al yeti de un tiro, para embalsamarlo después y ponerlo en algún museo. ¡Aun así, la gente discutiría y diría que los yetis no existen! Me resulta extraño, sumamente extraño, que los occidentales , capaces de creer en la televisión y en los cohetes que surcan el espacio y pueden dar la vuelta a la luna y regresar, no crean en los yetis, en "objetos voladores desconocidos" o en cualquier cosa que no pueden tener en la mano y hacer pedazos para ver qué la hace funcionar.

Pero ahora tengo la formidable tarea de reducir a unas pocas páginas lo que antes me llevó un libro en-

tero: los detalles de mi niñez. Pertenezco a una familia de alto rango, una de las familias dirigentes de Lhasa, la capital de Tibet. Mis padres tenían gran influencia en el control del país. Como era de alto rango, me educaron con gran severidad para que pudiera así desempeñar adecuadamente mi papel. Antes de cumplir los siete años, según la costumbre establecida, consultaron a los Sacerdotes Astrólogos de Tibet para averiguar qué carrera estaba abierta para mí. Muchos días antes de este acontecimiento, se hicieron grandes preparativos para celebrar una fiesta inmensa a la cual concurrieron todos los ciudadanos que gobernaban el país, todos los notables de Lhasa, para oir mi destino. Finalmente llegó el Día de la Profecía. Nuestra casa estaba llena de gente. Llegaron los Astrólogos armados de sus hojas de papel, sus mapas y todo lo necesario para su profesión. Más tarde, en el momento apropiado, cuando todos habían llegado a un alto grado de emoción, el Astrólogo Jefe pronunció su profecía. Se proclamó solemnemente que a los siete años tendría que entrar en un lamasterio, donde estudiaría para ser sacerdote y sacerdote cirujano. Se hicieron muchas predicciones sobre mi vida; en realidad se señaló todo el curso de ella. Desgraciadamente, todo lo que dijeron se hizo cierto. Digo "desgraciadamente" porque la mayoría han sido calamidades, penurias y sufrimientos; y no facilita nada las cosas saber todo lo que habremos de sufrir.

A los siete años ingresé en el lamasterio de Chakpori. Recorrí solo el largo camino hasta allí. Me detuvieron a la entrada y tuve que pasar una prueba severísima; querían saber si era lo bastante fuerte y resistente para soportar el adiestramiento. Tuve éxito en ella y me permitieron entrar. Pasé por todas las etapas, desde el noviciado más inferior, y finalmente llegué a ser lama y abad. La medicina y la cirugía eran mis puntos fuertes. Las estudié con avidez y me dieron todas las facilidades para estudiar sobre cadáveres. En Occidente se cree que los lamas de Tibet jamás abren un cuerpo. Al parecer se cree que la ciencia médica tibetana es rudimentaria,

porque los médicos lamas tratan sólo la parte exterior y no la interior del cuerpo. Es un error. Estoy de acuerdo en que el lama común jamás abre un cuerpo, está contra sus creencias. Pero había un núcleo especial de lamas, del que yo formaba parte, que recibían instrucción para operar y para realizar operaciones que posiblemente estaban más allá del alcance de la ciencia occidental.

De paso diré que en Occidente se cree que la medicina tibetana enseña que el hombre tiene el corazón de un lado y la mujer de otro. Nada podía ser más ridículo. Esa clase de informaciones han llegado al mundo occidental a través de personas que no saben de qué escriben. Todo se debe a que algunos de los mapas a que hacen referencia tratan de los cuerpos astrales, algo muy distinto. Sin embargo, eso no tiene nada que ver con este libro.

Mi instrucción fue muy intensa porque tenía que conocer no sólo las materias especializadas de medicina y cirugía, sino también todas las Escrituras. Puesto que además de ser lama médico, también tenía que serlo religioso, debí pasar mis exámenes de sacerdote. De modo que fue necesario estudiar las dos ramas al mismo tiempo y eso significaba estudiar el doble que los demás. ¡El honor no me hizo mucha gracia!

Naturalmente, no todo fueron penurias. Realicé muchas excursiones a las partes más altas de Tibet —Lhasa está a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. Allí recogimos hierbas, pues basábamos nuestra instrucción médica en el tratamiento con hierbas, y en Chakpori siempre teníamos por lo menos seis mil tipos distintos en reserva. Los tibetanos creemos saber más que cualquier pueblo de cualquier parte del mundo en lo que respecta a esta clase de tratamiento. Ahora que recorrí el mundo varias veces esa creencia es aun más fuerte.

En varias de mis excursiones a las partes más altas de Tibet, volé en cometas capaces de sostener un hombre. Me elevé sobre los picos de las grandes cadenas de montañas y contemplé el paisaje en millas a la redonda.

También participé de una memorable expedición a una parte casi inaccesible de Tibet, la parte más alta de Chang Tang. Allí encontramos un valle profundamente apartado, escondido entre fisuras de las rocas, entibiado por los fuegos eternos de la tierra que hacían borbotear el agua del río. También encontramos una poderosa ciudad, expuesta a medias al aire caliente del valle escondido y la otra mitad enterrada en el hielo transparente del glacial. Hielo tan claro que la otra parte de la ciudad se veía como a través del agua más clara. La parte que no estaba cubierta por el hielo se encontraba casi intacta. Los años habían sido muy gentiles con los edificios. El aire quieto y la ausencia de viento habían salvado a los edificios de todo daño por erosión. Recorrimos las calles, los primeros hombres que caminaban por ellas después de miles y miles de años. Vagamos a voluntad entre las casas que parecían aguardar a sus dueños. Cuando miramos con más atención, vimos extraños esqueletos petrificados y comprendimos que nos hallábamos en una ciudad muerta. Había muchos mecanismos fantásticos que indicaban que aquel valle escondido había albergado una civilización muy superior a las que ahora existen en la tierra. Nos probó de manera concluyente que ahora somos salvajes comparados con la gente de aquella edad. Pero en este libro digo algo más de aquella ciudad.

Cuando era muy joven me hicieron una operación especial que se llama la apertura del tercer ojo. En mitad de la frente me insertaron una astilla de madera dura previamente empapada en una solución especial de hierbas. De ese modo se estimula una glándula que aumentó mis poderes de clarividencia. Era clarividente desde mi nacimiento, pero después de la operación lo fui de una manera realmente anormal y pude ver a la gente envuelta en su aura como si fueran llamas de colores fluctuantes. Por medio de las auras podía adivinar sus pensamientos; qué los inquietaba, cuáles eran sus temores y sus esperanzas. Ahora que abandoné a Tibet, trato de interesar a los hombres de ciencia occi-

dentales en un recurso que permita a cualquier médico o cirujano ver el aura humana tal cual es, en colores. Sé que si los médicos llegan a ver el aura, podrían establecer qué es lo que afecta en realidad a una persona. Observando los colores y la forma de las bandas en movimiento, el especialista puede diagnosticar la enfermedad. Además, el diagnóstico puede hacerse antes de que aparezcan señales en el cuerpo físico, pues el aura muestra síntomas de cáncer, tuberculosis y otras enfermedades muchos meses antes de que ataquen al cuerpo físico. De esa manera, con un aviso tan temprano del ataque de la enfermedad, el médico puede tratarla y curarla infaliblemente. Para mi horror y desdicha, los médicos occidentales no están interesados. Creen que tiene algo que ver con la magia, en vez de ser simplemente sentido común. Cualquier ingeniero sabe que los neumáticos, a gran presión, tienen una corona a su alrededor. También la tiene el cuerpo humano. Lo que quiero enseñar a los especialistas es algo común y corriente, y lo rechazan. Es una tragedia. Pero llegará a su tiempo. Lo trágico está en que mucha gente deba sufrir y morir sin necesidad, hasta que llegue.

El Dalai Lama, el decimotercer Dalai Lama, fue mi protector. Dio órdenes para que en el lamasterio me brindaran toda la asistencia posible con su instrucción y experiencia. Ordenó que me enseñaran todo lo que fuera capaz de aprender, y además de hacerlo por el sistema oral común, también me educaron por medio de la hipnosis y de otras formas que no es necesario mencionar aquí. En este libro y en El tercer ojo *relato algunas de ellas. Las demás son tan extraordinarias e increíbles que todavía no ha llegado el momento de discutirlas.*

Con mis poderes de clarividencia, en varias oportunidades pude ser de mucha utilidad al Más Recóndito. Escondido en la gran sala de audiencias interpreté, por medio del aura, los verdaderos pensamientos e intenciones de sus visitantes. Lo hacíamos para comprobar si concordaban las palabras y los pensamientos de los

hombres de estado extranjeros que visitaban al Dalai Lama. Fui un observador oculto cuando el Dalai Lama recibió a una delegación china. También fui observador oculto cuando un inglés fue a verlo, pero en aquella ocasión estuve a punto de no cumplir con mi deber, tal fue mi asombro ante el traje extraordinario que llevaba el hombre. ¡Era el primer traje europeo que veía!

El período de instrucción fue largo y arduo. Había que asisitir a servicios religiosos en el templo, durante la noche y durante el día. No era para nosotros la suavidad del lecho. Nos abrigábamos con nuestra manta soliteria y nos acostábamos en el suelo. Los maestros eran muy severos. Teníamos que estudiar, aprender y confiar todo a la memoria. También aprendí metafísica, clarividencia, viajes australes, telepatía; todo lo estudié. En una de las etapas de iniciación, visité las cuevas y túneles secretos que están debajo del Potala, cuevas y túneles absolutamente desconocidos por el hombre común. Son las reliquias de una civilización antiquísima de la cual no queda memoria, y en las paredes había inscripciones pictóricas de objetos que vuelan en el aire y de otros que yacen bajo tierra. En otra etapa de la iniciación vi los cuerpos cuidadosamente preservados de gigantes que medían tres y cuatro metros de alto. También me enviaron al otro lado de la muerte, para aprender que la muerte no existe. Cuando regresé, era una Encarnación Reconocida, con el rango de abad. Pero no quería ser abad, atado a un lamasterio. Quería ser lama, con libertad para ir de aquí hacia allá y ayudar a los demás como lo había dicho la predicción. El mismo Dalai Lama me confirmó en el rango de lama y me designó en un cargo en el Potala. Aún entonces continuó mi instrucción. Me enseñaron varias formas de ciencia occidental, óptica y otros temas. Pero por fin llegó el día en que el Dalai Lama me llamó una vez más y me dio instrucciones.

Me dijo que ya había aprendido todo lo que podía aprender en Tibet, que había llegado el momento de irme, de abandonar todo lo que amaba, todo lo que que-

ría. Me dijo que habían enviado mensajeros especiales a Chungking para inscribirme como estudiante de medicina en esa ciudad china.

Me pesaba el corazón cuando abandoné la presencia del Más Recóndito y me dirigí hacia mi Guía, el lama Mingyar Dondup, para decirle lo que habían decidido. Después fui a la casa de mis padres para comunicar a ellos también lo que había ocurrido, que debía abandonar a Lhasa. Los días pasaron rápidamente y llegó el último, cuando salí de Chakpori, cuando vi por última vez la presencia física de Mingyar Dondup y abandoné la ciudad de Lhasa, la Ciudad Sagrada de los altos pasos de la montaña. Y al mirar hacia atrás, lo último que vi fue un símbolo: sobre los techos dorados del Potala volaba una cometa solitaria.

CAPITULO I

EN LO DESCONOCIDO

Nunca había sentido antes tanto frío, tanta desesperación y tanta tristeza. Aun en los desiertos desolados de las tierras altas de Chang Tang, a más de seis mil metros sobre el nivel del mar, donde los vientos helados y cargados de arenisca azotaban y reducían a trizas sangrantes el menor trozo de piel descubierta, me había sentido más confortado que en ese momento; allá el frío no era tan intenso como el estremecimiento pavoroso que me encogía el corazón. Abandonaba a mi amada Lhasa. Al volverme, vi detrás de mí diminutas figuras en los techos dorados del Potala; encima de ellas una cometa solitaria danzaba en la brisa, danzaba como diciéndome: "Adiós, ya pasaron los días en que volabas en cometa y han llegado otras cosas más importantes". Para mí esa cometa era un símbolo, una cometa en aquella inmensidad azul sujeta al hogar por una fina cuerda. Yo iba a la inmensidad del mundo más allá del Tibet, sujeto por la fina cuerda de mi amor por Lhasa. Iba al mundo extraño y terrible más allá de mi patria pacífica. Sentí el corazón destrozado cuando me volví a mirar mi hogar, mientras cabalgaba hacia lo desconocido con mis compañeros. Ellos tampoco se sentían felices, pero tenían un consuelo: después de dejarme en Chungking, a mil seiscientos kilómetros de distancia, podían regresar a la patria. Regresarían, y en el viaje de vuelta tendrían el gran consuelo de saber que cada paso los acercaba más al hogar. Yo tenía que seguir siempre adelante, hacia tierras extrañas, hacia gentes extrañas, hacia experiencias cada vez más extrañas.

La Profecía hecha sobre mi futuro cuando tenía siete años había dicho que ingresaría en un lamasterio para ser adiestrado primero como chela, después como trappa y así sucesivamente hasta que, con el tiempo, pasara los exámenes de lama. En ese momento, según dijeron los astrólogos, abandonaría a Tibet, abandonaría mi hogar, abandonaría todo lo que amaba para ir a lo que llamábamos la China bárbara. Viajaría a Chungking para estudiar y recibirme de médico cirujano. Según los Sacerdotes Astrólogos me vería envuelto en guerras, sería prisionero de gentes extrañas y tendría que elevarme por encima de toda tentación y de todo sufrimiento para ayudar a los necesitados. Me dijeron que mi vida sería dura, que la ingratitud, el sufrimiento y el dolor serían mis compañeros constantes. ¡Cuánta razón tuvieron!

Con estos pensamientos —que de ningún modo eran alegres— di la orden de iniciar el viaje. Cuando perdimos de vista la ciudad de Lhasa, tuvimos la precaución de desmontar para asegurarnos de que nuestros caballos estaban cómodos, de que las monturas no estaban demasiado apretadas ni demasiado flojas. Ellos iban a ser nuestros constantes amigos durante el viaje, y teníamos que cuidarlos por lo menos tanto como a nosotros mismos. Arreglado eso y con el consuelo de saber que nuestros caballos estaban cómodos, volvimos a montar, miramos resueltamente hacia adelante y partimos.

A comienzos de 1927 salimos de Lhasa y comenzamos nuestro lento, lentísimo viaje hasta Chotang sobre el río Brahmaputra. Habíamos discutido mucho cuál era la ruta más conveniente y nos fue recomendada ésta, por la vía del río y de Kanting. El Brahmaputra es un río que conozco muy bien, pues en una cometa sobrevolé una de sus fuentes, en una cadena del Himalaya. En Tibet considerábamos al río con gran reverencia, pero no comparable a la que sienten en otras partes. Cientos de kilómetros más allá, donde arroja sus aguas en el Golfo de Bengala, se lo consideraba sagrado, casi tanto como a Benares. Nos habían dicho que el Brah

maputra formó el Golfo de Bengala. En los primeros días de la historia, el río tenía un curso rápido y profundo y al precipitarse casi en línea recta desde las montañas fue desgastando la tierra blanda y formó el magnífico golfo. Seguimos su curso por los pasos de las montañas hasta Sikang. En el pasado, en los días felices del pasado, cuando yo era muy joven, Sikang formaba parte del Tibet, era una de sus provincias. En esa época los británicos llegaron a Lhasa con fuerzas militares. Después de eso, los chinos se animaron a invadir el país y capturaron a Sikang. Llegaron a esa parte de Tibet con intenciones asesinas. Mataron, violaron y saquearon hasta que finalmente se apoderaron de Sikang. Nombraron funcionarios chinos; aquellos que habían perdido favor en todas partes fueron enviados a Sikang como castigo. Desgraciadamente para ellos, el gobierno chino no les prestó apoyo. Tuvieron que arreglarse como mejor pudieron. Pronto descubrimos que esos funcionarios chinos no eran más que títeres, hombres impotentes, sin eficacia alguna, hombres que provocaban la risa de los tibetanos. Naturalmente, a veces fingíamos obedecerlos, pero sólo por cortesía. Cuando volvían la espalda hacíamos lo que queríamos.

Nuestro viaje continuó, día tras día. Hacíamos alto cerca de los lamasterios, para pasar allí la noche. Como yo era lama, abad en realidad, una Encarnación Reconocida, nos daban la mejor bienvenida posible. Más aun, viajaba bajo la protección personal del Dalai Lama y eso tenía enorme importancia.

Seguimos viaje hasta Kanting. Esta ciudad es famosa por su mercado y por la venta de yacs, pero es famosa en particular por ser centro de exportación del té que nos parece tan sabroso en Tibet. Éste llegaba de China y no se trataba de las hojas comunes, sino de una mezcla más o menos química. Tenía té, ramitas, soda, salitre y algunas otras cosas, porque en Tibet la comida no es tan abundante como en otras partes del mundo y nuestro té tenía que servir como sopa tanto como de bebida. En Kanting se mezclaba el té y se le daba forma

de bloques o ladrillos, como se los llama más comúnmente. Esos ladrillos tenían el tamaño y el peso adecuados para cargarlos en caballos y después en yacs que los llevarían por las altas montañas hasta Lhasa, donde se los vendía en el mercado y se los transportaba a todo el país.

De ese modo, los ladrillos tenían que ser de tamaño y forma determinada, pero también tenían que estar empaquetados de una manera especial. Así, si un caballo tropezaba en un vado de la montaña y el té caía al río, nada se perdía. Se acomodaban los ladrillos en un cuero sin curtir que se hundía brevemente en el agua. Después se ponía a secar al sol, sobre las piedras. Al secarse, se encogía de una manera asombrosa y comprimía totalmente el contenido. Los cueros así tratados adquirían un tono castaño oscuro y la dureza de la bakelita, aunque resultaban mucho más resistentes. Si cualquiera de estos cueros secos rodaba montaña abajo, llegaba al pie sin sufrir el menor daño. También podía caer en un río y permanecer en el agua un par de días. Al sacarlo del agua y dejarlo secar, nada se perdía porque no entraba una sola gota de agua. Nuestros ladrillos de té, en sus cajas de cuero seco, se contaban entre los fardos más higiénicos del mundo. De paso, conviene decir que el té se usaba a menudo como moneda. Un mercader que no llevara dinero consigo, podía romper un paquete de té y traficar con él. No había la menor necesidad de preocuparse mientras se tuviera a mano ladrillos de té.

Kanting nos impresionó por su actividad comercial. En Lhasa, estábamos acostumbrados a nuestra gente, pero en Kanting había gentes de muchos países, algunos tan lejanos como Japón, India, Burma, además de los nómades que vivían más allá de las montañas Takla. Recorrimos el mercado, nos confundimos con los comerciantes y escuchamos las voces extrañas y los distintos idiomas. Estuvimos hombro a hombro con monjes de distintas religiones, de la secta Zen y otros. Y al cabo, maravillados por la novedad de todo aquello, nos dirigi-

mos a un pequeño lamasterio que estaba a poco trecho de Kanting, sobre el camino. Nos aguadabran. En realidad, estaban algo preocupados por nuestra tardanza. Pronto les dijimos que habíamos estado en el mercado, escuchando la charla y los chismes del lugar. El abad nos dio la bienvenida y escuchó con avidez las noticias que traíamos de Tibet, pues veníamos del asiento de la sabiduría, el Potala, y éramos los hombres que habían estado en tierras altas de Chang Tang y visto grandes maravillas. Era muy cierto que nuestra fama nos había precedido.

A la mañana siguiente, muy temprano, después de haber asistido al servicio religioso en el templo, volvimos a montar para seguir camino. Llevábamos una pequeña cantidad de comida, *tsampa*. El camino no era más que un sendero de tierra en un desfiladero. Abajo, muy abajo había una enorme cantidad de árboles, tantos como jamás habíamos visto. Algunos estaban ocultos en parte por la niebla que provocaba una cascada. Rododendros gigantescos cubrían el desfiladero, y el suelo tenía una alfombra de flores de distintos colores, pequeñas flores de montaña que perfumaban el aire y añadían color a la escena. Sin embargo, nosotros nos sentíamos sofocados e infelices; infelices al pensar que nos alejábamos de la patria, sofocados por la densidad del aire. A medida que descendíamos nos resultaba más difícil respirar. También nos afligía otra dificultad: en Tibet, donde el aire es muy leve, el agua hierve a menor temperatura, y en las regiones más altas podíamos beber el té que en realidad hervía. Manteníamos el té y el agua sobre el fuego hasta que las burbujas indicaban que estaba listo para beber. En esta tierra baja, al principio sufrimos muchas quemaduras en los labios al tratar de apreciar la temperatura del agua. Estábamos acostumbrados a beber el té en cuanto lo retirábamos del fuego. En Tibet teníamos que hacerlo así, pues de lo contrario el frío intenso le robaba el calor. En aquel momento no sabíamos que la mayor densidad del aire afectaba el punto de ebullición, ni se nos ocurrió que

podíamos aguardar a que el agua hiviendo se enfriara, sin temor de que se congelara.

Nos turbó seriamente la dificultad para respirar, pues el aire nos pesaba en el pecho y en los pulmones. Al principio creíamos que era provocado por la emoción de abandonar nuestro amado Tibet, pero más tarde advertimos que estábamos sofocados, ahogados por el aire. Ninguno de nosotros había estado a menos de trescientos metros de altura. Lhasa está a tres mil seiscientos metros sobre el nivel del mar. A menudo vivíamos en alturas superiores, por ejemplo, cuando estuve en las tierras altas de Chang Tang, a más de seis mil metros. En el pasado, escuchamos muchos relatos de tibetanos que abandonaban a Lhasa para ir a buscar fortuna en las tierras bajas. Se rumoreaba que habían muerto al cabo de varios meses de sufrimiento, con los pulmones destrozados. Yo sabía que eso no era cierto, pues mis padres habían ido a Shanghai, donde tenían muchas propiedades, y regresaron sin inconvenientes. Yo tuve muy poco contacto con mis padres, pues eran personas tan ocupadas y de una posición tan destacada, que no pudieron dedicarse a nosotros, los hijos. Todos mis conocimientos los adquirí de los sirvientes. Pero en aquel momento me sentí seriamente perturbado por las sensaciones que experimentábamos; sentíamos los pulmones abrasados; en el pecho, creíamos tener bandas de hierro que nos impedían respirar. Cada inhalación nos costaba un esfuerzo penoso, y si nos movíamos con demasiada rapidez, nos atravesaban punzadas que parecían de fuego. A medida que continuamos el viaje, el aire se fue haciendo más espeso y la temperatura más alta. En Lhasa, en Tibet, el clima había sido muy frío, sin duda, pero era un frío seco, un frío saludable, y en aquellas condiciones la temperatura tenía muy poca importancia; pero ahora, con el aire tan denso lleno de humedad, no sabíamos qué hacer para seguir adelante. En una ocasión mis compañeros trataron de persuadirme para que diera orden de volvernos, de regresar a Lhasa, diciendo que todos pereceríamos si insistíamos

en esa aventura temeraria. Pero yo, que siempre tenía presente la profecía, me negué a escucharlos. Y así seguimos viaje. A medida que fue aumentando el calor, nos sentimos mareados, intoxicados, y creíamos tener inconvenientes visuales. No lográbamos ver a la misma distancia que antes, ni con la misma claridad, y juzgábamos mal las distancias. Mucho después encontré la explicación. El aire de Tibet es el más puro y limpio del mundo, donde es posible ver a una distancia de más de ochenta kilómetros con la misma claridad que si fueran quince. En el aire denso de las tierras bajas, esto era imposible, y lo que lográbamos ver estaba deformado por la misma densidad del aire y sus impurezas.

Viajamos durante muchos días, bajando cada vez más; recorrimos bosques que contenían tantos árboles como jamás habíamos soñado. En Tibet no hay mucha madera, ni tantos árboles, y más de una vez no pudimos resistir a la tentación de desmontar de nuestros caballos para correr hasta los distintos árboles, tocarlos y olerlos. ¡Nos resultaban tan extraños, y había tantos! Por supuesto, conocíamos los rododendros porque hay muchos en Tibet. En realidad, las flores de rododendro son un artículo de lujo y una comida exquisita cuando están bien preparadas, Seguimos cabalgando, maravillándonos de lo que veíamos, asombrados por la diferencia entre aquella tierra y la nuestra. No podría decir cuánto tiempo viajamos, cuántos días o cuántas horas, porque eso no nos interesaba en lo más mínimo. Teníamos mucho tiempo, desconocíamos por completo el tráfago y la prisa de la civilización; aunque las hubiéramos conocido, no nos habría importado.

Cabalgábamos de ocho a diez horas diarias y por la noche hacíamos alto en lamasterios. No todos eran de nuestra forma de budismo, pero a pesar de eso, siempre éramos bien recibidos. Entre nosotros, los verdaderos budistas de Oriente, no hay rivalidades, rozamientos ni rencores, y un viajero siempre es bienvenido. Como era nuestra costumbre, participamos de todas las ceremonias mientras estábamos en los lamasterios. No

perdimos ocasión de conversar con los monjes que se mostraban tan ansiosos de vernos. Muchas fueron las cosas extrañas que nos contaron de las cambiantes condiciones de China; nos dijeron cómo se alteraba el viejo orden de la paz, cómo los rusos —"los hombres de la barba"— trataban de enseñar a los chinos ideas políticas que nos parecían completamente equivocadas. Para nosotros, la enseñanza de los rusos era: "Lo que es tuyo, es mío; lo que es mío, sigue siendo mío". Nos dijeron que también los japoneses provocaban disturbios en varias partes de China. Parecía ser una cuestión de superpoblación; en Japón nacían demasiados niños y se producía muy poco alimento; de modo que trataban de invadir pueblos pacíficos, de robarles, como si sólo los japoneses importaran.

Al cabo, salimos de Sikang y cruzamos la frontera hasta Szechwan. A los pocos días llegamos a las riberas del río Yangtze. Allí nos detuvimos un atardecer, en un pueblo. No lo hicimos porque habíamos llegado a nuestro destino por la noche, sino porque delante de nosotros había una muchedumbre ruidosa, un mitin. Avanzamos por un costado y como éramos bastante robustos no tuvimos dificultades para abrirnos camino hasta el frente del grupo. Allí estaba un hombre blanco, alto, de pie en un carro de bueyes. Gesticulaba mientras hablaba de las maravillas del comunismo, tratando de convencer a los campesinos para que se rebelaran y mataran a los hacendados. No dejaba de agitar unos papeles con la fotografía de un hombre de rasgos afilados, con una pequeña barba, al que llamaban el salvador del mundo. Pero no nos impresionó la fotografía de Lenin ni la charla del hombre. Nos volvimos disgustados y seguimos cabalgando unas millas más, hasta el lamasterio en el que pasaríamos la noche.

En varias partes de China había lamasterios, además de los monasterios y templos chinos. Como hay personas, particularmente en Sikang, Szechwang y Chinghai, que prefieren la forma tibetana del budismo, allí habíamos instalado lamasterios para enseñar a quienes ne-

cesitaban nuestra ayuda. Nunca tratamos de conseguir adeptos, nunca pedimos a la gente que se uniera a nosotros, pues creíamos que todos eran libres para elegir. No nos gustan esos misioneros que andan por el mundo diciendo a voces que hay que convertirse a tal o cual religión para salvarse. Sabíamos que cuando alguien quería convertirse al lamaísmo, lo haría sin necesidad de que nosotros lo persuadiéramos. Recordábamos cómo nos habíamos reído de los misioneros llegados a Tibet y a China; era una broma muy común que la gente fingiera convertirse sólo para obtener los regalos y las otras "ventajas" que dispensaban los misioneros. Además, los tibetanos y los chinos del viejo orden eran gentes amables. Trataron de alegrar a los misioneros, de hacerles creer que tenían algún éxito, pero en ningún momento creíamos lo que nos decían. Sabíamos que tenían sus creencias, pero preferíamos las nuestras.

Seguimos viajando y seguimos el curso del Yangtse, —el río que después llegaría a conocer tan bien—, porque era la ruta más agradable. Nos fascinaba observar los barcos del río. Nunca los habíamos visto antes, si bien algunos de nosotros había visto fotografías, y en una oportunidad, en una sesión especial de clarividencia que tuve con mi guía, el lama Mingyar Dondup, pude ver un buque de vapor. Pero más adelante daré detalles de eso. En Tibet nuestros barqueros usaban barquillas de cuero. Eran armazones muy livianas cubiertas con piel de yac y llevaban cuatro o cinco pasajeros, además del botero. A menudo, un pasajero que no pagaba el viaje era la cabra del botero, su animal preferido. La cabra se ganaba el viaje cuando llegaban a tierra firme, pues el botero le ataba en el lomo sus pertenencias personales, los fardos o las mantas, mientras él llevaba la barquilla al hombro para evitar los rápidos, que la hubieran destrozado. A veces, cuando un campesino quería cruzar un río usaba un cuero de cabra o de yac con todas las aberturas cosidas. Pero en aquel momento nos interesaban los verdaderos barcos, con velas latinas que flameaban al viento.

Un día hicimos alto junto a un lugar en que el río era poco profundo. Quedamos intrigados: dos hombres caminaban en el río con una larga red entre ellos. Adelante, otros dos golpeaban el agua con bastones mientras lanzaban gritos horribles. Al principio creímos que estos últimos eran locos y que aquéllos que los seguían con la red trataban de apresarlos. Los observamos, y luego, a una señal de uno de los hombres, cesó el clamoreo, y los dos que tenían la red caminaron de modo que sus rutas se cruzaran. Entre los dos arrastraron los extremos de la red y la sacaron a la costa. Una vez en la ribera, sacaron la red del agua y cayeron al suelo centenares de peces brillantes. Nos disgustó el espectáculo porque nosotros nunca matábamos. Creíamos que estaba mal matar una criatura viviente. En nuestros ríos de Tibet, los peces acuden a tocar una mano extendida en el agua. Toman el alimento de la mano que se les ofrece. No tenían nada que temer del hombre, y a menudo se los consideraba como a los animalitos domésticos. Pero en China, no eran más que comida. Nos preguntamos cómo podían llamarse budistas esos chinos que tan vocingleramente mataban para su propio bien.

Nos habíamos detenido demasiado; permanecimos junto al río una hora o tal vez dos y ya no podíamos llegar a un lamasterio aquella noche. Resignados, nos encogimos de hombros y nos preparamos para acampar a un lado del sendero. Un poco a la izquierda había un bosquecillo escondido por el que corría el río y hasta allá nos dirigimos; desmontamos y soltamos a los caballos para que pastaran libremente en aquellas hierbas que nos parecían exuberantes. Fue muy sencillo juntar ramas para encender fuego; preparamos el té y comimos *tsampa*. Nos quedamos un rato junto al fuego, mientras hablábamos de Tibet, de lo que habíamos visto en nuestro viaje y de nuestros pensamientos sobre el futuro. Uno por uno mis compañeros bostezaron, se echaron en el suelo y se quedaron dormidos, envueltos en sus mantas. Finalmente, yo también me cu-

brí con mi manta, pero no pude dormir. Pensé en todas las penurias que había pasado. Pensé que había abandonado mi hogar cuando tenía sólo siete años, para ingresar en el lamasterio, donde la instrucción había sido penosa y severa. Recordé las expediciones a las tierras altas, y más al norte, hasta las grandes alturas de Chang Tang. Pensé también en el Más Recóndito, como llamábamos al Dalai Lama e, inevitablemente, en mi amado Guía, el lama Mingyar Dondup. Me sentí enfermo de temor, descorazonado. De pronto me pareció que el campo estaba iluminado por la luz del sol de mediodía. Miré asombrado a mi alrededor y vi a mi Guía, que estaba junto a mí.

—¡Lobsang, Lobsang! —exclamó—. ¿Por qué estás tan triste? ¿Lo has olvidado? El mineral de hierro puede creer que lo torturan sin sentido en el horno, pero cuando la hoja templada mira hacia atrás, comprende todo. Has pasado penurias, Lobsang, pero todo eso tiene un buen propósito. Como tantas veces lo hemos comentado, este es un mundo de ilusiones, un mundo de sueños. Todavía tienes que hacer frente a muchos dolores, a muchas pruebas durísimas, pero triunfarás, saldrás victorioso de ellas y finalmente lograrás realizar la tarea que te has propuesto.

Me froté los ojos y después se me ocurrió, naturalmente, que el lama Mingyar Dondup había llegado hasta mí en un viaje astral. A menudo yo mismo los había hecho, pero todo resultó tan inesperado, que me demostró claramente que estaba pensando en mí todo el tiempo, ayudándome con sus pensamientos.

Pasamos un rato conversando del pasado, deteniéndonos en mi debilidad. Con un pasajero y cálido resplandor de felicidad, recordamos los muchos momentos en que habíamos estado muy cerca uno de otro, como padre e hijo. Por medio de cuadros mentales me mostró algunas de las penalidades que se cruzarían en mi camino y —con mucha más felicidad— el éxito que finalmente lograría a pesar de todos los intentos de impedirlo. Después de un lapso que no puedo determinar,

el resplandor dorado se desvaneció, mientras mi Guía reiteraba sus palabras finales de esperanza y aliento. Con ellas como pensamiento principal, me arropé bajo las estrellas que brillaban en el cielo frío y finalmente quedé dormido.

A la mañana siguiente nos despertamos temprano y preparamos el desayuno. Como era nuestra costumbre, celebramos las ceremonias matinales que yo dirigí, en mi carácter de sacerdote de más rango. Después continuamos nuestro viaje por el sendero de tierra, junto al río.

A mediodía el río doblaba a la derecha y la senda seguía hacia adelante; la seguimos. Terminaba en lo que nos pareció una avenida muy ancha. En realidad, ahora puedo juzgar que no era más que un camino de segunda clase, pero nunca habíamos visto uno de ese tipo, hecho por el hombre. Cabalgamos por él, maravillándonos de su textura, de lo cómodo que resultaba no tener que evitar raíces ni baches. Seguimos a trote corto, pensando que al cabo de dos o tres días llegaríamos a Choungking. Entonces, algo en la atmósfera, algo inexplicable, hizo que nos miráramos sobresaltados. Uno de nosotros miró hacia el horizonte. Inmediatamente se levantó en los estribos alarmado, con los ojos desorbitados, y gesticulante.

—¡Miren! —dijo—. ¡Se acerca una tormenta de tierra!

Señaló hacia adelante, donde sin duda alguna se veía una nube casi negra que se acercaba a bastante velocidad. En Tibet hay nubes de polvo; nubes de aire cargado de arenisca, que adquieren una velocidad de ciento veinte kilómetros o más, de las que todos los seres, excepto el yac, tienen que protegerse. La lana espesa del yac impide que se lastime, pero la arenisca atormentadora hiere y hace sangrar a todos los demás seres, en particular los humanos, cuando los golpea en la cara y las manos. Nos sentimos verdaderamente desconcertados porque ésa era la primera tormenta de tierra que veíamos desde nuestra salida de Tibet, y buscamos a nuestro alrededor un lugar donde refugiarnos. Pero no parecía haber nada que nos conviniera. Consternados,

comprendimos que la nube que se acercaba iba acompañada por un ruido más extraño que todos los que habíamos oído; era algo así como la trompeta de un templo, tocada por un músico sordo; aterrorizados, pensamos en las legiones del demonio que avanzaban contra nosotros. Prramm, prrammm, parramm. El estruendo crecía rápidamente, haciéndose cada vez más extraño. Además, se oían matraqueros y repiques. Estábamos demasiado aterrorizados para obrar, casi demasiado aterrorizados para pensar. La nube de polvo se acercaba a nosotros cada vez más rápidamente. Estábamos aterrorizados y casi paralizados de miedo. Volvimos a pensar en las nubes de polvo de Tibet, pero ninguna se había acercado a nosotros en medio de un clamoreo. Presas del pánico, miramos a nuestro alrededor para buscar algún refugio, algún lugar que nos protegiera de esa tormenta espantosa que venía hacia nosotros. Nuestros caballos fueron mucho más rápidos que nosotros para decidir adónde ir; rompieron formación, caracolearon y se encabritaron. Tuve una impresión de cascos que volaban; mi caballo lanzó un relincho feroz y me pareció que se partía en el medio. Oí un ruido raro, como de un tirón, y tuve la impresión de que algo se había roto.

—¡Tengo la pierna rota! —pensé.

Entonces mi caballo y yo nos separamos. Volé por el aire haciendo un arco y aterricé de espaldas a un lado del camino, atontado. La nube de polvo se acercó rápidamente y dentro de ella vi al demonio mismo, un monstruo negro que rugía, se sacudía y vibraba. Llegó y pasó. De espaldas en el suelo, con la cabeza que me daba vueltas, vi mi primer vehículo de motor, un estropeado camión de origen americano, que viajaba a toda velocidad conducido por un chino sonriente. ¡El olor que tenía! Más tarde lo llamamos aliento del diablo. Era una mezcla de petróleo, aceite y estiércol. La carga de estiércol que llevaba iba a los saltos, algunos trozos que cayeron por los bordes aterrizaron a mi lado. Con un matraqueo y un rugido, el camión siguió, zumbando, su camino; dejó una nube de polvo sofocante y una

pluma de humo negro del escape. Pronto se convirtió en un puntito tembloroso, que iba de un lado a otro del camino; disminuyó el ruido hasta que desapareció.

Miré en mi alrededor en silencio. No había la menor señal de mis compañeros; ¡aun peor, tal vez, no se veía la menor señal de los caballos! Todavía trataba de desatarme, pues la parte rota de la cincha se me había enredado en las piernas, cuando aparecieron los otros, uno por uno, avergonzados y muy nerviosos por el temor de que apareciera otro de esos demonios rugidores. Todavía no sabíamos muy bien qué habíamos visto. Todo fue demasiado rápido, y las nubes de polvo lo habían oscurecido todo. Mis compañeros desmontaron avergonzados y me ayudaron a sacudir el polvo de mis vestiduras. Finalmente, quedé otra vez presentable, pero... ¿dónde estaba mi caballo? Mis compañeros habían llegado de todas direcciones, pero ninguno había visto a mi cabalgadura. Buscamos, llamamos, observamos el polvo en busca de señales de cascos, pero no logramos hallar el menor rastro. Llegamos a pensar que la desdichada bestia había saltado al camión para seguir viaje en él. No, no pudimos encontrar el menor rastro y nos sentamos a un lado del camino para discutir qué haríamos. Uno de mis compañeros ofreció quedarse en una choza cercana. De ese modo su caballo quedaría a mi disposición, y él lo recuperaría cuando regresaran sus compañeros, después de haberme dejado en Chungking. Pero no quise saber nada de esa idea. Sabía tan bien como él que lo único que quería era descansar, y eso no resolvía el misterio del caballo que faltaba.

Relincharon los caballos de mis compañeros, y de la choza de un campesino, que no se hallaba muy lejos, llegó la respuesta de otro caballo. Pronto ese relincho quedó sofocado, como si le hubieran apretado la nariz. En ese momento comprendimos todo. Nos miramos y nos preparamos para actuar al instante. ¿Qué motivo había para que en esa choza miserable hubiera un caballo? Ese edificio en ruinas no era el hogar de un hombre dueño de un caballo. Evidentemente, querían ocul-

tarlo de nosotros. Nos pusimos de pie de un salto y buscamos algunos garrotes. Como a nuestro alrededor no había ramas adecuadas, las cortamos de los árboles cercanos y nos dirigimos a la choza. Formábamos un grupo decidido que sospechaba de lo que ocurría. Nuestro amable llamado no obtuvo respuesta. Nuestras rudas exigencias de que nos dejaran entrar no obtuvieron respuesta. Sin embargo, un momento antes había relinchado un caballo y alguien había sofocado ese relincho. De modo que decidimos forzar esa puerta. Durante unos minutos resistió nuestros esfuerzos. Después, cuando las correas de las bisagras comenzaron a romperse y la puerta se inclinó y pareció a punto de caer, alguien la abrió de súbito. Dentro estaba un chino marchito, con el rostro deformado por el miedo. Era una cabaña miserable, inmunda, y su dueño estaba cubierto de harapos. Pero no era eso lo que nos interesaba. Dentro también estaba mi caballo, con el hocico dentro de una bolsa para impedir que hiciera ruido. No nos gustó nada el campesino chino y le indicamos nuestro desagrado de una manera que no dejó lugar a dudas. Obligado por nuestro interrogatorio, admitió que había tratado de robarnos el caballo. Dijo que éramos monjes ricos y podíamos perder uno o dos caballos. No era más que un campesino pobre. A juzgar por su aspecto, creyó que estábamos dispuestos a matarlo. Debimos parecerle feroces. Habíamos viajado alrededor de mil doscientos kilómetros, estábamos cansados y teníamos aspecto de salteadores. Sin embargo, no era nuestra intención hacerle daño. Nuestro conocimiento del idioma chino, combinado, fue adecuado para decirle qué pensábamos de su acción, cuál sería su probable fin en esta vida y su indudable destino en la próxima. Habiendo expresado esos pensamientos, que sin duda pesarían sobre su alma, ensillamos otra vez el caballo, aseguramos bien la cincha y partimos hacia Chungking.

Esa noche nos detuvimos en un lamasterio pequeñísimo. Albergaba sólo a seis monjes, pero nos brindaron la mayor hospitalidad. La noche siguiente fue la última

de nuestro largo viaje. Llegamos a un lamasterio donde se nos recibió con la cortesía que habíamos llegado a considerar obligatoria, dado que éramos representantes del Más Recóndito. Otra vez nos dieron comida y albergue; participamos de sus ceremonias religiosas y durante gran parte de la noche hablamos de lo que estaba ocurriendo en el Tibet, de nuestro viaje a las grandes tierras altas del norte, y del Dalai Lama. Me agradó mucho saber que aun allí era famoso mi Guía, el lama Mingyar Dondup. También me resultó muy interesante conocer a dos monjes japoneses que habían estado en Lhasa para estudiar nuestra forma de budismo, que difiere tanto de la forma de Zen.

Se habló mucho de cambios inminentes en China, de revolución de un nuevo orden, un orden en el cual serían arrojados de sus tierras todos los terratenientes, para ser reemplazados por los campesinos analfabetos. Los agentes rusos estaban en todas partes, prometiendo maravillas, sin lograr nada constructivo. En nuestra opinión, esos rusos eran agentes del demonio, que desorganizaban, corrompían, como la plaga que destruye a un cuerpo. El incienso se quemó y se volvió a llenar el incensario. Seguimos conversando; nuestra conversación estaba llena de presentimientos por los lamentables cambios que ocurrían. Los valores del hombre estaban deformados, las cuestiones del alma ya no se consideraban de valor, sino sólo el poder transitorio. El mundo estaba enfermo. Las estrellas llegaron muy alto en el cielo. Seguimos conversando y por fin, uno a uno, nos echamos a dormir en el lugar donde nos encontrábamos. Sabíamos que a la mañana siguiente habría terminado nuestro viaje. Sería el fin de mi viaje por el momento, pero mis compañeros regresarían a Tibet, dejándome solo en un mundo extraño y cruel donde el poder era la razón. Esa noche no concilié el sueño con facilidad.

Por la mañana, después de las ceremonias matutinas y de una comida muy buena, con caballos descansados nos pusimos otra vez en marcha hacia Chungking. El

tránsito ya se hizo más intenso. Abundaban los camiones y diversas formas de vehículos de ruedas. Nuestros caballos estaban inquietos, asustados. No estaban acostumbrados al ruido de todos esos vehículos, y el olor de la nafta quemada era una irritación constante para ellos. En verdad era difícil mantenerse sobre la montura.

Nos resultó muy interesante observar a la gente que trabajaba en los campos, en esos campos en terarzas abonados con excrementos humanos. Todos estaban vestidos de azul, el azul de China. Todos parecían muy cansados y muy viejos. Se movían con indiferencia, como si la vida fuera una carga demasiado pesada para ellos o como si el espíritu estuviera quebrantado y ya no quedara nada por lo cual vivir y luchar. Hombres, mujeres y niños trabajaban juntos. Seguimos cabalgando, siempre junto al curso del río que habíamos vuelto a encontrar algunos kilómetros antes. Por fin llegamos a divisar los altos acantilados en los cuales estaba construída la vieja ciudad de Chungking. Esa era la primera vez que veíamos una ciudad de cierta importancia, fuera de Tibet. Nos detuvimos y la miramos fascinados, pero en mi mirada había cierto temor por la nueva vida que me esperaba.

En Tibet, había sido un hombre poderoso por mi rango, por lo que había logrado y por mi íntimo contacto con el Dalai Lama. Ahora había llegado a una ciudad extranjera en calidad de estudiante. Recordé con demasiada claridad las penurias de mis primeros días. De modo que no contemplé con felicidad la escena que tenía delante.

Sabía muy bien que no era más que un paso en el largo, largo camino, el camino que me conduciría a penalidades, países extraños, más extraños aun que China, al oeste, donde los hombres adoraban al oro.

A nuestro frente se extendía el terreno elevado, con los campos en terrazas aferrándose precariamente a los lados empinados. En lo alto de la loma crecían árboles que a nosotros, que hasta días recientes habíamos visto tan pocos, nos parecieron formar un bosque. Aquí tam-

tan pocos, nos parecieron formar un bosque. Aquí también las figuras vestidas de azul trabajaban en los campos distantes, afanándose igual que sus antecesores remotos. Pasaban retumbando carros de una rueda, arrastrados por pequeños caballejos. Iban cargados de verduras con destino a los mercados de Chungking. Eran vehículos extraños. La rueda atravesaba la mitad del carro y dejaba, a cada lado, espacio para las mercancías. En uno de esos extraños vehículos vimos a una anciana hacia un lado de la rueda y a dos chiquillos del otro.

¡Chungking! Fin del viaje para mis compañeros. La iniciación del viaje para mí, la iniciación de otra vida. No le guardaba ninguna amistad cuando miré las gargantas empinadas de los ríos arremolinados. La ciudad estaba construida en altos acantilados cubiertos abundantemente de casas. Desde donde estábamos, parecía una isla, pero sabíamos que no era así, sino que estaba rodeada en tres lados por las aguas de los ríos Yangtsé y Chialing. Al pie de los acantilados, mojada por las aguas, había una franja larga y ancha de arena que terminaba en punta, donde los ríos se encontraban. Al cabo de unos meses, llegaría a conocer muy bien ese lugar. Lentamente volvimos a montar y seguimos adelante. Al acercarnos, vimos que había escalones en todas partes y sentimos gran nostalgia por el hogar lejano al subir los setecientos ochenta escalones de su calle principal. Nos recordó al Potala. Y así llegamos a Chungking.

CAPÍTULO II

CHUNGKING

Pasamos junto a las tiendas con escaparates brillantemente iluminados. En esos escaparates había telas y mercancías de una clase que nunca habíamos visto antes. Habíamos visto algunas de ellas en las ilustraciones de revistas que habían llegado a Lhasa pasando por los altos Himalayas, desde India, y antes de llegar a India, desde U.S.A., esa tierra fabulosa. Un chino joven se lanzó hacia donde estábamos en el objeto más horripilante que había visto hasta ese momento: una armazón de hierro con dos ruedas, una adelante y otra atrás. El muchacho nos vio y no pudo apartar los ojos de nosotros. A causa de eso perdió el control de la armazón; la rueda delantera chocó contra una piedra, el objeto dio una voltereta y el jinete pasó encima de la rueda delantera y aterrizó de espaldas. Su caída casi provocó la de una anciana china, que se volvió a él y ayudó al pobre muchacho, quien en nuestra opinión ya había sufrido bastante. Se levantó con aspecto notablemente tonto y tomó su armazón con la rueda delantera doblada. Se la puso al hombro y tristemente bajó la colina, por la calle de escalones. Creímos haber llegado a un manicomio, pues todos procedían del modo más extraño. Lentamente seguimos adelante, maravillados por las mercancías de las tiendas, cuyo precio y uso tratábamos de descifrar.

Un poco más adelante llegamos a la universidad a la que asistiría. Nos detuvimos y entré para anunciar mi llegada. Todavía tengo amigos que están en manos de los comunistas, y no tengo intención de dar ninguna información que permita identificarlos, porque estuve en

íntimo contacto con el Movimiento de Resistencia de los jóvenes Tibetanos. Resistimos activamente a los comunistas en Tibet. Entré; había tres escalones. Los subí y entré en una habitación. Allí había un escritorio junto al cual un joven chino sentado en una de esas peculiares plataformas de madera, sostenida por cuatro estacas y con otras dos estacas más para apoyar la espalda. ¡Qué manera perezosa de sentarse!, pensé. ¡Nunca podría sentarme así! Me pareció un joven bastante agradable. Llevaba el traje de hilo azul que usan casi todos los chinos. En la solapa tenía un distintivo que indicaba que era un servidor de la universidad. Cuando me vio, abrió mucho los ojos y también comenzó a abrir la boca. Después se puso de pie y juntó las manos haciendo una profunda reverencia.

—Soy uno de los nuevos estudiantes —dije—. Vengo de Lhasa, en Tibet, con una carta del Obispo del Lamasterio del Potala.

Y le entregué el sobre largo que tanto había cuidado durante el viaje y al que había protegido de todos los rigores del camino. Lo tomó, hizo tres reverencias y después dijo:

—Venerable abad, ¿quiere sentarse aquí hasta que regrese?

—Sí, tengo mucho tiempo —respondí— y me senté en la posición del loto.

El muchacho pareció turbado y se estrujó las manos. Se apoyó primero en un pie, después en el otro y después tragó.

—Venerable abad —dijo—, con toda humildad y con el debido respeto, le sugiero que trate de acostumbrarse a estas sillas porque es lo que usamos en esta universidad.

Me puse de pie y me senté con suma cautela en uno de esos abominables artefactos. ¡Entonces pensaba —y lo sigo pensado ahora— que debía probar de todo aunque fuera una vez! Me pareció un instrumento de tortura. El joven se fue y me dejó sentado. Estaba incómodo. Pronto sentí dolor en la espalda, después el cuello

duro y al poco rato me sentí de mal humor. Caramba, pensé, en este desdichado país no puede uno siquiera sentarse como es debido, igual que en Tibet; tenemos que estar lejos del suelo. Traté de acomodarme y la silla crujió, gimió y se meció. Después de eso, no me atreví a moverme de nuevo por temor de que el artefacto se rompiera.

El joven regresó, me hizo otra reverencia y dijo:

—Lo aguarda el director, venerable abad. Por aquí.

Hizo un ademán para que yo fuera delante de él.

—No dije—. Indíqueme usted el camino. No sé adónde ir.

Hizo otra reverencia e inició la marcha. Me parecían tan tontos esos extranjeros que decían que iban a mostrarme el camino y después esperaban que yo los guiase. ¿Cómo es posible guiar a alguien cuando no se sabe adónde hay que ir? Ésa era mi opinión y sigue siéndola. El joven de azul me guió por un pasillo y después golpeó la puerta de una habitación que estaba casi en el extremo. Con otra reverencia, abrió la puerta y dijo:

—El venerable abad, Lobsang Rampa.

Con eso cerró la puerta detrás de mí y quedé en el cuarto. Junto a la ventana estaba sentado un anciano muy agradable, calvo y con una barba corta; un chino. Me resultó extraño verlo vestido en ese horrible estilo que había visto antes, y que llaman el estilo occidental. Llevaba chaqueta y pantalones azules con una angosta franja blanca. Usaba cuello y corbata de color. Me pareció muy triste que un anciano tan importante tuviera que ataviarse de ese modo.

—De modo que usted es Lobsang Rampa —dijo—. Me han hablado mucho de usted y me siento honrado al aceptarlo como uno de nuestros estudiantes. Además de la carta que trajo, recibí otra y puedo asegurarle que la instrucción que recibió le será muy útil. Me escribió su guía, el lama Mingyar Dondup. Lo conocí hace unos años en Shanghai, antes de mi viaje a América. Me llamo Lee y soy el director.

Tuve que sentarme y responder a una cantidad de preguntas formuladas para averiguar mi conocimiento de asignaturas académicas y de anatomía. No hizo nada para averiguar lo que, en mi opinión, era lo más importante, las Escrituras.

—Me complace mucho su grado de instrucción —dijo—, pero tendrá que estudiar mucho porque aquí, además del sistema chino, enseñamos según el método americano de medicina y cirugía y tendrá que aprender una cantidad de asignaturas que no figuraron en su plan de estudios. Yo me recibí en los Estados Unidos, y el Consejo de Síndicos me confió la misión de instruir a unos cuantos jóvenes de acuerdo con los últimos métodos americanos, arreglados de modo de satisfacer las condiciones imperantes en la China.

Siguió hablando un buen rato, para relatarme las maravillas de la medicina y la cirugía americanas y los métodos utilizados en el diagnóstico.

—Electricidad, magnetismo, calor, luz y sonido son materias que tendrá que dominar además de la extensa cultura que le brindó su guía.

Lo miré horrorizado. Las dos primeras, electricidad y magnetismo, no me decían nada. No tenía la más leve idea del tema al que se refería. Pero calor, luz y sonido, bueno, pensé, cualquier tonto los conoce; se usa el calor para calentar el té, la luz para ver, y el sonido para hablar. Entonces, ¿qué más hay que estudiar sobre ellos?

—Voy a sugerirle —siguió diciendo— que, como está acostumbrado a trabajar duro, estudie el doble que los demás y siga dos cursos al mismo tiempo, el curso preparatorio y el adiestramiento médico. Con la experiencia que usted tiene, no le será difícil hacerlo. Dentro de dos días comienzan las nuevas clases de medicina.

Se volvió y buscó algo entre los papeles. Después tomó algo que, por las fotografías que había visto, reconocí como una pluma fuente —la primera que vi al natural— y murmuró para sí:

—Lobsang Rampa, instrucción especial en electrici

dad y magnetismo. Ver al señor Wu. Anotar que debe recibir atención especial.

Bajó la pluma, secó cuidadosamente lo escrito y se puso de pie. Me resultó muy curioso que usara papel para secar. Nosotros usábamos arena muy seca. Pero el señor Lee estaba de pie y me miraba.

—Está muy adelantado en algunos de sus estudios —dijo—. Por lo que conversamos, diría que aun está más adelantado que algunos de nuestros médicos, pero tendrá que estudiar esas asignaturas que por el momento desconoce. Tocó una campana y añadió: —Haré que le muestren las instalaciones y lo lleven a los distintos departamentos, para que así pueda formarse alguna impresión este mismo día. Si tiene dudas, si está inseguro, venga a verme, pues prometí al lama Mingyar Dondup que lo ayudaré todo cuanto pueda.

Me hizo una reverencia, y al devolvérsela, me toqué el corazón para saludarlo. Entró el joven de azul. El director le habló en mandarín. Después se volvió a mí y dijo:

—Si tiene la bondad de acompañar a Ah Fu, él le mostrará las instalaciones de nuestra facultad y responderá a todas las preguntas que quiera formularle.

Esta vez el joven se volvió y me enseñó el camino, después de cerrar cuidadosamente la puerta del despacho del director. En el pasillo me dijo:

—Primero tenemos que ir a la oficina de matriculación, porque debe firmar el libro.

Seguimos por el pasillo y cruzamos un gran vestíbulo con piso encerado. En un extremo había otro pasillo. Lo recorrimos unos cuantos pasos y después entramos en un salón donde había gran actividad. Los empleados estaban muy ocupados controlando listas de nombres, mientras otros jóvenes estaban de pie junto a unas mesitas, para escribir sus nombres en libros muy grandes. El empleado que me guiaba dijo algo a otro hombre que desapareció en una oficina que estaba junto al salón. Al poco rato salió sonriendo un chino bajo y re-

cho. Usaba anteojos muy gruesos y él también estaba vestido a la moda occidental.

—Ah, —dijo—, Lobsang Rampa. Me han hablado muchísimo de usted.

Me extendió la mano. Se la miré. No sabía qué quería que le diera. Pensé que tal vez era dinero. El empleado que me guiaba murmuró:

—Debe estrecharle la mano a la manera occidental.

—Sí, debe estrecharme la mano a la manera occidental —dijo el hombre bajo y gordo.

De modo que tomé su mano y se la estreché.

—¡Oh! —exclamó—. Me está rompiendo los huesos.

—Bueno, no sé qué hacer —respondí—. En Tibet nos tocamos el corazón, así.

Se lo mostré.

—Oh, sí —dijo—. Pero los tiempos cambian. Ahora usamos este sistema. Ahora estrécheme la mano como se debe. Le enseñaré.

Me lo enseñó. Estreché su mano y pensé: "qué completamente estúpido es todo esto".

—Ahora debe firmar su nombre para mostrar que estudia con nosotros.

Apartó rudamente a algunos jóvenes que estaban escribiendo en los libros, se mojó el índice y el pulgar y después se volvió a un libro mayor.

—Aquí está —dijo—. ¿Quiere firmar su nombre y rango?

Tomé una lapicera china y firmé mi nombre en lo alto de la página. Escribí: "Martes Lobsang Rampa, Lama de Tibet. Sacerdote Cirujano del Lamasterio de Chakpori. Encarnación Reconocida. Abad designado. Alumno del Lama Mingyar Dondup".

—¡Muy bien! —dijo el chino gordo y bajo, al espiar lo que había escrito—. ¡Muy bien! Podemos seguir adelante. Ahora querrá conocer el lugar. Quiero que se haga una idea de todas las maravillas de la ciencia occidental que tenemos aquí. Ya nos veremos.

Se dirigió en seguida a mi guía, y el muchacho dijo:

—Si tiene la amabilidad de seguirme, iremos primero al salón de ciencias.

Salimos y cruzamos rápidamente el recinto para ir a otro edificio. Allí había vidrio en todas partes. Botellas, tubos, redomas... todo el equipo que antes había visto sólo en fotografías. El joven se dirigió a un rincón.

—¡Ahora! —exclamó—. Aquí tenemos algo.

Se puso a manipular un tubo de bronce, a cuyo pie colocó un trozo de vidrio. Después dio vueltas a la perilla, mientras miraba por el tubo de bronce.

—¡Mire eso! —exclamó.

Miré. Vi el cultivo de un germen. El joven me miraba ansiosamente.

—¡Cómo! ¿No está maravillado? —dijo.

—En absoluto —repliqué—. Teníamos uno muy bueno en el Lamasterio de Potala, regalo del gobierno de la India al Dalai Lama. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, podía usarlo libremente y yo lo usé con frecuencia.

—¡Oh! —exclamó el joven; me pareció muy desilusionado—. Entonces le mostraré otra cosa.

Y me guió fuera del salón, hasta otro.

—Va a vivir en el Lamasterio de la Colina —me dijo—, pero me pareció que le gustaría ver las últimas comodidades de que disfrutan los estudiantes que viven aquí.

Abrió la puerta de una habitación y primero vi paredes blanqueadas. Después, mi mirada, fascinada, cayó sobre una armazón de hierro negro con una cantidad de alambres retorcidos que se extendían de un lado a otro.

—¿Qué es eso? —exclamé—. Nunca vi algo semejante.

—Eso —dijo el muchacho, lleno de orgullo— es una cama. Tenemos seis en este edificio, las más modernas de todas.

La miré. Nunca había visto nada parecido.

—Una cama —dije—. ¿Qué hacen con ella?

—Dormir —replicó el muchacho—. Es muy cómoda. Acuéstese y verá.

Lo miré, miré la cama y volví a mirarlo. Bueno, pensé, no debo mostrar cobardía delante de uno de estos

empleados chinos. De modo que me senté en la cama. Crujió y gimió bajo mi peso, se hundió y me pareció que me caería al suelo. Me puse de pie de un salto.

—Oh, soy demasiado pesado —dije.

El joven trataba de contener la risa.

—Eso es lo que tiene que hacer esa cama, es de resortes —respondió.

Y se arrojó sobre ella y dio brincos. No, yo no haría eso, era horrible. Siempre había dormido en el suelo, y el suelo era bastante bueno para mí. El joven volvió a saltar, pero lo hizo de costado y cayó ruidosamente al suelo. Lo tiene merecido, pensé, mientras lo ayudaba a levantarse.

—Eso no es todo lo que tengo que mostrarle —dijo—. Mire esto.

Me condujo hasta una pared donde había un pequeño recipiente que podría usarse para hacer *tsampa* para media docena de monjes.

—Mírela. ¿Magnífica, verdad?

La miré. No me decía nada, no le veía ningún uso. Tenía un agujero en el fondo.

—No sirve —dije—. Tiene un agujero. No se puede hade hace té en eso.

El muchacho se echó a reir. Mi observación le pareció de veras divertida.

—Esto es algo más nuevo todavía que la cama —dijo—. ¡Mire!

Extendió la mano y tocó un trozo de metal que sobresalía a un lado del recipiente blanco. Ante mi completo asombro, salió agua del metal. ¡Agua!

—Está fría —dijo—. Completamente fría. Mire.

Y puso la mano bajo el agua.

—Tóquela —me dijo.

Así lo hice. Era agua, exactamente igual que el agua del río. Tal vez un poquito estancada, tenía un olor que no era precisamente el del agua del río, pero... agua de un trozo de metal. ¡Quién había oído hablar de eso! El joven extendió la mano, tomó una cosita negra y la puso en el agujero, en el fondo del recipiente. El agua

siguió corriendo; pronto llenó el recipiente pero no lo rebasó; iba a alguna parte, por un agujero que tendría en algún lado, pero no caía al suelo. El joven volvió a tocar el trozo de metal, y el chorro de agua se interrumpió. Puso ambas manos en el recipiente lleno de agua y las agitó.

—Mire —dijo—. Qué agua más hermosa. Ya no es necesario salir y cavar un pozo.

Puse las manos en el agua y yo también las agité. Era una sensación muy agradable no tener que ponerse de rodillas para alcanzar la profundidad de algún río. Después el joven tiró de una cadenilla y el agua se fue gorgoteando como un anciano a punto de morir. Se volvió y tomó lo que me había parecido una capa corta.

—Tome —dijo—. Use esto.

Lo miré y miré el trozo de tela que me ofrecía.

—¿Para qué es esto? —dije—. Estoy vestido.

Volvió a reir.

—Oh, no, es para secarse las manos —dijo—. Así —y me mostró cómo se hacía.

Después me pasó la tela.

—Séqueselas.

Así lo hice. Pero me maravillé, porque las mujeres de Tibet se habrían alegrado de tener ese trozo de tela para hacer algo útil con él, y allí estábamos nosotros arruinándolo cuando nos secábamos las manos. ¡Qué hubiera dicho mi madre, de haberme visto!

Pero ya me sentía realmente impresionado. Agua que salía del metal. Recipientes con agujeros que podían usarse. El joven siguió guiándome, muy contento. Bajamos unos escalones y entramos en una habitación que estaba en el sótano.

—Aquí es donde guardamos cadáveres de hombres y mujeres —dijo.

Abrió una puerta y allí, sobre mesas de piedra, había cadáveres listos para la disección. El aire olía a extraños productos químicos que se habían usado para impedir que los cuerpos se descompusieran. En ese momento, no tenía la menor idea de qué eran esos olores, pues en Ti-

Tibet, los cadáveres se conservan mucho tiempo en buen estado a causa de la sequedad del aire. Allí, en el clima sofocante de Chunkking, tenían que inyectarlos casi inmediatamente después de muertos para conservarlos los pocos meses que los estudiantes los necesitaban. Se acercó a un gabinete y lo abrió.

—¡Mire! —dijo—. El más moderno equipo quirúrgico llegado de los Estados Unidos. Para cortar cadáveres, para cortar brazos y piernas. ¡Mire!

Observé todas esas brillantes piezas de metal, todos los objetos de cristal y todo el cromo y pensé: bueno, dudo mucho que puedan hacer las cosas mejor que nosotros en Tibet.

Después de haber recorrido las instalaciones de la facultad, durante casi tres horas, regresé junto a mis compañeros que estaban sentados con cierta ansiedad en el patio del edificio principal. Les conté lo que había visto y lo que había hecho. Después dije:

—Vamos a recorrer un poco esta ciudad, para ver cómo es. Me parece bastante bárbara. El olor y el ruido son terribles.

De modo que volvimos a montar y emprendimos la marcha por la calle de escalones, mirando todos los negocios. Desmontamos para ver, una por una, todas las cosas extraordinarias que estaban a la venta. Observamos las calles y vimos una al final de la cual parecía no haber más camino, parecía terminar bruscamente en un acantilado. Nos intrigó tanto que la recorrimos y vimos que bajaba en una pendiente pronunciada y que tenía escalones que conducían a los muelles. Vimos grandes buques de carga de altas rodas, juncos cuyas velas latinas golpeaban perezosamente el mástil, agitadas, apenas, por la brisa que soplaba al pie del acantilado. Los *coolies* estaban trabajando en la carga de algunos de ellos; subían a bordo al trote, con largos palos de bambú en los hombros. En cada extremo de los palos había cestos, donde se transportaba la carga. Hacía mucho calor y nos sentíamos sofocados. Chungking es famosa por su atmósfera bochornosa. Después, cuando marchábamos con los ca-

ballos de la rienda, de las nubes bajó una niebla que se confundió con la que subía del río y pronto nos encontramos tanteando el camino, como si estuviéramos en la oscuridad. Chungking, es una ciudad alta, y un tanto alarmante. Era una inclinada ciudad de piedra con casi dos millones de habitantes. Las calles eran empinadas, tan empinadas que algunas de las casas parecían cuevas en la montaña, mientras que otras parecían sobresalir y colgar en el abismo. Cada centímetro de terreno, estaba cultivado y se lo cuidaba y atendía celosamente. Había franjas y pedazos de terreno donde crecía arroz, o una hilera de habas o un poco de maíz, pero en ninguna parte se veía terreno desperdiciado o sin cultivar. En todas partes se veían figuras vestidas de azul, inclinadas hacia la tierra como si hubieran nacido de ese modo, mientras con dedos cansados arrancaban malezas. Las personas de la clase superior vivían en el valle de Kialing, un suburbio de Chungking donde, en opinión de los chinos, aunque no en la nuestra, el aire era más saludable, las tiendas mejores, y el suelo más fértil. Ése no era lugar para los *coolies*; era para los prósperos hombres de negocios, para los profesionales y para los que tenían una buena posición económica. Allí vivían el Mandarín y los de la casta superior. Chungking era una ciudad importante, la más grande que nosotros habíamos visto hasta ese momento, pero no estábamos impresionados.

De pronto comprendimos que sentíamos hambre. Se nos había terminado la comida, de modo que no tuvimos otro recurso que ir a algún lugar donde nos dieran de comer a la manera china. Fuimos a un lugar con un cartel deslumbrante donde anunciaban que podían proporcionar la mejor comida de Chungking, y sin esperarla mucho. Entramos y nos sentamos a una mesa. Se acercó a nosotros una figura vestida de azul y nos preguntó qué queríamos comer.

—¿Tiene *tsampa*? —pregunté.

—¡*Tsampa!* —replicó el hombre—. Oh, no. Debe ser

uno de esos platos occidentales. No tenemos nada de eso.

—Bueno, ¿qué tienen? —dije.

—Arroz, tallarines, aletas de tiburón, huevos.

Muy bien, comeremos croquetas de arroz, tallarines, aletas de tiburón y retoños de bambú. De prisa.

Se alejó y al poco rato regresó con la camida que le pedimos. A nuestro alrededor había otras personas comiendo y nos horrorizó la charla y el ruido que hacían. En Tibet, en los lamasterios, era una regla inviolable que quienes comían no hablaran porque era una falta de respeto a la comida, y ésta podía vengarse provocando extraños dolores. En los lamasterios, mientras comíamos, un monje leía en voz alta las Escrituras y teníamos que escucharlo. Allí, a nuestro alrededor, se desarrollaban conversaciones muy frívolas. Nos sentimos sorprendidos y disgustados. Comimos con la mirada fija en los platos, según lo prescribía nuestra orden. Algunas conversaciones no eran tan frívolas, pues se hablaba mucho de los japoneses y de las molestias que estaban provocando en varias partes de China. En ese momento yo ignoraba todo eso. Sin embargo, no nos impresionó nada que tuviera que ver con el restaurante ni con Chungking. Aquella comida fue notable sólo por una cosa: fue la primera comida que tuve que pagar. Después de comer, salimos y en el patio de un edificio municipal encontramos un lugar donde pudimos sentarnos a conversar. Habíamos dejado nuestros caballos en un establo, para que tuvieran el descanso que tanto necesitaban y donde les darían de comer y de beber, pues a la mañana siguiente mis compañeros iniciarían el viaje de regreso a Tibet. Ahora, como los turistas de todo el mundo, pensaban qué podrían llevar a sus amigos de Lhasa, y yo también me preguntaba qué podía enviarle al lama Mingyar Dondup. Conversamos de eso y después, como ante un impulso común, nos pusimos de pie y regresamos a las tiendas para hacer las compras. Después nos dirigimos a un pequeño jardín donde nos sentamos y charlamos interminablemente. Ya estaba oscuro. La noche estaba sobre nosotros. Las estrellas comenzaron a brillar vagamen-

te en aquella luz indecisa, pues la niebla se había disipado para dar lugar a una suave bruma. Otra vez nos pusimos de pie y fuimos en busca de comida. Esta fue una comida a base de pescado que nunca habíamos probado Su sabor nos pareció muy extraño y muy desagradable, pero lo importante era que se trataba de comida, porque estábamos hambrientos. Terminada la cena, salimos del restaurante y fuimos adonde estaban alojados nuestros caballos. Parecían aguardarnos y relincharon complacidos cuando nos acercamos. Se los veía muy descansados y así lo parecieron cuando los montamos. Nunca fui buen jinete y en verdad prefería un caballo cansado a uno fresco. Salimos a la calle y nos dirigimos a Kialing.

Abandonamos a Chungking y pasamos por las afueras de la ciudad, dirigiéndonos hacia el lamasterio que sería mi hogar nocturno. Nos desviamos a la derecha y subimos a una colina cubierta de árboles. El lamasterio era de mi propia orden y lo más cercano a Tibet que tenía, en el momento de entrar en el templo para la ceremonia. El incienso subió en nubes, y las voces profundas de los sacerdotes mayores y las más agudas de los acólitos me hicieron sentir una profunda nostalgia por mi patria. Mis compañeros parecieron comprenderlo, pues guardaron silencio y me dejaron solo. Cuando terminó la ceremonia, permanecí un rato en mi sitio. Pensé y pensé. Recordé la primera vez que había entrado en el templo de un lamasterio después de una dura prueba, y me sentía hambriento y apenado. Ahora me sentía apenado, quizá más que antes, pues entonces había sido demasiado joven para conocer la vida; pero ahora sabía demasiado de la vida y de la muerte. Pasado un buen rato, el anciano abad a cargo del lamasterio, se deslizó silenciosamente a mi lado.

—Hermano —me dijo— no está bien recordar demasiado el pasado cuando tenemos por delante el futuro. La ceremonia terminó, hermano, pronto llegará la hora de la próxima. ¿No quiere acostarse, puesto que hay tanto que hacer por la mañana?

Me puse de pie sin pronunciar palabra y lo acompañé

hasta donde iba a dormir. Mis compañeros ya se habían retirado. Pasé junto a ellos, formas inmóviles envueltos en sus mantas. ¿Dormidos? Tal vez. ¿Quién sabe? Tal vez soñaban con el viaje que tenían que emprender otra vez y de la agradable reunión que tendrían al llegar a Lhasa. Yo también me envolví en una manta y me acosté. Se alargaron las sombras de la luna y ya estaban muy largas cuando me quedé dormido.

Me despertó el sonido de las trompetas del templo y los gongs. Era tiempo de levantarse y asistir a la ceremonia. El servicio debía realizarse antes de comer, pero tenía apetito. Sin embargo, después de la ceremonia, con la comida delante, no sentí ganas de comer. El mío fue un desayuno frugal, muy frugal, pues sentía el corazón destrozado. Mis compañeros comieron bien, desagradablemente bien, me pareció, pero querían juntar fuerzas para el viaje de regreso que ese día iba a comenzar. Terminado el desayuno, caminamos un momento. Ninguno dijo mucho. Aparentemente, no había mucho que decir. Después, al fin, les hablé.

—Entreguen esta carta y este presente a mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Díganle que le escribiré a menudo. Díganle que han visto cuánto extraño su compañía y sus consejos.— Busqué dentro de mi manto—. Y esto —dije al sacar un paquete— es para el Más Recóndito. Entréguenlo también a mi Guía. El se encargará de que llegue a manos del Dalai Lama.

Tomaron lo que les entregué y me volví presa de una emoción que no quería que vieran mis compañeros. No quería que me vieran tan emocionado, pues era un gran lama. Afortunadamente ellos también estaban muy turbados porque entre nosotros había surgido una amistad sincera, a pesar de la diferencia que existía entre nuestros rangos, según las normas tibetanas. Lamentaban la separación, lamentaban dejarme en este mundo extraño que odiaban, mientras ellos volvían a nuestra amada Lhasa. Caminamos un momento entre los árboles, mirando las florecillas que alfombraban el suelo, escuchando a los pájaros que cantaban en las ramas, observando

las nubes que corrían allá arriba. Finalmente llegó el momento. Juntos regresamos al viejo lamasterio chino que se cobijaba entre los árboles de la colina que dominaba a Chungking, que dominaba la vista de los ríos. No había mucho que decir, no había mucho que hacer. Nos detuvimos un momento, deprimidos. Fuimos a los establos. Mis compañeros ensillaron lentamente sus caballos y tomaron la rienda del mío, que me había traído tan fielmente desde Lhasa y que ahora —criatura feliz— regresaba a Tibet. Cambiamos unas pocas palabras, muy pocas; después montaron y se alejaron hacia Tibet dejándome solo, de pie, con la vista fija en el camino que se los llevaba. Se hicieron cada vez más pequeños. Desaparecieron de mi vista en un recodo. Desapareció la nubecita que habían levantado a su paso, en la distancia murió el clip-clop de sus caballos. Me quedé pensando en el pasado y temiendo el futuro. No sé cuánto tiempo estuve solo, en silencioso dolor. De pronto una voz agradable me despertó de mi desesperada ensoñación.

—Honorable Lama, no quiere recordar que en China hay quienes quieren ser sus amigos? Estoy a su servicio, Honorable Lama de Tibet, compañero de estudios en Chungking.

Me volví lentamente y allí, a mi lado, estaba un joven y agradable monje chino. Creo que no estaba muy seguro de mi actitud ante sus palabras porque yo era un abad, un alto lama, y él nada más que un monje chino. Pero me encantó conocerlo. Era Huang, y más tarde me enorgullecí de ser su amigo. Pronto trabamos amistad y me alegró especialmente saber que él también estudiaba medicina y comenzaba a hacerlo al día siguiente, igual que yo. El también iba a estudiar esas cosas admirables, electricidad y magnetismo. En realidad, él iba a concurrir a los mismos cursos que yo y pronto llegaríamos a conocernos muy bien. Nos volvimos y regresamos a la entrada del lamasterio. Cuando pasamos los portales, salió otro monje chino que nos dijo:

—Tenemos que presentarnos en la facultad. Debemos firmar el registro.

—Oh, ya lo hice —respondí—. Firmé ayer.

—Sí honorable lama —replicó el otro—. Pero éste no es el registro de estudiantes que firmó ayer, sino el de una fraternidad, pues en la facultad todos vamos a ser hermanos, como en las facultades americanas.

De modo que juntos regresamos al sendero, el que pasaba junto al lamasterio, entre los árboles, alfombrado de flores, y dimos vuelta al camino principal que iba de Kialing a Chungking. En compañía de esos hombres cuya edad era más o menos la mía, el camino no me pareció tan largo ni tan triste. Al poco rato llegamos al edificio que sería nuestro hogar durante el día y entramos. El joven empleado vestido de azul, se alegró mucho de vernos.

—Ah, tenía la esperanza de que vinieran. Acaba de llegar un joven periodista americano que habla chino y tiene mucho interés en conocer un alto lama de Tibet.

Nos condujo otra vez por el pasillo, hasta otra habitación a la que yo no había entrado antes. Aparentemente era algo así como un salón de recepción, pues había una cantidad de jóvenes que conversaban con otras tantas muchachas, lo que me pareció bastante chocante. En aquella época sabía muy poco de mujeres. Un joven alto estaba sentado en una silla muy baja. Tendría unos treinta años. Se levantó cuando entramos y se tocó el corazón a la manera oriental. Por supuesto, yo hice lo mismo. Nos presentamos y después, por algún motivo, extendió la mano. Esta vez estaba preparado y se la estreché como había aprendido. El americano lanzó una carcajada.

—Ah, ya veo que está dominando las costumbres occidentales que se han introducido en Chungking.

—Sí —respondí—. Llegué a la etapa de sentarme en esas sillas perfectamente horribles y de estrechar manos.

Era un muchacho muy agradable y todavía recuerdo su nombre; murió en Chungking hace algún tiempo. Nos dirigimos al jardín y nos sentamos en una baja pared de piedra, donde conversamos un buen rato. Le hablé de Tibet, de nuestras costumbres. Le hablé mucho de mi

vida en Tibet. Él me habló de América. Le pregunté qué hacía en Chungking un hombre de su inteligencia, viviendo en un lugar sofocante como aquél, cuando aparentemente no había motivo alguno para que lo hiciera. Me dijo que estaba preparando una serie de artículos para una revista americana muy famosa. Me preguntó si podía mencionar mi nombre, y le respondí:

—Bueno, prefiero que no lo haga porque estoy aquí con un propósito especial: estudiar, progresar y utilizar esto como un trampolín, para otros viajes al oeste. Prefiero esperar hasta haber hecho algo notable, algo digno de mención. Entonces me comunicaré con usted y tendremos esa entrevista que tanto desea.

Era un muchacho honrado y comprendió mi punto de vista. Pronto nos encontramos en términos muy amistosos; hablaba chino bastante bien y no tuvimos dificultad alguna para entendernos. Nos acompañó parte del camino hasta el lamasterio.

—Me gustaría mucho visitar alguna vez el templo, si es que puede arreglarse, y participar de una ceremonia. No soy de su religión —dijo— pero la respeto y me gustaría presentar mis respetos en el templo.

—Muy bien —respondí—. Vendrá a nuestro templo. Participará de nuestra ceremonia y será bienvenido, se lo prometo.

Con eso nos separamos porque teníamos mucho que preparar para el día siguiente, ese día siguiente en que empezaría la nueva carrera como estudiante... ¡como si no hubiera estudiado bastante toda mi vida!

De regreso en el lamasterio tuve que arreglar mis cosas, ver qué túnicas se habían ensuciado durante el viaje; tenía que lavarlas porque, según nuestra costumbre, cuidábamos de nuestra ropa, de nuestras túnicas, de todas nuestras pertenencias y no empleábamos sirvientes para lavar lo nuestro. Más tarde llegaría a usar la ropa de los estudiantes chinos, la ropa azul, porque mi túnica de lama llamaba demasiado la atención y no quería destacarme con fines publicitarios, quería estudiar en paz. Además de las cosas comunes, como lavar la ropa, tenía-

mos que asistir a las ceremonias, y como lama dirigente tenía que hacer mi parte en ellas porque si bien durante el día era un estudiante, en el lamasterio era todavía un sacerdote de alto rango, con las obligaciones propias de mi estado. Finalmente el día llegó a su fin, el día que me pareció no terminar nunca, el día en que, por primera vez en mi vida, estuve completamente separado de mi gente.

Por la mañana —era una cálida mañana de sol— Huang y yo nos lanzamos al camino hacia una nueva vida, esta vez como estudiantes de medicina. Pronto cubrimos la corta distancia y entramos en el recinto de la facultad donde había centenares de jóvenes alrededor de un pizarrón de noticias. Leímos cuidadosamente todos los comunicados y vimos que nuestros nombres estaban juntos, de modo que juntos estudiaríamos. Nos abrimos camino entre los demás y nos dirigimos al aula que nos habían indicado. Allí nos sentamos, maravillados —por lo menos yo lo estaba— de todas las cosas extrañas que allí había. Después, al cabo de lo que nos pareció una eternidad, llegaron otros estudiantes, en pequeños grupos, y ocuparon su lugar. En alguna parte sonó un gong y entró un chino que dijo:

—Buen día, caballeros.

Todos nos pusimos de pie porque el reglamento decía que ésa era la manera apropiada de mostrar respeto y replicamos:

—Buenos días.

Dijo que nos iba a dar unos papeles escritos y que no debíamos desalentarnos por nuestros fracasos, pues su misión era descubrir qué ignorábamos, no cuánto sabíamos. Dijo que hasta no saber cuál era nuestro nivel de instrucción no podía ayudarnos. Los papeles trataban de todo, varias preguntas mezcladas, un verdadero caldo chino de conocimientos relacionados con aritmética, física, anatomía, todo lo que tuviera que ver con la medicina, la cirugía y la ciencia, y los temas que nos permitirían estudiarlas en un alto nivel. Nos explicó claramente que si ignorábamos una respuesta podíamos

manifestar que no habíamos estudiado ese punto. En cambio debíamos dar todas las informaciones que permitieran conocer exactamente dónde terminaban nuestros conocimientos. Después tocó la campana. Se abrió la puerta y entraron dos ayudantes cargados de libros. Se acercaron a nosotros y los distribuyeron. En realidad no eran libros sino hojas llenas de preguntas y muchas hojas más en las que teníamos que escribir las respuestas. Después vino otro ayudante y distribuyó lápices. En esa ocasión íbamos a usar lápices y no pinceles. Finalmente nos pusimos a trabajar, leyendo las preguntas una por una, para contestarlas como mejor podíamos. Por el aura del profesor podíamos ver —o por lo menos yo podía— que era un hombre sincero, sin otro interés que ayudarnos.

Mi Guía y Tutor, el lama Mingyar Dondup, me había brindado una amplia instrucción especializada. El resultado de las pruebas, que nos dieron al cabo de un par de días, mostró que en muchas asignaturas yo estaba bastante más adelantado que mis compañeros de estudios, pero mostró también que no tenía el menor conocimiento de electricidad y magnetismo. Más o menos una semana después del examen, nos encontramos en un laboratorio donde se nos daría la primera demostración porque, como yo, algunos otros no tenían la menor idea del significado de esas dos palabras horribles. El profesor que nos había hablado de electricidad dijo:

—Ahora les haré una demostración de los efectos de la electricidad, una demostración inofensiva.

Me alargó dos alambres y me dijo:

—Por favor, téngalos en la mano, bien fuerte, hasta que le diga "suéltelos".

Pensé que quería mi colaboración para la demostración (¡la quería!) y tomé los alambres, aunque me sentía un poco turbado porque su aura demostraba que estaba contemplando alguna traición. Bueno, pensé, tal vez lo estoy juzgando mal, de todos modos no es una persona agradable. El profesor se volvió y se alejó rápidamente de mí hasta la mesa de experimentación. Allí

apretó un interruptor. Vi que del alambre emanaba una luz y que el aura del profesor mostraba asombro. Parecía completamente sorprendido.

—Debe apretarlos con más fuerza —me dijo.

Así lo hice. Estrujé los alambres. El profesor me miró y se frotó los ojos. Era evidente que estaba pasmado y todos lo advirtieron, hasta quienes no tenían capacidad para ver el aura. Era evidente que ese profesor jamás había sentido tanto asombro. Los demás estudiantes miraban la escena con la boca abierta. No entendían qué estaba pasando. No tenían la menor idea de lo que se quería hacer. El profesor se acercó rápidamente a mí después de mover el interruptor y tomó los dos alambres.

—Tiene que haber un error, debe haberse desconectado algo —dijo.

Tomó los dos alambres y regresó a la mesa con ellos en la mano. Tenía uno en la mano derecha y el otro en la izquierda. Sin soltarlo, alargó un dedo y movió el interruptor. Después lanzó un alarido.

—¡Ay! ¡Apáguenlo, me muero!

Al mismo tiempo se le endureció el cuerpo, como si tuviera todos los músculos rígidos y paralizados. Siguió gritando y su aura parecía un sol poniente.

—Qué interesante —pensé—. ¡Nunca vi nada tan bonito en un aura humana!

Los gritos ininterrumpidos del profesor llamaron la atención de otras personas que pronto entraron en el salón. Una de ellas lo miró y corrió a la mesa para interrumpir la corriente. El pobre profesor cayó al suelo, presa de temblores y empapado en transpiración. Daba lástima verlo: su cara había adquirido un color verde pálido. Finalmente se levantó, tomándose del borde del escritorio.

—Usted tiene la culpa.

—¿Yo? —repliqué—. ¡No hice absolutamente nada. Me dijo que tomara los alambres y los tomé, después me los sacó de las manos y pareció a punto de morir.

—No lo entiendo —dijo él—. No puedo comprenderlo.

—¿Qué es lo que no puede comprender? —preguntó—. Yo tuve esas cosas en la mano, ¿de qué está hablando?

Me miró.

—¿De veras no sintió nada? ¿No sintió un cosquilleo?

—Bueno —respondió—. Sentí un calorcito muy agradable, nada más. ¿Qué tenía que sentir?

Otro profesor, el que había interrumpido la corriente, dijo:

—¿Quiere hacer la prueba nuevamente?

—Naturalmente, tantas veces como quieran —respondí. Me entregó los alambres y dijo:

—Ahora voy a dar corriente. Dígame qué ocurre.

Apretó el interruptor y yo dije:

—Oh, es un calorcito muy agradable Nada de qué preocuparse. Es como si tuviera las manos bastante cerca del fuego.

—Tómelos con más fuerza —dijo él.

Así lo hice y los apreté hasta que se marcaron todos los músculos de mis manos. El y el profesor anterior se miraron y cortaron la corriente. Después uno de ellos tomó los dos alambres, los rodeó con un trapo y los tomó suavemente.

—Dé corriente —le dijo al otro.

El otro profesor movió el interruptor, y el que tenía los alambres envueltos en trapo los dejó caer.

—Al dejar caer los alambres, se soltó el trapo y los alambres se tocaron. Se vio un fuerte relámpago azul y un trozo de metal derretido saltó del extremo del alambre.

—Ahora saltaron los fusibles —dijo uno, y salió para hacer una reparación en alguna parte.

Una vez restaurada la corriente siguieron con su conferencia sobre la electricidad. Dijeron que tratarían de darme un shock con doscientos cincuenta voltios para demostrar los efectos de la electricidad. Mi piel es particularmente seca, y doscientos cincuenta voltios no me produeron el menor daño. Puedo tocar los cables, sin darme cuenta de si están conectados o no. El pobre profesor no era de ese tipo, por el contrario, era sumamente

susceptible a las corrientes eléctricas. Durante la conferencia dijo:

—En América, si un hombre comete un homicidio o si los abogados dicen que es culpable de homicidio, lo matan con electricidad. Lo atan a una silla, aplican la corriente a su cuerpo y muere.

Me pareció muy interesante. Me pregunto qué harían conmigo, aunque no tengo el menor deseo de hacer la prueba.

CAPÍTULO III

DÍAS DE ESTUDIANTE

La niebla húmeda y gris que bajaba de las colinas borraba las casas, el río, los mástiles de los buques; hacía que las luces de los negocios se convirtieran en una mancha amarillenta, apagaba los sonidos, tal vez mejoraba el aspecto de una parte de Chungking. Se oyó ruido de pasos que se deslizaban, apenas se distinguió a un anciano encorvado que rápidamente desapareció en la niebla. Reinaba un silencio extraño, los únicos ruidos llegaban apagados. La niebla era espesa como un manto y amortiguaba todo. Huang y yo habíamos terminado nuestras clases de ese día. Ya era de noche. Habíamos decidido salir de la facultad, de los salones de disección, para tomar un poco de aire. En cambio, habíamos salido a la niebla. Yo sentía apetito; aparentemente Huang también estaba hambiento. La humedad nos había llegado a los huesos y sentíamos fresco.

—Vamos a comer algo, Lobsang. Conozco un buen lugar —dijo Huang.

—Muy bien —respondí—. Siempre estoy listo para algo interesante. ¿Qué tienes que mostrarme?

—Oh, quiero demostrarte que en Chungking podemos vivir muy bien, a pesar de lo que dices.

Se volvió y me guió, o mejor se volvió y caminó a ciegas hasta que llegamos al costado de la calle y pudimos identificar las tiendas. Bajamos la colina y entramos en lo que parecía ser una caverna en la ladera de una montaña. Dentro, el aire era aun más denso que en la calle. Todo el mundo fumaba, eructando grandes nubes de humo maloliente. Era casi la primera vez que yo veía tanta gente fumando y era una novedad —una no-

vedad nauseabunda, en verdad— ver hombres con tizones en los labios mientras les salía humo por las narices. Un hombre atrajo mi mirada fascinada. El humo no le salía sólo de la nariz, sino también de las orejas. Se lo señalé a Huang.

—Oh, ése. Es completamente sordo. Le rompieron los tímpanos a puntapiés, y eso le ha valido un gran éxito social. No tiene tímpanos que impidan el paso del humo, de modo que lo exhala por la nariz y por las orejas. Se acerca a un extranjero y le dice: déme un cigarrillo y le mostraré algo que usted no puede hacer. De esa manera siempre tiene tabaco. Pero eso no es nada, sigamos con la comida. Voy a pedirla —dijo Huang—. Aquí me conocen y nos darán lo mejor a bajo precio.

Me pareció muy bien. En los últimos días no había comido nada bien, todo me resultaba extraño, y la comida, absolutamente rara. Huang habló con uno de los mozos que hizo algunas anotaciones en una libreta, y después nos sentamos a conversar. La comida había sido uno de mis problemas. No podía conseguir el tipo de comida al que estaba acostumbrado y, entre otras cosas, me veía obligado a comer carne y pescado. En mi condición de lama tibetano, eso me resultaba repugnante, pero mis superiores del Potala en Lhasa me habían dicho que tendría que acostumbrarme a los alimentos extraños y me habían absuelto por la clase de comida que me vería obligado a consumir. En Tibet los sacerdotes no comían carne pero... no estábamos en Tibet y yo tenía que seguir viviendo para cumplir la tarea asignada. Era imposible obtener la comida que quería, de modo que debía comer las mezclas repugnantes que me ponían delante y fingir que me gustaban.

Llegó lo pedido. Media tortuga rodeada de babosas marinas, seguida de una fuente de ranas al curry con hojas de repollo alrededor. Eran muy agradables, aunque hubiera preferido mi *tsampa*. Pero haciendo frente a lo inevitable, comí las ranas con una buena porción de tallarines y arroz. Bebimos té. Algo que nunca probé a pesar de todas las exhortaciones de quienes están fuera

de Tibet, fueron las bebidas alcohólicas. Nunca, nunca, nunca. Creemos que no hay nada peor que esas bebidas embriagantes y nada peor que la ebriedad. Consideramos que la ebriedad es el peor de todos los pecados; cuando el cuerpo está lleno de alcohol, el vehículo astral —la parte más espiritual del ser humano— se ve forzado a salir del físico y debe dejarlo a merced de cualquier entidad extraña. Ésta no es la única vida; el cuerpo físico no es más que una manifestación particular, la más baja, y cuanto más se bebe, más se daña al cuerpo en otros planos de la existencia. Todos saben que los ebrios ven "elefantes rosados" y cosas raras que no tienen igual en el mundo físico. Nosotros creemos que esas son manifestaciones de alguna identidad maligna que quiere hacer algún daño al cuerpo físico. Todos saben que los ebrios no están "en posesión de sus sentidos". De modo que jamás probé bebidas alcohólicas, ni siquiera licor de maíz o vino de arroz.

El pato laqueado es una comida muy rica... para aquéllos a quienes les gusta la carne, claro está. Yo prefiero los retoños de bambú por supuesto, es imposible obtenerlos en Occidente. El sustituto más cercano es una clase de apio que crece en cierto país europeo. El apio inglés es muy distinto y no sirve a ese propósito. Ya que estamos hablando de comidas chinas, tal vez sea oportuno observar que no existe un plato llamado *chop suey;* ése, es un nombre, un nombre genérico para la comida china, CUALQUIER comida china. Si alguien quiere comer una buena comida china debe ir a un restaurante chino de primera categoría y pedir guisado de hongos y retoños de bambú. Después debe tomar sopa de pescado. Y para terminar, pato laqueado. En un restaurante chino no ponen cuchillos en la mesa; el mozo, con una pequeña hacha, corta el pato en trozos pequeños. Cuando están del tamaño adecuado al gusto del cliente, los envuelve en cebolla y los sirve en emparedados de pan sin levadura. Esos pequeños emparedados se comen de un bocado. La comida debe terminar con hojas de loto, o, si lo prefieren, con raíces de loto. Algunas per-

sonas prefieren semillas de loto, pero, sean cuales fueren, es necesario beber mucho té chino. Ese fue el tipo de comida que saboreamos en aquel restaurante tan frecuentado por Huang. El precio resultó sorprendentemente razonable, y cuando por fin nos levantamos para seguir nuestro viaje, estábamos de muy buen humor, bien rellenos y fortificados con buena comida, para salir nuevamente y hacer frente a la niebla. Salimos a la calle, tomamos el camino de Kialing y después de un trecho doblamos a la derecha, para seguir el sendero que llevaba a nuestro templo. Las Tabletas colgaban inertes contra los palos porque no soplaba la menor brisa, y también colgaban inmóviles las nubes de incienso. Las Tabletas son de tela roja y llevan escritos caracteres chinos. Eran las Tabletas de los Antepasados y tenían casi el mismo uso que las lápidas occidentales para conmemorar a los muertos. Hicimos reverencias a Ho Tai y a Kuan Yin, el dios de la buena vida y la diosa de la compasión, y pasamos al interior apenas iluminado del templo, para participar de la ceremonia. Después nos sentimos incapaces de cenar; nos envolvimos en nuestras mantas y nos echamos a dormir.

Nunca faltaban cadáveres para disecar. En aquella época era muy fácil obtenerlos en Chungking. Más tarde, cuando comenzó la guerra, teníamos más de los que necesitábamos. Pero los que teníamos para disecar los guardábamos en un salón del sótano que estaba cuidadosamente enfriado. En cuanto lográbamos un cadáver de las calles o de un hospital, le inyectábamos en el vientre un desinfectante poderoso que servía para conservarlo durante varios meses. Era muy interesante bajar al sótano y al ver los cadáveres en las mesas de piedra, advertir que invariablemente eran delgados. Solíamos tener agrias disputas para decidir quién se quedaba con el más flaco. Los cadáveres gordos daban mucho trabajo para disecarlos, la labor era intensa, y los resultados, escasos. Había que cortar y cortar para descubrir un nervio o una arteria y después seguir cortando capas y capas de tejidos grasos. Nunca nos faltaban cadáveres. Con fre-

cuencia teníamos tantos que había que guardarlos en tanques, encurtidos, como les decíamos. Naturalmente, no siempre era fácil sacar un cadáver del hospital porque algunos de los parientes tenían severas opiniones sobre esas cosas. En aquella época se abandonaban en las calles los cadáveres de las criaturas; los adultos cuyas familias eran demasiado pobres para pagar un funeral quedaban tirados en la calle, a cubierto de las sombras. Por lo tanto, los estudiantes de medicina salíamos con frecuencia por la mañana muy temprano a recoger los cadáveres de mejor aspecto y, por supuesto, los más delgados. Podíamos disponer de un cadáver cada uno, pero era más frecuente que trabajáramos en equipos de dos, uno en la cabeza y otro en los pies. Era más agradable. Muy a menudo almorzábamos en el salón de disección cuando estábamos estudiando para algún examen. No resultaba raro ver a un estudiante con el almuerzo servido sobre el estómago de un cadáver, mientras tenía el libro de texto apoyado en el muslo. Nunca se nos ocurrió que podíamos pescar cualquier enfermedad o infección por el contacto con esos cadáveres. Nuestro director, el doctor Lee, hacía gala de las últimas ideas americanas; en cierto modo, tenía la manía de copiar las ideas americanas, pero a pesar de eso era un buen hombre, uno de los chinos más brillantes que he conocido, y era un placer estudiar con él. Aprendí mucho y pasé muchos exámenes; pero todavía sostengo que aprendí mucho más anatomía con los Destrozadores de Cadáveres de Tibet.

Nuestra facultad y el hospital anexo estaban en un extremo del camino, lejos de los muelles a lo largo de la calle de escalones. Cuando el tiempo era bueno, teníamos una hermosa vista del río y de los campos en terrazas, porque estaba en una posición elevada y prominente. Hacia el puerto, en una sección más comercial de la calle, había una tienda viejísima que parecía en el último grado de la decadencia. El maderamen parecía comido por las polillas y los gusanos, y la pintura estaba descascarada. Encima de la puerta desvencijada había una figura cortada en madera que representaba un tigre

charramente pintado. Estaba colocado de tal manera que curvaba el lomo sobre la entrada. Las fauces abiertas con dientes de aspecto feroz y las garras terribles eran bastante realistas para infundir miedo a cualquiera. Ese tigre estaba para representar la virilidad: es un viejo emblema chino de la virilidad. Esa tienda era un faro para hombres debilitados y para aquéllos que querían tener más vigor para continuar con sus diversiones. También acudían las mujeres para obtener ciertas preparaciones, extracto de tigre o extracto de raíz de ginsen, cuando querían tener hijos y por algún motivo no podían tenerlos. El extracto de tigre o el extracto de ginsen contenían grandes cantidades de sustancias que ayudan a los hombres y mujeres en esas dificultades, sustancias que hacen muy poco descubrieron los hombres de ciencia occidentales, quienes las anuncian a voces como un gran triunfo de la investigación. Los chinos y los tibetanos no sabían tanto sobre la moderna investigación y por eso han usado esas preparaciones durante dos mil o tres mil años sin jactarse de ellas. Es un hecho que Occidente podría aprender mucho de Oriente, si Occidente mostrase más cooperación. Pero regresemos a esta vieja tienda con un feroz tigre tallado y pintado encima de la puerta y el escaparate lleno de polvos de aspecto extraño, momias y botellas llenas de líquidos de colores. Era la tienda de un viejo médico al antiguo estilo donde todavía se podía comprar sapo en polvo, cuernos de antílope en polvo, para usar como afrodisíaco, y otras mezclas extrañas. En esos barrios pobres, muy pocas veces el enfermo acudía al moderno dispensario del hospital. En cambio, iba a esa sucia tienda vieja del mismo modo que había ido su padre, y tal vez como antes lo había hecho el padre de su padre. Le contaba sus cuitas al médico a cargo de la tienda, quien se sentaba detrás de un mostrador de madera y lo miraba fijamente con sus anteojos de gruesos lentes. Comentaba su caso y sus síntomas, y el viejo médico asentía solemnemente con la cabeza y, juntando las puntas de los dedos, recetaba pesadamente el remedio necesario. Había que respetar un formulis-

mo: el remedio tenía que ser coloreado según un código especial. Era una ley no escrita que venía de una época anterior a la historia. Para las enfermedades del estómago, la medicina debía ser amarilla, mientras que si el paciente sufría una enfermedad de la sangre o del corazón, debía tomar un remedio rojo. Los enfermos del hígado, así como quienes tenían muy mal genio, debían tomar una medicina verde. Los pacientes que sufrían de la vista obtenían una loción azul. La parte interna de una persona presentaba grandes problemas cuando había que decidir qué color usar. Si alguien tenía un dolor interno y se suponía que era de origen intestinal, la medicina debía ser de color castaño. A la madre a punto de dar a luz le decía que sólo debía tomar polvo de carne de tortuga para que el niño naciera sin dolor, fácilmente, casi sin que ella se diera cuenta, de modo de no perder un día de trabajo. Por lo general le decía:

—Vaya a su casa, póngase un delantal entre las piernas para que el niño no caiga y se golpee contra el suelo, y después trague este polvo de carne de tortuga.

El viejo médico chino sin registro podía anunciarse, y lo hacía de una manera espectacular. Por lo general tenía un cartel pintado muy grande, enorme, encima de la puerta de su casa, en el que decía que era un magnífico sanador de todos los males. No sólo eso; en la sala de espera y en el consultorio se veían grandes medallas y escudos que le habían dado pacientes ricos y asustados para atestiguar de qué modo milagroso él los había curado de enfermedades misteriosas con remedios coloreados, polvos y pociones.

El pobre dentista no era tan afortunado, es decir, el dentista del viejo estilo. Casi siempre carecía de casa en la cual ver a sus pacientes y debía revisarlos en la calle. La víctima se sentaba en un cajón y el dentista lo examinaba, hurgaba y miraba, en presencia de un auditorio interesado. Después, con muchas maniobras y gesticulaciones extrañas, procedía a extraer el diente malo. "Procedía" es el término exacto porque si el paciente tenía miedo o era excesivamente ruidoso no era siempre fácil

hacer una extracción, y a veces el dentista no vacilaba en llamar a algunos mirones para que sujetaran a la víctima. No se usaba anestésico alguno. El dentista no se anunciaba como los médicos, con carteles, medallas y escudos. En cambio, usaba un collar hecho con los dientes extraídos. Cuando extraía alguno, lo levantaba del suelo, lo lavaba cuidadosamente y le hacía un agujero. Después lo enhebraba en un hilo para añadir un testimonio más de la habilidad del dentista que había arrancado tantos.

Nos irritaba considerablemente que algunos pacientes a los que habíamos dedicado mucho tiempo y cuidados, a quienes habíamos proporcionado el tratamiento más moderno y recetado drogas caras, se deslizaran subrepticiamente por la entrada posterior de la casa de algún médico chino para ser atendidos por él. Nosotros insistíamos en que habíamos curado al paciente. El curandero insistía en que lo había curado él. Pero el paciente no decía nada, estaba demasiado contento con haberse librado de la enfermedad.

A medida que avanzamos en nuestros estudios y recorrimos las salas del hospital, con frecuencia tuvimos que salir con un médico recibido para tratar enfermos en sus hogares y ayudar en operaciones. A veces teníamos que descender el acantilado hasta lugares inaccesibles, tal vez hasta algún sitio donde un pobre desdichado había caído rompiéndose los huesos o lacerándose la carne hasta el punto de que nuestra ayuda era casi inútil. Visitábamos a quienes tenían casas flotantes en el río. En el río Kialinh, mucha gente vive en casas flotantes y aun en balsas de bambú cubiertas con esteras, sobre las cuales levantan pequeñas chozas. Esas balsas se mecían, cabeceaban y rolaban en la corriente. Teníamos que tener mucho cuidado, en especial de noche, pues era muy fácil perder pie o pisar con fuerza una pieza suelta de bambú que simplemente se hundía bajo nuestro peso. Tampoco nos sentíamos muy animados ante las carcajadas de la inevitable multitud de chiquillos que siempre se reunía en esas infortunadas ocasiones. Los viejos campesinos chinos eran capaces de soportar dolores intensísimos. Nunca

se quejaban y siempre agradecían lo que podíamos hacer por ellos. Solíamos hacer cosas que no estaban dentro de nuestra tarea para ayudar a los ancianos, a veces los ayudábamos a limpiar la choza o les preparábamos la comida; pero con la generación joven no era tan agradable. Los jóvenes se estaban haciendo ingobernables, estaban llenos de ideas nuevas. Los hombres de Moscú circulaban entre ellos, preparándolos para el advenimiento del comunismo. Lo sabíamos, pero nada podíamos hacer, salvo observarles impotentes.

Pero antes de estar así capacitados, tuvimos que estudiar una enormidad de diversas asignaturas, a veces durante catorce horas por día. Magnetismo y electricidad, por nombrar sólo dos. Recuerdo muy bien la primera clase de magnetismo a la que asistí. Entonces era una materia casi completamente desconocida para mí. Tal vez a su manera era tan interesante como la clase de electricidad. El profesor no era un individuo muy agradable, pero he aquí lo que ocurrió.

Huang se había abierto camino entre los alumnos amontonados frente al pizarrón, para averiguar a qué clase debíamos acudir. Comenzó a leer.

—Eh Lobsang —me gritó—. Esta tarde tenemos una conferencia sobre magnetismo.

Nos alegramos de saber que estábamos en la misma clase porque ya habíamos entablado una sincera amistad. Cruzamos el patio y entramos en un aula vecina a la dedicada a electricidad. Entramos. Dentro había un equipo que nos pareció semejante al de electricidad. Rollos de alambre, extrañas piezas de metal dobladas en forma de herradura, varillas negras, varillas de vidrio, además de varias cajas de vidrio llenas de lo que nos pareció agua, y trozos de madera y plomo. Ocupamos nuestros lugares, entró el profesor y caminó pesadamente hasta su mesa. Era un hombre pesado. Pesado de cuerpo y pesado de alma. Sin duda, tenía una gran opinión de su propia capacidad; una opinión de su capacidad que superaba la que sus colegas tenían de ella. El también había estado en América, y si bien otros miembros

de la facultad habían regresado de allá sabiendo que sabían muy poco, éste estaba absolutamente convencido de que lo sabía todo, de que su cerebro era infalible. Ocupó su lugar y por algún motivo tomó un martillo de madera y golpeó violentamente el escritorio.

—¡Silencio! —bramó, aunque no se oía el menor ruido.

—Vamos a estudiar magnetismo, y esta será la primer conferencia que oirán algunos de ustedes sobre este tema absorbente.

Tomó una de las barras en forma de herradura.

—Eso —dijo— tiene un campo a su alrededor.

Inmediatamente pensé en caballos pastando.

—Voy a mostrarles cómo se puede delinear el campo de este magneto con limaduras de hierro. El magnetismo —continuó diciendo— activará cada partícula de este hierro que después formará por sí mismo la figura exacta de la fuerza que lo motiva.

Incautamente dije a Huang, que estaba sentado a mi lado:

—Pero, cualquier tonto puede verlo ahora, ¿para qué meterse en eso?

El profesor dio un brinco, furioso.

—Oh, —dijo— el gran lama de Tibet, que no sabe nada de magnetismo, puede ver un campo magnético, ¿eh? —. Apuntó violentamente un dedo en mi dirección—. De modo, gran lama, que puede ver este magnífico campo, ¿verdad? Tal vez sea el único hombre viviente que pueda verlo —dijo con desprecio.

Me puse de pie.

—Sí, honorable profesor, lo veo con toda claridad. También veo las luces alrededor de esos alambres — dije.

El profesor tomó su martillo de madera y golpeó repetida y furiosamente el escritorio.

—Miente —dijo—. Nadie puede verlo. Ya que es tan inteligente, venga y dibújelo; entonces veremos qué papel hace.

Suspiré con cansancio cuando me acerqué a él, tomé el magneto y me dirigí al pizarrón con una tiza. Puse

el magneto sobre el pizarrón y después dibujé a su alrededor la forma exacta del campo que veía con tanta claridad, la forma exacta de la luz azulada que veía emanar del magneto. También dibujé los rayos que estaban en el campo mismo. Me resultaba tan fácil, había nacido con esa capacidad y la había aumentado por las operaciones. Cuando terminé y me volví, reinaba un silencio absoluto. El profesor me observaba y los ojos se le salían literalmente de las órbitas.

—¡Usted estudió esto antes —dijo—, es una trampa!

—Honorable profesor —repliqué—, ésta es la primera vez que veo uno de estos magnetos.

—Bueno, no sé cómo lo hace, pero ése es el campo exacto. Sigo sosteniendo que es una trampa. Sigo sosteniendo que en Tibet usted aprendió sólo engaños. No lo comprendo.

Me sacó el magneto de la mano, lo cubrió con una hoja de papel delgado y sobre el papel salpicó finas limaduras de hierro. Con un dedo golpeó suavemente el papel y las limaduras tomaron la misma forma que yo había dibujado en el pizarrón. La miró, miró mi dibujo y después, volvió a mirar la forma de las limaduras.

—Todavía no creo en usted, hombre de Tibet —dijo—. Todavía creo que es un ardid.

Se sentó con cansancio y apoyó la cabeza en las manos. Después, con gran violencia, dio un salto y volvió a señalarme con el dedo.

—¡Usted! —exclamó—. Dijo que veía el campo de este magneto. También dijo "Y veo la luz alrededor de esos alambres".

—Es cierto —dije—. Las veo. Las veo con toda claridad.

—¡Bien! —gritó—. Ahora vamos a probar que no es cierto, vamos a probar que es un farsante.

Giró con tanta violencia que tiró la silla al suelo. Corrió a un rincón, se inclinó y con un gruñido levantó una caja de la cual salían los alambres de un rollo. Se enderezó y la puso en la mesa, frente a mí.

—Ahora, aquí tenemos una caja muy interesante que

se conoce como caja de alta frecuencia. Dibuje el campo y creeré en usted; ahí tiene, dibuje ese campo.

Me miró como para decirme "lo desafío a hacerlo".

—Está bien —dije—. Es bastante sencillo. Pongámosla cerca del pizarrón, de lo contrario tendré que dibujar de memoria.

Él levantó un extremo de la mesa y yo el otro, y la acercamos al pizarrón. Tomé la tiza y me volví al pizarrón.

—¡Oh! —exclamé—. Se fue.

Miré asombrado, porque eran simplemente alambres, nada más, sin campo. Me volví al profesor. Tenía la mano en el interruptor. Había cortado la corriente, pero en su rostro había una expresión de absoluta estupefacción.

—¡Caramba! —dijo—. ¡De veras puede verlo! Bien, bien, qué notable.

Volvió a dar corriente y dijo:

—Aléjese de mí y dígame cuándo hay corriente cuándo no la hay...

Me alejé de él y pude decirle "hay, no hay, hay".

La dejó interrumpida y se sentó en su silla con la expresión del hombre cuya fe ha recibido un duro golpe. Después, de pronto:

—La clase ha terminado—. Volviéndose a mí agregó: —Usted no. Quiero hablar con usted a solas.

Los demás murmuraron resentidos. Habían asistido a una conferencia y habían encontrado algo de interés, ¿por qué los echaban ahora? El profesor los ahuyentó como a gallinas y hasta llegó a empujar a uno que otro por los hombros para que salieran más de prisa. La palabra del profesor era ley. Una vez vacía el aula, dijo:

—Ahora dígame algo más de esto. ¿De qué ardid se vale?

—No es un ardid —le respondí—. Es una facultad con la que nací, que fue reforzada por medio de una operación. Puedo ver auras. Puedo ver *su* aura. Por ella sé que no quiere creer que alguien tenga una capacidad de la que usted carece. Quiere probar que estoy equivocado.

—No —dijo—. no quiero probar que está equivocado.do. Quiero probar que mi instrucción, mi conocimiento, es lo cierto. Y si usted puede ver esta aura, entonces todo lo que me enseñaron está mal.

—De ninguna manera —repliqué—. Toda su instrucción prueba la existencia de un aura, porque según lo poco que estudié de electricidad en esta facultad, todo me indica que el ser humano tiene poderes eléctricos.

—¡Qué tontería! —dijo—. ¡Qué herejía! —Y se puso de pie de un salto—. Venga conmigo a la dirección. ¡Aclararemos esto inmediatamente!

El doctor Lee estaba sentado a su escritorio, muy ocupado con los papeles de la facultad. Levantó humildemente la mirada cuando entramos, espiándonos por encima de los anteojos. Después se los quitó para ver mejor.

—Reverendo señor director —dijo el profesor—, este hombre, este tipo de Tibet dice que puede ver el aura y que todos tenemos auras. Quiere convencerme de que sabe más que yo, el profesor de electricidad y magnetismo.

El doctor Lee nos hizo señas para que nos sentáramos y después dijo:

—Bueno, ¿de qué se trata exactamente? Lobsang Rampa puede ver auras. Eso lo sé. ¿De qué se queja usted?

El profesor se quedó con la boca abierta de asombro.

—Pero, reverendo señor director, ¿USTED cree en esas tonterías, en esa herejía, en esa patraña?

—Claro que sí —dijo el doctor Lee—, pues es una de las personas más eminentes de Tibet, y los más sabios me han dado informes de él.

Po Chu se quedó cabizbajo. El doctor Lee se volvió a mí.

—Llobsang Rampa, le ruego que, en sus propias palabras, nos hable de esta aura. Háblenos como si no supiéramos nada del asunto. Háblenos de manera que lo comprendamos, para aprovechar así su experiencia especializada.

Bueno, eso era algo muy distinto. Me gustaba el doctor Lee, me gustaba su manera de manejar las situaciones.

—Doctor Lee, nací con la capacidad de ver a la gente tal cual es. Todos tenemos a nuestro alrededor un aura que traiciona los más leves cambios de pensamiento, la más leve variación en la salud, en las condiciones mentales o espirituales. Durante un par de años creí que todos veían lo mismo que yo, pero pronto aprendí que no era así. Después, como usted bien lo sabe, ingresé en un lamasterio a la edad de siete años y fui sometido a un adiestramiento especial. En ese lamasterio me hicieron una operación especial que me permitió ver con más claridad lo que había visto antes, y que además me dio poderes adicionales. Antes de la historia —continué —el hombre tenía el Tercer Ojo. Por su propia locura el hombre perdió el poder de usarlo y ese fue el propóosito de mi adiestramiento en el lamasterio de Lhasa.

—Doctor Lee —continué—, el cuerpo humano está rodeado primero por una luz azulada, una luz que puede ser de una pulgada, a veces de dos. Eso sigue y cubre la totalidad del cuerpo físico. Es lo que llamamos el cuerpo etérico, que es el más bajo de los cuerpos. Es la conección entre el mundo astral y el físico. La intensidad del azul varía según la salud de la persona. Más allá del cuerpo, más allá del cuerpo etérico también, está el aura. Varía mucho de forma según el estado de evolución de la persona, de su nivel de educación y de sus pensamientos. Su aura —dije al director— tiene el largo de un hombre alejado de usted, es el aura de un hombre evolucionado. El aura humana, cualquiera sea su tamaño, está compuesta de bandas arremolinadas de color, como las nubes de colores que van a la deriva en el cielo de la tarde. Cambian con los pensamientos de la persona. En el cuerpo hay zonas especiales que producen sus propias bandas horizontales de color. Ayer, cuando estaba trabajando en la biblioteca, vi unas figuras en un libro sobre cierta religión occidental. Las fi-

guras tenían auras alrededor de la cabeza. ¿Significa eso que los occidentales, a quienes consideré inferiores a nosotros en evolución, pueden ver auras y nosotros, en Oriente, no? Esas láminas de los hombres de Occidente —continué— tenían auras sólo alrededor de la cabeza. Pero yo puedo verlas no sólo allí, sino rodeando todo el cuerpo, las manos, los dedos y los pies. Es algo que siempre vi.

El director se volvió a Po Chu.

—Ve usted, esta es la información que yo tuve antes. Sabía que Rampa tenía este poder. Lo usó en favor de los dirigentes de Lhasa. Por eso está estudiando con nosotros. Se tiene la esperanza de que pueda ayudar a construir un mecanismo especial que será muy beneficioso para la humanidad, en relación con el diagnóstico y la cura de enfermedades. ¿Por qué motivo vino a verme?

El profesor pareció muy meditativo.

—Estábamos comenzando una clase práctica de magnetismo y sin darme tiempo a demostrar nada, en cuanto hablé de campos, este hombre dijo que podía ver los campos alrededor del magneto, lo que me pareció completamente fantástico. De modo que lo invité a demostrarlo en el pizarrón. Ante mi asombro, dibujó el campo y también dibujó el campo de corriente de un transformador de alta frecuencia, pero cuando lo desconecté, no pudo ver nada. Estoy seguro de que fue un ardid.

Miró desafiante al director.

—No —dijo el doctor Lee—, no fue un ardid, de ningún modo. Pues sé que es la verdad. Hace varios años conocí a su Guía, el lama Mingyar Dondup, uno de los hombres más inteligentes de Tibet, y él, por la bondad de su corazón, se sometió a ciertas pruebas, sólo para demostrarme su amistad, y probó que podía hacer lo mismo que Lobsang Rampa. Un grupo especial de nosotros logró hacer algunas investigaciones muy serias sobre el asunto. Pero, desgraciadamente, los prejuicios, el conservadorismo y los celos nos impidieron publicar nuestros

descubrimientos. Es algo que he lamentado desde entonces.

Reinó silencio unos minutos. Me pareció muy amable de parte del director declarar su fe en mí. El profesor estaba sombrío, como si hubiera sufrido una contrariedad inesperada. Dijo:

—Si tiene ese poder, ¿por qué estudia medicina?

—Quiero estudiar medicina y también quiero estudiar ciencia para poder colaborar en la creación de un mecanismo similar al que vi en las tierras altas de Chang Tang, en Tibet.

—Sí, ya sé que usted formó parte de esa expedición. Me gustaría saber algo de ese mecanismo.

—Hace algún tiempo —dije—, a instigación del Dalai Lama, un pequeño grupo de nosotros fue hasta un pequeño valle escondido en las cadenas de montañas de las tierras altas de Chang Tang. Allí encontramos una ciudad mucho más antigua que todos los registros de la historia, una ciudad de una raza desaparecida, una ciudad enterrada, en parte, en el hielo de un glaciar. Pero en las partes donde el hielo se había derretido, donde hacía más calor, estaban intactos los edificios y todos los adminículos que había en ellos. Uno de esos aparatos era una caja. Al mirar en su interior se podía ver el aura humana, y observándola, por los colores, por el aspecto general aquellos hombres desaparecidos deducían el estado de salud de una persona. Más aun, podían ver si era probable que una persona se viera atacada en su carne por alguna enfermedad, porque las probabilidades se mostraban en el aura antes de manifestarse en la carne. Del mismo modo, los gérmenes de la coriza se muestran en el aura mucho antes de manifestarse en la carne como un resfrío común. Es mucho más fácil curar a alguien cuando sólo tiene un dejo de cualquier enfermedad. El mal puede extirparse antes de asentarse.

El director asintió con un gesto y dijo:

—Esto es muy interesante. Continúe.

—Imagino vívidamente una versión moderna de ese antiguo aparato. Me gustaría cooperar en la preparación

de un mecanismo similar para que hasta el médico menos clarividente pueda mirar en esa caja y ver el color, el aura de una persona. También puede disponer de un mapa adecuado al aparato y con ese mapa le será posible saber cuál es el mal de esa persona. Podrá diagnosticar sin ninguna dificultad y sin el menor error.

—Pero llega demasiado tarde —dijo el profesor—. ¡Ya tenemos los rayos X!

—Los rayos X —dijo el doctor Lee—. Oh, mi querido amigo, son inútiles para un propósito como éste. Sólo muestran sombras grises en los huesos. Lobsang Rampa no quiere mostrar los huesos, quiere mostrar la fuerza vital del cuerpo mismo. Comprendo exactamente lo que quiero decir y estoy seguro de que la mayor dificultad que encontrará será el prejuicio y los celos profesionales.

Se volvió a mí otra vez.

—Pero, ¿cómo se puede ayudar en los casos de enfermedades mentales con un aparato semejante? —me preguntó.

—Reverendo señor director —dije—, si una persona tiene doble personalidad, el aura lo muestra con toda claridad, porque es doble, y sostengo que con un aparato adecuado las dos auras pueden volver a unirse... tal vez por medio de las corrientes eléctricas de alta frecuencia.

Ahora me encuentro en Occidente y observo que hay mucho interés por estas cuestiones. Muchos médicos eminentes han expresado interés, pero invariablemente dicen que no debo mencionar sus nombres. ¡Como si eso fuera a perjudicar su reputación! Estas otras observaciones pueden interesar: ¿han visto alguna vez cables de alta tensión en la niebla? Si es así, habrán observado, particularmente en las zonas de montaña, que se ve una corona alrededor de los cables. Es decir, una luz muy leve que los rodea. Si tienen buena vista, habrán observado que la luz titila, su intensidad aumenta y disminuye, aumenta y disminuye, según cambia la polaridad de la corriente que pasa por esos cables. Eso es muy semejante

al aura humana. Evidentemente, nuestros antepasados remotos podían ver auras o halos, porque pudieron pintarlas en los cuadros de los santos. Seguramente, no podrá atribuirse eso a su imaginación, porque si fue imaginación, ¿por qué pintarla sólo en la cabeza, por qué pintarla en la cabeza donde en realidad hay luz? La ciencia moderna ya ha medido las ondas del cerebro, midió el voltaje del cuerpo humano. En realidad, existe un famoso hospital donde, hace años, se hicieron investigaciones con rayos X. Los investigadores descubrieron que estaban tomando fotografías del aura humana, pero no lo comprendieron, ni les importó, porque estaban tratanto de fotografiar huesos, no colores en la parte exterior del cuerpo, y consideraron que esa fotografía del aura es una molestia insoportable. Es trágico que todo los relacionado con la fotografía del aura fuera dejado de lado, mientras progresaron con los rayos X, lo cual, en mi opinión, es lo erróneo. Tengo plena confianza en que, investigando un poco, los médicos y los cirujanos podrán contar con la ayuda más magnífica de todas para curar a los enfermos. Imagino vívidamente —como hace algunos años— un aparato que cualquier médico podrá llevar consigo en el bolsillo, después sacarlo de allí y, a través de él, ver al paciente, del mismo modo que sacamos del bolsillo un trozo de vidrio oscuro para mirar el sol. Con ese aparato podrá ver el aura del paciente, y por las estrías de color o por la irregularidad del perfil, sabrá exactamente cuál es el mal que lo aqueja. Esto no es lo más importante, porque no ayuda saber simplemente, de qué esta enferma una persona. Es necesario curarla y eso podría hacerlo fácilmente con el aparato que imagino, especialmente en los casos de enfermedades mentales.

CAPÍTULO IV

AVIACIÓN

Era una tarde cálida, sofocante, en la que apenas soplaba una brisa suavísima. Mientras caminábamos por el acantilado, las nubes, tal vez a sesenta metros encima de nosotros, parecían masas incandescentes que me recordaron a Tibet al tomar formas fantásticas de montañas imaginarias. Huang y yo habíamos pasado un día terrible en el salón de disección. Terrible, porque los cadáveres hacía mucho que estaban conservados y el olor que emanaba de ellos era espantoso. El olor de los cadáveres, el olor de los antisépticos y todos los demás olores nos habían agotado. Muchas veces me pregunté ese día por qué había salido de Tibet, donde el aire era puro y donde los pensamientos de los hombres también eran puros. Al cabo de un tiempo no pudimos soportar más el salón de disección. Nos lavamos y nos dirigimos a lo alto del acantilado. Nos pareció estupendo caminar por la tarde y observar la naturaleza. También observamos otras cosas, porque asomándonos al borde del acantilado veíamos las actividades que se realizaban en el río. Veíamos a los *coolies* que cargaban un buque, llevando eternamente sus pesados fardos con una vara de bambú cruzada en los hombros, en cada extremo de la cual había cargas de hasta cuarenta kilos, amontonadas en los cestos. Los cestos pesaban dos kilos y medio cada uno, de modo que el *coolie* no transporta menos de ochenta y cinco kilos en cada viaje. Para ellos la vida era dura, trabajaban hasta morir y morían muy jóvenes, gastados, caballos de carga humanos, tratados peor que las bestias del campo. Y cuando caían muertos, a veces terminaban en nuestras salas de disección para

seguir su obra de bien, esta vez proporcionando material a los futuros médicos y cirujanos que adquirían habilidad para tratar a los cuerpos vivos.

Nos alejamos del acantilado y enfrentamos la levísima brisa que traía el aroma de los árboles y las flores. Casi a nuestro frente había un bosquecillo y a él dirigimos nuestros pasos. A pocos metros del acantilado, nos detuvimos con el presentimiento de que había algún peligro que nos amenazaba, con una sensación de ansiedad, algo inexplicable. Nos miramos, interrogándonos con la vista, incapaces de decidir qué era. Huang, no muy seguro, dijo:

—No pueden ser truenos.

—Claro que no —repliqué—. Es algo muy extraño, algo que ignoramos.

Nos detuvimos indecisos, la cabeza inclinada, escuchando. Miramos a nuestro alrededor, miramos el suelo, los árboles, y por fin miramos las nubes. De allí llegaba el ruido, un "brum-brum-brum" constante, que cada vez se hacía más fuerte y más agudo. Al mirar con más atención, vimos que una forma alada y oscura cruzaba una abertura entre las nubes. Casi antes de que nos diéramos cuenta de su presencia, ya había pasado a la otra nube.

—¡Caramba! —grité—. Uno de los Dioses del Cielo ha venido a buscarnos.

No podíamos hacer nada. Permanecimos allí, preguntándonos qué sucedería. El ruido era atronador, nunca habíamos oído nada semejante. Después, mientras observábamos el cielo, apareció una forma enorme, que arrojaba de sí restos de nubes, como si la impacientaran hasta sus más leves trazos. Salió del cielo, descendió precisamente sobre nuestras cabezas y desapareció en el borde del acantilado con un chillido aterrador. Cesó el ruido y reinó el silencio. Nos quedamos completamente pasmados, estremecidos, mirándonos sin decir palabra. Después, movidos por el mismo impulso, nos volvimos y corrimos hasta el borde del acantilado para ver qué había ocurrido a ese objeto del cielo, a ese objeto que era tan extraño y tan ruidoso. En el borde, nos acostamos boca

abajo y espiamos con mucha cautela para ver el río resplandeciente. Allá abajo, en un banco de arena, estaba el monstruo extraño y alado, descansando. Mientras lo mirábamos, tosió con una emanación de llamas y una erupción de humo negro. Eso nos hizo saltar y nos pusimos pálidos del susto. Pero eso no fue lo más extraño. Ante nuestor asombro incrédulo y horrorizado, en el costado se abrió una puerta y salieron dos hombres. En ese momento me pareció lo más estupendo que había visto en mi vida... pero estábamos perdiendo el tiempo allí. Nos levantamos de un salto y corrimos sendero abajo, fuimos a la carrera por la calle de escalones, ignorando el tránsito, ignorando toda cortesía, pues estábamos ansiosos por llegar al borde del agua.

Una vez junto al río, nos hubiéramos echado a llorar de rabia. No había un solo bote, ni un botero, nadie. Todos habían ido al otro lado del río, donde querían estar. ¡Pero, sí! Había un bote detrás de una roca. Nos encaminamos hacia allá con la intención de abordarlos y cruzar, pero cuando llegamos a él vimos que un hombre viejísimo bajaba un sendero, cargado de redes.

—¡He, padre! —gritó Huang—. Crúcenos.

—Bueno —dijo el anciano—, yo no quiero ir. ¿Cuánto vale para ustedes?

Arrojó las redes en el bote y se apoyó en el costado, mientras se ponía en la boca la pipa gastada. Cruzó las piernas y pareció dispuesto a quedarse charlando allí toda la noche. Nosotros estábamos frenéticos de impaciencia.

—¡Vamos, viejo! ¿Cuánto nos cobra?

El viejo mencionó una suma fantástica, una suma que hubiera alcanzado para comprar su bote arruinado. Pero estábamos excitadísimos, le hubiéramos dado todo lo que teníamos para cruzar al otro lado. Huang regateó. Yo dije:

—¡Oh, no perdamos tiempo! Dale lo que pide.

El viejo dio un brinco cuando me oyó. Era diez veces más de lo que esperaba ganar. Como el viejo saltó, nos apresuramos a subir al bote.

—Despacio, caballeritos, despacio. Van a hundir el bote —dijo.

—Oh, vamos, abuelo —dijo Huang—, apúrese. Se está terminando el día.

El anciano subió a bordo con tranquilidad, gruñendo y crujiendo de reumatismo. Lentamente tomó un palo y con él nos impulsó hacia el centro del río. Nosotros estábamos inquietos, tratando mentalmente de hacer mover a la embarcación con más rapidez, pero nada apresuraba al anciano. En el centro del río la corriente nos hizo cambiar de rumbo, después logró que el bote siguiera por donde debía y nos aproximamos a la orilla opuesta. Para ganar tiempo, fui contando el dinero y antes de llegar se lo puse en la mano al viejo. Fue muy rápido para tomarlo. Después, sin aguardar a que el bote tocara la costa, saltamos al agua y con ella a la rodilla llegamos a la ribera.

Delante de nosotros estaba esa magnífica máquina, esa máquina increíble que había llegado del cielo y había traído hombres dentro. La miramos asombrados y nos pasmó nuestra propia temeridad al atrevernos a acercarnos tanto a ella. Había muchas personas allí, pero se mantenían a respetable distancia. Avanzamos, nos acercamos, nos colocamos debajo para tocar las ruedas de goma y golpearlas. Nos dirigimos a la popa y vimos que allí no tenía ruedas, sino una barra de metal elástico en cuyo extremo había algo así como un zapato.

—Ah, eso debe ser un patín para detenerlo mientras aterriza. En mis cometas usábamos algo parecido —dije.

Cautelosamente, bastante asustados, tocamos el costado de la máquina y la miramos incrédulos cuando descubrimos que era de tela, pintada de cierta manera y ajustada a una armazón de madera ¡Caramba, eso era algo! A mitad de camino entre las alas y la cola tocamos un panel y casi nos desmayamos de sorpresa cuando se abrió y un hombre saltó al suelo.

—Bueno —dijo— parecen muy interesados.

—Lo estamos —repliqué—. Yo volé en un objeto como éste, sólo que silencioso, en Tibet.

Me miró y se le agrandaron los ojos.

—¿Dijo Tibet? —preguntó.

—Sí.

—Mi amigo es un Buda viviente, un lama y estudia en Chungking —interpuso Huang—. Solía volar en cometas capaces de sostener a una persona.

El hombre de la máquina áerea pareció interesado.

—Es fascinante —dijo—. ¿No quiere entrar, así podemos sentarnos y conversar?

Se volvió y entró en la máquina. Bueno, pensé, tuve muchas experiencias. Si este hombre entra en esta cosa... yo también. Y entré, seguido de Huang. Ya había visto algo más grande que aquello en las tierras altas de Tibet, en la cual los Dioses del Cielo habían volado de la tierra. Pero había sido distinto, no tan aterrador porque la máquina era silenciosa. Ésta, en cambio, bramaba, destrozaba el aire y se sacudía.

Dentro había asientos muy cómodos. Nos sentamos. El hombre no hizo más que formularme preguntas sobre Tibet, preguntas que me parecieron completamente estúpidas. Tibet era tan común, tan simple, y allí estaba él, en la máquina más maravillosa que yo había visto, hablando de Tibet. Finalmente, después de mucho tiempo y con gran trabajo, conseguimos que él nos diera algunos informes. Se trataba de una máquina a la que llamaban aeroplano, un aparato que tenía motores que lo llevaban por el aire. Dijo que los motores eran los que producían el ruido. Ése había sido construido en Estados Unidos, y una firma china de Shanghai lo había comprado, pues pensaban instalar una línea aérea desde esa ciudad hasta Chungking. Los tres hombres que habíamos visto eran el piloto, el navegante y un ingeniero, en un vuelo de prueba. El piloto, con el que estábamos hablando, dijo:

—Tenemos que interesar a personas notables y darles una oportunidad de volar, para que aprueben nuestra aventura.

Asentimos, pensando qué hermoso era y cómo nos hubiera gustado ser personas notables y tener la oportunidad de volar.

—Usted que es tibetano, sin duda ha de ser una persona notable. ¿Quiere probar esta máquina con nosotros?

—¡Caramba! ¡En cuanto usted lo disponga! —respondí.

Se volvió a Huang y le indicó que bajara, diciendo que él no podía ir.

—Oh, no —dije—. De ninguna manera. Si va uno, el otro también.

Y así Huang pudo quedarse (no me agradeció después). Los dos hombres que habían bajado antes se acercaron al aeroplano y hubo una cantidad de señas con las manos. Hicieron algo en el frente, se oyó un fuerte "bam" y siguieron haciendo cosas. De pronto, un ruido terrible atronó el aire, acompañado por fuertes vibraciones. Nos aferramos a lo que pudimos, pensando que habría ocurrido un accidente espantoso y nos haríamos pedazos.

—Agárrense —dijo el hombre.

Como no podíamos agarrarnos con más fuerza, la observación fue completamente superflua.

—Vamos a *decolar* —dijo.

Se produjo una baraúnda sencillamente pasmosa, sacudidas, topetazos, y golpes, mucho peores que la primera vez que subí en una cometa. Esto era mucho peor, porque además de los topetazos había un ruido tremendo. Se produjo un topetazo final, que casi me hundió la cabeza entre los hombros y después la sensación de que alguien me presionaba la espalda. Logré levantar la cabeza y mirar por la ventanilla del costado. Estábamos en el aire, nos elevábamos. Vimos el río que se alargaba en una cinta de plata, que los dos ríos se unían para formar uno. Vimos los sampanes y los juncos que parecían pequeños juguetes, trocitos de madera flotando a la deriva. Después miramos hacia Chungking, las calles, esas calles empinadas que con tanto trabajo habíamos subido y bajado tantas veces. Desde la altura, parecían llanas, pero al costado del acantilado, los campos en terraza todavía

se asían precariamente a la pendiente muy pronunciada, Vimos a los campesinos en sus labores, del todo indiferentes a nosotros. De pronto nos rodeó la blancura, una oscuridad completa y absoluta, hasta el ruido de los motores pareció disminuir. Estábamos en las nubes. Pocos minutos con jirones de nubes pasando velozmente por las ventanillas, y la luz se hizo más fuerte. Salimos al azul pálido del cielo, inundado de dorada luz solar. Mirar hacia abajo era como mirar un mar de nieve, de un blanco centelleante, hiriente por la intensidad del resplandor. Subimos y subimos, y comprendí que el hombre a cargo de la máquina me estaba hablando.

—Ahora estamos volando más alto que usted antes, con sus cometas —dijo— mucho más alto.

—De ninguna manera —repliqué—, porque cuando yo volaba, ya me encontraba a más de cinco mil metros de altura.

Eso lo sorprendió. Se volvió para mirar por la ventanilla, el ala se hundió y nos fuimos de costado en una zambullida zumbante. Huang se puso verde, un color de veras horrible, y le ocurrieron cosas que no se pueden mencionar. Se lanzó de cabeza del asiento y quedó boca abajo en el piso. No era un espectáculo agradable, pero tampoco le estaba sucediendo nada agradable. Yo... yo siempre fui inmune al mareo y no sentí más que una agradable sensación ante las maniobras. Huang no sentía lo mismo, estaba horriblemente preocupado por todo aquello. Cuando aterrizamos no era más que una masa trémula que de vez en cuando emitía un gemido doloroso.

¡Huang no era un buen aviador! Antes de aterrizar, el piloto apagó los motores y flotamos a la deriva en el cielo, mientras bajábamos gradualmente. Sólo el zumbido del viento en las alas y el tamborileo de la tela a los costados de la máquina nos recordaban que estábamos en un aparato hecho por el hombre. De pronto, cuando ya nos encontrábamos muy cerca del suelo, el piloto encendió nuevamente los motores y otra vez nos en-

deció el bramido de muchos caballos de fuerza. Después de un círculo, tocamos tierra. Un violento topetazo, un chillido del patín de cola y nos detuvimos repiqueteando. Otra vez se apagaron los motores, y el piloto y yo nos levantamos para bajar. El pobre Huang no estaba en condiciones de ponerse de pie. Tuvimos que bajarlo y dejarlo en la arena para que se recobrase.

Temo haber sido muy poco compasivo; Huang estaba boca abajo en la arena amarilla de la isleta en la cual habíamos aterrizado, en medio del río de una milla de ancho. Estaba boca abajo, gimiendo y haciendo movimientos raros, y yo me alegraba de que no pudiera levantarse. Me alegraba porque eso me daba una buena excusa para detenerme y hablar con el hombre que había piloteado la máquina. Hablamos, claro que sí. Desgraciadamente, él quería hablar de Tibet. ¿Qué tal era el país para volar? ¿Podían aterrizar aviones allí? ¿Se podía arrojar un ejército con paracaídas? Bueno, yo no tenía la menor idea de lo que podían ser paracaídas, pero dije que no, para estar seguro. Llegamos a un arreglo. Yo le hablé de Tibet y él me habló de la aviación Después dijo:

—Me sentiría muy honrado de que conociera a algunos de mis amigos que también se interesan mucho por los misterios del Tibet.

¿Para qué quería yo conocer a sus amigos? No era más que un estudiante universitario, quería ser un estudiante del aire, y aquel hombre no pensaba más que en el lado social de las cosas. En Tibet, había sido uno de los pocos en volar. Había volado por encima de las montañas en una cometa, pero si bien la sensación había sido magnífica, y el silencio tranquilizador, la cometa estaba atada a tierra. Sólo podía remontarse en el aire, no podía volar a capricho del piloto. Estaba atada como el yac para pastar. Quería saber algo más de aquella máquina rugidora que volaba como yo lo había soñado, que podía volar a cualquier parte, a cualquier lu-

gar del mundo, según me había dicho el piloto, y todo lo que a él le importaba era... ¡hablar de Tibet!

Por un momento pareció haber un desacuerdo insuperable. Nos sentamos en la arena, mirándonos fijamente, mientras el pobre Huang gemía a un costado, sin recibir la menor atención de nuestra parte. Finalmente llegamos a un acuerdo. Acepté conocer a sus amigos y decirles algunas cosas de Tibet y sus misterios. Acepte pronunciar algunas conferencias. Él, a su vez, me llevaría otra vez en el aeroplano y me explicaría cómo se lo manejaba. Primero caminamos alrededor de la máquina, mientras me señalaba varias partes. Los alerones, el timón, los elevadores... toda clase de cosas. Después entramos y nos sentamos, uno junto a otro, en el asiento delantero. Frente a cada uno de nosotros había una especie de bastón que terminaba en media rueda. La rueda podía girar a la derecha o a la izquierda, y el bastón completo podía tirarse hacia adelante o hacia atrás. Me explicó que al tirar hacia atrás el avión se elevaba, mientras que tirando hacia adelante, bajaba, y que al girar la rueda también giraba la máquina. Me señaló los distintos diales y perillas. Después echó a andar los motores, y detrás de los cristales vi las agujas que cambiaban de posición según se alterara la velocidad de los motores. Pasamos un largo rato. El piloto cumplió muy bien su parte y me explicó todo. Después, detenidos los motores, bajamos, él quitó varias cubiertas y me señaló varios detalles: carburadores, tapones de chispas y muchas otras cosas.

Esa noche, según lo prometido, conocí a sus amigos. Por supuesto, eran chinos. Todos estaban vinculados con el ejército. Uno de ellos me dijo que conocía bien al generalísimo Chiang Kai-Shek, quien estaba tratando de reclutar el núcleo de un ejército técnico, y de mejorar el nivel de servicio en el ejército chino. Me dijo que al cabo de unos días llegarían a Chungking uno o dos aviones más pequeños. Añadio que eran aviones comprados a los americanos. Después de eso, no pensé más que en volar. ¿Cómo podría hacer para subir en uno de esos

aviones? ¿Cómo podría arreglármelas para hacerlo despegar? ¿Cómo podría aprender a volar?

Algunos días más tarde, Huang y yo salíamos del hospital, cuando de las nubes salieron dos formas plateadas, dos aviones de caza de un asiento que habían llegado de Shangai, según lo prometido. Volaron en círculos sobre Chungking. Después, como si hubieran descubierto dónde aterrizar, descendieron en formación. No perdimos tiempo. Bajamos corriendo la calle de escalones y nos dirigimos hasta la arena. Junto a las máquinas había dos pilotos chinos, muy ocupados limpiando las manchas que su viaje entre las nubes había dejado en los aviones. Huang y yo nos aproximamos a ellos y nos presentamo al jefe de los dos, el capitán Po Ku. Huang me había indicado con toda claridad que nada lo induciría a volar nuevamente. Creyó morir después de su primer —y último— vuelo.

El Capitán Po Ku dijo:

—Ah, sí, me hablaron de usted. En realidad, quería comunicarme con usted, pero no sabía cómo hacerlo.

Con lo cual me sentí muy halagado. Caminamos un rato. Me mostró las diferencias entre esa máquina y la otra de pasajeros que había visto antes. Me indicó que ésa era con un solo asiento y un solo motor, mientras que la otra tenía tres motores. En aquel momento pudimos quedarnos muy pooc tiempo, porque teníamos que cumplir nuestros deberes en el hospital. Nos fuimos de muy mala gana.

Al día siguiente, teníamos la mañana libre. Lo más temprano posible, fuimos hasta donde estaban los dos aviones. Le pregunté al capitán cuándo cumpliría su promesa de enseñarme a volar.

—Oh, de ninguna manera puede enseñarle. Estoy aquí por orden de Chiang Kai-Shek. Estamos exhibiendo estos aviones —me dijo.

Seguí insistiendo ese día, y cuando lo vi al siguiente, me dijo:

—Puede sentarse en la máquina, si quiere. Eso le re-

sultará bastante agradable. Siéntese y ensaye los controles. Funcionan así.

Se sentó en la raíz del ala, me indicó cuáles eran los controles y cómo funcionaban. Eran muy semejantes a los de la máquina de tres motores, si bien mucho más sencillos. Esa noche llevamos a los dos pilotos hasta el templo que era nuestro hogar. Los aviones quedaron bajo una fuerte custodia policial. Seguí insistiendo en mi pedido, pero no logré que me dijeran cuándo me enseñarían a volar.

—Oh, tal vez tenga que esperar mucho tiempo. El entrenamiento lleva meses. Es imposible volar de buenas a primeras, como usted quiere hacerlo. Primero tendrá que asistir a una escuela preparatoria, después volará en una máquina de asiento doble y tendrá que volar muchas horas antes de que le permitan pilotear un avión como el nuestro.

Al día siguiente, regresamos a los aviones. Huang y yo cruzamos el río y bajamos en la arena. Los dos hombres estaban muy ocupados con sus máquinas. Los dos aviones estaban muy separados uno de otro. Aparentemente, el avión del amigo de Po Ku tenía algún desperfecto, porque había quitado la cubierta del motor y el suelo estaba lleno de herramientas. El avión de Po Ku tenía el motor andando. Lo estaba ajustando. Lo apagó, hizo un ajuste y lo encendió nuevamente. Hizo unos ruidos raros, prueba de que no marchaba bien. Estaba absorto en su tarea y no nos prestó la menor atención. Estaba de pie en el ala, arreglando el motor. Por fin, cuando logró su propósito y el motor ronroneó suavemente como un gato contento, enderezó la espalda mientras se secaba las manos en un trapo. Parecía muy feliz. Se volvió a hablar con nosotros cuando su compañero lo llamó con toda urgencia desde el otro avión. Po Ku quiso apagar el motor de su máquina, pero el otro piloto lo llamaba frenéticamente, de modo que se dejó caer al suelo desde el ala y corrió hasta allá.

Miré a Huang.

—Ajá, dijo que me podía sentar en la cabina, ¿no es así? Bueno, me sentaré —dije.

—Lobsang ¿no estarás pensando en hacer una tontería verdad? —dijo Huang.

—De ninguna manera —repliqué—. Podría manejar muy bien esto, sé perfectamente cómo funciona.

—Pero, hombre, te matarás —dijo Huang.

—¡No digas disparates! —repliqué—. ¿No volé antes en cometas? ¿No estuve ya en el aire, sin sentir marco alguno?

El pobre Huang quedó abatido cuando le dije esto último, porque sabía que su aptitud para volar no era nada buena.

Miré hacia el otro avión, pero los dos pilotos estaban demasiado ocupados para preocuparse por mí. Estaban de rodillas en la arena, arreglando una parte del motor. Era evidente que estaban muy abstraídos. No había nadie cerca, excepto Huang... de modo que subí al avión. Como había visto hacer a los otros, de un puntapié saqué las calzas de las ruedas y subí rápidamente en cuanto el avión comenzó a rodar. Me había explicado varias veces el funcionamiento de los controles y sabía cuál era el acelerador, sabía qué tenía que hacer. Apreté el acelerador con fuerza, casi hasta el tope. Lo hice con tanta fuerza que creí torcerme la muñeca. El motor rugió, acelerado al máximo, como si quisiera salirse del avión. Entonces partimos a toda carrera, deslizándonos por aquella franja de arena. Vi un fogonazo donde se encontraban el agua y la arena. Me sentí aterrorizado un instante, después recordé: tirar hacia atrás. Tiré el timón hacia atrás, se levantó la nariz, las ruedas besaron las olas e hicieron espuma, subíamos. Sentí como si una mano inmensa y poderosa me impulsara hacia arriba. El motor rugía y pensé: "No debo ir demasiado rápido, tengo que aflojar el acelerador o de lo contrario se hará pedazos el motor."

Aflojé algo el acelerador y el ruido del motor se hizo menos intenso. Miré hacia abajo y me llevé una sorpresa. Muy abajo se veían los acantilados blancos de Chung-

king. Volaba muy alto, tanto que no podía adivinar dónde estaba. Cada vez subía más. ¿Acantilados blancos de Chungking? ¿Dónde? ¡Caramba! Si subo un poco más, saldré del mundo, pensé. En ese momento se sintió un temblor fortísimo y creía que me haría pedazos. El timón se soltó de mis manos. Me sentí arrojado contra un costado de la máquina que se ladeaba y se sacudía violentamente, y se dirigía a tierra girando sobre sí misma. Por un instante me sentí sobrecogido de pavor. Me dije:

—Esta vez te luciste, Lobsang querido. Te creíste demasiado inteligente. Dentro de unos segundos estarán raspando tus restos de las rocas. Oh, ¿por qué salí de Tibet?

Después razoné qué debía hacer, recordando lo que me habían dicho y mi experiencia de vuelo en cometa. Una picada muy pronunciada; los controles no pueden obrar, de modo que debo acelerar al máximo para lograr algún control de dirección. En cuando lo pensé, hundí el acelerador otra vez y la máquina volvió a rugir. Después aferré con todas mis fuerzas el timón de mando y me afirmé contra el respaldo del asiento. Con manos y rodillas moví el timón. La nariz cayó de pronto, como si el fondo se hubiera salido del mundo. No tenía cinturón de seguridad y de no haber estado aferrado al timón habría salido disparado de la cabina. La sangre se me heló en las venas, como si alguien me estuviera tirando nieve por la espalda. Las rodillas se me debilitaron de una manera extraña, la máquina rugió y el gemido del avión se hizo cada vez más fuerte. Tenía la cabeza rapada, pero estoy seguro de que se hubieran parado los cabellos, a pesar del viento. ¡Oh, ya vamos bastante rápido!, me dije y, con mucho cuidado para evitar que se rompiera, moví el timón en dirección contraria. Gradualmente, con una lentitud aterradora, subió la nariz, pero con la emoción olvidé enderezar el avión. Siguió subiendo la nariz, hasta que una extraña sensación me hizo mirar hacia abajo. ¿O miré hacia arriba? ¡Descubrí que tenía el mundo encima de la cabeza! Por un ins-

tante me sentí tan aturdido que no supe qué había ocurrido. Después el avión se sacudió y volvió a ponerse en picada, de modo que la tierra, la durísima tierra, quedó frente a la hélice. Había dado un salto mortal. Había volado cabeza abajo, aferrado con manos y rodillas a la cabina de mando, colgado de cabeza, sin cinturón de seguridad y, decididamente, sin muchas esperanzas. Admito que estaba aterrado, pero pensé: Bueno, si puedo mantenerme en el lomo de un caballo, puedo mantenerme en una máquina. Dejé que la nariz bajara un poco más y después, con mucha lentitud, moví hacia atrás el timón. Otra vez sentí que una mano poderosa me empujaba; sin embargo, esta vez moví el timón suavemente, con mucho cuidado, mientras observaba el suelo. Por fin enderecé el avión. Me quedé quieto unos minutos, sin hacer otra cosa que secarme la transpiración de la frente, mientras pensaba que acababa de pasar por un momento terrible. Primero, derecho hacia abajo, después derecho hacia arriba, después cabeza abajo y finalmente no sabía hacia dónde.

Miré por el costado, espié el suelo, di vueltas y más vueltas y no tenía la menor idea de dónde me encontraba. Podía haber estado en el desierto de Gobi. Por fin, abandonada toda esperanza, me golpeó la inspiración — ¡ya me había golpeado también casi todo lo que había en la cabina! El río, ¿dónde estaba el río? Es evidente que si puedo encontrar el río, pensé, entonces tendré que ir hacia la derecha o hacia la izquierda para llegar a alguna parte. Giré suavemente mientras trataba de penetrar la distancia. Al cabo vi una fina cinta de plata en el horizonte, puse el avión en esa dirección y allí lo dejé. Empujé el acelerador para adquirir más velocidad y después volví a aflojarlo por temor de que se rompiera algo con tanto ruido como estaba haciendo. En ese momento no me sentí nada feliz. Había descubierto que hacía todo con exageración. Había apretado el acelerador y la nariz había ascendido con celeridad alarmante, o de lo contrario lo aflojaba y la nariz bajaba con una prisa aún más pavorosa. De modo que ahora trataba de ha

cerlo todo con suavidad; era una nueva actitud que había adoptado para la ocasión.

Cuando llegué a sobrevolar el río volví a girar, lo seguí y busqué los acantilados de Chungking. Era pasmoso. No podía encontrar la ciudad. Después decidí bajar un poco. Descendí en círculos, cada vez más, mientras miraba por el costado buscando los acantilados blancos con las incisiones que eran las calles de escalones, buscando los campos en terraza. Era difícil hallarlos. Por fin comprendí que todas aquellas motitas que se veían en el río eran los buques que se acercaban a Chungking. Un pequeño vapor de ruedas, los sampanes y los juncos. Bajé aun más. Después vi una aguja de arena. Seguí descendiendo en espirales, como el halcón en busca de presa. El trocito de arena se fue haciendo más grande. Tres hombres miraban hacia arriba, petrificados por el terror. Los tres hombres eran Po Ku, su amigo piloto y Huang, que según me dijeron después, estaban seguros de haber perdido un avión. Pero yo me sentía confiado, demasiado confiado. Había estado en el aire, había volado cabeza abajo y había encontrado la ciudad. Ahora soy el mejor piloto del mundo, pensé. En ese mismo momento me picó la pierna izquierda, donde tenía una cicatriz muy fea, recuerdo de una quemadura que me hice en el lamasterio. Supongo que inconscientemente moví la pierna. El avió osciló, un vierto fortísimo me golpeó la mejilla, la nariz se hundió cuando vaciló el ala y pronto me encontré en una rugiente cuesta abajo. Otra vez apreté el acelerador y moví el timón de mando. El avión tembló y las alas vibraron. ¡Creí que se iban a desprender! Por un milagro permanecieron en su sitio. El avión cocorveó como un caballo irritado y después se enderezó. El corazón me latía violentamente por el esfuerzo y por el miedo que sentía. Volví a volar en círculos sobre la isleta Bueno, pensé, ahora tengo que aterriza. ¿Cómo voy a hacerlo? El río medía una milla de ancho. Pero a mí me parecía que eran sólo pulgadas y que el terrenito en el que tenía que descender era una motita perdida. Seguí volando en círculos, sin saber qué

hacer. Después recordé lo que me habían dicho al explicarme cómo se volaba. Con la mirada busqué alguna columna de humo para ver en qué dirección soplaba el viento, porque me dijeron que tenía que aterrizar de cara al viento. Soplaba río arriba, según vi por una fogata que habían encendido en una orilla. Giré y volé río arriba muchas millas y después invertí el curso, de modo que volé río abajo y de cara al viento. Al acercarme a Chungking disminuí gradualmente la velocidad para que el avión bajara cada vez más. En una oportunidad la disminuí demasiado, el avión se balanceó y cayó como una piedra. Me pareció que el corazón y el estómago se me habían quedado en una nube. Con toda rapidez apreté el acelerador y tiré el timón hacia atrás, pero tuve que dar vuelta y hacer otra vez el viaje río arriba, empezar todo de nuevo. Ya me estaba cansando ese asunto de volar y deseaba no haberlo iniciado. Pensé que una cosa era *decolar* y otra muy distinta aterrizar... entero.

El rugido del motor se hacía monótono. Me encantó ver nuevamente a Chungking. Estaba volando bajo, lentamente, encima del río, entre rocas que a menudo parecían blancas pero que ese momento, a causa de los rayos oblicuos del sol, parecían de un negro verdoso. Cuando me acerqué a la isleta en medio del río demasiado angosto —¡me hubieran venido muy bien unas cuantas millas más de ancho!— vi tres figuras que daban saltos, muy excitadas. Me entretuve tanto en mirarlas, que casi olvidé que tenía que aterrizar. Cuando pensé que ése era el lugar para hacerlo, ya había pasado debajo de mis ruedas, debajo del patín de cola. Con un suspiro de resignación, apreté otra vez el odiado acelerador para ganar velocidad. Moví el timón para ascender y giré hundiendo profundamente el ala izquierda. Me encontraba otra vez río arriba, harto del paisaje, harto de Chungking, harto de todo.

Giré nuevamente río abajo y cara al viento. Hacia la derecha vi un espectáculo hermoso. El sol se estaba poniendo y se lo veía rojo, rojo y enorme. Bajaba. Recorde que yo también tenía que bajar y pensé que me precipitaría a tierra y moriría; pensé que todavía no estaba

preparado para reunirme con los dioses, que todavía me quedaba mucho por hacer. En ese momento recordé la profecía y supe que no tenía de qué preocuparme. ¡La profecía! Claro que iba a aterrizar perfectamente, sin el menor daño.

Pensando en eso, casi olvidé a Chungking. Estaba allí, casi debajo del ala izquierda. Aflojé suavemente el timón hasta que la isleta quedó frente a la máquina. Disminuí la velocidad. El avión bajó gradualmente. Tiré hacia atrás el acelerador de modo que cuando estuve a tres metros sobre el agua murió el ruido del motor. Para que no se produjera un incendio si me precipitaba a tierra, apagué el motor. Después, con mucha suavidad, manejé el timón para perder altura. Justo frente a la máquina vi el agua y la arena, como si las estuviera apuntando. Con cuidado, moví el timón para ganar altura. Sentí un tirón, una sacudida y un rebote. Otra vez ruido de algo que raspa contra algo, un tirón, una sacudida y después un crujido portentoso, como si todo se estuviera cayendo a pedazos. Estaba en el suelo. El avión había aterrizado solo. Me quedé muy quieto unos minutos, sin poder creer que todo había terminado, que el ruido del motor no era más que imaginario. Después miré a mi alrededor. Po Ku, su compañero y Huang venían corriendo hacia mí, con la cara roja, sin aliento. Se detuvieron debajo del avión. Po Ku me miró, miró el avión, después a mí nuevamente. Después se puso muy pálido, sorprendido y tranquilizado al mismo tiempo. Al verme le causó tanto alivio que no pudo enojarse. Después de un intervalo larguísimo. dijo:

—Esto lo arregla todo. Tendrá que unirse a la Fuerza Aérea, de lo contrario, me veré en serios apuros.

—Muy bien —respondí—. Nada podría parecerme mejor. Volar no tiene nada de particular. ¡Pero me gustaría aprender según el método aprobado!

Po Ku volvió a ponerse rojo y después lanzó una carcajada.

—Es un piloto nato, Lobsang Rampa. Se le dará la oportunidad de que aprenda a volar.

Ese fue el primer paso para abandonar a Chunking. Como piloto y cirujano, mis servicios serían útiles en otra parte.

Ese mismo día, más tarde, mientras hablábamos del asunto, pregunté a Po Ku por qué, si había estado tan preocupado por mí, no había salido con el otro avión a mostrarme el camino de vuelta.

—Quise hacerlo, pero usted había partido con el arranque —dijo.

Por supuesto, Huang contó a todo el mundo lo ocurrido, lo mismo que Po Ku y su compañero. Durante varios días fui el tema de conversación en la facultad y en el hospital, con gran disgusto de mi parte. El doctor Lee me mandó llamar. Oficialmente, para darme una severa reprimenda, pero en realidad me felicitó. Me dijo que le habría gustado hacer algo así en su juventud, pero...

—No había aviones en mi juventud, Rampa. Teníamos que viajar a caballo o a pie.

Dijo que le había cabido a un tibetano salvaje darle la mayor emoción que había sentido en muchos años.

—Rampa, ¿cómo se veían sus auras cuando voló sobre ellos y creyeron que se les caería encima? —me preguntó.

Tuve que reir cuando le respondí que parecían completamente aterrados y que sus auras se habían contraído a una mancha celeste, con rayas castañas.

—Por suerte, no había nadie allí que viera la mía —añadí—. Debe haber sido terrible. Por lo menos, yo no me sentí nada bien!

Al poco tiempo me entrevisté con un representante del generalísimo Chiang Kai-Shek, quien me ofreció una oportunidad de aprender a volar y obtener un grado de oficial en las Fuerzas Chinas. El funcionario me dijo:

—Si tenemos tiempo, antes de que los japoneses nos invadan seriamente, nos gustaría crear un cuerpo especial para asistir a los heridos que no pueden ser movidos de donde están.

De modo que tuve que estudiar otras cosas, además del cuerpo humano. Tuve que aprender la circulación

del aceite, así como la circulación de la sangre. Tuve que estudiar la armazón de los aviones, así como el esqueleto humano. Me ofrecían el mismo interés y tenían muchas cosas en común.

Pasaron los años y me convertí en médico diplomado y en piloto diplomado, con adiestramiento en ambas carreras. Trabajaba en el hospital y volaba en el tiempo libre. Huang dejó de ser el compañero de antes. No le interesaba volar y se ponía pálido a la sola vista de un avión. Po Ku, en cambio, permaneció a mi lado porque se había demostrado que nos llevábamos muy bien y que formábamos un buen equipo.

La sensación de volar era magnífica. Era estupendo estar allá arriba en un avión, apagar el motor y deslizarse en el aire, planeando como los pájaros. Se parecía mucho a los viajes astrales que todavía realizo y que toda persona puede emprender, siempre que tenga el corazón sano y la paciencia de perseverar.

¿Sabe USTED qué es un viaje astral? ¿Puede USTED recordar los placeres de remontarse, de ir a la deriva sobre los techos, de cruzar los océanos hasta algún punto distante? Todos podemos hacerlo. Ocurre cuando la parte más espiritual del cuerpo deja de lado su cubierta física, se remonta a otras dimensiones y visita otras partes del mundo en el extremo de su "cuerda de plata". No hay nada mágico en ello, nada de malo. Es sano y natural, y en los tiempos pasados los hombres realizaban viajes astrales sin estorbos ni obstáculo. Los adeptos de Tibet y muchos de India viajan en esa forma de un lugar a otro y no hay nada extraño en eso. En los libros religiosos de todo el mundo, en las Biblias de todas las religiones, se mencionan cosas como la "cuerda de plata" y el "cuenco de oro". Lo que llamamos la cuerda de plata no es más que un dardo de energía radiante, capaz de extenderse de manera infinita. No es una cuerda material, como un músculo, una arteria o un trozo de piolín, sino la vida misma, es la energía que conecta el cuerpo físico con el astral.

El hombre tiene muchos cuerpos. Por el momento, sólo

nos interesa el físico y, en la próxima etapa, el astral. Podemos pensar que cuando nos encontramos en otro estado seremos capaces de atravesar las paredes o los pisos. En ese estado astral las cosas de este mundo no obstruyen nuestro paso. Las puertas de una casa no pueden encerrarnos o impedirnos la entrada. Pero en el mundo astral también hay puertas y paredes que para quienes, aun estando en él, son tan sólidas como las puertas y paredes de este mundo para el cuerpo físico.

¿Ha visto USTED un fantasma? Si la respuesta es afirmativa, probablemente se trataba de un ente astral, tal vez la proyección astral de alguien a quien usted conoce, o alguien que lo visita desde otra parte del mundo. En algún momento habrá tenido un sueño muy vívido. Tal vez soñó que flotaba en el cielo como un globo, sostenido por una cuerda. Tal vez le fue posible mirar hacia abajo desde allá arriba, desde el extremo de esta cuerda y vio que su cuerpo estaba rígido, pálido, inmóvil. Si conservó la calma ante esa visión desconcertante, tal vez se encontró flotando, a la deriva, como una hojita en el viento. Un poco más tarde, pudo encontrarse en algún país distante o en algún barrio alejado y desconocido. Si a la mañana siguiente pensó en eso, es probable que lo calificara de sueño. Era un viaje astral.

Trate de hacer lo siguiente. Cuando se acueste por la noche, piense intensamente que va a visitar a alguien que conoce muy bien. Piense cómo va a hacer para vivisitar a esa persona. Tal vez se trate de alguien que vive en una ciudad cercana. Pues bien, mientras está acostado quédese muy quieto, con los músculos relajados, sereno. Cierre los ojos e imagine que flota fuera de la cama, que sale por la ventana y flota en la calle —sabiendo que nada puede lastimarlo—, sabiendo que no puede caer. En su imaginación, siga exactamente el camino, calle por calle, hasta que llegue a la casa que desea. Entonces, imagine cómo entra en la casa. Recuerde que las puertas no son un obstáculo para usted, que no debe golpear. Podrá ver a su amigo, a la persona que va a visitar. Es decir, podrá verlo si sus motivos son

puros. No existe ninguna dificultad, ningún peligro, ningún daño. Hay una sola ley: los motivos deben ser puros.

He aquí otra manera. Es una repetición, si quieren llamarlo así, pero es mucho mejor enfocar un asunto desde dos puntos de vista, para que todos puedan advertir qué simple es. Cuando está acostado, solo y sin que lo molesten, cierre la puerta con llave para que nadie entre y quédese quieto. Imagine que se desprende suavemente de su cuerpo. No hay ningún peligro, nada puede hacerle daño. Imagine que oye varios crujidos y que se producen numerosas sacudidas pequeñas a medida que la fuerza espiritual abandona el cuerpo físico y se solidifica en lo alto.

Imagine que está formando un cuerpo que es la exacta contraparte de su cuerpo físico, y que flota encima de él, sin pesar nada. Sentirá un suave mareo, algo así como una caída. No hay nada que temer, nada de qué preocuparse. Es natural e inocuo. A medida que pasan los minutos verá que gradualmente su espíritu liberado flota a la deriva a varios pies de altura. Después puede mirar hacia abajo para ver a su cuerpo físico. Verá que éste el cuerpo astral están unidos por una brillante cuerda de plata, una cuerda azulada que palpita con vida, con pensamientos que van de lo físico a lo astral y de lo astral a lo físico. Nada puede hacerle daño mientras sus pensamientos sean puros.

Casi todos hemos tenido una experiencia de viaje astral. Haga un esfuerzo y trate de recordar lo siguiente: ¿alguna vez, mientras soñaba, tuvo la impresión de que se bamaboleaba y caía, hasta que por fin despertó sobresaltado antes de estrellarse contra el suelo? Ese era un viaje astral mal realizado, desagradable. No hay necesidad de que usted sufra ese inconveniente o ese desagrado. En su momento, lo causó la diferencia de vibración entre el cuerpo físico y el astral. Es posible que cuando estaba flotando para entrar en el cuerpo físico, después de realizar un viaje, un ruido, una corriente de aire o alguna interrupción, provocó un leve cambio de

posición, y el cuerpo astral no bajó al cuerpo físico en la posición exacta y debida y se produjo un tirón, un sobresalto. Puede compararlo a la acción de bajar de un ómnibus. Podríamos decir que el ómnibus es el cuerpo astral y que marcha a veinte kilómetros por hora. El suelo, al que llamaremos el cuerpo físico, está inmóvil. En el corto lapso que va desde el momento en que se abandona la plataforma, hasta que se pisa el suelo, el pasajero debe aminorar la velocidad, de lo contrario experimentará una sacudida. Del mismo modo, cuando se tiene esa sensación de caída, es porque el cuerpo astral ha estado viajando sin que uno lo supiera. Lo que ocurre es que la sacudida de realizar, lo que podríamos llamar un "mal aterrizaje", borra de la memoria todo recuerdo de lo hecho y de lo visto. En cualquier caso, si no se tiene experiencia, los viajes astrales se realizan mientras estamos dormidos. Entonces es natural que se piense que todo ha sido un sueño. "Anoche soñé que visitaba tal lugar y que veía a tal persona". ¿Cuántas veces lo hemos dicho? ¡Todo un sueño! ¿Pero, lo era? Con un poco de práctica, es posible realizar viajes astrales en estado de vigilia y de ese modo se recuerda lo visto y lo hecho. Por supuesto, la gran desventaja del viaje astral, es la siguiente: cuando se viaja en esa forma no podemos llevar nada con nosotros, y tampoco traer nada de vuelta, de modo que es una pérdida de tiempo pensar que se puede ir a alguna parte en un viaje astral, pues no se puede llevar dinero, ni siquiera un pañuelo; sólo el espíritu.

Las personas que sufren del corazón no deben practicar los viajes astrales. Para ellos puede ser peligroso. Pero para aquellos que tienen el corazón sano no existe el menor peligro, pues mientras los motivos sean puros, mientras no se piense en hacer daño o perjudicar a otro, nada malo puede ocurrir.

¿Alguno de ustedes quiere viajar en esa forma? Ésta es la manera más fácil de hacerlo. Antes que nada, recuerde esto: la primer ley de psicología, establece que en cualquier batalla entre la volutad y la imaginación, la imaginación *siempre* gana. De modo que debe imaginar

siempre que puede hacer algo, y si lo imagina con bastante fuerza, podrá hacerlo. Podrá hacer cualquier cosa. He aquí un ejemplo:

Sea lo que fuere aquello que usted imagina que puede hacer, podrá hacerlo, a pesar de todo lo difícil o imposible que parezca a cualquier observador. Si la imaginación le dice que algo es imposible, entonces para usted eso será imposible, a pesar de todos los esfuerzos de la voluntad. Piense en lo siguiente: hay dos casas de diez metros de altura, separadas por una franja de tres metros. Están unidas por un tablón que va de techo a techo. El tablón tiene, tal vez, sesenta centímetros. Si quiere caminar por ese tablón, la imaginación le pintará todos los riesgos, el viento que puede voltearlo, algo en la madera que lo haga tropezar. Su imaginación le dice que puede marearse; sea cual fuere el motivo, la imaginación le dice que ese viaje es imposible para usted, que caerá y se matará. Bueno, a pesar de todos sus esfuerzos, una vez que ha imaginado que no puede hacerlo, no podrá hacerlo, y esos pocos pasos sobre el tablón, serán un viaje imposible para usted. No hay voluntad en el mundo que permita cruzar a salvo. Sin embargo, si ese tablón estuviera en el suelo, lo recorrería sin la menor vacilación. ¿Cuál gana en un caso como éste? ¿La volutad? ¿O la imaginación? Por otra parte, si imagina que puede recorrer el tablón que une dos casas, entonces podrá hacerlo con toda facilidad, aunque sople viento o se sacuda la tabla, siempre que la imaginación le diga que puede cruzar sin peligro. Hay personas que caminan por la cuerda floja, a veces lo hacen en bicicleta, pero no hay fuerza de voluntad capaz de impulsarlas a hacerlo. Todo es obra de la imaginación.

Es una lástima que a esto tengamos que llamarlo "imaginación", porque, especialmente en Occidente, eso significa algo fantástico, algo increíble y, con todo, la imaginación es la fuerza más poderosa del mundo. La imaginación puede lograr que una persona se crea enamorada, y así el amor se convierte en la segunda fuerza poderosa. Lo llamaremos imaginación controlada. Como quiera

que lo llamemos, debemos recordar siempre que en una batalla entre la voluntad y la imaginación, esta última SIEMPRE GANA. En el Oriente no nos preocupamos por la fuerza de voluntad, porque es una celada, una trampa que encadena al hombre a la tierra. Nosotros nos fiamos de de la imaginación controlada y obtenemos muy buenos resultados.

Si usted tiene que ir al dentista para que le arranque una muela, imagina los horrores que le esperan, el dolor intensísimo, imagina a cada paso la extracción. Tal vez imagina el pinchazo de la aguja, y el tirón cuando bombean anestesia y después el manoseo del dentista. Imagina que se desmaya, que grita o que se desangra hasta morir. Por supuesto, no son más que disparates, pero para usted, son muy reales, y cuando se sienta en el sillón sufre una cantidad de dolores que son completamente innecesarios. Este es un ejemplo de imaginación mal usada. Eso no es imaginación controlada, es imaginación desenfrenada y nadie debe permitirla.

A las mujeres se les han contado relatos sorprendentes acerca de los dolores y el peligro de tener hijos. En el momento del parto, al pensar en todos los dolores que sobrevendrán, la futura madre se pone tensa, rígida, y entonces siente el dolor. Eso la convence de que lo imaginado es perfectamente real, que tener un hijo es muy doloroso, de modo que se pone más tensa aún, siente más dolor, y al fin, pasa unos momentos obsolutamente terribles. Eso no ocurre en Oriente. La gente imagina que tener un hijo es fácil e indoloro. Y así resulta. En Oriente, las mujeres tienen un hijo y tal vez, al cabo de unas horas, siguen con sus tareas domésticas, porque saben cómo controlar la imaginación.

¿Alguna vez oyeron hablar del "lavado de la mente" que practican los japoneses y los rusos? Es un proceso mediante el cual se oprime la imaginación, lo cual hace que uno imagine lo que quiere el captor. Ese es el medio que tienen para controlar la imaginación del prisionero, de modo que éste admitirá cualquier cosa, aunque le cueste la vida. La imaginación controlada evita esto

porque la víctima, cuya mente están lavando, o la cual están torturando, puede imaginar otra cosa, y entonces la prueba tal vez no sea tan grande; por lo menos la víctima no sucumbe a ella.

¿Conocen ustedes el proceso de sentir un dolor? Hundámonos un alfiler en el dedo. Bueno, apoyamos la punta del alfiler contra la carne, y con total aprensión aguardamos el momento en que penetrará la piel y dejará en libertad una gota de sangre. Concentramos todas nuestras energías en examinar ese punto. Si nos doliera un pie, nos olvidaríamos de él en el proceso de pincharnos un dedo con un alfiler. Concentramos toda nuestra imaginación en ese dedo, en la punta de ese alfiler. Por pensar en el dolor que nos causará, excluimos todo lo demás. Eso no le ocurre al oriental, que ha sido adiestrado. No se detiene a pensar en el dedo o en la perforación que seguirá. Disipa su imaginación —la imaginación controlada— en todo su cuerpo, de modo que el dolor que se produce en el dedo se extiende a todo el cuerpo y, de ese modo, algo tan pequeño como un pinchazo, no se llega a sentir. Eso es imaginación controlada. He visto personas atravesadas por una bayoneta. No gritaron ni se desmayaron, porque sabían que llegaría el golpe de la bayoneta e imaginaron otra cosa —nuevamente imaginación controlada— y el dolor se extendió en toda la zona del cuerpo, en vez de localizarse. La víctima logró sobrevivir al dolor del golpe de la bayoneta.

El hipnotismo es otro buen ejemplo de imaginación. En este caso la persona hipnotizada, entrega su imaginación, a la persona que la hipnotiza El hipnotizado imagina que sucumbe a la influencia del otro. Imagina que se siente amodorrado, que está cayendo bajo la influencia del hipnotizador. De ese modo, si el hipnotizador es suficientemente persuasivo y convence a la imaginación del paciente, éste sucumbe y obedece las órdenes del hipnotizador. Eso es todo. De la misma manera, si una persona practica la auto-hipnosis, simplemente imagina que cae bajo la influencia de... ¡sí MISMO! Y así es su Gran Yo quien lo controla. Esta imaginación, naturalmente,

es la base de las curas por la fe; la gente imagina que si visita tal lugar o trata tal persona, curará al instante. Su imaginación, en este caso, de veras transmite órdenes al cuerpo y de esa manera se efectúa la curación; esa curación es permanente mientras la imaginación sea la dueña, mientras no aparezca la sombra de una duda.

Daré otro pequeño ejemplo, porque la imaginación controlada es lo más importante. Imaginación controlada puede significar la diferencia entre el éxito o el fracaso, entre la salud y la enfermedad. Pero vayamos al ejemplo. ¿Alguna vez anduvieron en bicicleta por un camino derecho y amplio, y vieron delante una piedra grande, tal vez a unos cuantos centímetros de la rueda delantera? Quizá pensaron: "¡Oh, no puedo evitarla!" En ese caso, no pudieron. La rueda delantera vacila y, a pesar de todos los esfuerzos, se choca contra esa piedra, como si la bicicleta fuera atraída por un imán. No hay fuerza de voluntad capaz de ayudarlo a evitar esa piedra. Sin embargo, de haber imaginado que la evitaba, es absolutamente cierto que la habría evitado. No es la fuerza de voluntad la que da el poder de no llevarla por delante. Hay que recordar esa regla tan importante, porque puede tener una significación definitiva. Si usted va por la vía deseando hacer algo cuando la imaginación se opone, todo lo que logrará va a ser un colapso nervioso. En realidad, esa es la causa de muchas enfermedades mentales. Las condiciones actuales son muy difíciles, y una persona trata de someter su imaginación (en vez de controlarla) por medio de la volutad. Hay un conflicto íntimo, dentro de la mente, y eventualmente se produce el colapso nervioso. La persona puede volverse neurótica, hasta insana. Los manicomios están atestados de pacienes que han utilizado su voluntad para hacer algo, cuando su imaginación quería lo contrario. Sin embargo, es algo muy sencillo controlar la imaginación y hacer que trabaje en nuestro provecho. Es la imaginación —controlada, naturalmente— la que permite a un hombre escalar una montaña muy alta, volar en un

avión velocísimo para quebrar un record o realizar cualquiera de esas hazañas que leemos en los diarios. La persona imagina que puede hacer esto o aquello, y lo logra. La imaginación le dice que puede, y la voluntad también quiere hacerlo. Eso significa éxito total. De manera que si usted quiere que su camino sea fácil y su vida agradable como la de los orientales, olvide todo lo que tenga que ver con la fuerza de voluntad, no es más que una celada, un engaño. Recuerde únicamente a la imaginación controlada. Lo que usted imagina, eso puede hacerlo. Imaginación, fe, ¿no son una?

CAPÍTULO V

EL OTRO LADO DE LA MUERTE

El viejo Tsong-tai estaba muerto, encogido como si estuviera dormido. Todos lo lamentábamos mucho. La sala del hospital estaba silenciosa. Todos conocíamos a la muerte, le enfrentábamos y la sufríamos día tras día, a veces durante la noche también. Pero el viejo Tsong-tai estaba muerto.

Miré su cara oscura y arrugada, la piel estirada sobre el cráneo como un pergamino sobre una armazón, como la cuerda tirante de una cometa cuando se mece al viento. El viejo Tsong-tai era un anciano notable. Miré su cara delgada, su cabeza noble, los pelos escasos de su barba. Años antes había sido un funcionario de gran rango en el palacio del Emperador, en Pekín. Después había llegado la revolución, y el anciano se vió desterrado en la conmoción que se produjo entre la guerra y la guerra civil. Había logrado llegar hasta Chungkin, donde se instaló como jardinero. Empezó desde abajo, y apenas logró arañarle una existencia llena de necesidades a ese suelo duro. Había sido un anciano muy instruido, daba gusto conversar con él. Ahora su voz estaba callada para siempre. Habíamos hecho todo lo que estaba a nuestro alcance para salvarlo.

La vida había sido muy dura para él. Un día, mientras estaba trabajando en su campo, cayó al suelo. Se quedó allí horas enteras, demasiado enfermo para moverse, demasiado enfermo para pedir ayuda. Finalmente acudieron a nosotros, cuando ya era muy tarde. Lo llevamos al hospital, pero ya no se podía hacer nada más por él. Sólo cuidar que lo enterranran como hubiera gustado y también que su anciana esposa se viera libre de necesidades.

Cerré sus ojos, los ojos que ya no me mirarían burlones mientras lo importunaba con preguntas. Cuide que la venda estuviera bien apretada alrededor de las mandíbulas, para que no quedara entreabierta la boca que me había alentado tanto, que me había enseñado tanto de China, su idioma, su historia. Pues muchas noches había acudido al anciano para llevarle algún presente y hablar con él de hombre a hombre. Lo cubrí con la sábana y me enderecé. El día había avanzado mucho. Yo debí haberme retirado varias horas antes, pues hacía más de diecisiete horas que estaba trabajando, tratando de ayudar, tratando de curar.

Me dirigí a la colina y pasé junto a las tiendas brillantemente iluminadas, pues era de noche. Pasé junto a la última casa. El cielo estaba cubierto de nubes. En el puerto el agua golpeaba contra el muelle y los buques se mecían y cabeceaban, atados a sus amarras.

El ciento gimió y suspiró entre los pinos, mientras iba en camino hacia el lamasterio. Por algún motivo me estremecí. Me oprimía un terror espantoso. No podía alejar de la mente la idea de la muerte. ¿Por qué tenía que morir la gente de un modo tan doloroso? Las nubes pasaban rápidamente. Como personas ocupadas en sus negocios. Oscurecieron la faz de la luna, la volvieron a descubrir, permitieron que sus rayos iluminaran los pinos oscuros. Después las nubes volvieron a unirse y la luz desapareció y todo quedó sombrío, oscuro; pareció flotar un presagio en el aire. Me estremecí.

Mientras marchaba por el camino, mis pasos resonaban huecos en el silencio, como si alguien me siguiera. No me sentía cómodo, volví a estremecerme y me envolví mejor en mi túnica. Algo raro me pasa. Me siento extraño, pensé. En ese momento llegué a la entrada del sendero que atravesaba el bosquecillo y llegaba hasta el lamasterio. Caminé unos minutos hasta un pequeño claro a un lado del sendero, donde la caída de un árbol había arrastrado a otros. Uno estaba tendido en tierra y los demás conservaban ángulos enloquecidos. —Me voy a sentar un momento. No sé qué me ocurre —me dije.

Me volví hacia el claro y busqué un tronco limpio. Me senté y me envolví las piernas en la túnica, para protegerlas del fresco nocturno. Sobre mí cayeron todos los pequeños ruidos de la noche, extraños roces, crujidos y chasquidos. En ese momento se separaron las nubes que pasaban de prisa y en el claro flotó un brillante rayo de luna que iluminó todo como el sol más resplandeciente. Me pareció extraña esa luz, ese claro de luna, tan brillante como el sol más vivo. Me estremecí. Después me puse de pie alarmado. Un hombre se acercaba del otro lado del claro. Lo miré incrédulo. Era un lama tibetano. A mí se acercaba un lama de cuyo pecho manaba sangre que teñía sus ropajes. También tenía las manos cubiertas de sangre. Caminaba hacia mí. Yo retrocedí y tropecé en el tacón de un árbol. Me senté aterrado.

—Lobsang, Lobsang, ¿tienes miedo de mí? —exclamó una voz que conocía muy bien.

Me puse de pie, me froté los ojos y corrí hacia aquella figura.

—¡Detente! —dijo—. No puedes tocarme. He venido a despedirme de tí, pues hoy he terminado mi período en la tierra y estoy a punto de partir. ¿Nos sentamos a conversar?

Me volví aturdido, apenadísimo, y me senté otra vez en el árbol caído. Encima de nuestras cabezas pasaban las nubes, se mecían las hojas de los árboles, un pájaro nocturno revoloteó sin prestarnos atención, preocupado sólo en conseguir comida. En el extremo del tronco donde nos sentamos, un pequeño ser nocturno lanzó un chillido cuando encontró vegetación en descomposición, en vez de comida. En aquel claro desolado, azotado por los vientos, sombrío, me senté a conversar con un fantasma, el fantasma de mi Guía, el lama Mingyar Dondup, que había regresado del más allá para hablar conmigo.

Se sentó a mi lado, como tantas veces lo había hecho en Lhasa.

Se sentó sin tocarme, tal vez a tres metros de mí.

—Antes de abandonar a Lhasa, Lobsang, me pediste

que te avisara cuando terminase mi período de vida en la tierra. El período ya ha terminado. Aquí estoy.

Lo miré. Era el hombre al que conocía mejor que a nadie. Lo miré y apenas pude creer —a pesar de toda mi experiencia de esas cosas— apenas pude creer, repito, que ese hombre ya no fuera de carne. sino un espíritu; que su cuerda de plata hubiera sido cortada, y el recipiente de oro, destrozado. Me pareción sólido, íntegro, como lo había conocido. Llevaba puesta su túnica, la casaca rojo ladrillo con la capa dorada. Parecía cansado, como si hubiera realizado un viaje largo y doloroso. Advertí que durante mucho tiempo había descuidado su propio bienestar por servir a los demás. Qué pálido está, pensé. Después se volvió en parte, siguiendo una costumbre que yo recordaba tan bien; en ese momento vi que tenía una daga clavada en la espalda. Se encogió levemente de hombros, se acomodó y me miró. Me helé de terror cuando vi que la punta de la daga le salía por le pecho y que la sangre que manaba de la herida había empapado la túnica dorada. Antes, todo eso me había parecido borroso, no había advertido los detalles; sólo había visto un lama con sangre en el pecho y sangre en las manos, pero ahora le veía más cerca. Las manos que vi estaban rojas de sangre porque se habían apretado al pecho, por donde salía la punta de la daga. Me estremecí, sentí que la sangre se me helaba. El lama advirtió mi mirada, vio el terror en mi expresión y dijo:

—Vine así deliberadamente, Lobsang, para que vieras lo que ocurrió. Ahora que ya me has visto, mírame como soy.

La forma ensangrentada desapareció en un fogonazo de la luz dorada y fue reemplazada por una visión de belleza y pureza inigualables. Era un Ser que había llegado lejos en el sendero de la evolución. Alguien que había llegado al estado de Buda.

Después me llegó su voz, tan clara como el sonido de la campana del templo. Tal vez no llegó a mis oídos físicos, sino a mi conciencia íntima. Era una voz bella, resonante, llena de pujanza, llena de vida, de la Gran Vida.

—Tengo poco tiempo, Lobsang. Pronto debo seguir mi camino, pues me están aguardando. Pero primero tenía que visitarte a ti, mi amigo, mi compañero en tantas aventuras. Tenía que saludarte, alentarte y decirte adiós por un tiempo. Lobsang, en el pasado hemos hablado muchas veces de esto. Vuelvo a decirte que tu camino será duro, largo y peligroso, pero triunfarás a pesar de todo, a pesar de la oposición de los celos de los hombres de Occidente.

Durante largo rato conversamos de cosas demasiado íntimas para ser repetidas. Me sentía cómodo y confortado, el claro estaba inundado de luz dorada, más brillante que la luz deslumbrante del sol, y el calor era el de un mediodía de verano. Me sentía invadido de verdadero Amor. De pronto, mi Guía, mi amado lama Mingyar Dondup, se puso de pie, pero sus pies no estaban en contacto con la tierra. Extendió las manos por sobre mi cabeza y me dio su bendición diciendo:

—Estaré vigilándote, Lobsang, para ayudarte todo lo que me sea posible; pero el camino es duro, los golpes serán muchos, y antes de que termine este día recibirás todavía uno más. Sopórtalo, Lobsang, sopórtalo igual que en el pasado. Mi bendición queda contigo.

Levanté la mirada y delante de mí se desvaneció y desapareció, la luz dorada murió y se fue, invadieron las sombras de la noche y sentí frío. En lo alto, las nubes se perseguían irritadas. Pequeños seres nocturnos charlaban chillaban. Se oyó el gemido de terror de alguna víctima de otro ser más grande, cuando respiró por última vez.

Durante unos instantes quedé aturdido. Después me arrojé al suelo, junto al tronco y hundí las uñas en el musgo. No fui un hombre a pesar de toda mi instrucción, a pesar de todo lo que sabía. Luego me pareció oir otra vez la voz querida, dentro de mí.

—No te apenes, Lobsang querido, no te apenes, esto no es el fin, pues todo aquello por lo que luchamos es digno y seguirá existiendo. Esto no es el fin.

Tembloroso, Me puse en pie ordené mis pensamien-

tos. Me sacudí la túnica y me limpié las manos del barro del suelo.

Lentamente continué mi camino por el sendero, hacia lo alto de la colina, hasta el lamasterio.

La muerte, pensé. Yo también estuve del otro lado de la muerte, pero regresé. Mi Guía ha ido más allá de todo regreso, más allá de mi alcance. Se fue y quedé solo, solo, solo.

Con esos pensamientos me acerqué al lamasterio. En la entrada había otros monjes llegados por otros senderes. Pasé casi a ciegas junto a ellos y solo, me dirigí hacia la oscuridad del templo, donde las imágenes sagradas me miraban fijamente y parecían tener compasión y comprensión en sus rostros tallados. Miré las Tabletas de los Antepasados,, las banderas rojas con sus inscripciones ideográficas; miré el incienso siempre ardiente, con su fragante remolino de humo que colgaba como una nube somnolienta entre el suelo y el techo altísimo. Me dirigí a un rincón distante, a un lugar realmente sagrado y volví a oir:

—No te apenes, Lobsang, no te apenes pues esto no es el fin y aquello por lo que luchamos, es digno y seguirá existiendo. No te apenes.

Me senté en la posición del loto; recordé el pasado y pensé en el presente. No sé cuánto tiempo permanecí así. Mi mundo se derrumbaba a mi alrededor. Las penalidades me acosaban. Mi amado Guía se había ido de este mundo, pero me había dicho:

—Este no es el fin, todo es digno.

Junto a mí, los monjes cumplían con sus tareas; sacudían el polvo, preparaban las cosas, encendían el incienso, cantaban; pero ninguno se acercó a perturbar mi dolor.

Pasó la noche, comenzaron a hacer preparativos para una ceremonia. Los monjes chinos, con sus túnicas negras y las cabezas afeitadas, donde se veían las marcas dejadas por el incienso ardiente, parecían fantasmas a la luz vacilante de las lámparas de manteca. El sacerdote del templo, con su corona de Buda de cinco caras, se

acercó canturreando, mientras sonaban las trompetas y las campanas de plata. Me puse de pie lentamente y fui a ver al Abad. Comenté con él lo que había ocurrido y le pedí que me excusara de la ceremonia de medianoche. Le dije que me sentía demasiado apenado y que no quería mostrar mi dolor al mundo del lamasterio.

—No, hemano mío —me respondió el Abad—. En realidad tiene motivos para alegrarse. Ha pasado más allá de la muerte y regresó y hoy ha tenido noticias de su Guía, ha visto la prueba viviente de que está en Buda. Hermano mío, no debe sentirse triste, pues la separación es sólo temporaria. Asista a la ceremonia de medianoche y alégrese de haber visto lo que ha sido negado a tantos.

La instrucción está muy bien, pensé. Sé tan bien como cualquiera que la muerte es el nacimiento a la vida más grande. Sé que la muerte no existe, que éste no es más que el Mundo de la ilusión, y que la vida verdadera está por venir, cuando abandonemos esta etapa de pesadilla, esta tierra que no es más que una escuela a la que venimos para aprender la lección. ¿La muerte? No existe. Entonces, ¿por qué estoy tan triste? La respuesta me llegó casi antes de formularme la pregunta. Estoy triste porque soy egoísta, porque he perdido lo que amo, porque lo que amo está ahora fuera de mi alcance. Soy de veras egoísta, porque el que se fue, lo hizo hacia una vida gloriosa, mientras yo estoy todavía aprisionado por las fatigas de la tierra para sufrir, para luchar, para realizar la tarea que me asignaron, igual que un estudiante, debe luchar hasta pasar el último examen. Después, con un nuevo título, puede instalarse en el mundo y aprender otra vez. Soy egoista, pensé, pues me hubiera gustado tener a mi amado Guía en esta tierra espantosa, sólo por mi propio bien.

¿La muerte? No hay nada que temer en la muerte. Es la vida a la que debemos temer, a la vida que nos permite cometer tantos errores.

No hay que temer a la muerte No hay que temer el paso de esta vida a la Vida Superior. No hay que temer

al infierno, pues no existe ese lugar, no existe el Día del Juicio. El hombre se juzga a sí mismo, y no hay juez más severo que el hombre para juzgar sus propias flaquezas, sus propias debilidades, cuando pasa más allá de la vida en la tierra y cuando cae de sus ojos la venda de los falsos valores y puede ver la Verdad. Todos los que teméis la muerte, sabed esto de quien ha estado más allá de la muerte y ha regresado. No hay nada que temer. No existe otro Día del Juicio que aquél que uno mismo se fija. No existe el infierno. todos, sean quienes fueren, no importa qué han hecho, todos tienen una oportunidad. Nadie es destruido jamás. Nadie es tan malo como para que no le den otra oportunidad. Tememos la muerte de los demás porque nos priva de su compañía amada, porque somos egoístas. Tememos nuestra propia muerte porque es un viaje hacia lo Desconocido, y sentimos miedo de aquello que no comprendemos, de aquello que no sabemos. Pero... la muerte no existe, es sólo el nacimiento a una Vida Superior. En los días primitivos de todas las religiones, ésa era la enseñanza: la muerte no existe, sólo se nace a una Vida Superior.

Yo estuve del otro lado de la muerte y regresé. Lo mismo ocurrió con muchos lamas. Nosotros sabemos la verdad. Sabemos que siempre hay esperanza. A pesar de lo que hayamos hecho, a pesar de todo lo culpable que nos podamos sentir, debemos seguir luchando, pues siempre hay esperanza.

El Abad del lamasterio me había dicho:

—Asista a la ceremonia de medianoche, hermano, y cuente lo que vio este día.

Yo temía ese momento. Fue una prueba durísima para mí. Me sentía muy triste. Volví a sentir esa horrible opresión y regresé a un rincón solitario del templo, para meditar. Así pasó esa noche espantosa; los minutos me parecieron horas, las horas, días; creí que nunca terminaría. Los monjes entraban y salían. A mi alrededor había actividad, pero yo estaba solo con mis pensamientos; pensaba en el pasado, temía el futuro.

Pero no iba a suceder. Después de todo, yo no iba a

asistir a la ceremonia de media noche. Como ya me había advertido esa misma tarde mi Guía, el lama Mingyar Dondup, antes de que terminara el día aún debía recibir otro golpe, un golpe terrible. Meditaba en mi rincón solitario, pensando en el pasado y en el futuro A las once de la noche, cuando todo estaba tranquilo a mi alrededor, vi que se aproximaba una figura. Era un lama muy anciano, uno de los principales del templo de Lhasa, un viejo Buda viviente al que no le quedaba mucha vida en la tierra. Se aproximó a mí desde las sombras más profundas, en las que no penetraba la luz vacilante de las lámparas de manteca. Se aproximó y a su alrededor flotaba un resplandor azulado. En la cabeza, el resplandor era amarillo. Se aproximó a mí con las manos extendidas, las palmas hacia arriba, mientras decía:

—Hijo mío, hijo mío, tengo noticias muy graves que darte. El Más Recóndito, Dalai Lama Decimotercero, el último de su línea, está a punto de partir de este mundo.

El viejo lama, el lama que me visitó, me dijo que se aproximaba el final de un ciclo y que el Dalai Lama debía partir. Me dijo que debía apresurarme a regresar a Lhasa, para poder verlo antes de que fuera demasiado tarde. Me dijo eso, y después añadió:

—Debes apresurarte. Utiliza cualquier medio para regresar. Es imperativo que partas esta misma noche.

Me miró y me puse de pie. Cuando lo hice, se desvaneció, se volvió a confundir con las sombras y desapareció. Su espíritu había regresado a reunirse con su cuerpo que en ese momento estaba en el Jo Kang, en Lhasa.

Los acontecimientos se sucedían con demasiada rapidez. Tragedia tras tragedia, suceso tras suceso. Me sentía aturdido. Mi instrucción había sido dura. Me habían enseñado todo sobre la vida y la muerte, me habían enseñado a no demostrar emoción. Con todo, qué podemos hacer cuando nuestros amigos queridos mueren en rápida sucesión? ¿Debemos mantenernos indiferentes como si tuviéramos el corazón de piedra y la cara helada, o hemos de tener tibios sentimientos humanos? Yo amaba

a esos hombres. El viejo Tsong-tai, mi Guía, el lama Mingyar Dondup y el Decimotercer Dalai Lama. En el término de un día, con pocas horas de diferencia, me habían dicho que estaban muriendo uno tras otro. Dos ya habían muerto, y el tercero... ¿cuánto tiempo pasaría hasta que él también partiera? Pocos días. Debo apresurarme, pensé. Me volví y salí del templo para dirigirme al cuerpo principal del lamasterio. Recorrí los pasillos de piedra hasta la celda del Abad. Cuando estaba casi a la puerta de su cuarto, oí una súbita conmoción y un golpe. Apuré el paso.

Jersi, otro lama de Tibet, aunque no de Lhasa, sino de Chambdo, había recibido un mensaje telepático. A él también le habían dicho que abandonara a Chungkin y regresara conmigo en calidad de ayudante. Había estudiado los vehículos de motor y otras formas similares de transporte. Se había apresurado demasiado; en cuanto el mensajero partió, se puso de pie de un salto y corrió por el pasillo hasta la celda del Abad. No había logrado dar la vuelta en la esquina, sino que había resbalado en un trozo de manteca que un monje descuidado había dejado caer de una lámpara, Había resbalado y caído. Se rompió un brazo y una pierna, y cuando volví la esquina lo ví allí, respirando pesadamente y con un trozo de hueso que le asomaba entre la piel.

El Abad salió de su celda cuando oyó el ruido. Juntos nos arrodillamos al lado de nuestro amigo caído. El Abad lo tomó del hombro mientras yo le daba un tirón de la muñeca, para arreglarle el hueso roto. Después pedí tablillas y vendas, y pronto Jersi estuvo entablillado y vendado.. brazo y pierna. La pierna nos dio mucho más trabajo, pues se trataba de una fractura doble y tuvimos que llevarlo a su celda y tratarlo en otra forma. Después lo dejé al cuidado de otros.

El Abad y yo nos dirigimos a su celda, donde le hablé del mensaje que había recibido. Le describí la visión; él también había tenido una impresión similar. Quedó decidido que saldría del lamasterio en ese mismo instante. El Abad mandó llamar inmediatamente un

mensajero que, a caballo, se dirigió a Chungking, a todo galope. Yo me detuve sólo para comer algo y que me prepararan algún alimento para el viaje. Llevé una manta de repuesto, y otra túnica. Después recorrí a pie el sendero que pasaba junto al claro donde había tenido aquella experiencia memorable, donde había visto por última vez a mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Seguí caminando profundamente emocionado; luchando para dominar mis sentimientos, luché para conservar el aspecto imperdurable de un lama. Así llegué al final del sendero, donde se unía con el camino. Me detuve y aguardé.

Pensé que detrás de mí, en el templo, los profundos gongs de bronce estarían llamando a los monjes a la ceremonia. El repiqueteo de las campanas de plata puntuaría las respuestas y sonarían las flautas y las trompetas. Al poco rato, invadió el aire el latido de un motor poderoso, y por la colina distante se acercaron los rayos brillantes y plateados de dos faros delanteros. Un auto de carreras se acercó a mí y se detuvo con un chillido de neumáticos en el camino. Un hombre salió del auto.

—Su auto, Honorable Lobsang Rampa. ¿Doy la vuelta primero?

—No —repliqué—. Baje la colina hacia la izquierda.

Salté junto al conductor. El monje enviado por el Abad había corido hasta Chungking para obtener un conductor y un auto potente. Ese vehículo lo era, sin duda, un inmenso monstruo negro americano. Me senté al lado del conductor y corrimos en la noche por la carretera a Chengtu, a trescientos veinte kilómetros de Chungking. Delante de nosotros, grandes lagunas de luz saltan de los faros mostrando las desigualdades del camino, iluminando los árboles del costado, mientras sombras grotescas parecían desafiarnos a alcanzarlas, como si quisieran apresurarnos cada vez más. El conductor, Ejen, manejaba muy bien, era capaz y seguro. Fuimos cada vez más rápido, en ese camino que parecía un borrón. Yo me senté cómodamente y pensé, pensé.

No podía borrar de mi mente el recuerdo de mi amado Guía, el lama Mingyar Dondup y la manera como

me había instruido, todo lo que había hecho por mí. Había sido más que mis propios padres. También recordé a mi amado jefe, al Decimotercer Dalai Lama, el último de su línea, pues la profecía decía que el Decimotercer Dalai Lama moriría, y con su muerte reinaría un nuevo orden en Tibet. En 1950, los chinos comunistas comenzaron la invasión de Tibet, pero antes de eso, la Tercera Columna Comunista había estado en Lhasa. Pensé en todo aquello que sabía iba a ocurrir — lo supe en 1933, lo supe antes de 1933, porque todo se sucedía de acuerdo con la profecía.

Corrimos durante la noche esos cientos de kilómetros que nos separaban de Chengtu. Allí cargamos nafta, estiramos las piernas durante diez minutos y comimos algo. Después continuamos esa carrera en la oscuridad, desde Chengtu hasta Ya-an, ciento sesenta kilómetros más allá. Llegamos cuando comenzaba a amanecer, cuando los primeros rayos del sol brillaban en el cielo. Allí terminaba el camino, el auto no podía seguir. Me dirigí a un lamasterio donde habían recibido un mensaje telepático anunciando mi llegada. Tenían listo un caballo lleno de vitalidad. Monté, me mantuve firme y el animal obedeció a la rienda como si conociera la urgencia de nuestra misión. El ayudante abrió las puertas y salimos a galope, camino arriba, hacia Tibet. El auto regresaría a Chungking. El conductor tendría el placer de un viaje rápido y cómodo, mientras yo tenía que sentarme en la alta montura de madera y seguir adelante, cambiando caballos después de cada etapa.

No es necesario relatar las pruebas de aquel viaje, las amargas penurias de un jinete solitario. No es necesario relatar el cruce del río Yantse, hasta el Salween. Galopé y galopé. Era agotador viajar en esa forma, pero llegué a tiempo. Di la vuelta en un paso de la montaña y volví a ver los techos dorados del Potala. Vi las cúpulas que ocultaban los restos mortales de otros cuerpos del Lalai Lama y pensé que pronto habría otra para ocultar otro cuerpo.

Seguí el camino y volví a cruzar el Río Feliz. Esta vez

no fue feliz para mí. Lo crucé, seguí galopando y llegué a tiempo. El viaje difícil, agotador, no había sido en vano. Llegué a tiempo para todas las ceremonias y participé activamente en ellas. Para mí hubo un incidente desagradable. Estuvo presente un extranjero que quiso todas las consideraciones. Pensó que nosotros no éramos más que nativos y que él era el amo de todo cuanto alcanzaba a ver. Quiso estar en primera fila, donde todos pudieran verlo. Como yo no permití que lograra sus propósitos egoístas —¡trató de sobornarme, a mí y a un amigo, con relojes de pulsera!— me ha considerado su enemigo desde entonces y ha hecho todo cuanto estuvo a su alcance para perjudicarme y hacer daño a los míos. Sin embargo, eso nada tiene que ver con las ceremonias. Sólo sirve para demostrar cuánta razón tenían mis tutores cuando me previnieron contra los celos.

Aquellos fueron días muy tristes para nosotros, y no me propongo escribir sobre la ceremonia ni sobre el entierro del Dalai Lama. Baste decir que su cuerpo fue preservado según nuestro antiquísimo método y que lo colocaron sentado, de frente al sur, como lo exige la tradición. Una vez tras otra la cabeza se volvió hacia el este. Muchos consideran que ésa era una indicación que nos hacía desde más allá de la muerte, avisándonos que debíamos tener cuidado con Oriente. Bueno, los invasores chinos llegaron desde oriente para destrozar a Tibet. Esa mirada a oriente era de veras una señal, un aviso. ¡Si lo hubiéramos comprendido!

Volví al hogar de mis padres. El viejo Tzu había muerto. Muchas de las personas que había conocido estaban cambiadas. Todo me resultaba extraño allí. Ya no era mi hogar. Yo no era más que un visitante, un extraño, un alto lama, un alto dignatario del templo, que había regresado temporariamente de China. Tuve que aguardar para ver a mis padres. Por fin me condujeron hasta ellos. La conversación resultó forzada, la atmósfera era tirante. Ya no era un hijo de la casa, sino un extraño. Pero no un extraño en el sentido que se da generalmente a la palabra, pues mi padre me condujo a su cámara pri-

vada y sacó de un escondite nuestro Registro, que estaba cuidadosamente cubierto con telas doradas. Sin pronunciar una palabra firmé mi nombre, la última firma que aparecía en el libro. Firmé mi nombre, mi rango y mis nuevos títulos como médico y cirujano. Después volvió a envolver solemnemente el libro y lo colocó en su escondite, bajo el piso. Juntos regresamos a la habitación donde estaban sentadas mi madre y mi hermana. Me despedí y me volví. En el patio, los asistentes tenían mi caballo de la rienda. Monté y pasé por última vez aquellos amplios portales. Me pesaba el corazón cuando tomé el camino de Lingkhor y me dirigí a Menzekang, el hospital principal de Tibet. Había trabajado allí y quería saludar al enorme y anciano monje que lo dirigía. Se llamaba Chinrobnobo, lo conocía muy bien y era un hombre excelente. Me había enseñado muchísimo cuando abandoné la Escuela de Medicina de la Colina de Hierro. Me llevó a su cuarto y me interrogó sobre la medicina china.

—En China dicen que fueron los primeros en usar la acupuntura y la moxibustión, pero yo conozco la verdad —le dije—. Leí en las viejas crónicas que esos remedios fueron llevados hace muchísimos años, de Tibet a China.

Se mostró muy interesado cuando le conté que los chinos y también las potencias occidentales estaban investigando cómo actuaban esos remedios. La acupuntura es un método especial de insertar, en distintas partes del cuerpo, agujas extremadamente finas. Las agujas son tan delgadas que no se siente dolor; se insertan y estimulan varían reacciones curativas. Los occidentales usan agujas de radio y dicen que logran curas maravillosas, pero nosotros, en Oriente, hemos utilizado siglos enteros la acupuntura con igual resultado. También hemos usado la moxibustión. Este es un método que consiste en preparar varias hierbas en un tubo y calentar un extremo hasta que esté al rojo. Este extremo encendido se acerca a la piel y al tejido enfermos; cuando esa zona se calienta, la virtud de las hierbas pasa directamente a los tejidos, con efectos curativos. Estos dos métodos han sido probados

infinidad de veces, pero no se ha determinado cómo actúan exactamente.

Volví a visitar el gran depósito donde se guardaban las hierbas, más de seis mil tipos distintos. La mayoría son desconocidas en China y en el resto del mundo. La tatura, por ejemplo, que es la raíz de un árbol, es un anestésico poderoso que mantiene a una persona dormida durante doce horas. Aplicada por un buen médico, no hay peligro de efectos nocivos posteriores. Miré a mi alrededor y no encontré nada defectuoso, a pesar de todos los adelantos modernos de China y de América. Las viejas curas tibetanas todavía eran satisfactorias.

Esa noche dormí en mi antiguo lugar, como en la época en que era estudiante y asistía a las ceremonias. Todo me hizo recordar el pasado. ¡Cuántos recuerdos había en cada una de aquellas piedras! Por la mañana, en cuanto hubo luz, subí a la parte más alta de la Montaña de Hierro y miré el Potala, el Parque de la Serpiente, Lhasa y las montañas nevadas que la rodean. Miré un largo tiempo y luego regresé a la Escuela de Medicina, me despedí de todos y recogí mi paquete de *tsampa*. Después, con mi manta arrollada y la túnica de repuesto delante de mí, volví a montar a caballo y bajé la colina.

El sol se escondía detrás de una nube negra cuando llegué a la parte más baja del sendero y pasé por la villa de Shë. En todas partes había peregrinos llegados de todas las regiones de Tibet para presentar sus respetos en el Potala. Los vendedores de horóscopos ofrecían a gritos su mercancía, y los que vendían pociones mágicas y encantamientos hacían muy buen negocio. Las ceremonias recientes habían reunido mercaderes, comerciantes, buhoneros y mendigos de toda clase en el Camino Sagrado. Por la Puerta Occidental se acercaba una caravana de yacs, cargada de mercancías para los mercados de Lhasa. Me detuve a observar. Pensé que nunca más volvería a ver ese espectáculo tan familiar y me entristecí ante la inminente partida. Hubo un murmullo detrás de mí.

—Su bendición. Honorable Lama Médico —dijo una voz.

Me volví, era uno de los Destrozadores de Cuerpos, uno de aquellos hombres que tanto me habían ayudado cuando, por orden del Decimotercer Dalai Lama —aquél cuyo cuerpo acababa de ver— había estudiado con ellos. El hombre que tenía delante era uno de aquellos que había hecho tanto para ayudarme. Le dí mi bendición, y me alegré mucho de que alguien del pasado me hubiera reconocido.

—Tus enseñanzas fueron magníficas —le dije—. Me enseñaste más que los profesores de la Escuela Médica de Chungking.

Quedó muy complacido ante mis palabras y sacó la lengua en señal de respeto, como hacían todos los siervos. Se alejó caminando hacia atrás, a la manera tradicional, y se confundió con la multitud reunida en la Puerta.

Me quedé unos momentos de pie junto a mi caballo, mirando al Potala, a la Montaña de Hierro. Después seguí mi camino, crucé el Río Kyi y pasé junto a muchos jardines encantadores. El terreno era llano y verde. Tenía ese color del pasto bien regado; era un paraíso a tres mil ochocientos metros sobre el nivel del mar, rodeado de montañas que se elevaban otros mil seiscientos metros, liberalmente salpicadas de lamasterios grandes y pequeños y con diminutas ermitas apoyadas precariamente en rocas inaccesibles. Poco a poco aumentó la inclinación del camino, que subía a encontrarse con los pasos. Mi caballo estaba fresco, bien cuidado y bien alimentado. Quería apurarse; yo quería ir despacio. Los monjes y los mercaderes que pasaban a mi lado me miraban con curiosidad, pues viajaba solo para no perder tanto tiempo. Mi padre nunca lo hubiera hecho sin un gran séquito, como correspondía a su rango; pero yo era de la época moderna. De modo que los extraños me miraban con curiosidad, pero aquéllos a quienes conocía me saludaban amistosamente. Por fin mi caballo y yo subimos la cuesta y llegamos hasta el gran *chorten* de piedras que era el último lugar desde donde podía ver a Lhasa. Desmonté y até el caballo; después me senté en una roca y miré largo rato el valle.

El cielo estaba profundamente azul, tenía ese color que

sólo se observa en las grandes alturas. Nubes blancas como la nieve flotaban a la deriva y se movían con pereza. Un cuervo se detuvo a mi lado y me picoteó la túnica. Al cabo de un rato añadí una piedra —como lo exigía la costumbre— a la enorme pila que estaba a mi lado. Esa pila de piedras había sido construída con el trabajo de millares de peregrinos durante siglos, pues ése era el lugar desde donde los peregrinos veían por primera y última vez la Ciudad Sagrada.

Allá lejos estaba el Potala, con sus paredes que se iban uniendo hacia el techo. También las ventanas tenían el mismo movimiento, lo que añadía al efecto de toda la estructura. Parecía un edificio esculpido por los dioses en la roca viva. Mi Chakpori estaba todavía más alto que el Potala, sin dominarlo. Más lejos aun, vi los techos dorados del Jo Kang, el templo de mil trescientos años, rodeado por los edificios de la administración. Vi el camino principal, el bosquecillo de sauces, los pantanos, el Templo de la Serpiente, el hermoso remiendo que constituía el Norbu Linga, y los Jardines del Lama junto al Kyi Chu. Pero los techos dorados del Potala estaban resplandecientes, iluminados por la luz brillante del sol, que reflejaban con rayos dorados y rojizos, con todos los colores del espectro. Allí, debajo de esas cúpulas, descansaban los restos de los cuerpos de los Dalai Lama. El Monumento que contenía los despojos del Decimotercero era el más alto de todos, medía alrededor de veinte metros —tres pisos— y estaba cubierto con una tonelada de oro puro. Dentro de ese sepulcro había ornamentos preciosos, joyas, oro y plata; allí, junto a la envoltura vacía de su dueño anterior, descansaba una fortuna. Y ahora Tibet estaba sin Dalai Lama, el último había partido y el que iba a llegar, según la profecía, serviría a amos extranjeros, sería un esclavo del comunismo.

A los lados del valle colgaban los inmensos lamasterios de Drepung, Sera y Ganden. Oculto a medias en un bosquecillo, resplandecía Nepung, blanco y dorado, el Oráculo de Lhasa, el Oráculo de Tibet. Drepung parecía de veras una montaña de arroz, una pila blanca desparra-

mada en la ladera; Sera, conocido como la Cerca de la Rosa Silvestre, y Ganden, el Gozoso. Los miré y recordé las temporadas que pasé entre sus paredes, en esas ciudades amuralladas. También miré la gran cantidad de lamasterios más pequeños, apoyados en todas partes en la ladera de la montaña, rodeados de bosquecillos. También miré las ermitas, salpicadas en los lugares de más difícil acceso y pensé en los hombres que vivían en ellas, encerrados por el resto de su vida en la oscuridad absoluta, comiendo sólo una vez al día; hombres que no volverían a salir de allí en su cuerpo físico, sino que, valiéndose de su instrucción especial, podían moverse en lo astral y ver los espectáculos del mundo como un ser sin cuerpo. Dejé que mi mirada recorriera la escena; el Río Feliz serpenteaba entre atajos y tierras pantanosas, se escondía en los bosquecillos y volvía a aparecer en campo abierto. Vi la casa de mis padres, aquel gran caserón que jamás había sido un hogar para mí. Vi peregrinos que atestaban los caminos, mientras recorrían el circuito. Después, desde algún lamasterio distante, llegó en la brisa el sonido de los gongs del templo y el grito de las trompetas. Un sollozo se me anudó en la garganta y tuve una sensación extraña en la nariz. Era demasiado para mí. Me volví, monté a caballo y seguí mi camino hacia lo desconocido.

A medida que avancé, el país se fue haciendo cada vez más salvaje. De agradables parques y tierra fértil, poblados de casas pequeñas, pasé a eminencias rocosas y desfiladeros atroces en los cuales salía con fuerza el agua, llenando el aire de ruidos, mientras me calaba hasta los huesos con su lluvia fina. Seguí mi camino, y como la vez anterior, pasé las noches en distintos lamasterios. Esta vez fuí un visitante doblemente bienvenido, pues estaba en condiciones de darles informaciones exactas sobre las tristes ceremonias realizadas en Lhasa, pues yo era uno de los dignatarios, uno de los hombres que habían participado de ellas. Todos estuvimos de acuerdo en que ése era el día de una era y que llegaban tiempos tristes para nuestra patria. Me dieron mucha comida y caballos frescos y, después de varios días de viaje, llegué nuevamente

a Ya-an. Allí, para mi alegría, me aguardaba el auto con Jersi, el conductor. Habían llegado noticias de que yo regresaba, y el viejo Abad de Chungking me envió el auto. Me alegré mucho de verlo, pues estaba dolorido por la montura, sucio por la tierra del camino y muy cansado. Fue un placer enorme ver aquel vehículo reluciente, producto de otra ciencia, un producto que me llevaría rápidamente, haciendo en horas el viaje que de otro modo me hubiera llevado días enteros. Subí al auto, agradecido de que el Abad del lamasterio de Chungking fuera mi amigo y hubiera pensado en mi comodidad y en mi placer, después del largo viaje desde Lhasa. Al poco rato corríamos por el camino a Changtu. Allí pasamos la noche. No tenía objeto apurarse y llegar a Chiungking en la madrugada, de modo que nos quedamos esa noche y por la mañana recorrimos el lugar e hicimos algunas compras. Después partimos nuevamente hacia Chiungking.

El chiquillo rubicundo estaba todavía junto al arado, vestido sólo con sus *shorts* azules. El desganado búfalo arrastraba el arado. Chapaleaban en el barro, tratando de removerlo para poder plantar el arroz. Aumentamos la velocidad, los pájaros se llamaban y revoloteaban y planeaban por el simple placer de vivir. Pronto nos acercamos a los alrededores de Chungking. Nos acercamos por un camino bordeado de eucaliptus plateados, tilos y pinos verdes. Al poco rato llegamos a un caminito en el cual me bajé y a pie recorrí el sendero hasta el lamasterio. Cuando pasé otra vez junto al claro con el árbol caído y las ramas en ángulos inconcebibles, pensé en todos los acontecimientos memorables que se habían sucedido desde que estuve sentado en el tronco, charlando con mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Me detuve un momento a meditar, después levanté mis paquetes y me dirigí al lamasterio.

A la mañana siguiente fui a Chungking. El calor parecía algo vivo, sofocante, abrasador. Hasta los conductores de *rickshaw* y los pasajeros que llevaban se veían acalorados y marchitos con aquel calor intolerable. Yo, que acababa de llegar de la atmósfera clara y fresca de Tibet,

me sentía medio muerto, pero en mi calidad de lama tenía que mantenerme erguido, para dar el ejemplo a los demás. En la calle de las Siete Estrellas me encontré con mi amigo Huang, muy ocupado haciendo compras. Lo saludé con el afecto que me merecía.

—Huang —le dije— ¿qué hace aquí toda esta gente?

—Vienen de Shanghai, Lobsang —me respondió—. Los inconvenientes que provocan allí los japoneses han obligado a cerrar sus negocios a muchos comerciantes que vinieron a instalarse en Chungking. Tengo entendido que algunas universidades han pensado seriamente hacer lo mismo. Ah, de paso, tengo un mensaje para ti. El general (ahora mariscal) Fen Yu-hsiang quiere verte. Me pidió que te transmitiera el mensaje. Quiere verte en cuanto regreses.

—Está bien —dije—. ¿Por qué no me acompañas?

Prometió hacerlo. Hicimos nuestras compras sin ninguna prisa, hacía demasiado calor para eso, y después regresamos al lamasterio. Una hora o dos más tarde fuimos hasta el templo cerca del cual tenía su casa el General y allí lo vi. Me habló mucho de los japoneses y de los inconvenientes que estaban causando en Shanghai. Me dijo que la Colonia Internacional había reclutado una fuerza policial formada por asesinos y bribones que en realidad no trataban de restaurar el orden.

—Se acerca la guerra. Rampa, se acerca la guerra —me dijo—. Necesitamos a todos los médicos, especialmente si también son aviadores. Debemos tenerlos a nuestro lado.

Me ofreció un cargo en el ejército chino y me dio a entender que podría volar tanto como quisiera.

El General era un hombre inmenso, medía bastante más de un metro con ochenta y tenía hombros anchos y una cabeza enorme. Había estado en muchas campañas y había pensado que sus días de soldado estaban terminados, hasta que comenzaron los inconvenientes con los japoneses. También era poeta y vivía cerca del "Templo para Contemplar la Luna". Me gustó el General; era un hombre inteligente, con el que me llevaría muy bien. Me

dijo que, aparentemente, los japoneses habían provocado un incidente en particular, que les dio el pretexto para invadir a China. Un monje japonés había muerto en un accidente. Las autoridades japonesas exigieron al intendente de Shanghai que prohibiera el *boycott* de los productos japoneses, que suprimiera la Asociación por la Liberación Nacional, que arrestara a los dirigentes del *boycott* y asegurara una indemnización por la muerte del monje. El intendente, para conservar la paz —pues tenía en cuenta las fuerzas inmensamente superiores de los japoneses— aceptó el ultimátum el 28 de enero de 1932. Pero a las 10.30 de esa noche, después que el intendente había aceptado virtualmente el ultimátum, las fuerzas de desembarco japonesas comenzaron a ocupar una cantidad de calles de la Colonia Internacional, con lo que allanaron el camino para la guerra mundial que seguiría. Todo eso era nuevo para mí. No sabía nada de eso porque había estado viajando.

Mientras conversábamos se acercó un monje, vestido con una túnica gris oscura, quien nos avisó que estaba en el templo el Abad Supremo Tai Shu y debíamos verlo. Tuve que relatarle los últimos acontecimientos en Tibet y las ceremonias del funeral de mi amadísimo Decimotercer Dalai Lama. Él, a su vez, me habló de los temores que él mismo y otros tenían con respecto a la seguridad de China.

—Lo que tememos no es el resultado final —dijo— sino la destrucción, la muerte y el sufrimiento que llegarán antes.

Volvieron a insistir para que aceptara el cargo en las fuerzas chinas y pusiera mis conocimientos a su disposición. Y después llegó el golpe.

—Debe ir a Shanghai —dijo el General—. Allá se necesitan sus servicios y sugiero que su amigo, Po Ku, vaya con usted. Ya tengo todo preparado, sólo falta que usted y él acepten.

—¿A Shanghai? —dije—. Es un lugar espantoso. En realidad no me hace mucha gracia la idea de ir allá. Pero sé que debo ir, de modo que acepto.

Seguimos conversando, hasta que las sombras de la noche se arrastraron hasta nosotros, el día se tornó en penumbra y finalmente tuvimos que despedirnos. Me levanté y me dirigí al patio, donde la palma solitaria estaba marchita por el calor, con las hojas colgantes y casi castañas. Huang, estaba sentado, esperándome pacientemente, preguntándose por qué era tan larga la entrevista. Él también se puso de pie. En silencio nos dirigimos al sendero, pasamos junto al barranco, cruzamos el puentecito de piedra y llegamos a nuestro lamasterio.

Antes de entrar en nuestro sendero, había una roca muy grande. Nos subimos a ella para ver los ríos. Había mucha actividad en esa época. Pequeños vaporcitos jadeaban en las aguas. De sus chimeneas se elevaban llamas y humo que, sacudido por el viento se convertía en banderas negras. Sí, había ahora más vapores que antes de mi partida a Tibet. Cada día llegaban más refugiados, más tránsito, más gente que podía adivinar el futuro y comprendía lo que significaba en realidad la invasión de China. Había más congestión en una ciudad ya congestionada.

Cuando miramos al cielo nocturno, vimos las grandes nubes tormentosas que se amontonaban. Supimos que más tarde se produciría una tormenta eléctrica que bajaría de las montañas para inundar el lugar con una lluvia torrencial mientras nos ensordecía con los truenos y los ecos. Pensamos si sería ése un símbolo de los males que iban a caer sobre China. Nos lo pareció. El aire estaba tenso, cargado de electricidad. Creo que los dos suspiramos al mismo tiempo cuando pensamos en el futuro de ese país al que queríamos tanto. Pero la noche estaba sobre nosotros. Cayeron las primeras gotas pesadas de esa tormenta. Nos volvimos al mismo tiempo y fuimos hasta el templo, donde el Abad nos aguardaba, impaciente por saber qué había ocurrido. Me alegré mucho de verlo y de poder comentar con él lo ocurrido. También me provocó gran placer recibir sus felicitaciones por mi determinación.

Conversamos mucho, casi toda la noche. Por momentos nos ensordecían los truenos y el ruido de la lluvia que

golpeaba el techo del templo. Finalmente nos dirigimos a nuestras camas en el suelo, y nos echamos a dormir. Cuando llegó la mañana, después de la primera ceremonia, nos preparamos para iniciar otra etapa más de la vida una etapa aun más desagradable que las anteriores.

CAPÍTULO VI

CLARIVIDENCIA

¡Shanghai! No tenía ilusiones. Sabía que iba a ser muy difícil vivir en Shanghai. Pero el destino había decretado que debía ir allá. De modo que Po Ku y yo hicimos nuestros preparativos y esa mañana, algo más tarde, bajamos juntos la calle de escalones. Llegamos a los muelles y subimos a bordo de un buque que nos llevaría río abajo hasta nuestro destino.

En nuestra cabina —compartíamos la misma— me eché en mi camastro y pensé en el pasado. Pensé en la primera vez que había oído hablar de Shanghai. Fue cuando mi Guía, el lama Mingyar Dondup me enseñaba algunos puntos muy sutiles de la clarividencia. Como estos conocimientos pueden interesar y ayudar a muchos, les relataré la experiencia.

Años atrás, cuando estudiaba en Lhasa, en uno de los grandes lamasterios, varios compañeros y yo estábamos en una clase, deseando vernos libres y salir. La clase era peor que de costumbre, pues el profesor era terriblemente aburrido. A toda la clase le resultaba difícil seguir sus palabras y permanecer atenta. Era uno de esos días en que el sol brilla y las nubes se persiguen en el cielo. Todo nos llamaba para que saliéramos al sol tibio, lejos de los salones mohosos y de la voz monótona que nos aburría. De pronto se produjo una conmoción. Alguien había entrado en el salón. Nosotros estábamos de espaldas al profesor y no podíamos ver quién había llegado. Tampoco nos atrevimos a volvernos, por temor de que ÉL nos estuviera mirando a NOSOTROS. Ruido de papeles...

—Hum... me arruinan la clase.

Un "crac" agudo sonó cuando el profesor golpcó el pupitre con su bastón. Todos nos sobresaltamos.

—Lobsang Rampa, ven aquí.

Lleno de presentimientos, me puse de pie e hice las tres reverencias. ¿Qué había hecho ahora? ¿Me había visto el Abad cuando le arrojé piedras a los lamas visitantes? ¿Me habían visto cuando "probaba" las nueces encurtidas? ¿Me habían...? Pero la voz del maestro me tranquilizó de pronto.

—Lobsang Rampa, el Honorable Lama Superior, tu Guía, Mingyar Dondup, quiere verte en seguida. ¡Ve, y préstale más atención que a mí!

Fui con toda prisa. Recorrí los pasillos, subí las escaleras, doblé a la derecha y llegué a las habitaciones de los lamas. Camina con cuidado por aquí, pensé, algunas piedras están sueltas. Séptima puerta a la izquierda, aquí es.

Cuando levanté la mano para llamar, una voz dijo:

—Entra —y entré—. Tu clarividencia nunca falla cuando hay comida de por medio. Tengo té y nueces encurtidas. Llegas a tiempo.

El lama Mingyar Dondup no me esperaba tan temprano, pero me recibió de muy buen humor. Mientras comíamos él me habló.

—Quiero que estudies cómo se observa un cristal, mediante los distintos tipos de instrumentos. Debes conocer el manejo de todos y cada uno.

Después de tomar el té me llevó a un depósito. Allí se guardaban instrumentos de toda clase: tablas de escritura mesmérica, cartas para adivinar el porvenir, espejos negros y una cantidad asombrosa de aparatos. Recorrimos el lugar; mi Guía me señaló varios objetos y me explicó su uso. Después, volviéndose a mí, dijo:

—Elige un cristal que te parezca en armonía conmigo. Míralos bien a todos y elige.

Ya había visto una hermosa esfera de cristal de roca purísimo, sin una sola mancha, y de un tamaño tal que había que usar las dos manos para sostenerla. La levanté y dije:

—Esta es la que quiero.

Mi Guía se echó a reír.

—Has elegido la más antigua y la más valiosa. Si puedes usarla, es tuya.

Este cristal, que todavía conservo, había sido encontrado en uno de los túneles del Potala. En aquellos días oscuros lo habían llamado "La Bola Mágica" y se lo habían entregado a los lamas médicos de la Montaña de Hierro, pues consideraron que tenía algo que ver con la medicina.

En este mismo capítulo, un poco más adelante, me referiré a las bolas de cristal, los espejos negros y los globos de agua. Pero ahora tal vez interese más saber cómo nos preparamos para usar el cristal, cómo nos adiestramos para formar un solo ser con él.

Es evidente que cuando una persona es sana, física y mentalmente, la vista es excelente. Lo mismo ocurre con el Tercer Ojo. Debemos ser aptos y con ese fin nos preparamos antes de tratar de usar alguno de esos instrumentos. Yo había elegido mi cristal y lo miré. Sostenido con las dos manos, parecía un globo pesado que reflejaba al revés una imagen de la ventana, con un pájaro apoyado en el alféizar. Cuando miré con más atención, llegué a ver la débil imagen del lama Mingyar Dondup y... claro está que mi propia imagen.

—Lo estás mirando, Lobsang, y no es así como se usa. Cúbrelo y espera a que te enseñen.

A la mañana siguiente tuve que comer hierbas con mi primera comida; hierbas para purificar la sangre y aclarar la cabeza, hierbas para entonar la constitución. Había que tomarlas por la mañana y por la noche, durante dos semanas. Todas las tardes tenía que descansar una hora, con los ojos y la parte superior de la cabeza cubiertos con una tela gruesa y negra. Durante ese tiempo tuve que practicar una respiración especial, siguiendo un ritmo particular. También tuve que prestar atención a mi higiene personal.

Completadas las dos semanas, volví a ver al lama Mingiar Dondup.

—Vamos a ir a ese salón tranquilo que hay en el terra-

do —me dijo—. Hasta que estés familiarizado con esto necesitas una tranquilidad absoluta.

Subimos las escaleras y llegamos al terrado. A un lado estaba la casita donde el Dalai Lama celebraba las audiencias cuando venía a Chakpori para la Bendición Anual de los Monjes. Ahora íbamos a usarla. Mejor dicho, *yo* iba a usarla, lo que era un honor inmenso, pues sólo el Abad y el lama Mingyar Dondup podían hacerlo. Detrás de nosotros se veían las montañas distantes, que parecían guardianes de nuestro valle encantador. También se podía ver el Potala desde allí, pero ese espectáculo era demasiado conocido para preocuparme. Quería ver lo que había en el cristal.

—Muévete de esta manera, Lobsang. Mira el cristal y dime cuándo desaparecen todos los reflejos. Debemos excluir todos los puntos de luz, no es eso lo que queremos ver.

Ese es uno de los principales puntos que hay que recordar. Se debe excluir toda la luz que causa reflejos. Los reflejos sólo logran distraer la atención. Nuestro sistema era sentarnos con la espalda vuelta hacia una ventana que dé al norte; después corríamos una cortina bastante gruesa para crear una penumbra. Una vez corridas las cortinas, la bola de cristal que tenía en la mano me pareció inerte, muerta. Ni un solo reflejo manchaba su superficie.

Mi Guía se sentó a mi lado.

—Limpia el cristal con esta tela húmeda, sécalo y después levántalo con esta tela negra. No lo toques todavía con las manos.

Seguí sus instrucciones; limpié la esfera con todo cuidado, la sequé y la tomé con la tela negra que estaba doblada para formar un cuadrado. Crucé las manos con las palmas hacia arriba, bajo el cristal, que así quedó sostenido en la palma de la mano izquierda.

—Ahora mira *dentro* de la esfera. No *a* la esfera, sino *dentro* de ella. Mira el centro mismo y después deja que tu visión quede en blanco.

Esto último no me resultó difícil. Algunos de mis maes-

tros opinaban que mi mente estaba en blanco todo el tiempo.

Miré el cristal. Mis pensamientos se echaron a volar. De pronto me pareció que crecía la esfera que tenía en las manos y tuve la sensación de que iba a caer dentro de ella. Di un respingo y la sensación se desvaneció. Me encontré otra vez con una bola de cristal en las manos.

—¡Lobsang! *¿Por qué* olvidas lo que te digo? Estabas a punto de ver, y tu salto de sorpresa rompió la cuerda. Hoy no verás nada.

Hay que sostener el cristal y mantener la mente enfocada en un punto interior del mismo. Entonces aparece una sensación peculiar, es como si se estuviera a punto de entrar en otro mundo. Cualquier respingo, salto o sorpresa en esta etapa, arruinará todo. Lo único que queda por hacer en ese caso, mientras se está aprendiendo, por supuesto, es dejar el cristal y no tratar de "ver" hasta que se haya dormido toda una noche.

Al día siguiente intentamos nuevamente. Como antes, me senté con la espalda vuelta hacia la ventana que daba al norte y cuidé que desaparecieran todos los reflejos indeseados. Normalmente, me hubiera sentado en la actitud del loto, que es la actitud de meditación. A causa de una herida en la pierna, esa posición no era la más cómoda para mí. La comodidad es esencial. Hay que estar sentado muy cómodo. Es mejor sentarse de cualquier manera y *ver*, que mantener una actitud formal y no ver nada. Nuestra regla era: siéntate de cualquier manera que estés cómodo, pues la incomodidad distrae la atención.

Miré dentro del cristal. A mi lado estaba sentado, inmóvil, el lama Mingyar Dondup. Parecía tallado en piedra. ¿Qué voy a ver? Ese era mi pensamiento. ¿Sería como la primera vez que vi un aura? El cristal parecía opaco, inerte. Nunca voy a ver algo en esto, pensé. Era casi de noche y no había ninguna luz fuerte que provocara sombras. No había sombras ni focos de luz. En el salón reinaba la penumbra, y con la tela negra entre mis manos y la esfera, no veía un sólo reflejo en su superficie. Pero se suponía que yo debía mirar dentro.

De pronto, el cristal pareció cobrar vida. Dentro, en el centro, apareció una mancha blanca que se desparramó como el humo. Era como si un huracán silencioso soplara allí dentro. El humo se espesaba y se debilitaba, se espesaba y se debilitaba y después se desparramó en una película pareja por todo el globo. Era como una cortina puesta para impedirme que viera. Me esforcé mentalmente para pasar esa barrera. Me pareció que el globo se agrandaba y tuve la horrible impresión de caer de cabeza en un vacío sin fondo. En ese momento sonó una trompeta y la cortina blanca se corvirtió en una tormenta de nieve que se derretía como si la golpeara el calor de mediodía.

—Estuviste muy cerca, Lobsang, muy cerca.

—Sí, hubiera visto algo de no haber sonado esa trompeta. Me distrajo.

—¿Trompeta? Oh, llegaste hasta ahí, ¿eh? Ese era tu subconsciente, tratando de advertirte que la clarividencia y la lectura de los cristales son para muy pocos. Mañana llegarás más lejos.

La tercera tarde mi Guía y yo nos sentamos juntos como antes. Otra vez me recordó las reglas. Esa tarde tuve más éxito. Me senté con la esfera apoyada en las manos y me encontré en algún punto invisible en su borroso interior. El humo apareció casi de inmediato y pronto formó una cortina. Exploré con la mente, pensando: Voy a pasar. Voy a pasar. *¡Ahora!*

Otra vez tuve la espantosa impresión de caer. Esta vez estaba preparado. Caí como un plomo desde una altura inmensa, en ese mundo cubierto de humo que crecía con asombrosa rapidez. Sólo el severo adiestramiento impidió que gritara al aproximarme a esa superficie blanca con una rapidez tremenda... y pasarla, sin sufrir el menor daño.

Dentro brillaba el sol. Miré a mi alrededor completamente asombrado. Sin duda había muerto, pues me encontraba en un lugar desconocido. ¡Qué lugar tan extraño! Agua, agua oscura se extendía delante de mí, mucho más allá de donde alcanzaba a ver. Había más

agua de la que podía imaginar. A cierta distancia, un monstruo enorme, con forma de pez, avanzaba sobre la superficie del agua. En el centro, un tubo negro arrojaba algo semejante al humo, que el viento empujaba. Asombrado, vi gente caminando sobre la espalda del monstruo. Eso era demasiado para mí. Me volví para huir... y me detuve, petrificado. Grandes casas de piedra, de varios pisos de altura, se elevaban delante de mí. Vi un chino que pasaba corriendo, mientras arrastraba un aparato con dos ruedas. Aparentemente era un faquín, pues en el aparato con ruedas iba una mujer. Debe ser inválida, pensé, y tienen que llevarla de esa manera. Hacia mí caminaba un hombre, un lama tibetano. Contuve la respiración, pues era exactamente como el lama Mingyar Dondup, muchos años más joven. Caminó derecho hacia mí, a través de mí, y di un salto, asustado.

—¡Oh! —gemí—. Estoy ciego.

La habitación estaba a oscuras, no podía ver.

—Está bien, Lobsang, estás progresando mucho. Aguada a que corra las cortinas.

Mi Guía abrió las cortinas y en el salón entró la luz pálida de la tarde.

—Sin duda tienes grandes poderes de clarividencia, Lobsang; sólo necesitas que te dirijan. Sin darme cuenta toqué el cristal y, por tus observaciones, comprendo que has visto las impresiones que recibí cuando fui a Shanghai, hace muchos años, y estuve a punto de sufrir un colapso cuando vi por primera vez un buque y un *rickshaw*. Estás progresando mucho.

Todavía me sentía aturdido, como si siguiera viviendo en el pasado. Qué de cosas extrañas y terribles había fuera de Tibet. Peces domesticados que eructaban humo y que llevaban hombres en su lomo, hombres que llevaban mujeres con ruedas; me daba miedo pensar en eso, me daba miedo pensar que yo también tendría que ir más tarde a ese mundo extraño.

—Ahora debes sumergir el cristal en agua para borrar las impresiones que acabas de ver. Sumérgelo bien, deja que descanse sobre una tela en el fondo del recipiente y

después levántalo con otra tela. No dejes que tus manos lo toquen, todavía.

Eso es algo muy importante, que debe recordarse cuando se usa un cristal. Hay que desmagnetizarlo después de cada lectura. El cristal se magnetiza por la persona que lo sostiene, de la misma manera que un trozo de hierro cuando está en contacto con un magneto. Por lo general, basta con que se golpee el hierro para que pierda el magnetismo, pero al cristal hay que sumergirlo en agua. A menos que se lo desmagnetice después de cada lectura, los resultados se hacen cada vez más confusos. Las "emanaciones áuricas" de las distintas personas comienzan a confundirse y el lector obtiene resultados inexactos.

El cristal debe ser tocado únicamente por la persona que lo usa, a menos que se lo quiera "magnetizar" para una lectura. Cuando más personas lo toquen, tanto menos sensible se pondrá. Nos enseñaron que cuando realizábamos varias lecturas el mismo día, debíamos llevar el cristal a la cama con nosotros, para magnetizarlo personalmente por medio del contacto prolongado. El mismo resultado se obtiene al llevar el cristal con uno, ¡pero pareceríamos bastante tontos, yendo de aquí para allá con una bola de cristal!

Cuando no está en uso, el cristal debe cubrirse con una tela oscura. *Nunca* se debe permitir que caiga sobre él la luz fuerte del sol, pues perjudica su uso para fines esotéricos. Tampoco se debe permitir que lo use quien busca emociones. Hay un propósito detrás de esto. El que busca emociones no está realmente interesado, sino que busca un entretenimiento barato y arruina el aura del cristal. Es lo mismo que entregar una cámara fotográfica o un reloj caros a un chiquillo, para satisfacer su curiosidad.

La mayoría de las personas pueden usar cristales, siempre que se tomen el trabajo de averiguar qué tipo es el más adecuado para ellas. Siempre nos aseguramos de que nuestros anteojos sean los que nos corresponden. Los cristales son igualmente importantes. Algunas personas ven mejor con un cristal de roca, y otras con vidrio. El cristal

de roca es el tipo más potente. He aquí una breve historia del mío, según consta en los archivos de Chakpori.

Hace millones de años, los volcanes arrojaron llamas y lava. En lo profundo de la tierra, distintos tipos de arena fueron mezclados por los terremotos y fundidos en una clase de vidrio por el calor volcánico. Los terremotos rompieron los cristales en trozos y los arrojaron por las laderas de las montañas. La lava solidificada cubrió la mayor parte de esos trozos.

Con el curso del tiempo, las caídas de rocas descubrieron parte de este vidrio natural o "cristal de roca". Cuando amaneció la vida humana, unos sacerdotes de tribu vieron un trozo. En aquellos días lejanos, los sacerdotes eran seres que tenían poderes ocultos, que podían predecir y relatar la historia de un objeto por psicometría. Uno de ellos debió tocar un trozo en particular de cristal que lo impresionó lo suficiente para llevarlo a su casa. Debe haber existido un pedazo muy claro, del cual obtuvo impresiones clarividentes. Trabajosamente, él y los demás tallaron ese trozo de cristal hasta darle forma de esfera, pues era lo más conveniente para sostenerlo. Durante siglos, de generación en generación, esa bola de cristal pasó de un sacerdote a otro; todos tenían la misión de pulir esa materia dura. Lentamente, la esfera se fue perfeccionando y adquiriendo más brillo. Durante una generación se la adoró como al Ojo de un Dios. En la Edad de la Luz llegó a adquirir su propio valor como un instrumento mediante el cual podía horadarse la Conciencia Cósmica. Entonces, cuando medía casi cuatro pulgadas y era clara como el agua, la empaquetaron cuidadosamente, la guardaron en un cofrecito de piedra y la ocultaron en un túnel muy profundo, debajo del Potala.

Siglos más tarde la descubrieron unos monjes exploradores que descifraron la inscripción que había en el cofrecito. "Esta es la Ventana del Futuro", decía, "el cristal en el cual los aptos pueden ver el pasado y conocer el futuro. Estaba bajo la custodia del Alto Sacerdote del Templo de la Medicina". Llevaron el cristal a Chakpori, el actual Templo de la Medicina, y lo guardaron para

una persona que pudiera usarlo. Yo era esa persona, para mí vive.

Es muy raro el cristal de roca de ese tamaño, doblemente raro cuando no tiene un solo defecto. No cualquiera está en condiciones de usar un cristal así. Puede ser demasiado fuerte y tender a dominarlo a uno. Pueden también obtenerse esferas de vidrio, que son útiles para lograr la necesaria experiencia preliminar. Un buen tamaño es de tres a cuatro pulgadas; el tamaño no tiene importancia alguna. Lo importante es que no haya defectos en el cristal, o que el defecto sea muy pequeño y no llegue a verse en la penumbra. Los cristales pequeños, de "roca" o de vidrio, tienen la ventaja de su poco peso y eso es muy importante cuando se intenta sostener la esfera.

Quien desee comprar un cristal de cualquier clase debe publicar un aviso en uno de los periódicos "psíquicos". Los objetos que se ofrecen a la venta en ciertas tiendas son más adecuados para los brujos y las personas que aparecen en público. ¡Por lo general tienen manchas que no aparecen hasta que uno se los ha llevado a su casa! Que le envien un cristal para probar y en cuanto lo desempaqueta, lávelo con agua corriente. Séquelo con todo cuidado y después examínelo, sosteniéndolo con una tela oscura. ¿La razón? Lávelo para destruir todas las impresiones digitales que pudiera tener y que podrían parecer defectos y sosténgalo de modo que *sus propias* impresiones digitales no lo engañen.

Nadie puede suponer que, con un cristal en la mano, puede sentarse, mirarlo, y "ver cuadros". Tampoco es justo culpar al cristal por el fracaso. No es más que un instrumento, y nadie echaría la culpa a un telescopio si, al mirar por el extremo indebido, ve una imagen más pequeña que la real.

Algunas personas no pueden usar un cristal. Antes de abandonar, deben tratar de usar un "espejo negro". Este tipo de espejo puede hacerse a muy poco precio con el vidrio de un farol de automóvil, que se compra en cualquier casa de accesorios. El vidrio debe ser cóncavo y muy liso. El tipo estriado de algunos automóviles, no

sirve. Una vez que ha conseguido el cristal adecuado, exponga la superficie exterior a la llama de una vela. Muévalo para que en la superficie *exterior* se forme un depósito uniforme de hollín. Después podrá "fijarlo" con cualquier laca plástica o cualquier barniz, como el que se usa para evitar que el bronce pierda brillo.

Una vez listo el espejo negro, proceda del mismo modo que con el cristal redondo. Más adelante se dan sugerencias aplicables a la lectura de cualquier "cristal". Con el espejo negro, hay que mirar la superficie interior, teniendo mucho cuidado de evitar todos los reflejos parásitos.

Otro tipo de espejo negro es el que conocemos como "cero". Es semejante al anterior, pero el hollín está en la parte *interior* de la curva. Una gran desventaja es que no se puede "fijar" el hollín, pues al hacerlo se crearía una superficie lustrada. Este espejo puede ser útil para quienes se distraen con los reflejos.

Algunas personas usan un recipiente lleno de agua. El recipiente debe ser claro y sin el menor dibujo. Cuando se lo coloca debajo de una tela negra, se convierte en un cristal de vidrio. En Tibet existe un lago situado de tal manera que se ve, y al mismo tiempo casi no se ve, el agua de que está formado. Es un lago famoso y lo utilizan los Oráculos del Estado en algunos de sus pronósticos más importantes. Este lago, que llamamos Chö-kor Gyal-ki Nam-tsu (El Lago Celestial de la Victoriosa Rueda de la Religión), está en un lugar llamado Tak-po, a más o menos ciento sesenta kilómetros de Lhasa. El distrito es montañoso y el lago está encerrado por altos picos. Normalmente el agua es muy azul, pero a veces, cuando se lo mira desde cierto punto, el azul se cambia en un blanco lechoso, como si le hubieran echado cal. El agua se arremolina y forma espuma; después, de pronto, aparece un agujero negro en el medio del lago, mientras encima se forman nubes blancas. En el espacio entre el agujero negro y las nubes blancas puede verse un cuadro de los sucesos futuros.

A este sitio va el Dalai Lama, por lo menos una vez en su vida. Permanece en un pabellón cercano y mira el lago.

Ve sucesos importantes para él y, no menos importante, la fecha y la manera de su muerte. ¡El lago nunca se equivocó!

No todos podemos ir a ese lago, pero la mayoría, con un poco de paciencia y de fe, podemos usar un cristal. Para los lectores occidentales sugiero este método. La palabra "cristal" abarca cristal de roca, vidrio, espejos negros y el recipiente de agua.

Durante una semana se debe prestar particular atención a la salud. En ella se debe evitar (tanto como es posible en este mundo perturbado) las preocupaciones y el peligro. Hay que comer frugalmente y no ingerir salsas ni alimentos fritos. Maneje el cristal todo cuanto pueda, sin intentar "ver". Eso hará que se transfiera a él cierta cantidad de su magnetismo personal y le permite familiarizarse con el cristal. Recuerden que siempre deben cubrir el cristal, cuando no lo están manejando. Si pueden, guárdenlo en una caja con llave. Esto impedirá que otras personas jueguen con él, en ausencia de su dueño. Ya saben que debe evitarse la luz directa del sol.

Al cabo del séptimo día, vayan con el cristal a una habitación tranquila, si es posible, que reciba luz del norte. La caída de la tarde es la mejor hora, pues no hay luz directa del sol que aparezca y desaparezca a medida que pasan las nubes.

Siéntense —en cualquier posición cómoda— con la espalda vuelta hacia la luz. Tomen el cristal en sus manos y adviertan cualquier reflejo en su superficie. Habrá que eliminarlo corriendo las cortinas o cambiando de posición.

Cuando estén satisfechos, apoyen la frente en el cristal durante unos segundos y después aléjenlo lentamente. Téngalo en las palmas de las manos, que pueden apoyar en el regazo. Miren, sin fijar la vista, la superficie del cristal; después lleven la visión hacia el centro, hacia lo que imaginan debe ser una zona de vacío. Dejen la mente en blanco. Eviten tratar de ver algo. Eviten cualquier emoción fuerte.

Diez minutos es suficiente para la primera noche. Au-

menten gradualmente el tiempo; al finalizar la semana pueden realizar una sesión de media hora.

A la semana siguiente, ponga la mente en blanco tan pronto como puedan. Miren esa nada dentro del cristal. Advertirán que los bordes tiemblan. Puede parecerles que la esfera aumenta de tamaño o pueden tener la sensación de que caen hacia adelante. Así debe ser. *No* se sobresalten, pues de ese modo no podrán "ver" nada esa noche. Lo común es que quien "ve" por primera vez se sobresalte y reaccione de un modo semejante al respingo que a veces se da cuando comenzamos a dormirnos.

Con alguna práctica, advertirán que el cristal parece crecer cada vez más. Una noche, mientras lo observan, advertirán que es luminoso y que está lleno de humo blanco. Este humo se va a aclarar —siempre que no se sobresalten— y tendrán su primera visión del pasado (por lo general) . Será algo que tenga relación con ustedes, pues sólo ustedes han tocado la esfera. Sigan en ello, viendo únicamente su propio pasado. Cuando puedan ver "a voluntad", diríjanlo de manera que les muestre lo que quieren saber. El mejor método es repetir en voz alta y con firmeza "Esta noche voy a ver tal cosa". Si lo creen, *verán* lo que desean. Así es de sencillo.

Para conocer el futuro deben poner en orden sus hechos, Reúnan todos los datos de que dispongan y repítanlos. Después, "pregunten" al cristal y repítanse que van a ver lo que desean saber.

Aquí debo hacer una advertencia. No se puede usar el cristal para beneficio propio, para pronosticar el resultado de las carreras de caballos ni para hacer daño a otra persona. Existe una poderosa ley oculta que hará que todo desaparezca en su recuerdo si tratan de explotar el cristal. Esa ley es tan inexorable como el tiempo.

A esta altura, ya deben tener mucha práctica en sus propios asuntos. ¿Quieren tratar de ensayar con otra persona? Sumerjan el cristal en agua y séquenlo cuidadosamente sin tocar la superficie. Luego pásenlo a la otra persona. Díganle:

—Tómelo en sus manos y *piense* en lo que quiere saber. Después devuélvamelo.

Naturalmente, antes habrán advertido a esa persona que no hable ni los distraiga. Es aconsejable tratar primero con algún amigo, pues los desconocidos son desconcertantes cuando se está aprendiendo.

Cuando el amigo les devuelva el cristal, ustedes lo tomarán en sus manos desnudas o cubiertas con la tela oscura; eso ya no tiene importancia, pues el cristal debe estar "personalizado" a esta altura. Siéntense cómodamente, levanten el cristal hasta la frente durante unos segundos y después dejen descansar las manos en el regazo, sosteniendo el cristal de cualquier manera que les resulte conveniente. Miren *dentro* del cristal y dejen que la mente quede en blanco. Este primer intento será algo difícil, si actúan con naturalidad.

Cuando adquieran bastante práctica, y siempre que hayan procedido como les indico, observarán cualquiera de estas tres cosas. Hay cuadros verdaderos, símbolos e impresiones. Los cuadros verdaderos deben ser su objetivo. El cristal se nubla, después las nubes desaparecen para dar lugar a cuadros verdaderos, cuadros vivientes de lo que quieren saber. No hay ninguna dificultad de interpretación en ese caso.

Algunas personas no ven cuadros verdaderos; ven símbolos. Pueden ver, por ejemplo, una hilera de X o una mano. Puede ser un remolino de viento o una daga. Sea lo que fuere, pronto aprenderán a interpretarlo correctamente.

Tercero, están las impresiones. En este caso no se ve más que nubes arremolinadas y cierta luminosidad. Pero cuando se tiene el cristal, se sienten y oyen impresiones definidas. Es importantísimo evitar toda parcialidad personal, es indispensable no dominar al cristal con nuestros sentimientos sobre un caso determinado.

El verdadero clarividente nunca dice a una persona la fecha o la probabilidad de su muerte. Ustedes lo sabrán, pero *nunca* deben decirlo. Tampoco deberán advertir a una persona sobre una enfermedad. En cambio dirán "Es

aconsejable que tengan más cuidado que de costumbre en esta fecha" Tampoco digan jamás a una persona: "Sí, bien y, a cambio, el bien vendrá a ustedes. Si no ven nada, correctamente, *sabrán* que está con una mujer. Pero, ¿es tán hablando de negocios? ¿Es ella de la familia? Nunca *nunca* digan nada que tienda a destruir un hogar o cause infelicidad. Eso es abusar del cristal. Úsenlo sólo para el bien y, a cambio, el bien vendrá a ustedes. Si no ven nada, díganlo, y la persona que los consulta los respetará. Pueden "inventar" lo que dicen ver, y tal vez digan algo que el consultante *sabe* que es incorrecto. Entonces habrán perdido el prestigio y la reputación y además le darán mal nombre a las ciencias ocultas.

Después de la lectura, envuelvan el cristal y apóyenlo con todo cuidado en la mesa. Cuando se ha ido el consultante, les aconsejo sumergir el cristal en agua, secarlo y tocarlo para volver a personalizarlo con el magnetismo propio. Cuando más lo toquen tanto mejor será. Eviten rasparlo, y cuando hayan terminado, envuénvanlo en la tela oscura. Si pueden, guárdenlo en una caja con llave. Los gatos son grandes ofensores, algunos se quedan horas enteras "mirando". Y la próxima vez que usen el cristal, no querán ver la historia del gato y sus ambiciones. *Puede* hacerse. En Tibet, en algunos de los lamasterios ocultos se interroga a un gato por medio del cristal, cuando termina de cumplir su misión de cuidar las joyas. Así saben los monjes si ha habido algún intento de robo.

Les aconsejo que antes de embarcarse en cualquier forma de adiestramiento para leer cristales, inquieran profundamente cuáles son sus motivos secretos. El ocultismo es un arma de dos filos, y quienes "juegan" por curiosidad a veces son castigados con desórdenes nerviosos o mentales. Por él se puede conocer el placer de ayudar a los demás, pero también puede saberse muchas cosas horribles e imperdonables. Es mejor leer solamente este capítulo a menos que se esté muy seguro de los motivos que lo impulsan a estudiar las ciencias ocultas.

Una vez que se ha elegido el cristal, no debe cambiarse. Hay que crearse el hábito de tocarlo todos los días, o

día por medio. Los sarracenos de la antigüedad jamás desenvainaban una espada, ni siquiera para mostrarla a un amigo, si con ella no iban a arrancar sangre. Si por algún motivo tenían que mostrarla, se pinchaban un dedo para "sacar sangre". Lo mismo ocurre con el cristal. Si lo muestran a alguien, *lean* aunque sea sus propios asuntos. Léanlo, aunque no digan a nadie lo que hacen o lo que ven. Esto no es una superstición, sino una manera segura de adiestrarse, de modo que cuando el cristal se descubra, "vean" automáticamene, sin preparación, sin pensar siquiera en ello.

CAPÍTULO VII

VUELO DE MISERICORDIA

El buque se detuvo suavemente en Soochow Creek. Los *coolies* chinos lo invadieron, gesticulando y chillando como locos. Rápidamente sacamos nuestro equipaje y conseguimos un *rickshaw* que nos llevó sin pérdida de tiempo a lo largo del Bund hasta la ciudad china; nos detuvimos en un templo en el cual yo viviría por el momento. Po Ku y yo estábamos silenciosos en un mundo que era una Babel. Shanghai era una ciudad muy ruidosa y muy atareada. Estaba más atareada que nunca porque los japoneses estaban tratando de tener algún fundamento para lanzar un ataque feroz, y durante cierto tiempo habían registrado a los residentes extranjeros que querían cruzar el Puene Marco Polo. Provocaban situaciones muy embarazosas por lo escrupuloso de sus registros. Los occidentales no comprenden que ni los japoneses ni los chinos ven nada vergonzoso en el cuerpo humano, sino en los pensamientos de la gente sobre el cuerpo. Cuando los occidentales eran registrados por los japoneses, lo consideraban un insulto deliberado, y no era así.

Durante cierto tiempo tuve un consultorio privado en Shanghai. Actuaba en forma privada, realizaba trabajos médicos y psicológicos. Tenía que ver pacientes en mi consultorio y en el hospital. No tenía descanso. Todo el tiempo que me quedaba libre lo dedicaba a estudiar intensamente navegación aérea y la teoría del vuelo. Después del ocaso, volé largas horas sobre las luces titilantes de la ciudad y en el campo, donde sólo me guiaba el leve resplandor de las casitas de los campesinos.

Los años pasaron sin darme cuenta, pues estaba demasiado ocupado para preocuparme por las fechas. El Con-

cejo Municipal de Shanghai me conocía bien y utilizó plenamente mis servicios profesionales. Me hice muy amigo de un ruso blanco. Bogamaloff había escapado de Moscú durante la revolución. Había perdido todo en aquel momento trágico y estaba empleado en el Concejo Municipal. Fue el primer hombre blanco que conocí, y lo conocí muy bien... era todo un hombre.

Mi amigo advirtió claramente que Shanghai no tenía defensa contra una agresión. Como nosotros, él preveía los horrores que iban a llegar.

El 7 de julio de 1937 se produjo un incidente en el Puente Marco Polo. Se habló mucho de ese incidente y yo no voy a repetirlo. Fue notable únicamente por ser el punto inicial de la guerra entre China y Japón. Desde ese momento todo se contempló desde un punto de vista bélico. Enfrentamos tiempos duros. Los japoneses eran agresivos, truculentos. Muchos de los comerciantes extranjeros, en particular los chinos, habían previsto la situación y se habían trasladado, con sus familias y sus mercancías a varias partes de China, tierra adentro, como Chungking. Pero los campesinos que vivían en las afueras de Shanghai se habían volcado en la ciudad. Por algún motivo creían que allí estarían más seguros. Aparentemente pensaban que había seguridad en la cantidad.

Día y noche, los camiones de la Brigada Internacional recorrían las calles de la ciudad, cargados con mercenarios de distintos países cuya misión era mantener la paz en la misma ciudad. A menudo no eran más que asesinos que habían sido reclutados por su brutalidad. Si se producía cualquier incidente que les disgustaba, se presentaban con todas sus armas y sin aviso, sin provocación ni motivo disparaban sus ametralladoras, sus fusiles y su revólveres. Mataban civiles inocentes e inofensivos, y la mayoría de las veces no hacían nada contra los culpables. En Shanghai solíamos decir que era mejor vérselas con los japoneses y no con esos bárbaros de cara roja, como llamábamos a ciertos miembros de la Fuerza de Policía Internacional.

Durante algún tiempo me había especializado en seño-

ras, a las que trataba como médico cirujano. En Shanghai tuve una gran clientela. La experiencia que obtuve en aquellos días anteriores a la guerra me sería muy útil más tarde.

Los incidentes se hacían cada vez más frecuentes. A cada momento llegaban informes de los horrores de la invasión japonesa. Las tropas y las provisiones japonesas llovían prácticamente sobre el país. Todos maltrataban a los campesinos, robaban, violaban, como era su costumbre. A fines de 1938 el enemigo estaba en las afueras de la ciudad; las fuerzas chinas, mal armadas, lucharon con toda valentía. Lucharon hasta morir. Muy pocos fueron conducidos de vuelta por las hordas japonesas. Los chinos lucharon como sólo pueden hacerlo quienes defienden su patria, pero los abrumó el peso de la cantidad de enemigos. Shanghai fue declarada ciudad abierta, en la esperanza de que los japoneses respetaran las convenciones y no bombardearan el lugar histórico. La ciudad estaba completamente indefensa, no había cañones ni armas de ninguna clase. Se retiraron las fuerzas militares. La ciudad estaba atestada de refugiados. La población nativa se había ido, casi en su totalidad. Las universidades, centros de conocimiento y cultura, las grandes firmas comerciales, los bancos, todos se habían retirado a lugares como Chungking y a otros sitios remotos. Pero en su lugar habían llegado refugiados, gente de todas las naciones y de todas las condiciones que huían de los japoneses y creían estar más seguros cuanto mayor fuera su número. Los *raids* aéreos se hicieron cada vez más frecuentes; la yente ya se había acostumbrado a ellos. Pero una noche los japoneses bombardearon realmente la ciudad. Despegaron todos los aviones de que disponían; hasta las aviones de caza llevaban bombas; y los pilotos tenían granadas en sus cabinas, para arrojarlas por las ventanillas. La noche estaba densa de aviones que volaban como una manga de langostas. Y como una manga de langostas no dejaron nada a su paso. Las bombas caían en todas partes, sin discriminación. La ciudad era un mar de llamas y no tenía defensa; no teníamos nada con qué defendernos.

Hacia la medianoche, caminaba yo por una calle en el peor momento del bombardeo. Había estado atendiendo un caso, una mujer moribunda. Sobre mí llovía metal, y me pregunté dónde podría refugiarme. De pronto oí un silbido débil, que creció hasta convertirse en un gemido y después en el chillido espantoso de una bomba. Tuve la sensación de que los sonidos, la vida, se habían detenido. Tuve una impresión de flotar en la nada, de estar en el vacío absoluto. Sentí que me asía una mano gigantesca y me arrojaba al aire, me sacudía, para dejarme caer después violentamente al suelo. Permanecí unos minutos aturdido, casi sin poder respirar, preguntándome si ya estaba muerto y aguardaba para continuar mi camino hacia el otro mundo. Conseguí recobrar los sentidos, me reanimé algo y miré a mi alrededor, completamente estupefacto. Había estado caminando por una calle, entre dos hileras de casas altas; ahora me encontraba en un llano desolado, sin una sola casa, sólo montones de escombros, pilas de polvo salpicadas de sangre y restos humanos. Las casas estaban atestadas y allí había caído la bomba. Cayó tan cerca de mí que me encontré en el vacío parcial y por algún motivo extraordinario no había oído el menor ruido ni había sufrido daño alguno. La carnicería era sencillamente aterradora. Por la mañana amontonamos los cadáveres y los quemamos para evitar que se difundiera una peste, pues bajo ese sol abrasador ya comenzaban a descomponerse, estaban verdes e hinchados. Pasamos días enteros cavando en los escombros, tratando de salvar a quien estuviera todavía vivo, desenterrando a los muertos para quemarlos en el mismo lugar y salvar a la ciudad de una epidemia.

Una tarde me encontraba en la parte vieja de Shanghai. Acababa de cruzar un puente sesgado que salvaba un canal. A mi derecha, bajo una casilla callejera, se encontraban algunos astrólogos y adivinos chinos. Estaban sentados detrás de sus mostradores y leían el futuro a clientes ávidos que estaban ansiosos por saber si sobrevivirían a esa guerra y si las condiciones iban a mejorar. Los miré, divertido al pensar que de veras creían lo que esos saca-

dinero les decían. Los adivinos repetían de memoria los caracteres que rodeaban el nombre del cliente en un cartón, les hablaban del término de la guerra, y a las mujeres, de la seguridad de sus hombres. Un poco más allá, los astrólogos —¡tal vez descansando un poco de sus deberes profesionales!— actuaban como escribas públicos. Escribían cartas que personas analfabetas querían enviar a alguna parte de la China, en las que daban noticias de familia. Ganaban una existencia precaria escribiendo para los analfabetos, y lo hacían al aire libre. Cualquier curioso podía detenerse y enterarse de los asuntos privados de la familia. En China no hay intimidad. El escriba solía gritar lo que iba escribiendo para que los posibles clientes comprendieran con cuánta belleza escribía sus cartas. Seguí caminando hasta el hospital, donde tenía que practicar varias operaciones. Pasé junto a las casillas de los vendedores de incienso, junto a los negocios de los vendedores de libros de segunda mano, que siempre parecen reunirse en la ribera y que, como en todas las ciudades, exhibían su mercancía al borde del río. Más adelante estaban los vendedores de incienso y de objetos religiosos, como las estatuas de los dioses Ho Tai y Kuan Yin. El primero era el Dios de la Buena Vida, y la segunda, la Diosa de la Compasión. Llegué al hospital y realicé mis tareas. Más tarde regresé por la misma calle. Los japoneses habían sobrevolado la ciudad con sus bombas. Ya no quedaban casillas ni librerías. Ya no quedaban vendedores de incienso o de objetos, pues ellos y sus mercancías habían vuelto al polvo. Los incendios bramaban, los edificios caían destrozados, de modo que se repetía lo de cenizas a las cenizas y polvo al polvo.

Pero Po Ku y yo teníamos otras cosas que hacer, además de vivir en Shanghai. Teníamos que investigar las posibilidades de iniciar un servicio de ambulancias aéreas bajo órdenes directas del general Chiang Kai Shek. Recuerdo muy bien uno de esos vuelos. El día era fresco, las nubes se perseguían en el cielo. De alguna parte llegaba el monótono buumm-buumm-buumm de las bombas japonesas. A veces se oía el zumbido de las máquinas

aéreas, como el sonido de las abejas en un día de verano. El camino áspero, a cuya vera estábamos sentados, había soportado el peso de muchos pies ese día y los anteriores. Los campesinos lo recorrían en un intento de escapar a la crueldad sin sentido de los japoneses, enloquecidos por el poder. Viejos campesinos, casi al final de sus vidas, empujaban carretillas de una rueda cargadas con todas sus posesiones terrenas. Campesinos inclinados casi hasta el suelo, que llevaban a la espalda todo lo que tenían. En sentido contrario iban las tropas mal armadas, con su escaso equipo cargado en carretas de bueyes. Eran hombres que iban ciegamente a la muerte, mientras trataban de detener ese avance sin misericordia, mientras trataban de proteger a su país y a sus hogares. Iban a ciegas sin saber por qué tenían que ir, sin saber qué había provocado la guerra.

Nos agazapamos bajo el ala de un viejo avión trimotor, un avión que ya estaba gastado antes de llegar a nuestras manos ávidas. La pintura estaba descascarándose en las alas de lona. El tren de aterrizaje había sido reparado y reforzado con ramas de bambú, y habíamos arreglado el patín de cola con el extremo roto de un resorte de auto. Lo llamábamos Vieja Abie y nunca nos había fallado hasta entonces. A veces se detenían los motores, es cierto, pero sólo uno por vez. Era un monoplano de alas altas, fabricado por una famosa firma americana. Tenía el fuselaje de madera, cubierto de lona, y las líneas aerodinámicas eran desconocidas cuando lo construyeron. La modesta velocidad de ciento noventa kilómetros horarios parecía el doble cuando se viajaba en él. La tela repicaba como un tambor, los largueros crujían y protestaban, y el ancho escape libre añadía su bochinche.

Mucho tiempo atrás lo habían pintado de blanco con enormes cruces rojas en los costados y las alas. Ahora estaba lleno de rayas y manchas. El aceite de los motores había añadido una rica pátina amarillo-marfil, que lo hacía parecerse a una vieja talla china. La nafta salpicada contribuía con otras tonalidades, mientras que los distintos remiendos daban un extraño aspecto al viejo avión.

Fue atenuándose la baraúnda de las bombas. Ya había pasado otro bombardeo japonés; nuestro trabajo comenzaba. Una vez más revisamos nuestro magro equipo; sierras, dos: una larga y otra pequeña y con punta; cuchillos, variados: cuatro. Uno era un ex-cuchillo de carnicero; otro, una cuchilla de retoques fotográficos. Los dos restantes eran verdaderos bisturíes.

Forceps, pocos. Dos jeringas hipodérmicas con calamitosas agujas sin punta. Una jeringa de aspiración con tubos de goma y un trocar mediano. Correas, sí, debíamos verificar que las llevábamos. Puesto que carecíamos de anestésicos, a menudo teníamos que atar a nuestros pacientes.

Ese día le tocaba pilotear a Po Ku, y a mí, sentarme en la cola y vigilar si se acercaban cazas japoneses. No era para nosotros el lujo de un *intercom*. Teníamos una cuerda larga. Un extremo iba atado al piloto y el otro estaba en manos del observador, que la tironeaba según un código elemental.

Cautelosamente hice girar las hélices, pues Abie tenía una fuerte explosión. Uno a uno tosieron los motores, escupieron humo negro y aceitoso y despertaron a una vida estridente. Pronto se calentaron y emitieron un rugido rítmico. Subí al avión y me dirigí a la popa, donde habíamos abierto una ventana de observación en la lona. Dos tirones a la cuerda y Po Ku quedó informado de que yo me encontraba instalado, acurrucado en el suelo, apretado entre los puntales. Aumentó el rugido de los motores y tembló todo el avión cuando se deslizó por el campo. El tren de aterrizaje retumbó sordamente y se oyó el crujido del maderamen. La cola se sacudió cuando pasamos sobre las irregularidades del terreno. Reboté del piso al techo. Me así con más fuerza, pues me sentía como una arveja en su estuche. Con un matraqueo final, el viejo avión se elevó y el ruido se hizo menos intenso cuando tomamos velocidad de crucero. Cuando nos encontramos a la altura de los árboles, se inclinó profundamente un ala. Ese movimiento inesperado hizo que estuviera a punto de sacar la cabeza por la ventanilla

abierta en la tela. Violentos tirones en la cuerda por parte de Po Ku significaban. "Bueno, lo hicimos una vez más. ¿Estás ahí todavía?" Mis tirones de respuesta, tan expresivos como pude, le indicaron lo que pensaba de su manera de *decolar.*

Po Ku veía hacia dónde nos dirigíamos. Yo veía lo que dejábamos atrás. Esta vez íbamos a un pueblo en el distrito de Wuhu, donde los bombardeos habían sido intensos y habían provocado muchísimas bajas, que no podían ser asistidas, pues en el lugar se carecía de servicios médicos. Siempre piloteábamos y observábamos por turno. Abie tenía muchos puntos ciegos, y los cazas japoneses eran muy rápidos. A menudo su velocidad nos salvaba. Podíamos reducir nuestra velocidad a ochenta kilómetros cuando no íbamos muy cargados y eludir a los pilotos japoneses, que no son grandes tiradores. Solíamos decir que estábamos más seguros frente a ellos porque siempre erraban a lo que tenían delante de sus narices cuadradas.

Vigilé con toda atención, alerta ante cualquier odiado "mancha de sangre", como llamábamos con mucho acierto a los aviones japoneses. El Río Amarillo pasó bajo la cola de nuestro aparato. La cuerda vibró tres veces. "Vamos a aterrizar" me indicó Po Ku. Subió la cola, murió el rugido de los motores y fue reemplazado por un agradable "wick-wick", "wick-wick" producido por las hélices que giraban perezosamente. Nos deslizamos hacia abajo con los motores casi detenidos. Crujió el timón cuando viró para corregir nuestro rumbo. Sacudidas y temblores en la lona que vibraba en la brisa. Una súbita explosión de los motores y luego el matraqueo y las sacudidas cuando tocamos tierra, y más sacudidas provocadas por las irregularidades del terreno. Después, el momento que más odiaba el observador apretujado en la cola; el momento en que ésta caía y el patín de metal araba la tierra, levantando nubes de polvo sofocante, polvo cargado de partículas de excrementos humanos con los cuales los chinos fertilizan sus campos.

Desdoblé mi corpulenta figura del lugarcito en que

la había amontonado en la cola y me levanté con gemidos de dolor cuando la circulación se restableció. Trepé por el fuselaje inclinado hasta la puerta. Po Ku ya había abierto y saltamos al suelo. Varias figuras se acercaron corriendo a nosotros.

—Vengan rápido, tenemos muchos heridos. El general Tien está atravesado por una barra de metal. Los extremos le salen por delante y por detrás.

En la cabaña miserable que hacía las veces de hospital estaba el general Tien, sentado muy derecho. Su piel, normalmente amarilla, estaba verde grisácea de dolor y fatiga. Por encima del canal inguinal izquierdo salía una brillante barra de metal. Parecía la vara que se usa con los gatos de auto. Sea lo que fuere, había atravesado su cuerpo, impulsado por la explosión de una bomba. Tenía que sacárselo a la brevedad. El extremo que le salía por la espalda, encima de la cresta sacro-ilíaca izquierda, era liso y romo. Pensé que había pasado muy cerca del colon descendente, o que lo había empujado a un lado.

Después de examinar con todo cuidado al paciente, me separé un poco con Po Ku —para que los presentes no oyeran nuestra conversación— y lo envié al avión, en una misión algo extraña. Mientras él salía, limpié cuidadosamente las heridas del General y la barra de metal. El general era viejo y pequeño, pero su salud y estado físico eran bastante buenos. Le dije que no teníamos anestésicos y que trataría de lastimarlo lo menos posible.

—De todos modos, va a dolerle, por más cuidado que yo tenga —le advertí—. Haré todo cuanto pueda.

—Hágalo —me respondió—. Si no se hace nada, moriré de todos modos. Como ve, no tengo nada que perder.

De la tapa de una caja de provisiones corté un trozo que tendría unas dieciocho pulgadas cuadradas. Lo perforé en el centro para que ajustara perfectamente en la varilla de metal. Po Ku ya había regresado con la caja de herramientas del avión. Con mucho cuidado ensartamos la madera en la barra y Po Ku la sostuvo firmemente contra el cuerpo del paciente. Yo tomé la barra con nues-

tra llave de tuerca y tiré con suavidad. No ocurrió nada, excepto que el infortunado paciente se puso pálido.

Bueno, pensé, no podemos dejar esa varilla donde está, de modo que es un caso de matar o curar. Apoyé la rodilla en Po Ku, que sostenía la madera en posición, volví a tomar la barra con la llave y tiré con fuerza, mientras la hacía girar algo. Con un ruido horrible de succión salió la varilla; y yo, perdiendo el equilibrio, caí de espaldas al suelo. Me levanté con toda rapidez y nos dispusimos a detener la hemorragia. Observé la herida con ayuda de una linterna y comprendí que el caso no era muy grave, pues no estaba interesado ningún órgano, de modo que suturamos y limpiamos hasta donde pudimos alcanzar. Después de tomar algunos estimulantes, el General adquirió mejor color y —según sus propias palabras— se sintió mucho más feliz. Ya podía descansar de costado, mientras que antes tenía que sentarse muy derecho para equilibrar el peso de la pesada barra de metal. Dejé que Po Ku terminara el vendaje y fui a atender el caso siguiente. Era una mujer a la que una bomba le había arrancado una pierna encima de la rodilla. Le habían aplicado un torniquete demasiado ajustado y por demasiado tiempo. Sólo se podía hacer una cosa: amputar.

Hicimos que varios hombres sacaran una puerta de su sitio y en ella atamos a la mujer. Rápidamente corté la carne en V, con la punta hacia el cuerpo. Con una sierra fina corté el hueso lo más alto posible. Después uní los dos bordes de carne y los cosí para formar un almohadón en el extremo del hueso. La operación me llevó media hora; media hora de agonía durante la cual la mujer permaneció inmóvil, sin emitir el menor sonido, sin gemir, sin siquiera estremecerse. Sabía que estaba en manos amigas. Sabía que lo que estábamos haciendo, lo hacíamos por su bien.

Hubo otros casos. Heridas sin importancia y otras graves. Cuando terminamos ya estaba oscureciendo. Ese día le había tocado a Po Ku conducir el avión, pero le

era imposible ver con aquella luz tan escasa, de modo que tuve que pilotear yo.

Corrimos hasta el avión y acomodamos nuestro equipaje con verdadero amor. Otra vez nos había sido muy útil. Después Po ku puso las hélices en movimiento, y encendí los motores. Del escape abierto salieron llamas rojas y azules. Debíamos parecer un dragón traga-llamas a quien no hubiera visto jamás un avión. Subí a bordo y me senté en la butaca del piloto. Estaba tan cansado que apenas podía mantener los ojos abiertos. Po Ku subió detrás de mí, cerró la puerta, se echó en el suelo y se quedó dormido. Hice señas a los hombres que estaban fuera para que quitaran las piedras que atascaban las ruedas.

Cada vez estaba más oscuro y resultaba difícil distinguir los árboles. Yo había memorizado el aspecto del terreno y aceleré el motor de estribor para girar. No soplaba viento. Después, dando frente a lo que esperaba sería la dirección correcta, aceleré al máximo los tres motores. Rugiendo, el avión tembló y repiqueteó cuando nos pusimos en movimiento, cada vez a más velocidad. Era imposible ver los instrumentos. No teníamos luces, y sabía que el extremo del terreno, que no alcanzaba a ver, estaba peligrosamente cerca. Tiré hacia atrás el timón. El avión se elevó, se hundió algo y volvió a elevarse. Estábamos en el aire. Incliné un ala y giramos en un círculo amplio, siempre elevándonos. Enderecé el avión cuando estuvimos debajo de las nubes frías. Entonces busqué nuestra guía, el Río Amarillo. Allá estaba, muy a la izquierda. Resplandecía apenas contra la tierra oscura. También busqué otros aviones en el cielo, pues estaba indefenso. Con Po Ku dormido en el suelo a mi lado, no había quien montara guardia en la popa.

Cuando establecí el rumbo, me senté con más comodidad. Pensé que esas exculsiones de emergencia eran asombrosamente cansadoras; teníamos que improvisar, que arreglarnos con cuaquier cosa y remendar esos pobres cuerpos sangrantes con lo que tuviéramos a mano. Recordé los relatos fabulosos que había oído de hospitales

ingleses y americanos y de las inmensas provisiones de materiales e instrumentos que decían tener. Pero nosotros, en China, teníamos que arreglarnos y salir adelante como pudiéramos.

Aterrizar era difícil, pues la oscuridad era casi completa. Sólo se veía el resplandor débil de las lámparas de aceite encendidas en las casas de los campesinos y la oscuridad algo más densa de los árboles. Pero de alguna manera tenía que descender el viejo avión, y lo hice aterrizar con gran retumbo del tren de aterrizaje y muchos crujidos del patín de cola. Eso no molestó para nada a Po Ku. Estaba profundamente dormido. Apagué los motores, bajé, puse las trabas en las ruedas; después regresé al avión, subí, cerré la puerta y me quedé dormido en el suelo.

Por la mañana muy temprano nos despertaron gritos que venían de fuera. Abrimos la puerta, y un sargento nos dijo que en vez de tener el día libre, como habíamos pensado, teníamos que llevar a un general a otro distrito, donde se iba a entrevistar con el general Chiang Kai-Shek para conversar sobre la guerra en la zona de Nanking. Este general era un tipo despreciable. Había sido herido y, teóricamente, estaba convaleciente. A nosotros nos pareció que se fingía enfermo. Era un hombre convencido de su propia importancia y todo su personal lo detestaba. Nosotros teníamos que componernos un poco, de modo que fuimos a nuestras cabañas a lavarnos y cambiarnos el uniforme, pues el General era severísimo en cuanto a la presentación. Mientras nos lavábamos, se echó a llover a cántaros. Nuestra melancolía aumentó a medida que el día se fue oscureciendo cada vez más. ¡La lluvia! La odiábamos tanto como cualquier chino. Uno de los espectáculos del país era ver a los soldados chinos, todos hombres valientes y duros, tal vez los soldados más bravos del mundo; pero odiaban la lluvia. En China la lluvia caía pródigamente, en una cascada continua. Llegaba a todas partes, empapaba todo y todos los que quedaban expuestos a ella. Cuando regresábamos a nuestro avión, protegidos por paraguas,

vimos un destacamento del ejército chino. Marchaban por el camino que pasaba junto al aeródromo, el camino que estaba lleno de barro y resbaloso por la lluvia. Los hombres parecían completamente desalentados por el aguacero. Ya tenían que sufrir bastantes penurias, para que la lluvia las agravara. Marchaban deprimidos, los fusiles protegidos por una bolsa de lona que se habían colgado al hombro. A la espalda portaban talegas, bien atadas con cuerdas para mantenerlas intactas. Allí llevaban todas sus pertenencias, todos sus implementos de guerra, su comida, todo. En la cabeza llevaban sombreros de paja, y en la mano derecha, encima de la cabeza, un papel encerado amarillo y un paraguas de bambú. Ahora parecería cómico. Pero era perfectamente normal ver quinientos o seiscientos soldados que marchaban por un camino bajo quinientos o seiscientos paraguas. Nosotros también usábamos paraguas para llegar hasta nuestro avión.

Nos invadió el asombro cuando llegamos al costado de nuestro aparato. Había reunido un grupo de personas que sostenían sobre sus cabezas una marquesina de lona, para evitar que la lluvia mojara al General. Él nos saludó imperiosamente y nos dijo:

—¿Cuál de los dos tiene más experiencia de vuelo?

Po Ku suspiró con cansancio.

—Yo, General —dijo—. Hace diez años que vuelo, pero mi camarada es mucho mejor piloto que yo y tiene más experiencia.

—Yo debo ser el juez —dijo el General—. Usted piloteará y él montará guardia en la cola.

De modo que Po Ku fue a la cabina del piloto y yo me dirigí a la cola del avión. Encendimos los motores. Yo podía observar por la ventanilla y vi al General y a sus ayudantes cuando subieron al aparato. Hubo mucho movimiento en la puerta, muchas ceremonias, muchas reverencias y saludos. Finalmente, un sargento la cerró y dos mecánicos retiraron las cuñas de las ruedas. Una señal de Po Ku y los motores rugieron. Me avisó con nuestra cuerda y partimos.

Ese vuelo no me hacía nada feliz. Ibamos a sobrevolar las líneas japonesas, y los japoneses prestaban mucha atención a quienes pasaban sobre sus posiciones. Peor todavía, nos acompañaban tres cazas —sólo tres— que se suponía debían protegernos. Sabíamos que serían una gran atracción para los japoneses, porque sus cazas vendrían a ver qué pasaba, por qué un viejo trimotor como el nuestro llevaba una escolta de tres aviones de caza. Sin embargo, el General había dejado establecido que él era el jefe y que era él quien daba las órdenes, de modo que seguimos viaje. Correteamos hasta el extremo del campo. Con una nube de polvo y un repiqueteo del tren de aterrizaje, giró el avión, los tres motores adquirieron el máximo de velocidad y corrimos por el campo. Con un ruido estridente y un rugido, el viejo aparato flotó en el aire. Describimos varios círculos para ganar altura. No era nuestra costumbre hacerlo, pero teníamos órdenes. Diez mil pies era nuestra altura máxima. Seguimos describiendo círculos hasta que los tres cazas ocuparon sus lugares de formación, encima y debajo de nosotros. Me sentía absolutamente desnudo, atascado allí con esos tres cazas a nuestro alrededor. De vez en cuando veía que uno se deslizaba hasta mi campo de visión desde la ventana y después desaparecía gradualmente. No me daba ninguna sensación de seguridad verlos allí; al contrario, a cada momento temía ver también aviones japoneses.

Seguimos y seguimos adelante. Me pareció interminable; era como si estuviéramos suspendidos entre el cielo y la tierra. Había leves cabeceos y sacudidas, el avión se mecía un poco y mi mente vagaba con la monotonía del viaje. Pensaba en la guerra que se desarrollaba dabajo nuestro, en la tierra. Pensaba en las atrocidades, los horrores, tanto de los cuales había visto. Pensaba en mi amado Tibet y qué agradable sería apoderarse de la vieja Abie y volar hasta allá, para aterrizar al pie del Potala, en Lhasa. De pronto se oyeron disparos, el cielo pareció llenarse de aviones arremolinados, aviones que llevaban la odiada "mancha de sangre" en las alas. Los vi llenar mi campo de visión para desaparecer nuevamente. Alcan-

cé a ver las llamas y el humo de los disparos de cañón. No valía la pena hacerle señas a Po Ku. Era evidente que estaban disparando contra nosotros. La vieja Abie ascendió, bajó y volvió a subir. Su nariz fue cada vez más arriba y pareció que queríamos aferrarnos al cielo. Po Ku realizaba violentas maniobras y me costaba mucho mantener mi posición en la cola. De pronto las balas atravesaron la lona, justo delante de mí. A mi lado se soltó un alambre, que saltó como un resorte. Su extremo libre me rozó la cara, junto al ojo izquierdo. Me hice lo más pequeño posible y traté de enterrarme aún más en la cola. Se estaba desarrollando una batalla feroz, una batalla que podía ver perfectamente porque las balas habían abierto una línea de puntos en la lona, la ventana había desaparecido y con ella una buena cantidad de tela. Me pareció estar sentado en las nubes, sobre una armazón de madera. La batalla seguía desarrollándose con altibajos, cuando se oyó un chasquido terrible. El avión se estremeció y bajó la nariz. Miré desesperado por la ventana. Los aviones japoneses llenaban el aire. Mientras estaba observando, un aparato japonés y otro chino chocaron en el aire. Se produjo una explosión horrenda, aparecieron lenguas de fuego anaranjadas segundas de humo negro, y los dos aviones se precipitaron juntos, girando, unidos en un abrazo mortal. Los pilotos, despedidos de sus máquinas, cayeron con las manos y las piernas abiertas, dando vueltas y más vueltas. Eso me recordó mis días de vuelo en cometa, en Tibet, cuando el lama cayó de su cometa y se precipitó de la misma manera, para destrozarse en las piedras, cientos de metros más abajo.

El avión se sacudió violentamente una vez más y giró sobre sí mismo, como una hoja al viento. Creí que había llegado el fin. La nariz se hundió, la cola se elevó tan súbitamente que me deslicé por el fuselaje hasta la cabina, donde vi la escena más espantosa. El General estaba muerto; desparramados en la cabina, estaban los cuerpos de sus ayudantes. Las balas de los cañones los habían atravesado y hecho pedazos. Todos los ayudantes estaban muertos o moribundos. La cabina era un mata-

dero. De un golpe abrí la puerta de la cabina del piloto y di un paso atrás, impresionado. Allí estaba el cuerpo sin cabeza de Po Ku, doblado sobre los controles. La cabeza —o lo que quedaba de ella— estaba salpicada sobre los instrumentos. El parabrisas era una masa horrible de sangre y cerebro. Estaba tan cubierto que no se podía ver a través de él. Rápidamente tomé a Po Ku de los hombros y lo hice a un lado. Me senté en su lugar y agarré los controles, que se movían violentamente. Estaban resbaladizos por la sangre, y tuve mucha dificultad para dominarlos. Tiré hacia atrás del timón, para elevar el aparato. Pero no podía ver. Crucé las piernas para manejar con ellas el timón; temblando, usé las manos para quitar el cerebro y la sangre del parabrisas y limpiar así un trozo. El suelo se acercaba. Lo vi a través de la sangre de Po Ku. Las cosas se hacían cada vez más grandes. El avión se estremecía, los motores chillaban. Los aceleradores no tenían el menor efecto sobre ellos. El motor del ala de babor saltó al aire. Después, estalló el motor de estribor. Como desapareció el peso de los dos, la nariz se elevó un poco. Tiré más del timón. La nariz se elevó otro poco, pero era tarde, demasiado tarde. El avión estaba muy estropeado para responder a los controles. Había logrado disminuir un tanto la velocidad, pero no lo suficiente para un aterrizaje normal. Me pereció que el suelo se elevaba; lo tocaron las ruedas, la nariz cayó aún más, se oyó un crujido desconcertante y el ruido del maderamen al romperse. Sentí que el mundo se desintegraba a mi alrededor, junto con el asiento del piloto. Salí disparado, atravesé el fondo del fuselaje y caí en una masa maloliente. Sentí un dolor intensísimo en las piernas y no supe nada más.

No debí estar mucho tiempo inconsciente, porque me despertó el ruido de los cañones. Miré hacia arriba. Los aviones japoneses volaban bajo; de las bocas de sus ametralladoras salían lenguas de fuego. Estaban disparando contra lo que quedaban de la vieja Abie, querían asegurarse de que no quedaban nadie en el aparato. En el motor se inició un pequeño incendio. Era el único motor

que quedaba, el de la nariz. Corrió hasta la cabina, donde la lona estaba saturada de nafta. Vi el fogonazo blanco de una llama, seguido por humo negro y espeso. La nafta se derramó en el suelo, y tuve la impresión de que caían llamas del avión, porque el combustible estaba encendido. Despues hubo un estallido tremendo, y Abie desapareció. Satisfecho por fin, los aviones japoneses se retiraron.

Entonces tuve tiempo de mirar a mi alrededor, de ver dónde estaba. Ante mi horror, descubrí que me encontraba en una profunda zanja, en un albañal. En China, los albañales a menudo están abiertos y yo me encontraba en uno de ellos. El olor era insoportable. Me consolé pensando que, por lo menos, la posición en que me encontraba me había salvado de las balas japonesas y el incendio. Rápidamente me liberé de los restos del asiento del piloto. Descubrí que me había roto los dos tobillos, pero con bastante esfuerzo logré arrastrarme con las manos y las rodillas, aferrándome con las uñas a la tierra que formaba las paredes del abañal, hasta que finalmente salí de la zanja.

En lo alto, frente a las llamas que todavía ardían sobre la nafta que saturaba la tierra, volví a desmayarme de dolor y cansancio. Fuertes puntapiés en las costillas me hicieron recobrar el conocimiento. Las llamas habían atraído a varios soldados japoneses y ellos me habían hallado.

—Aquí hay uno —dijo una voz.

Abrí los ojos y allí estaba un soldado japonés con un rifle con bayoneta calada. La bayoneta estaba lista para hundirse en mi corazón.

—Tuve que hacerlo reaccionar, para que sepa que lo matamos —dijo a un camarada, y empuñó el arma.

En ese momento se acercó corriendo un oficial.

—¡Alto! —gritó—. Llévenlo al campamento. Lo obligaremos a decirnos quiénes eran los ocupantes de este avión y por qué iban con tanta escolta. Llévenlo al campamento. Lo vamos a interrogar.

El soldado se echó el rifle al hombro, me tomó del cuello y comenzó a arrastrarme.

—Es pesado. Ayúdame —dijo.

Uno de sus compañeros se acercó y me tomó del brazo. Juntos me arrastraron. La piel de mis piernas quedó en las piedras del camino. Por fin regresó el oficial, que aparentemente estaba haciendo una inspección de rutina. Con un rugido de rabia, gritó:

—¡Levántenlo!

Miró mi cuerpo sangrante y el rastro de sangre que dejaba. Abofeteó a los soldados con el revés de la mano.

—Si pierde más sangre no tenemos bastante hombre para interrogar, y ustedes serán responsables —dijo.

De modo que me permitieron descansar un rato en el suelo, mientras uno de los soldados fue a buscar algo en qué llevarme, porque yo era un hombre corpulento, y los soldados japoneses, pequeños e insignificantes.

Finalmente, me arrojaron como una bolsa de basura en una carretilla y me llevaron a un edificio que los japoneses usaban como prisión. Allí me tiraron al suelo y volvieron a arrastrarme del cuello hasta una celda, donde me dejaron solo. Cerraron la puerta con llave y los soldados quedaron de guardia, afuera. Al cabo de unos minutos, logré arreglarme los tobillos y me los entablillé. Las tablillas eran trozos de madera que encontré en la celda, que evidentemente había sido usada como depósito de algo. Para atar las tablillas tuve que usar trozos de mi ropa.

Pasé días en la prisión, en la celda solitaria, sin más compañía que las ratas y las arañas. Me daban de comer una vez al día. La comida era un jarro de agua y restos de la mesa de los guardias japoneses, restos que tal vez habían masticado y escupido, porque no les gustaba. Pero era la única comida que tenía. Debí pasar más de una semana en la celda, porque los huesos rotos comenzaban a soldarse. Al cabo de ese tiempo, un día, después de medianoche, abrieron rudamente la puerta y entraron los guardianes japoneses haciendo mucho ruido. Me pu-

sieron de pie con violencia. Tuvieron que sostenerme porque todavía tenía los tobillos muy débiles y no podían soportar mi peso. Entonces entró un oficial y me abofeteó.

—¿Cómo te llamas? —dijo.

—Soy oficial de las fuerzas chinas y prisionero de guerra. Eso es todo lo que tengo que decir.

—Los *hombres* no permiten que los tomen prisioneros. Los prisioneros son escoria sin derechos. Vas a responderme —dijo el oficial.

Pero yo no le contesté. Entonces me golpearon en la cabeza con las espadas de plano, me pincharon, me patearon y me escupieron. Como tampoco les respondí, me quemaron la cara y el cuerpo con cigarrillos encendidos y me pusieron fósforos prendidos bajo las uñas. Mi instrucción no había sido en vano. No dije nada, no pudieron hacerme hablar. Guardé silencio y pensé en otra cosa, pues sabía que eso era lo mejor para sobrellevar el dolor. Finalmente, un soldado me golpeó la espalda con la culata del fusil. La violencia del golpe me dejó sin aire y aturdido. El oficial caminó hasta mí, me escupió la cara, me pateó duramente y dijo:

—Volveremos, entonces hablarás.

Yo había caído al suelo y allí quedé, no tenía otro lugar donde descansar. Traté de recuperar las fuerzas. Esa noche no volvieron a molestarme, ni vi a nadie al día siguiente, ni al siguiente, ni al siguiente. Me tuvieron tres días y cuatro noches sin comida, sin agua, sin ver a nadie. Me mantuvieron en suspenso, sin saber qué iba a ocurrir.

El cuarto día apareció un oficial, uno distinto y dijo que iba a cuidar de mí, que iba a tratarme bien, pero que en cambio yo tenía que decirles todo lo que sabía de los chinos, las fuerzas chinas y Chiang Kai-shek. Dijeron que habían descubierto mi identidad, que sabían que era un noble de Tibet y que querían ser amigos de los tibetanos. Yo pensé: Bueno, están mostrando una reverencia, dio media vuelta y se fue.

Durante una semana me trataron, bastante bien; me

dieron dos comidas diarias y agua; eso era todo. Ni la comida, ni el agua eran suficientes, pero por lo menos me dejaron solo y en paz. Pero después aparecieron tres de ellos juntos; dijeron que iban a interrogarme y que yo debía contestar sus preguntas. Trajeron a un médico japonés que me examinó y dijo que me encontraba bastante mal, aunque podía responder al interrogatorio. Me miró los tobillos y dijo que era una maravilla que pudiera caminar. Después me hicieron una ceremoniosa reverencia, se hicieron reverencias entre ellos y se fueron como un grupo de escolares. Otra vez resonó la puerta de la celda y supe que ese mismo día, más tarde, tendría que hacer frente a un interrogatorio. Compuse mis pensamientos y decidí que, a pesar de todo lo que me hicieran, no traicionaría a los chinos.

CAPÍTULO VIII

CUANDO EL MUNDO ERA MUY JOVEN

A la mañana siguiente, mucho después que el sol apareció en el cielo, abrieron con violencia la puerta de la celda, que golpeó contra la pared de piedra. Entraron precipitadamente los guardias, me pusieron de pie y me sacudieron, tres o cuatro de ellos. Me pusieron esposas y me llevaron a un cuarto que me pareció estar lejísimo. Los guardias no dejaron de empujarme con las culatas de sus fusiles. Cada vez que lo hacían —y lo hacían con frecuencia— me gritaban:

—Responde rápido a todas las preguntas, enemigo de la paz. Responde la verdad o te haremos cosas horribles. Eres un enemigo de la paz. Te sacaremos la verdad.

Finalmente llegamos al salón del interrogatorio. Allí había un grupo de oficiales sentados en semicírculo. Parecían feroces, o trataban de parecerlo. En realidad, a mí me dieron la impresión de una pandilla de escolares dispuestos a satisfacer su sadismo. Todos se inclinaron ceremoniosamente cuando entré. Después, un oficial superior —un coronel— me exhortó a decir la verdad. Me aseguró que el pueblo japonés era amistoso y amante de la paz. Pero dijo que yo era un enemigo del pueblo japonés, porque trataba de resistir su penetración pacífica en China. ¡Me dijo que China debía ser una colonia japonesa, porque carecía de cultura! Continuó en esta forma:

—Los japoneses somos verdaderos amigos de la paz, Debe decirnos todo. Díganos cuáles son los movimientos chinos y de cuántas fuerzas disponen, de qué habló con Chiang Kai-Shek; de esa manera podremos aplastar la rebelión china sin que mueran nuestros soldados.

—Soy un prisionero de guerra —respondí—. Exijo ser tratado como tal. No tengo nada más que decir.

Nuestra misión es que todos los hombres vivan en paz bajo el poder del Emperador —dijo—. Vamos a expandir el Imperio Japonés: Usted dirá la verdad.

No fueron nada amables en su método de interrogar. Querían informes, y hacían cualquier cosa con tal de lograrlos. Me negué a decir nada, de modo que me arrojaron al suelo, golpeándome con las culatas de los fusiles —las culatas se aplastaban brutalmente contra mi pecho, mi espalda o mis rodillas. Después los guardias me levantaron para poder arrojarme otra vez al suelo. Al cabo de muchas, muchísimas horas durante las cuales me quemaron con cigarrilos encendidos, decidieron que debían poner en práctica medidas más enérgicas. Me ataron pies y manos y me arrastraron nuevamente a una celda subterránea. Allí me dejaron atado varios días. El método japonés de atar a los prisioneros provoca dolores espantosos. Me habían atado las muñecas a la espalda, con las manos apuntando a la nuca. Después me ataron los tobillos a las muñecas; las piernas estaban dobladas de modo que las plantas de los pies también apuntaran a la nuca. Me pasaron una cuerda por el tobillo y la muñeca izquierda, alrededor del cuello y de vuelta a la muñeca y el tobillo derecho. De modo que si trataba de hacer menos penosa mi situación, corría peligro de estrangularme. Era un proceso sumamente doloroso, pues estaba doblado como un arco. De vez en cuando, un guardia entraba y me pateaba para ver qué ocurría. Me desataban solamente media hora diaria. Me tuvieron así varios días, durante los cuales no dejaban de venir a interrogarme. Mi única respuesta era:

—Soy un oficial de las fuerzas chinas, un oficial no combatiente. Soy médico y prisionero de guerra. No tengo nada más que decir.

Finalmente se cansaron de interrogarme. Trajeron una manguera y me echaron en la nariz, con mucha fuerza, agua fuertemente pimentada. Sentí un incendio en el cerebro. Sentí que los demonios avivaban las llamas den-

tro de mí. Pero no hable. Hicieron una mezcla más fuerte, le añadieron más pimienta y mostaza. El dolor fue intenso. Finalmente me salió sangre de la boca. La pimienta había quemado la mucosa de la nariz. Había logrado sobrevivir durante diez días; supongo que se les ocurrió que ese método no me haría hablar, de modo que se fueron al ver la sangre roja y brillante.

Dos o tres días más tarde, volvieron a bucarme y me llevaron a la sala de interrogatorio. Tuvieron que llevarme porque esta vez no pude caminar a pesar de todos mis esfuerzos, a pesar de que me golpearon con las culatas de los fusiles y me pincharon con las bayonetas. Había pasado tanto tiempo con las manos y las piernas atadas, que no podía usarlas. Dentro de la sala de interrogatorio, me arrojaron al suelo y los guardias que me habían llevado —eran cuatro— se pusieron firmes frente a los oficiales que estaban sentados en semicírculo. Esta vez tenían delante muchos implementos extraños que, por mis estudios, reconocí como instrumentos de tortura.

—Ahora nos dirás la verdad y dejarás de hacernos perder el tiempo —dijo el coronel.

—Ya les he dicho la verdad. Soy oficial de las fuerzas chinas.

Eso fue todo lo que respondí.

El japonés se puso rojo de rabia. A una orden suya me ataron a una tabla con los brazos extendidos como si estuviera en una cruz. Me clavaron bajo las uñas largas astillas de bambú que hicieron girar. Fue realmente doloroso, pero ni aun así me hicieron hablar. Los guardias me quitaron rápidamente las astillas y después, con mucha lentitud, me doblaron las uñas hacia atrás, una a una.

Eta vez el dolor fue infernal. Se acentuó cuando los japoneses me arrojaron sal en los dedos sangrantes. Sabía que no tenía que hablar, que no debía tricionar a mis camaradas. Por eso recordé el consejo de mi Guía, el lama Mingyar Dondup:

—No te concentres en el asiento del dolor, Lobsang,

pues si lo haces, todas tus energías acuden a ese punto y el dolor se hace insoportable. Piensa en otra cosa. Domina tu mente y piensa en otra cosa; si lo haces, seguirás sintiendo el dolor y sus efectos posteriores, pero podrás soportarlo. Te parecerá que es algo remoto.

De modo que para no perder el juicio y para no dar nombres ni informes, pensé en otra cosa. Pensé en el pasado, en mi hogar tibetano y en mi Guía. Pensé en el comienzo de las cosas, como lo conocemos en Tibet.

Debajo del Potala había túneles misteriosos, túneles que pueden tener la llave de la historia del mundo. Me interesaban, me fascinaban y tal vez convenga recordar una vez más lo que aprendí allá, pues es un conocimiento que aparentemente no tienen los pueblos occidentales.

Recordé que una vez, cuando era un monje muy joven, el Dalai Lama había utilizado mis servicios de clarividente en el Potala. Se había mostrado muy satisfecho conmigo y para recompensarme, me había permitido recorrer el lugar. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, me mandó llamar un día.

—Lobsang, he pensado mucho en tu devoción y llegué a la conclusión de que tu edad y tu estado de desarrollo ya te permiten estudiar los escritos de las cuevas ocultas. ¡Ven!

Se puso de pie y, conmigo a su lado, abandonó el cuarto. Bajamos muchas escaleras, pasamos junto a muchos grupos de monjes que realizaban sus tareas cotidianas, atendiendo la economía doméstica del Potala. Finalmente, cuando estábamos en la oscuridad de la montaña, llegamos a un cuartito que se encontraba a la derecha del pasillo. Por las ventanas entraba muy poca luz. Fuera, las banderas de oraciones flameaban en la brisa.

—Vamos a entrar aquí, Lobsang, y llevaremos lámparas para explorar estas regiones a las que muy pocos lamas tienen acceso.

En el cuartito había lámparas. Las sacamos de los estantes y las llenamos. Después, como precaución, llevamos una de repuesto. Encendimos las primeras y sali-

mos del cuarto. Bajamos por el pasillo, mi Guía adelante para mostrarme el camino. Bajamos y bajamos, cada vez más. Al cabo llegamos a un cuarto en el extremo del pasillo. Me pareció el fin de un viaje. Era semejante a un depósito. Había figuras extrañas, imágenes, objetos sagrados, dioses extranjeros, regalos de todo el mundo. Allí guardaba el Dalai Lama todos los obsequios que no tenían uso inmediato.

Los observé con enorme curiosidad. No veía qué sentido tenía estar allí. Creí que íbamos a explorar y aquél era un depósito.

—Ilustre Maestro —dije— ¿no nos hemos equivocado de camino?

El lama me miró y sonrió con benevolencia.

—Lobsang, Lobsang, ¿crees que puedo errar el camino?

Sonrió, se alejó de mí y se dirigió a una pared lejana. Miró unos instantes a su alrededor y después hizo algo, Por lo que pude ver, manipulaba algo en el dibujo de la pared, alguna protuberancia hecha por una mano muerta hacía mucho tiempo. Eventualmente hubo un estruendo, como de piedras que caen. Me volví alarmado, pues pensé que el techo se caía o se hundía el piso. Mi Guía lanzó una carcajada.

—Oh, no, Lobsang, está bien seguro. Aquí es donde continuamos nuestro viaje. Aquí es donde pasamos a otro mundo. Un mundo que muy pocos han visto. Sígueme.

Miré asombrado. Una sección de la pared se había deslizado a un costado, revelando una abertura negra. Alcancé a ver un sendero polvoriento que iba desde el cuarto hasta la abertura y desaparecía en la oscuridad. El espectáculo me clavó al lugar donde me encontraba.

—¡Pero maestro! —exclamé—. Allí no había la menor señal de una puerta. ¿Cómo apareció?

Mi Guía se rio de mí y dijo:

—Ésta es una entrada construida hace siglos. Ha sido muy bien cuidado su secreto. Si uno no lo conoce, es imposible abrir esta puerta. y las búsquedas más inten-

sas no dan resultado alguno, pues no existe la menor señal de una juntura. Pero sigamos, Lobsang, no vamos a hablar de construcciones ahora. Estamos perdiendo tiempo. Verás este lugar a menudo.

Con eso dio media vuelta y me guió por la abertura, dentro de ese túnel misterioso que llegaba muy lejos. Lo seguí con muchas dudas. Me permitió que pasara delante de él, después se volvió y manipuló algo. Otra vez se produjo el estruendo, el crujido y todo un panel de la roca viva se deslizó delante de mis ojos espantados y cubrió la abertura. Nos encontramos en la oscuridad, iluminada tan solo por el resplandor vacilante de las lámparas de manteca, que emitían una llama dorada. Mi Guía volvió a tomar la delantera y nos echamos a andar. Sus pasos, por más que eran apagados, producían extraños ecos en las paredes. Caminó sin dirigirme la palabra. Me pareció que habíamos recorrido más de un kilómetro y medio, cuando súbitamente y sin avisarme —tan súbitamente que choqué contra él con una exclamación de sorpresa— el lama se detuvo.

—Aquí vamos a llenar nuestras lámparas, Lobsang, y a ponerles mechas más grandes. Ahora vamos a necesitar luz. Haz lo mismo que yo y después seguiremos viaje.

Desde ese momento tuvimos una llama más potente para iluminarnos. Seguimos caminando un largo rato, tan largo que llegué a sentirme cansado y fatigado. Entonces advertí que el sendero se iba haciendo más ancho y más alto. Era como si camináramos por la parte angosta de una chimenea, apriximándonos al extremo más ancho. Dimos la vuelta por un pasillo y lancé una exclamación de asombro. Delante de mí había una vasta caverna. Desde el techo y los costados partían innumerables rayitos de luz dorada, luz reflejada de nuestras lámparas de manteca. La gruta parecía inmensa. Nuestra débil iluminación sólo destacaba su inmensidad y su oscuridad.

Mi Guía se dirigió a una grieta que había en la pared izquierda del sendero. Con un crujido, arrancó algo que parecía un gran cilindro de metal. Mediría cerca

de un metro y era tan ancho como un hombre en la parte más gruesa. Era redondo y en la punta tenía un aparato que no comprendí. Me pareció que se trataba de una pared pequeña y blanca. El lama Mingyar Dondup manipuló el objeto y después tocó el extremo con su lámpara de manteca. De inmediato se produjo una llama blanca que me permitió ver claramente. La luz emitía un silbido, como si tuviera presión. Mi Guía apagó entonces nuestras lamparitas.

—Esto nos dará bastante luz, Lobsang, lo llevaremos. Quiero que conozca algo de la historia por los eones de hace siglos.

Siguió adelante, y puso aquella gran luz, aquel bastón flamígero, en una especie de trineo. Así podía moverlo fácilmente. Otra vez recorrimos el sendero, bajando cada vez más, hasta que creí que nos encontrábamos en las mismas entrañas de la tierra. Finalmente se detuvo. Delante de mí había una pared negra, en la cual se veía un gran panel de oro. En el oro había grabados, cientos, miles de grabados. Los miré y después miré hacia el otro lado. Vi el resplandor débil y oscuro del agua, como si me encontrara frente a un gran lago.

—Lobsang, atiéndeme. Más tarde sabrás eso que quieres saber ahora. Quiero contarte algo del origen de Tibet, un origen que dentro de algunos años podrás verificar personalmente cuando vayas a una excursión que estoy planeando ahora —me dijo—. Cuando te vayas de esta tierra, encontrarás personas que no nos conocen y dicen que los tibetanos son salvajes analfabetos que adoran a los demonios y practican ritos inmencionables. Lobsang, nuestra cultura es más antigua que cualquiera de las occidentales, tenemos datos ocultos y conservados cuidadosamente que se remontan a edades antiquísimas...

Se acercó a las inscripciones y señaló varias figuras, varios símbolos. Vi dibujos de personas, de animales —animales que, nos resultan desconocidos—; después señaló un mapa del cielo, pero era un mapa que hasta yo comprendí que no era actual, porque las estrellas eran

distintas y estaban en otros lugares. El lama hizo una pausa y se volvió a mí.

—Yo comprendo esto, Lobsang, me enseñaron esta lengua. Ahora te lo leeré, te leeré esta historia antiquísima; más adelante, yo y otros te enseñaremos este idioma secreto para que puedas venir aquí a tomar tus propias notas, sacar sus propios datos y llegar a las conclusiones que te parezcan más atinadas. Eso significa estudiar, estudiar, estudiar. Tendrás que venir a explorar estas esvernas, pues hay muchísimas y se extienden kilómetros y kilómetros debajo de nosotros.

Se quedó un momento mirando las inscripciones. Después me leyó parte del pasado. Mucho de lo que me dijo entonces y mucho más que yo estudié después, no puede repetirse en un libro como éste. El lector común no lo creería; y si lo creyera y conociera algunos de los secretos, haría lo mismo que hicieron otros en el pasado: usaría las invenciones que yo he visto en su propio beneficio, para dominar a los demás y para destruir a otros, como las naciones amenazan ahora destruirse unas a otras con la bomba atómica. La bomba atómica no es un descubrimiento nuevo. Fue descubierta hace miles de años y trajo un desastre a la tierra, como la traerá ahora si el hombre no se detiene en su locura.

En todas las religiones del mundo, en todas las historias de todas las tribus y todas las naciones, se habla del Diluvio, de una catástrofe en la cual los pueblos perecieron ahogados, las tierras se sumergieron y volvieron a emerger y el mundo entero estuvo convulsionado. Esa es la historia de los incas, los egipcios, los cristianos... de todos. Nosotros sabemos que eso fue provocado por una bomba, pero voy a contarles cómo ocurrió, según las inscripciones:

Mi Guía se sentó en la posición del loto, de frente a las inscripciones que había en la roca. La luz brillante quedó a su espalda, iluminando con su fulgor dorado esos grabados antiquísimos. Me indicó que me sentara. Me ubiqué a su lado para poder ver las inscripciones que

me señalaba. Cuando me instalé, comenzó a hablar; esto es lo que me dijo:

—Hace muchos, muchísimos años, el mundo era un lugar muy distinto. Giraba mucho más cerca del sol, lo hacía en dirección contraria y había otro planeta cerca, un gemelo de la Tierra. Los días eran más cortos y así parecía que el hombre vivía más tiempo. Daba la impresión de vivir cientos y cientos de años. El clima era más cálido y la flora, tropical y exuberante. Los animales eran inmensos y tenían formas muy diversas. La fuerza de gravedad era mucho menos fuerte que en el presente, porque la tierra giraba de otro modo; el hombre era, tal vez, dos veces más grande que ahora, pero de todos modos era un pigmeo comparado con otra raza que vivía con él. Pues en la tierra vivían seres de un sistema distinto, que eran super intelectuales. Ellos supervisaban la tierra y enseñaron mucho a los hombres. El hombre, en aquella época, era algo así como una colonia, una clase que recibe enseñanzas de un maestro amable. Esos gigantes inmensos enseñaron mucho a los hombres. A menudo subían a aparatos extraños de metal reluciente y volaban por el cielo. El hombre, el pobrecito hombre ignorante, que todavía estaba en el umbral de la razón, no podía comprender nada, pues su intelecto era poco mayor que el de los monos.

—Durante una cantidad inmensa de años la vida en la tierra siguió plácidamente. Había paz y armonía entre todas las criaturas. Los hombres podían conversar sin palabras, por telepatía. Usaban las palabras únicamente para las conversaciones locales. Pero los super intelectuales, que eran mucho más grandes que los hombres, se disgustaron entre sí. Surgieron fuerzas disidentes. No pudieron ponerse de acuerdo en ciertos puntos, exactamente igual que las razas actuales. Un grupo se dirigió a otra parte del mundo y trató de dominar. Se produjo una pelea. Algunos de los superhombres se mataron, estallaron guerras feroces que provocaron gran destrucción. Los hombres, que ansiaban aprender, aprendieron el arte de la guerra, el hombre aprendió a ma-

tar. De esa manera la tierra, que antes era un lugar pacífico, se convirtió en un lugar convulsionado. Durante algunos años, los superhombres trabajaron en secreto, la mitad de ellos contra la otra mitad. Un día se produjo un estallido tremendo y toda la Tierra pareció estremecerse y cambiar de rumbo. Llamas enormes subieron como queriendo lamer el cielo, y la Tierra quedó envuelta en humo. Eventualmente, la conflagración se calmó, pero al cabo de muchos meses se vieron signos extraños en el cielo, signos que aterrorizaron a los habitantes de la Tierra. Se aproximaba rápidamente un planeta. Era evidente que iba a chocar con la Tierra. Subieron las mareas, soplaron vientos violentos, y los días y las noches se sucedieron en medio de una tempestad furiosa. A medida que el planeta se acercaba, se formaron olas inmensas que sumergieron enormes extensiones de tierra. Terremotos estremecieron la superficie del globo y continentes enteros fueron tragados en un abrir y cerrar de ojos. La raza de los superhombres olvidó sus luchas; corrieron a sus máquinas resplandecientes y se alejaron de la conmoción que asolaba la Tierra. Pero los terremotos continuaron: surgieron montañas y con ellas subió el fondo del mar; las tierras se hundieron y quedaron inundadas; las gentes de aquella época huyeron aterrorizadas, enloquecidas de temor ante lo que creían era el fin del mundo; los vientos soplaron cada vez con más fuerza y el alboroto y el clamor resultaron insoportables, pues parecían destrozar los nervios y llevar a los hombres al frenesí.

El planeta invasor se acercó más aún, hasta que por fin se aproximó a cierta distancia. Hubo un estallido terrible, seguido por grandes chispas eléctricas. Los cielos se encendieron con descargas contínuas; se formaron nubes enormes negras como el hollín, que convirtieron los días en una noche interminable de terror. El mismo sol pareció detenerse, horrorizado ante la calamidad pues, según los datos de que disponemos, la bola roja del sol estuvo quieta, lanzando sus llamas. Finalmente se cerraron las nubes negras y reinó la noche. Los vientos se hi-

cieron helados, después cálidos; millares de personas murieron ante esos cambios de temperatura. Del cielo cayó alimento de los dioses, llamado maná. Sin él, los pueblos de la tierra y los animales del mundo hubieran muerto de hambre, pues las cosechas estaban destruidas y no tenían qué comer.

—Los hombres y las mujeres vagaron de un lugar a otro, buscando refugio, tratando de encontrar un lugar donde poder descansar sus cuerpos, castigados por la tormenta, torturados por la convulsión. Rogaban por la tranquilidad, por la salvación. Pero la tierra se sacudió y se estremeció, cayeron lluvias intensísimas mientras seguían los relámpagos y las chispas eléctricas. A medida que pasó el tiempo, cuando las espesas nubes negras se alejaron, el sol se vio cada vez más pequeño. Parecía retirarse y los pueblos de la Tierra lloraron de terror. Creyeron que el Dios Sol, el Dador de Vida se alejaba de ellos. Pero, más extraño aún, el sol se movía de este a oeste, y no de oeste a este, como antes.

—El hombre había perdido cuenta del tiempo. Al oscurecerse el sol, no tuvo cómo medirlo. Ni siquiera los hombres más sabios sabían cuánto tiempo hacía que esos acontecimientos habían ocurido. Otra cosa extraña se vio en el cielo: un mundo grande, amarillo, que parecía a punto de caer sobre la Tierra. En ese momento apareció lo que ahora conocemos como la luna; era una reliquia de la colisión de los dos planetas. Razas posteriores descubrieron una gran depresión en la tierra, en Siberia, donde tal vez la superficie del globo se había hundido a causa de la proximidad de aquel otro mundo; o quizás es el lugar de donde fue arrancada la luna.

—Antes de la colisión, habían existido ciudades y edificios altos que albergan el conocimiento de la Raza Superior. La convulsión los destrozó y se convirtieron en montones de escombros donde quedó oculta toda esa sabiduría. Los sabios de las tribus sabían que entre esos escombros había frascos con muestras y libros de metal grabado. Sabían que toda la sabiduría del mundo reposaba en esos montones de escombros y se

dedicaron a cavar y cavar. Querían salvar algo para aumentar su propio poder por medio de los conocimientos de la Raza Superior.

—Con el transcurso de los años, se prolongaron los días, hasta que resultaron dos veces más largos que antes de la calamidad, la Tierra giró en su nueva órbita, acompañada por su luna, que era el producto de una colisión. Pero la Tierra todavía se estremecía y rugía, se elevaban montañas que escupían fuego y rocas, sembrando la destrucción. Grandes ríos de lava cayeron por las laderas de las montañas, destruyendo todo lo que encontraban a su paso; a menudo enterraban monumentos y fuentes de sabiduría, pero el duro metal en el que estaban escritos muchos datos no fue derretido por la lava, sino simplemente protegido por ella; quedaron así encerrados en un cofre de piedra porosa que sufriría los efectos de la erosión. De esa manera, los datos allí contenidos serían revelados y caerían en manos de quienes podrían utilizarlos. Pero eso no iba a suceder aún. Gradualmente, a medida que la Tierra se estableció en su nueva órbita, el mundo se fue enfriando y los animales murieron o emigraron a zonas más cálidas. El mamut y el brontosaurio murieron porque no pudieron adaptarse a la nueva vida. Del cielo cayó hielo y soplaron vientos muy fríos; se cubrió de nubes. El mundo era distinto; los océanos, que antes habían sido lagos plácidos agitados solamente por el viento, tuvieron mareas; olas enormes quisieron llegar al cielo y durante años enteros las mareas fueron muy grandes y amenazaron inundar la tierra y ahogar a sus habitantes. También los cielos cambiaron. Por la noche, se veían estrellas extrañas donde habían estado las conocidas y la luna se acercó mucho. Surgieron nuevas religiones cuando los sacerdotes de aquella época quisieron mantener su poder y explicar lo que estaba ocurriendo. Olvidaron a la Raza Superior, pensaron sólo en su propio poder, en su propia importancia. Pero... no pudieron explicar cómo ocurrió todo aquello. Lo atribuyeron a la ira de Dios y enseñaron que el hombre había nacido del pecado.

—A medida que pasaron los años, la Tierra se instaló definitivamente en su nueva órbita y el tiempo se hizo más estable; disminuyó el tamaño del hombre. Pasaron los siglos, las tierras se hicieron más habitables. Aparecieron muchas razas que lucharon, fracasaron y desaparecieron, para ser reemplazadas por otras. Al cabo, se creó un tipo más fuerte y la civilización comenzó otra vez, una civilización que tenía recuerdos de alguna calamidad; sus sabios trataron de descubrir lo que había ocurrido. El viento y la lluvia habían realizado su tarea. Comenzaron a aparecer los antiguos datos escondidos en la lava; los hombres más inteligentes que vivían entonces en la Tierra pudieron reunirlos y presentarlos a los sabios que al cabo, después de muchos afanes, lograron descifrar algunos. A medida que se leyeron aquellos antiquísimos datos y que los hombres de ciencia comenzaron a comprenderlos, buscaron frenéticamente otros para completar su conocimiento. Se realizaron grandes excavaciones y muchas cosas interesantes vieron la luz. Entonces surgió de veras la nueva civilización. Se construyeron pueblos y ciudades y la ciencia comenzó su carrera para destruir. Se destacó todo lo que sirviera para la destrucción, para ganar poder en beneficio de grupos pequeños. Se descuidó completamente el hecho de que el hombre podía vivir en paz y que la falta de paz había provocado aquella calamidad.

—Durante muchos siglos la ciencia tuvo el poder. Los sacerdotes se convirtieron en hombres de ciencia y declararon fuera de la ley a todos los estudiosos que no eran también sacerdotes. Aumentaron su poder; rindieron culto a la ciencia, hicieron todo lo posible por mantener su poderío y para aplastar al hombre común e impedirle que pensara. Se presentaron como dioses; nada podía hacerse sin la sanción de los sacerdotes. Tomaban todo lo que querían, sin obstáculos, sin oposición. Su poder seguía en aumento hasta que llegaron a ser casi omnipotentes, olvidaron que el poder absoluto corrompe a los humanos.

—Grandes aparatos sin alas cruzaban el aire; eran silenciosos y podían detenerse, como ni siquiera los pájaros eran capaces de hacerlo. Los hombres de ciencia habían descubierto el secreto para dominar la gravedad y la anti-gravedad, y lo añadieron a su poder. Un hombre, con un pequeño instrumento que cabía en la palma de su mano, podía mover a voluntad enormes bloques de piedra. Ningún trabajo era demasiado pesado, pues el hombre no hacía otra cosa que manejar máquinas, sin el menor esfuerzo. Máquinas inmensas recorrían la superficie de la tierra, pero en el mar nada se movía, excepto por placer, pues el viaje por mar era demasiado lento. Sólo lo emprendían quienes querían disfrutar de la combinación de viento y olas. Todos los viajes se hacían por aire, salvo los cortos, que se realizaban por tierra. La gente fue a regiones distantes y allí instaló colonias. A causa de la colisión habían perdido su poder telepático. Ya no hablaban la misma lengua; aumentó el número de dialectos hasta que por fin todos fueron distintos y se convirtieron en idiomas completamente diferentes entre sí.

—Con la falta de comunicaciones y la imposibilidad de comprenderse, de entender los distintos puntos de vista, las razas se pelearon y comenzaron las guerras. Se inventaron armas terribles. En todas partes se libraron batallas. Los hombres y las mujeres quedaron mutilados y los terribles rayos que se usaban provocaron muchos cambios y mutaciones en la raza humana. Pasaron los años, se intensificó la lucha, la matanza se hizo más terrible. Los hombres de ciencia trabajaron para inventar armas aun más espantosas. Se cultivaron gérmenes infecciosos que se dejaron caer sobre el enemigo desde aviones que volaban a gran altura. Las bombas destruyeron los sistemas sanitarios, de manera que las pestes se apoderaron de la tierra y exterminaron a hombres, animales y plantas. Los hombres estaban dispuestos a destruirse.

—En un distrito remoto, alejado de toda la lucha, un grupo de sacerdotes previsores que no se habían conta-

minado con esa búsqueda del poder, tomaron finas chapas de oro y grabaron en ellas la historia de su época y los mapas de los cielos y de la tierra. Revelaron los secretos más profundos de su ciencia y advirtieron sobre los speligros que correrían quienes hicieran mal uso de ese conocimiento. Esas placas llevaron años de preparación. Después las escondieron en la piedra, junto con muestras de las armas, las herramientas, los libros y todas las cosas útiles de la época. Las ocultaron en distintas partes, para que los hombres que vinieran después que ellos conocieran el pasado y aprendieran de él. Porque esos sacerdotes conocían el curso de la humanidad, sabían lo que iba a ocurrir y, como lo habían pronosticado, sucedió lo que esperaban. Se creó una nueva arma y se probó. Una nube fantástica subió hasta la estratósfera, la tierra se estremeció y pareció mecerse en su eje. Inmensas paredes de agua se volcaron sobre la tierra y barrieron muchas razas humanas. Nuevamente las montañas se hundieron en los océanos y surgieron otras en su lugar. Algunos hombres y mujeres, advertidos por estos sacerdotes, se salvaron con algunos animales. Se encerraron en buques perfectamente herméticos que no permitían la entrada de los gases y los gérmenes que invadieron la tierra. Otros hombres y otras mujeres se elevaron mucho en el aire cuando subieron las tierras en las que vivían; otros, no tan afortunados, perecieron bajo las aguas o tal vez bajo las montañas que se cerraron sobre sus cabezas.

—Las inundaciones, las llamas y los rayos letales mataron a millones de personas. Muy pocas quedaron sobre la tierra, separadas unas de otras por los caprichos de la catástrofe. Los sobrevivientes, medio locos por el desastre, estuvieron a punto de perder el juicio por el ruido y la convulsión. Durante muchos años se escondieron en cuevas y en las selvas espesas. Olvidaron toda cultura, regresaron al estado salvaje primitivo, como en los primeros días de la humanidad. Se cubrieron con pieles de animales y se tiñeron la piel con jugo de bayas; se armaron de garrotes con pedernal. Con el trans-

curso del tiempo, se formaron nuevas tribus que recorrieron la superficie del nuevo mundo. Algunas se instalaron en lo que hoy es Egipto, otras en China; pero aquéllas que favorecidas por la super raza, se habían establecido cerca de las costas agradables, se encontraron de pronto a muchos miles de metros sobre el nivel del mar, rodeadas de montañas eternas y en un clima que se enfriaba rápidamente. Millares murieron en ese aire helado y rarificado. Los que sobrevivieron fueron los antepasados del tibetano moderno. Allí era donde el grupo de sacerdotes previsores había tomado sus finas placas de oro para grabar en ellas todos sus secretos. Esas placas y todas las muestras de sus aves y sus industrias estaban escondidas en una profunda caverna de una montaña, donde las podrían encontrar una raza posterior de sacerdotes. Otras quedaron ocultas en una gran ciudad que está en lo que son actualmente las tierras altas de Chang Tang, en Tibet.

—Sin embargo, no había desaparecido toda la cultura, aunque la humanidad había regresado al estado más primitivo. En la tierra había zonas aisladas donde pequeños grupos de hombres y mujeres luchaban para mantener vivos los conocimientos, para mantener escondida la llama vacilante del intelecto humano; era un pequeño grupo que luchaba ciegamente en aquella oscuridad y aquel salvajismo. Con el transcurso de los siglos, hubo muchas religiones, muchos intentos por encontrar la verdad sobre lo que había ocurrido; y en Tibet estaba escondido ese conocimiento, grabado en oro indestructible, permanente, incorruptible, aguardando a quienes iban a encontrarlo y descifrarlo.

—Gradualmente el hombre evolucionó una vez más. Comenzaron a disiparse las sombras de la ignorancia. El salvajismo se convirtió en una semicivilización. Se produjeron progresos. Volvieron a construirse ciudades y aparatos diversos volaron en los aires. Las montañas dejaron otra vez de ser barreras. Los hombres viajaron por todo el mundo, cruzaron los océanos y los continentes. Como antes, al aumentar el conocimiento y el poder, los

hombres se hicieron arrogantes y oprimieron a los pueblos más débiles. Hubo inquietud, odio, persecución e investigaciones secretas. Los pueblos más fuertes dominaron a los débiles. Los pueblos más débiles inventaron máquinas y se produjeron guerras, nuevas guerras que duraron años enteros. Cada vez se producían armas más mortíferas. Cada lado trató de buscar el arma más terrible de todas, y mientras tanto, en las cavernas de Tibet yacía la sabiduría. Mientras tanto, en las tierras altas de Chang Tang, había una ciudad desolada, olvidada, en la cual estaba el conocimiento más precioso para el mundo, aguardando a que fueran a buscarlo, yacía aguardando.

Yacía, yo yacía de espaldas en una celda subterránea de una cárcel. Lo veía todo a través de una nube roja. Me salía sangre de la nariz, de la boca, de las yemas de los pies. Me dolía todo el cuerpo. Me pareció estar sumergido en un baño de llamas. Oí débilmente una voz japonesa que decía:

—Esta vez fueron demasiado lejos. No puede vivir. No puede vivir de ninguna manera.

Pero viví. Decidí seguir viviendo y demostrar a los japoneses cómo se portaba un hombre de Tibet. Estaba dispuesto a demostrarles que ni siquiera las torturas más endiabladas hacían hablar a un tibetano.

Me rompieron la nariz; me la aplastaron contra la cara de un golpe de culata. Me dieron una cuchillada en la boca, me rompieron la mandíbula y me arrancaron los dientes a puntapiés. Pero no había tortura japonesa capaz de hacerme hablar. Al cabo de cierto tiempo decidieron abandonar el intento, pues hasta los japoneses comprendieron la inutilidad de querer obligar a un hombre a que hable, cuando ha decidido guardar silencio. Después de muchas semanas me pusieron a trabajar con los cadáveres de otros que no habían sobrevivido. Los japoneses pensaron que al darme ese trabajo vencerían mi resistencia y que, tal vez, entonces hablaría. No era agradable apilar cadáveres al sol, cadáveres que tenían un olor espantoso, que se hinchaban y estallaban como un globo pinchado. Un día vi caer muerto a un hombre. Su-

pe que estaba muerto porque lo examiné, pero los guardias no le prestaron atención; se limitaron a levantarlo entre dos y arrojarlo sobre la pila de cadáveres. Allí lo dejaron para que el sol y las ratas hicieran el trabajo de enterrarlo. Pero no tenía ninguna importancia que un hombre estuviera muerto o no, porque si estaba demasiado enfermo para trabajar lo clavaban con sus bayonetas y lo arrojaban sobre la pila, o lo tiraban allí mientras estaba vivo.

Decidí que yo también "moriría" para que me pusieran en la pila. Escaparía durante las horas de oscuridad. Tracé mis planes y durante los tres o cuatro días siguientes observé cuidadosamente los movimientos de los japoneses. Me encontré vacilante uno o dos días y procedí como si mi debilidad hubiera sido mucho más grave que en la realidad. El día que decidí "morir", caminé con pasos vacilantes, me dirigí a los tropezones al lugar donde pasaban lista, en cuanto amanecía. Toda esa mañana mostré señales del más absoluto cansancio y poco después del mediodía, me dejé caer. No me resultó difícil, no estaba fingiendo mucho pues en cualquier momento hubiera caído de cansancio. Las torturas sufridas me habían debilitado considerablemente. Esa debilidad se había acentuado por la comida insuficiente. Además, estaba de veras cansado. Lo cierto es que me dejé caer y en realidad me quedé dormido. Sentí que me levantaban rudamente, me mecían y me arrojaban al aire. Me despertó el impacto, cuando aterricé en la pila de cadáveres. Sentí que la pila se mecía un poco y después se estabilizaba. El golpe me hizo abrir los ojos; un guardia estaba mirando sin mucha atención hacia donde yo estaba, de modo que los abrí todavía más, como les ocurre a los cadáveres; el guardia miró a otro lado, estaba demasiado acostumbrado a ver muertos; uno más no le ofrecía ningún interés, Me mantuve muy quieto, inmóvil, pensando en el pasado y planeando el futuro. Me quedé inmóvil a pesar de que arrojaron otros cadáveres a mi lado y encima de mí.

Me pareció que el día duraba años. Creí que la luz no iba a apagarse nunca. Pero finalmente disminuyó, apa·

recieron las primeras señales de la noche. El olor era casi insoportable; era el olor de cuerpos que hacía mucho tiempo estaban muertos. Debajo de la pila, se oían los chillidos de las ratas que realizaban su horrendo trabajo de comer cuerpos. A veces la pila se movía, cuando uno de los cadáveres de la base cedía ante el peso de todos los que tenía encima. La pila se mecía y se hundía, y mi única esperanza era que no se cayera del todo, como sucedía tan a menudo; en ese caso, tendrían que formarla nuevamente y quién sabe... podían descubrir que yo estaba vivo o, aún peor, ponerme en la base y en ese caso ya no me quedaría la menor esperanza.

Finalmente dieron orden de que los prisioneros regresaran a sus chozas. Los soldados montaron guardia en lo alto de la pared y se sintió el fresco de la noche. Lentamente, muy lentamente, la luz comenzó a desvanecerse. Una por una aparecieron lucecitas amarillas en las ventanas, en los salones de los guardias. Con una lentitud desesperante, llegó la noche.

Estuve mucho tiempo inmóvil en la pila de cadáveres. Sin moverme, traté de observar lo mejor posible. Después, cuando los guardias llegaron a los extremos de la pared, aparté cautelosamente un cadáver de mi lado y empujé otro que tenía encima. Se desplomó por un costado de la pila y cayó con un golpe sordo. Contuve la respiración, pensé que sin duda los guardias se acercarían corriendo y me descubrirían. Moverse en la oscuridad significaba la muerte, porque de inmediato se encendían los reflectores y cualquier desgraciado que descubrieran los japoneses, moría ensartado en sus bayonetas, le arrancaban las entrañas, lo colgaban encima de un fuego lento o lo ataban de cualquier manera que la perversa ingeniosidad japonesa imaginara; naturalmente, todo eso se realizaría delante de un grupo de prisioneros enfermos, para enseñarles que no era conveniente tratar de escapar de los Hijos del Cielo.

Nada se movió, aparentemente, los japoneses estaban demasiado acostumbrados a los crujidos y las caídas de la pila de muertos. Me moví para experimentar. Toda la

pila se estremeció y crujió. Moví un pie, después otro, hasta que por fin llegué al borde de la pila y me dejé caer, aferrándome a los cuerpos para no descender más de treinta o cuarenta centímetros por vez, pues estaba demasiado débil para saltar o para arriesgarme a que se me rompiera o se me dislocara un hueso. No llamó la atención el poco ruido que hice. Los japoneses no tenían idea de que alguien pudiera encontrarse en un lugar tan espantoso. Una vez en tierra, me dirigí cautelosa y lentamente hasta la sombra de los árboles cerca de los muros de la prisión. Esperé algunos minutos. Encima de mi cabeza, se juntaron los guardias. Hubo una conversación apagada, y brilló un fósforo con el que encendieron sendos cigarrillos. Después los guardias se separaron, uno hacia un extremo del muro, otro hacia el opuesto. Cada uno de ellos llevaba un cigarrillo escondido en la mano, ambos estaban algo encandilados momentáneamente por el resplandor de aquel fósforo en la oscuridad. Aproveché esa circunstancia. En silencio y lentamente, logré trepar el muro. Se trataba de un campo de prisioneros temporario y los japoneses no habían electrificado las murallas. Toda esa noche permanecí tendido en la rama de un árbol, casi a la vista del campamento. Pensé que si advertían mi ausencia, si mi huída había sido descubierta, los japoneses correrían por todas partes sin pensar que un prisionero permanecería tan cerca de ellos.

Pasé todo el día siguiente en ese mismo sitio. Estaba demasiado débil y enfermo para moverme. Cuando terminó ese día y las sombras comenzaron a caer nuevamente, me deslicé del tronco del árbol y me eché a andar por un territorio que conocía muy bien.

Sabía que un chino viejísimo vivía cerca. Yo había ayudado mucho a su esposa antes de su muerte. En la oscuridad, me dirigí hasta su casa. Golpeé suavemente la puerta. Flotaba una atmósfera de tensión, de temor. Murmuré quién era. Movimientos furtivos dentro de la casa y al cabo se abrió silenciosa y suavemente la puerta y un rostro apareció en el hueco.

—Ah, entre,— dijo el anciano.

Abrió más la puerta y yo me deslicé bajo su brazo extendido. Cerró las persianas, encendió una luz y contuvo el aliento horrorizado cuando me vio. Tenía muy lastimado el ojo izquierdo, la nariz, aplastada contra la cara; en la boca me habían dado una cuchillada. El anciano calentó agua, me lavó las heridas y me dio de comer. Pasé esa noche y la siguiente en su choza. Mi protector salió e hizo arreglos por los cuales me llevarían hasta las líneas chinas. Pasé varios días en aquella choza, en pleno territorio dominado por los japoneses, varios días en que fui presa de la fiebre y estuve a punto de morir.

Al cabo de una semana estuve bastante recuperado para levantarme y caminar... Emprendí mi viaje por una ruta muy bien planeada, hasta los cuarteles chinos cerca de Shanghai. Cuando llegué con mi rostro achatado y golpeado, me miraron horrorizados. Estuve más de un mes internado en un hospital donde me recontruyeron la nariz con hueso de la pierna. Después me enviaron nuevamente a Chungking para recuperarme, antes de reanudar mis actividades médicas en las fuerzas chinas ¡Chungking! Pensé que me alegraría de verla después de todas mis aventuras, después de todo lo que había soportado. ¡Chungking! Y así me dirigí a esa ciudad con un amigo que también iba allá, después de haber sufrido una enfermedad de guerra.

CAPÍTULO IX

PRISIONERO DE LOS JAPONESES

Nos asombró la diferencia que advertimos en Chungking. ¡Ya no era la Chungking que conocíamos! Nuevos edificios —nuevos frentes en los viejos edificios— tiendas de todo tipo surgían en todas partes. ¡Chungking! ¡La ciudad estaba atestada! A ella se habían volcado gente de Shanghai y de todos los pueblos y ciudades costeras. Hombres de negocios, cuya fuente de vida estaba en la costa, se habían internado en el territorio hasta Chungking, para comenzar de nuevo, tal vez con unos pocos restos miserables salvados de la avaricia de los japoneses. Pero las más de las veces, comenzaban con nada.

Las universidades habían encontrado edificios en Chungking, o habían construído sus propias sedes temporarias, la mayoría de las cuales eran cobertizos destartalados. Pero allí estaba el asiento de la cultura de China. No tenía importancia el aspecto de los edificios, allí estaban las inteligencias, algunas de las más destacadas del mundo entero.

Fuimos hasta el ~~templo en el que~~ había estado previamente; era como regresar a casa. Allí, en la serenidad del templo, con el incienso que se elevaba en nubecillas sobre nuestras cabezas, sentimos que habíamos llegado a la paz, nos pareció que las imágenes sagradas nos contemplaban cariñosamente para recompensarnos por nuestros esfuerzos y tal vez nos compadecían por los malos tratos que habíamos sufrido. Sí, estábamos en casa y en paz, recobrándonos de nuestras heridas, antes de regresar al mundo feroz para soportar nuevos tormentos. Sonaron las campanas del templo, tocaron las trompetas. Había llegado otra vez el momento amado de la ceremonia.

Ocupamos nuestros lugares con los corazones alegres por estar de regreso.

Esa noche nos acostamos muy tarde porque había mucho que discutir, mucho que contar, mucho que oír también, porque Chungking había pasado momentos muy duros con los bombardeos. Pero nosotros veníamos "del gran exterior", como lo llamaron en el templo, y teníamos la garganta seca cuando nos permitieron envolvernos en nuestras mantas para dormir en el viejo sitio familiar, en el suelo, cerca del templo. Por fin nos dominó el sueño.

Por la mañana tuve que ir al hospital en el que previamente había sido estudiante, cirujano residente y después oficial médico. Esta vez fui como paciente. Era una experiencia muy nueva asistir a este hospital como enfermo. La nariz me estaba dando mucho trabajo; se me había infectado y no quedaba otro remedio que abrirla y limpiarla. Fue un proceso muy doloroso. No teníamos anestésicos. Habían cerrado el camino de Burma, y no nos llegaban provisiones. Lo único que podíamos hacer era soportar, de la mejor manera posible lo que no se podía evitar. Pero en cuanto me operaron regresé al templo, pues las camas eran muy escasas en el hospital de Chungking. Era enorme la cantidad de heridos que llegaban diariamente. En el hospital sólo podían permanecer los casos más urgentes, los que no podían caminar. Día tras día hice el viaje por el senderito hasta el camino principal y de allí a Chungking. Por fin, después de dos o tres semanas, el Decano de la Facultad de Cirugía me mandó llamar a su despacho y me dijo:

—Bien, Lobsang, amigo mío, después de todo no tendremos que emplear a treinta y dos *coolies* para usted. ¡Creíamos que no podríamos salvarlo!

Los funerales son algo muy serio en China. Se consideraba de la mayor importancia tener el número de portadores adecuado a la condición social. Todo eso me parecía muy tonto, pues sabía muy bien que cuando el espíritu ha abandonado al cuerpo, no tiene la menor importancia lo que le ocurre a este último. Los tibetanos no

nos inquietábamos tanto por nuestros cuerpos descartados: dejábamos que los recogieran los Destrozadores de Cuerpos, que los rompían y daban los trozos a las aves. No ocurría lo mismo en China: ¡Allí eso sería lo mismo que condenar al muerto al tormento eterno! En China había que tener por lo menos treinta y dos *coolies* para llevar el ataúd, si era un entierro de primera categoría. Si era de segunda, tenía la mitad de portadores, dieciséis solamente; ¡como si fuera necesario ese número de personas para llevar un ataúd! En el entierro de tercera categoría —era el más común— ocho portadores llevaban el ataúd de madera laqueada. Pero el funeral de cuarta categoría, que era el del operario común, sólo tenía cuatro *coolies*. Por supuesto, en este caso el ataúd era muy ordinario, muy liviano y muy barato. Por debajo de la cuarta categoría, carecían de portadores. Llevaban a los ataúdes en cualquier vehículo. Naturalmente, no sólo había que considerar a los *coolies*; estaban también los plañideros oficiales, que lloraban y gemían y se ganaban la vida en los entierros.

¿Entierros? ¿Muerte? ¡Es extraño cómo recordamos algunos incidentes! No he podido olvidar uno en particular. Sucedió cerca de Chungking. Tal vez interese a los lectores, para darles una pequeña idea de la guerra... y de la muerte.

Era el día del festival del "Décimoquinto día de la Octava Luna", cuando aparece la luna llena de otoño. En China, esa es una ocasión auspiciosa. En esa época las familias hacen todo lo posible por reunirse en un banquete cuando finaliza el día. Comen "Tortas de Luna" para celebrar la fecha; las comen como una especie de sacrificio, como una prueba de que esperan que el año siguiente sea feliz.

En el templo también vivía Huang, mi amigo chino. Lo habían herido aquel día en que nos dirigíamos de Chiaoting hasta Chungking. Chiaoting en un suburbio trepado en los acantilados empinados del Yangtse. Allí vivía la gente más adinerada, los que podían pagar lo mejor. Por los claros de los árboles veíamos, allá abajo,

el río lleno de botes. Más cerca, en los jardines en terraza, hombres y mujeres vestidos de azul desempeñaban sus tareas, inclinados en su eterno cavar y arrancar. La mañana era hermosísima. Era tibia y clara; era un día de esos en que uno se alegra de estar vivo; era un día de esos en que todo parece brillante y agradable. No pensábamos para nada en la guerra mientras caminábamos, deteniéndonos de vez en cuando para mirar entre los árboles y admirar el paisaje.

En un arbusto cercano cantaba un pájaro, saludando el día. Seguimos caminando y subimos la colina.

—Espera un minuto, Lobsang. Estoy muy agitado —dijo Huang.

Nos sentamos en una piedra a la sombra de los árboles. Se estaba muy bien allí, con la hermosa vista del río, el sendero cubierto de musgo que bajaba la colina y las florecitas de otoño que espiaban entre el pasto en grandes charcos de color. Los árboles también estaban empezando a cambiar de color. Sobre nuestras cabezas, nubecillas blancas flotaban a la deriva y cruzaban el cielo.

A lo lejos, vimos que se aproximaba una cantidad de gente. La brisa nos trajo algunos sonidos.

—Tenemos que escondernos, Lobsang. Es el funeral del viejo Shang, el mercader de sedas. Es un entierro de primera categoría. Debí haber asistido, pero dije que estaba demasiado enfermo y si me ven voy a quedar muy mal.

Huang se había puesto de pie y yo también me levanté de la piedra. Juntos nos internamos en el bosque, desde donde podíamos observar sin ser vistos. Había un montón de piedras y allí nos escondimos. Huang un poco detrás de mí para que, si me veían, no pudieran descubrirlo a él. Nos acomodamos bien; nos envolvimos en nuestras túnicas, cuyos colores se confundían mucho con los tintes bermejos del otoño.

La procesión fúnebre se acercó lentamente. Los monjes chinos estaban vestidos de seda amarilla, con sus capas color rojo herrumbre sobre los hombros. El sól pálido de otoño brillaba en sus cabezas recién afeitadas que mos-

traban las cicatrices de las ceremonias de iniciación: el sol resplandecía en las campanas de plata que llevaban en la mano y provocaban en ellas mil reflejos cuando las mecían. Los monjes entonaban el cántico de la ceremonia fúnebre mientras caminaban delante del enorme ataúd laqueado que llevaban treinta y dos *coolies*. Los ayudantes golpeaban gongs y encendían fuegos de artificio para asustar a cualquier demonio retrasado, pues, según la creencia china, los demonios estaban listos para apoderarse del alma del muerto y tenían que asustarlos con fuegos de artificio y ruido. Los dolientes, con la tela blanca de luto atada en sus cabezas, caminaban detrás. Una mujer encinta, evidentemente de la familia, sollozaba con mucho sentimiento mientras algunas personas la sostenían. Los plañideros profesionales gemían con toda su voz, mientras gritaban las virtudes del extinto. Después venían los sirvientes, con dinero falso y modelos de papel de todo lo que el muerto había tenido en vida y necesitaría en la próxima. Desde nuestro lugar, ocultos por las piedras y por los arbustos, sentíamos el olor a incienso y el aroma de las flores aplastadas por la procesión. Era un entierro muy importante. Shang, el mercader de sedas, debió ser uno de los ciudadanos prominentes, pues la riqueza desplegada en su entierro era fabulosa.

El grupo se acercó a nosotros con fuertes gemidos, repiqueteo de cimbales, balidos de instrumentos y retintín de campanas. De pronto algo proyectó su sombra en el suelo y por encima del clamor del entierro oímos el zumbido de los poderosos motores de avión, un zumbido que fue haciéndose más intenso y amenazador. Sobre los árboles aparecieron tres siniestros aviones japoneses. Volaron en círculos. Uno se separó del grupo, descendió y pasó muy cerca de la procesión fúnebre. No nos preocupamos. Pensamos que hasta los japoneses respetarían la santidad de la muerte. Nuestros corazones se aliviaron cuando el avión cobró altura para reunirse con los otros dos y juntos se alejaron. Nuestra alegría fue efímera, sin embargo; los aparatos describieron un círculo y volvieron

a descender. De sus alas cayeron unas motitas negras que crecieron y crecieron hasta que las bombas cayeron en tierra, cayeron precisamente sobre la procesión fúnebre.

Delante de nosotros los árboles se mecieron y toda la tierra pareció conmoverse; el metal roto saltó en todas direcciones. Nosotros estábamos tan cerca que no oímos la explosión. El aire se llenó de humo, de polvo y de cipreses destrozados. Bultos rojos pasaron como un latigazo, para estrellarse contra todo lo que encontraran en su camino. Durante unos minutos todo quedó oculto por una nube de humo blanco y amarillo. Después, el viento la disipó y quedamos frente a la espantosa carnicería.

En el suelo yacía el ataúd, abierto y vacío. El pobre cadáver estaba tirado al lado, como una muñeca rota, destrozado, sucio, olvidado. Nos levantamos del suelo; estábamos estremecidos y medio atontados por el estrago, por la violencia de la explosión y por habernos salvado tan milagrosamente. Me levanté y del árbol que estaba a mi lado arranqué una larga astilla de metal que me había pasado rozando la cabeza. La punta estaba goteando sangre y el metal estaba tan caliente que lo dejé caer, con una exclamación de dolor, mientras me miraba los dedos quemados.

En los árboles destrozados flameaban trozos de vestidos, telas que tenían adheridos trozos de carne sangrante. Un brazo completo con su hombro, todavía se mecía en la orqueta de un árbol, a poco más de un metro de donde yo me encontraba. Se soltó, resbaló, se enganchó de nuevo en una rama baja y finalmente cayó al suelo. De alguna parte, entre las ramas destrozadas, cayó una cabeza roja, deformada, sonriendo de asustada sorpresa; rodó hasta mí para detenerse a mis pies como si me mirara asombrada de la falta de humanidad del agresor japonés.

Me pareció que hasta el tiempo se detenía horrorizado. El aire humeaba con los olores del alto explosivo, de la sangre y de las entrañas destrozadas. Los únicos sonidos eran un chasquido y un "plop" cuando cosas inmencionables caían del cielo o de los árboles. Corrimos hasta el

lugar del desastre en la esperanza de poder ayudar a alguien, seguros de que habría algún sobreviviente. Aquí había un cuerpo, destrozado y sin entrañas, tan mutilado, tan chamuscado que no pudimos decir si era hombre o mujer; tan mutilado que apenas pudimos saber que era humano. Junto a él estaba un niño que tenía las piernas arrancadas desde la cadera. Sollozaba de terror. Cuando me arrodillé a su lado eructó una bocanada de sangre roja y entregó su alma. Miramos tristemente a nuestro alrededor, ampliando la zona de búsqueda. Debajo de un árbol caído encontramos a la mujer encinta. El árbol se le había caído encima. Le había reventado el estómago. De su vientre asomaba el niño que no había nacido, muerto. Más allá había una mano que todavía aferraba una campana de plata. Buscamos y buscamos, pero no encontramos vida.

Del cielo llegó el zumbido de motores. Los atacantes regresaban para ver su espantosa tarea. Nos tiramos al suelo cubierto de sangre cuando el avión japonés descendió en círculos para inspeccionar el daño, para asegurarse de que no quedaba nadie vivo para contarlo. Giró perezosamente, como un halcón dispuesto a matar. Luego regresó en vuelo directo, bajando cada vez más. Se oyó el tartamudeo de una ametralladora y el impacto de las balas en los árboles. Algo me tironeó la túnica y oí un grito. Sentí que algo me quemaba la pierna izquierda. Pobre Huang, pensé; está herido y me necesita. Encima nuestro, el avión regresó, girando lentamente como si el piloto se inclinara lo más posible para mirar el suelo. Puso la nariz hacia abajo y disparó al azar mientras volvía a girar. Aparentemente quedó satisfecho, porque enderezó el avión y se alejó. Al cabo de unos minutos me levanté para ayudar a Huang; estaba a varios metros de mí, completamente a salvo, todavía oculto en el suelo. Me levanté la túnica y descubrí: que tenía la pierna quemada donde la bala me había rozado la carne. A pocos centímetros de mí, el cráneo sonriente tenía una nueva perforación: una bala le había entrado por una

sien para salir por la otra;el agujero de salida era grande y de él asomaban trozos de cerebro.

Otra vez buscamos entre las malezas y bajo los árboles, pero no había señales de vida. Entre cincuenta y cien personas, tal vez más, habían estado allí hacía unos minutos para rendir homenaje a un muerto. Ahora ellos también estaban muertos. Ahora eran una ruina roja y un montón informe. Nos volvimos desesperados. No teníamos nada que hacer, no había nadie a quien salvar. Sólo el tiempo podía cubrir esas cicatrices.

Este era "El Décimoquinto día del Octavo Mes", cuando las familias se reunían al finalizar el día, cuando se reunían con alegría en el corazón por el solo hecho de estar juntos. Por la acción de los japoneses, las familias se "habían reunido" al finalizar el día. Nos volvimos para seguir nuestro camino cuando abandonábamos esa zona devastada, un pájaro retomó su canto interrumpido como si nada hubiera ocurrido.

En aquella época, la vida en Chungking era durísima. Habían llegado muchos que querían hacerse ricos rápidamente, personas que trataban de explotar la miseria de los pobres, que trataban de ganar dinero con la guerra. Los precios eran altísimos, las condiciones precarias. Nos alegramos mucho cuando recibimos orden de reanudar nuestras tareas. Cerca de la costa las bajas habían sido enormes. Se necesitaba desesperadamente personal médico. Otra vez abandonamos Chungking y nos dirigimos a la costa, donde el General Yo nos aguardaba para darnos órdenes. Días después me encontré instalado como oficial médico a cargo del hospital; ése era un término que provocaba risa. El hospital no era más que una cantidad de arrozales en los cuales los desdichados pacientes yacían en el suelo empapado, pues no tenían otra parte donde echarse, ni camas, ni nada. ¿Nuestro equipo? Vendas de papel. Instrumentos quirúrgicos antiquísimos y todo lo que nosotros mismos pudiéramos hacer; pero por lo menos teníamos conocimientos y la voluntad de ayudar a los heridos más graves; y de ellos

teníamos exceso. Los japoneses vencían en todas partes, las bajas eran terribles.

Un día, los bombardeos nos parecieron más intensos que de costumbre. Las bombas caían en todas partes. Todos los campos estaban llenos de cráteres. Las tropas se retiraban. Esa noche cayó sobre nosotros un contingente de soldados japoneses que nos amenazaron con sus bayonetas, pinchando primero a uno, después a otro, sólo para demostrar que ellos eran los amos. No ofrecimos resistencia, no teníamos armas, nada con qué defendernos. Los japoneses me interrogaron rudamente, pues yo estaba a cargo del hospital y luego fueron a los campos a examinar a los pacientes. A todos les ordenaron que se pusieran de pie. Los que estaban demasiado enfermos para caminar y llevar una carga, fueron asesinados a bayonetas allí mismo. Al resto nos hicieron marchar, tal como estábamos, hasta un campo de prisioneros en el interior. Marchamos kilómetros y kilómetros por día. Los enfermos se desplomaban muertos a los lados del camino; en cuanto caían, los guardias japoneses corrían hasta ellos para quitarles lo que tuvieron de valor. Con la bayoneta abrían las mandíbulas cerradas de los muertos y si tenían algún trabajo en oro en los dientes, se lo arrancaban sin la menor contemplación.

Un día, mientras marchábamos, vi que los guardias que iban al frente tenían algo extraño en los extremos de sus bayonetas. Las afilaban de aquí para allá. Pensé que sería alguna celebración. Me pareció que llevaban globos atados en el extremo de los fusiles. Después, con gritos y carcajadas, los guardias corrieron junto a la línea de prisioneros. Con una sensación de náusea irresistible, vimos que tenían cabezas clavadas en los extremos de las armas. Cabezas con los ojos abiertos, la boca abierta, las mandíbulas caídas. Los japoneses habían tomado prisioneros, los habían decapitado y mostraban sus cabezas como señal —otra vez— de que ellos eran los amos.

En nuestro hospital habíamos tratado enfermos de todos los países. Ahora, mientras marchábamos, a los lados

del camino había cadáveres de todas las nacionalidades. Sólo que ya pertenecían a un solo país, el de los muertos. Los japoneses les habían quitado todo. La marcha continuó muchos días. Cada vez éramos menos y los pocos que quedábamos estábamos medio muertos de fatiga. Llegamos al campamento casi inconscientes de dolor y de cansancio, a los tropezones, pues nos sangraban los pies desnudos y dejábamos un reguero de sangre a nuestro paso. Finalmente llegamos al nuevo campo. Era espantoso. Comenzaron otra vez los interrogatorios. ¿Quién era yo? ¿Qué era yo? ¿Por qué yo, un lama de Tibet, luchaba a favor de los chinos? Mi respuesta para explicarles que no luchaba, sino que reparaba cuerpos destrozados y ayudaba a los enfermos, provocó insultos y golpes.

—Sí —decían— arreglaba cuerpos para que pudieran volver a luchar en contra de nuestros soldados.

Al cabo me pusieron a trabajar. Me dejaron al cuidado de los enfermos, me dieron la tarea de salvarlos para que trabajaran como esclavos a las órdenes de los japoneses. A los cuatro meses de estar en ese campamento hubo una gran visita de inspección. Algunos altos oficiales iban a visitar el campamento para ver cómo andaban las cosas y si había algún prisionero de nota que pudiera serles útil. Al amanecer nos hicieron formar y nos dejaron allí parados horas enteras, hasta la tarde. A esa hora éramos un grupo lastimoso. Los que caían eran asesinados a golpes de bayoneta y conducidos a la pila de los muertos. Nuestras líneas, se enderezaron un poco cuando oímos los motores de autos poderosos, de los cuales bajaron hombres cargados de medallas y condecoraciones. Un mayor japonés que se contaba entre los visitantes, por casualidad pasó revista a las filas de prisioneros, a los que examinó. Pasó la vista sobre mí, después me miró con más cuidado. Me clavó los ojos y me dijo algo que no entendí. Como no le respondí me cruzó la cara con la vaina de su sable, cortándome la piel. Un ordenanza se acercó corriendo. El mayor se volvió y le dijo algo. El ordenanza corrió hasta la oficina del archivo y después de unos minutos regresó con mi legajo. El mayor se lo arrancó de las manos y lo

leyó ávidamente. Después me insultó a gritos y dio una orden a los guardias. Otra vez me tiraron al suelo con las culatas de sus fusiles. Otra vez me rompieron la nariz, que hacía tan poco tiempo me habían arreglado, y me arrastraron a la sala de guardia. Allí me ataron las manos y los pies a la espalda y me pasaron una cuerda por el cuello, de modo que cuando trataba de buscar una posición más cómoda corría peligro de estrangularme. Durante mucho tiempo me golpearon, me patearon y me quemaron con cigarrillos encendidos mientras me acribillaban a preguntas. Después me hicieron arrodillar y los guardias saltaron sobre mis talones en la esperanza de que el dolor me hiciera hablar. Me rompieron los huesos de los pies.

¡Las preguntas que me hacían! ¿Cómo había escapado? ¿Con quién había hablado mientras estuve libre? ¿Sabía que escapar era un insulto al Emperador? También exigieron detalles de movimientos de tropas porque pensaron que, en mi calidad de lama tibetano, debía conocer las disposiciones del ejército chino. Naturalmente, no les respondí y siguieron quemándome con los cigarrillos y torturándome con sus métodos de rutina. Finalmente me pusieron en una especie de potro de tormento primitivo y estiraron las cuerdas, me pareció que me arrancaban las piernas y los brazos. Perdí el sentido, pero cada vez que me desmayaba me hacían volver en mí tirándome un balde de agua fría y pinchándome con las bayonetas. Al cabo intervino el médico a cargo del campamento. Dijo que si seguía sufriendo moriría sin remedio y que entonces ya no podrían interrogarme. No querían matarme, porque hacerlo sería permitirme escapar a su interrogatorio. Me arrastraron por el cuello y me arrojaron en una profunda celda subterránea que tenía forma de botella y era de cemento. Allí pasé días enteros, tal vez semanas. Perdí toda cuenta del tiempo, ni siquiera tenía noción del tiempo. La celda estaba completamente a oscuras. Cada dos días me arrojaban comida y me bajaban agua en una lata. A menudo se derramaba y tenía que arrastrarme en la oscuridad y tantear con las manos para encontrarla o encontrar algo húmedo en el suelo. Hubiera enloquecido por

el esfuerzo de sobrevivir, en esa oscuridad profunda. Pero mi instrucción me salvó. Volví a pensar en el pasado.

¿Oscuridad? Pensé en los ermitaños de Tibet, que viven en sus oscuras ermitas trepadas en laderas empinadas, en lugares inaccesibles entre las montañas. Ermitaños que estaban completamente encerrados entre esas paredes y permanecían allí años enteros, liberando la mente del cuerpo, liberando el alma de la mente, para poder lograr su gran liberación espiritual. No pensé en el presente, sino en el pasado y, durante mi ensueño, inevitablemente regresé a aquella experiencia magnífica, mi visita a las tierras altas de Chang Tang.

Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, unos pocos compañeros y yo habíamos partido desde el Potala de techos dorados, en Lhasa, en busca de hierbas raras. Semanas enteras viajamos, siempre cuesta arriba cada vez más alto, hasta el norte congelado, hasta las tierras altas de Chang Tang, a las que algunos llaman Shamballah. Aquel día estábamos cerca de nuestro objetivo. Hacía un frío espantoso, más intenso que nunca. El hielo nos golpeaba, impulsado por un viento ruidoso. Los trocitos helados golpeaban nuestras túnicas flotantes y raspaban la piel que estaba descubierta. Allí, a casi siete mil quinientos metros de altura, el cielo tenía un vivo color púrpura y algunos remiendos de nubes que corrían en él parecían asombrosamente blancas en comparación. Parecían los caballos blancos de los Dioses, que llevaban a sus jinetes por Tibet.

Seguimos subiendo, subiendo; el terreno se hacía más dificultoso a cada paso. Nos resultaba difícil respirar. Nos aferrábamos a cualquier saliente, por más precaria que fuese y nos sosteníamos de la grieta más pequeña que encontrábamos en la roca helada. Al cabo, alcanzamos nuevamente aquel misterioso cinturón de niebla (ver *El Tercer Ojo*) y lo atravesamos, mientras el suelo a nuestros pies iba cobrando más calor y el aire se hacía más balsámico y agradable. Gradualmente salimos de la niebla y llegamos al paraíso lozano de aquel santuario encantador. Otra vez teníamos delante aquella tierra de una época pasada.

Esa noche descansamos en la Tierra Escondida, cálida y acogedora. Era magnífico dormir en una blanda cama de musgo y respirar el aire perfumado por las flores. En aquella tierra había frutas que nunca habíamos comido, frutas que probamos y nos gustaron muchísimo. También era espléndido poder bañarse con agua caliente y tenderse perezosamente en una playa dorada.

Al día siguiente seguimos nuestro viaje hacia la cúspide, cada vez más alto; pero estábamos en un clima cálido y el ascenso no nos preocupaba. Marchamos a través de bosques de rododendros y nogales y otros árboles cuyos nombres desconocíamos. Ese día no nos esforzamos demasiado. Cayó nuevamente la noche, pero no sentimos frío. Estábamos cómodos, abrigados. Pronto nos sentamos bajo los árboles, encendimos fuego y preparamos nuestra comida. Cuando terminamos de comer, nos envolvimos en nuestras túnicas y conversamos. Uno a uno nos quedamos dormidos.

A la mañana siguiente volvimos a emprender la marcha, pero sólo habíamos andado tres o cuatro kilómetros, cuando de pronto llegamos a un claro; era un lugar sin árboles y delante de nosotros... nos detuvimos casi paralizados por el asombro, estremecidos, al intuir que habíamos descubierto algo que estaba más allá de nuestra comprensión. Miramos. El claro era muy amplio. Delante teníamos una llanura de más de ocho kilómetros de ancho En su extremo más distante había una enorme sábana de hielo que se extendía hacia arriba, como una placa de cristal que subiera hasta el cielo, como si de veras fuera una ventana del paraíso, o una ventana abierta al pasado. Pues del otro lado de aquella lámina de hielo alcanzamos a ver, como a través del agua más límpida, una ciudad intacta una ciudad extraña, que no se parecía a nada de lo que habíamos visto en los libros de ilustraciones que teníamos en el Potala.

Del glacial se proyectaban edificios. La mayoría estaban muy bien conservados, pues el hielo se había derretido lentamente en contacto con el aire cálido del valle escondido; se había derretido de manera tan gradual que ni una

piedra siquiera había sufrido el menor daño. Algunos estaban intactos, conservados durante siglos incontables por el aire magnífico y puro de Tibet. En realidad, algunos edificios parecían terminados las semana anterior, tal era su estado de conservación.

Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, rompió nuestro asombrado silencio al decir:

—Hermanos míos, hace medio millón de años, éste era el hogar de los Dioses. Hace medio millón de años, éste era un hermoso lugar junto al mar, donde vivían hombres de ciencia de una raza distinta. Llegaron de otro lugar y algún día os contaré su historia. Por medio de sus experimentos el mar se elevó y se congeló; y aquí, delante de nosotros, vemos una ciudad conservada en el hielo eterno de aquella época, una ciudad inundada y helada.

Le escuchamos en silencio, fascinados; mi Guía siguió hablándonos del pasado y de los registros antiquísimos que estaban debajo del Potala, de los datos grabados en planchas de oro; estaban conservados de una manera semejante a la que emplean actualmente los occidentales, que preservan ssu registros en lo que llaman "cápsulas de tiempo".

Movidos por un impulso común, todos nos pusimos de pie y caminamos explorando los edificios más próximos. Cuanto más nos acercábamos, tanto mayor era nuestro asombro. ¡Todo era tan extraño! Durante varios minutos fuimos incapaces de comprender la sensación que nos invadía. Imaginamos que, de pronto, nos habíamos convertido en enanos. Después dimos con la solución: los edificios eran inmensos, como si hubieran sido construídos por una raza dos veces más alta que nosotros. Sí ,eso era. Aquellas personas, aquellas super-personas, eran el doble de altas que el hombre común que puebla la tierra. Entramos en algunos edificios y los examinamos. Uno en particular parecía ser un laboratorio y en él había gran cantidad de aparatos extraños, muchos de los cuales funcionaban todavía.

Un borbotón de agua helada me trajo a la realidad con una rapidez sorprendente, me trajo al dolor y a la lobre-

guez de mi existencia en aquel calabozo cuya entrada estaba en el techo. Los japoneses decidieron que ya había pasado bastante tiempo y que no me había "ablandado" bastante. Pensaron que la manera más fácil de sacarme era llenar el calabozo de agua, para que yo flotara en la superficie, como un corcho en una botella llena. Cuando llegué a lo alto, cuando llegué al cuello estrecho del calabozo, manos rudas me agarraron y me sacaron de allí. Me llevaron a otra celda —ésta se hallaba en la superficie— y me arrojaron dentro.

Al día siguiente me hicieron trabajar; otra vez tenía que cuidar de los enfermos. Esa misma semana, altos oficiales japoneses iban a realizar otra visita de inspección. Hubo un gran movimiento. La inspección se realizaba sin anuncio previo y los guardias estaban aterrados. Me encontré muy cerca de la puerta principal de la prisión. Nadie me hacía caso, de modo que aproveché la oportunidad para seguir caminando sin mucha prisa —pues no quería llamar la atención— y tampoco demasiado despacio. ¡No era saludable detenerse allí! Seguí caminando y caminando, como si tuviera todo el derecho del mundo de estar fuera. Me llamó un guardia; me volví hacia él y levanté la mano, como para saludarlo. Por algún motivo, me devolvió el saludo y siguió con su trabajo. Yo seguí caminando. Cuando estuve fuera del radio de visión de la cárcel, oculto por los arbustos, me eché a correr con toda la prisa que mi debilitado esqueleto me permitía.

Recordé que a pocos kilómetros de allí había una casa ocupada por unos occidentales que conocía. En realidad, les había hecho algunos favores en el pasado. De modo que, al caer la noche, me dirigí cautelosamente hasta allá. Me recibieron con cálidas exclamaciones de simpatía. Vendaron mis muchas heridas, me dieron de comer y me acostaron, con la promesa de que harían todo cuanto estuviera a su alcance para ayudarme a pasar las líneas japonesas. Me quedé dormido, tranquilizado por el pensamiento de que estaba otra vez en manos amigas.

Golpes y gritos me trajeron pronto a la realidad, me arrancaron de mi sueño. Guardias japoneses estaban alre-

dedor de mi cama; me arrancaron de allí, empujándome con sus bayonetas. Mis anfitriones, después de todas sus protestas de amistad, habían aguardado hasta que estuviera dormido para avisar a los guardias japoneses que tenían un prisionero prófugo. Los guardias japoneses no perdieron tiempo para ir a buscarme. Antes de que me llevaran, logré preguntar a los occidentales por qué me habían traicionado. Su respuesta, muy aclaratoria, fue:

—Usted no es uno de los nuestros. Tenemos que cuidar a los de nuestra raza. Si lo hubiéramos protegido, sólo habríamos contrariado a los japoneses y puesto en peligro nuestro trabajo.

De regreso en aquella cárcel japonesa, me trataron mal de veras. Pasé horas enteras colgado de un árbol, suspendido de los dos pulgares atados juntos. Después hubo un juicio falso frente al comandante del campamento. Le dijeron:

—Este hombre es un prófugo persistente. Nos está dando demasiado trabajo.

Me sentenciaron. Me bajaron de un golpe y me tendieron en el suelo. Después me pusieron bloques bajo las piernas, para que quedaran a cierta altura del suelo. Dos guardias japoneses se me pararon en cada pierna y se balancearon hasta que se rompió el hueso. Me desmayé del dolor. Cuando recobré el conocimiento, me encontré otra vez en el calabozo frío, húmedo, infestado de ratas.

No asistir al pase de lista del amanecer significaba la muerte, y yo lo sabía. Un prisionero me trajo algunas cañas de bambú y me entablillé ambas piernas para sostener los huesos. Usé otras dos cañas como muletas y una tercera como una especie de trípode para no perder el equilibrio. Con eso logré estar presente cuando pasaron lista y me salvé de morir ahorcado, atravesado por bayonetas, con las entrañas arrancadas o de cualquier otra manera en que se especializaban los japoneses.

En cuanto tuve las piernas curadas y los huesos soldados —aunque no muy bien, pues yo mismo había tenido que entablillarlos— el comandante me mandó llamar y me dijo que me iban a trasladar a otro campamento que

se encontraba todavía más en el interior. Sería el oficial médico de ese campamento para mujeres. Nuevamente tuve que mudar de cárcel. Esta vez, un convoy de camiones se dirigía al mismo punto que yo, que era el único prisionero enviado a ese campo. De modo que me ordenaron que subiera a uno de los camiones y me encadenaron como a un perro en él. Varios días más tarde llegamos al campamento, me desencadenaron y me llevaron ante el comandante.

Carecíamos por completo de equipo médico y de drogas, hacíamos todo lo que podíamos con latas viejas afiladas sobre piedras, bambúes endurecidos al fuego e hilos deshilachados de ropas en jirones. Algunas mujeres estaban desnudas o llevaban harapos. Las operaciones se realizaban con las pacientes conscientes, y cosíamos las cuerpos destrozados con algodón hervido. De noche, los japoneses solían venir a nuestros cobertizos, ordenaban a todas las mujeres que salieran y las examinaban. A todas las que eran de su gusto, las mandaban a los cuartos de los oficiales para entretener a los oficiales permanentes y a los visitantes. Por la mañana las mujeres regresaban avergonzadas y enfermas y yo, como médico prisionero, tenía que remendar sus cuerpos maltratados.

CAPÍTULO X

CÓMO RESPIRAR

Los guardias japoneses estaban otra vez de mal humor, Oficiales y soldados recorrían el lugar gruñendo y golpeando cualquier desgraciado que tuvieran cerca. Los prisioneros nos sentíamos muy deprimidos, pues imaginábamos otro día de terror, otro día de racionamiento de comida y de tareas inútiles. Horas antes se había producido un remolino de polvo cuando hicieron arrancar a un gran auto americano, capturado al enemigo, con un salto que hubiera destrozado el corazón de su fabricante. Hubo gritos y gruñidos, y los hombres corrieron abotonándose los uniformes. Los guardias se apresuraron a tomar cualquier pieza del equipo que encontraban a mano, sólo para demostrar que eran eficaces y cumplían con sus tareas.

Se trataba de una vista sorpresiva de uno de los generales que comandaba la zona. Era una sorpresa, sin duda alguna. Nadie esperaba otra inspección, porque dos días antes habían efectuado una. A veces los japoneses realizaban una inspección sólo para pasar revista a las mujeres y celebrar sus fiestas. Las hacían formar y las observaban, elegían las que les gustaban y las hacían marchar entre guardias. Al poco rato oíamos sus chillidos angustiados y sus gritos de terror o de dolor. Esta vez, sin embargo, se trataba de una inspección de verdad, realizada por un general de alto rango que acababa de llegar de Japón y que había venido a ver qué pasaba en los campamentos. Más tarde descubrimos que los japoneses habían sufrido algunas derrotas y que a alguien se le había ocurrido que si se cometían demasiadas atrocidades después podría haber represalias con algunos oficiales.

Por fin los guardias se formaron en una hilera más

menos derecha para la inspección. Los hombres asustados no hacían más que mover los pies, con lo que levantaban una nube de polvo. Los miramos desde atrás de nuestro alambre, y muy interesados, porque esta vez eran los soldados los que estaban pasando un mal rato y no los prisioneros. Mientras observábamos, advertimos movimientos en la casilla de guardia, los hombres presentaban armas. Entonces salió el general con aire de matasiete, y se pavoneó al pasar revista mientras su larga espada samurai se arrastraba tras él. Tenía la cara congestionada de rabia porque lo habían hecho esperar y sus ayudantes parecían nerviosos e incómodos, recorrió lentamente las filas eligiendo uno aquí, otro allá para señalar sus defectos. Ese día, nada parecía estar bien. Las cosas se ponían cada vez más negras.

Los pequeños "Hijos del Cielo" formaban un pelotón lamentable. En su prisa, habían tomado la primera pieza del equipo que encontraron, sin pensar si servía o no. Habían perdido completamente la cabeza. Tenían que mostrar que hacían algo en vez de perder el tiempo. El general siguió pasando revista, hasta que se detuvo con un gruñido de rabia. Un hombre, en lugar del fusil, tenía un palo con una lata en la punta, que los prisioneros usaban para limpiar los desagües. Algunos momentos antes, un prisionero la había utilizado para limpiar los desagües de nuestro campamento. El general miró al soldado, miró el palo y levantó más aun la cabeza para mirar la lata que estaba en el extremo del palo. Su furia fue en aumento. No pudo hablar de rabia. Ya se había levantado en puntas de pie para abofetear a algunos soldados que no lo habían complacido. Ahora, ante ese palo para limpiar desagües, se sintió completamente confundido. Por fin recobró el poder de moverse, dio un brinco de rabia y buscó a su alrededor algo con que golpear al hombre. Se le ocurrió algo. Bajó la mirada, desató la espada envainada y con todas sus fuerzas bajó esa arma ornamental sobre la cabeza del desdichado guardia. Al infeliz se le aflojaron las rodillas y se desplomó al suelo. Le sangraban la nariz y los oídos. El general lo pateó con desprecio e hizo una

señal a los guardias. Levantaron al desgraciado de los pies y los arrastraron por el suelo, sin importarles que golpeaba con la cabeza en todas partes. Al cabo, desapareció de nuestra vista y nunca más volvimos a verlo en el campamento.

Todo parecía ir mal con esa inspección. El general y sus acompañantes, todos altos oficiales, no encontraban nada bien. Se estaban poniendo morados de rabia. Pasaron revista una vez, después otra. Nunca habíamos visto nada parecido. El general estaba tan furioso con los guardías que olvidó pasar revista a los prisioneros. Por fin, los altos oficiales desaparecieron nuevamente en la casilla de guardias, desde donde llegaron gritos de rabia y uno o dos tiros. Más tarde volvieron a salir, subieron a sus autos y desaparecieron. Dio orden a los guardias de romper filas y se dispersaron, todavía temblando de miedo.

De modo... que los guardias japoneses estaban de muy mal humor. Acababan de golpear a una holandesa porque era grande y más alta que ellos. ¡Según ellos, era más alta que los soldados y eso era insultar al Emperador! La tiraron al suelo a golpes de culata, la patearon y pisotearon. La mujer sufrió heridas internas y hemorragias. Tuvo que permanecer una hora o dos, hasta la puesta del sol, tirada en el suelo junto a la casilla del guardia, en la entrada principal. Tuvo que permanecer arrodillada en el suelo, arrodillada mientras sangraba profusamente. Nadie, por más enfermo que estuviera, podía ser movido antes de que los guardias lo permitieran. Si un prisionero moría, bueno. era una boca menos que alimentar. A los guardias no les importaba en los más mínimo y la mujer murió. Antes de que se pusiera el sol, se desplomó. Nadie pudo acudir en su ayuda. Al fin un guardia hizo señas a dos prisioneros para que se acercaran y arrastraran el cuerpo. Me la trajeron, pero fue inútil, estaba muerta, había sangrado hasta morir.

Era muy difícil tratar a los enfermos en el compamento, donde las condiciones eran terribles. Carecíamos de todo. Se nos habían terminado las vendas. Las habíamos lavado muchísimas veces y usado hasta que quedaron hechas

jirones. No podíamos hacer más con la ropa, porque nadie tenía el menor trocito de tela para dar. En realidad, algunas prisioneras estaban completamente desnudas. El problema llegó a ser agudísimo. Había tantas llagas, tantas heridas que no podíamos tratar. En Tibet había estudiado hierbas y en una de nuestras expediciones de trabajo más allá de los confines del campamento, había visto una planta local que me pareció conocida. Tenía hojas anchas gruesas y era un astringente muy útil, algo que necesitábamos desesperadamente. El problema era conseguir una provisión de esas hojas. Un grupo de nosotros discutió largamente el asunto. Finalmente, se decidió que los grupos de trabajadores tenían que conseguirlas de alguna manera y esconderlas de cualquier modo cuando regresaran al campamento. Discutimos cómo podrían esconderlas. Al fin una persona muy ingeniosa propuso que, como había un grupo que trabajaba recolectando bambúes, podían esconder las hojas en los tallos.

Las mujeres o las "chicas", como ellas se llamaban sin tener en cuenta su edad, recogieron gran cantidad de hojas carnosas. Me sentí muy complacido al verlas. Era como saludar a viejos amigos. Las desparramamos en el suelo, junto a las chozas. Los guardias japoneses nos miraron sin preocuparse por lo que estábamos haciendo. Creyeron que nos habíamos vuelto locos: pero nosotros teníamos que desparramar las hojas para seleccionarlas cuidadosamente, porque las mujeres habían traído plantas de toda clase y sólo podíamos usar una en particular. Entre todas las hojas desparramadas, elegimos las que nos servían. En cuanto al resto... bueno, teníamos que librarnos de ellas, y las desparramamos sobre la pila de cadáveres en el borde de nuestro campo.

Clasificamos las que quedaron en grandes y pequeñas y, con todo cuidado, las limpiamos lo mejor que pudimos. No teníamos agua para lavarlas, porque el agua era muy escasa. Después, tuvimos que buscar un recipiente adecuado para aplastarlas. El tazón de arroz del campamento era el recipiente más grande de que disponíamos, de modo que lo utilizamos para poner allí las hojas ya en trozos.

La siguiente preocupación fue encontrar la piedra adecuada, una con puntas agudas para macerar las hojas y convertirlas en pulpa. Finalmente conseguimos la piedra que necesitábamos. Había que levantarla con las dos manos. Las mujeres que me ayudaban trabajaban por turnos, revolviendo y machacando las hojas hasta que quedaron reducidas a una masa pegajosa.

Nuestro problema siguiente fue encontrar algo que absorbiera la sangre y el pus mientras actuaba el astringente, y algo que mantuviera unida la masa. El bambú es una planta de muchos usos. Decidimos usarla en algo más, todavía. Raspamos cañas viejas y maderas, e hicimos una pasta que pusimos a secar al fuego, en latas. Cuando estuvo bien seca quedó un polvo tan fino como la harina y más absorbente que el algodón hidrófilo. Con polvo de bambú y hojas machacadas, por mitades, se obtenía una mezcla muy satisfactoria. Desgraciadamente era frágil y se deshacía en cuanto la tocábamos.

No fue fácil construir una base en la cual extender la composición. Tuvimos que arrancar las fibras exteriores de los brotes verdes de bambú; había que arrancarlas con mucho cuidado para obtener tiras largas. Las extendimos en una placa de metal muy limpia, que normalmente protegía al suelo del fuego. Extendimos las fibras a lo largo y a través, como si estuviéramos tejiendo, como si quisiéramos hacer una alfombra larga y angosta. Después de muchos esfuerzos, obtuvimos una red no muy perfecta, que medía cerca de dos metros cuarenta de largo por sesenta centímetros de ancho.

Con un rodillo hecho con un bambú de bastante diámetro, introducimos la mezcla de hojas y polvo en los intersticios de la red; cubrimos enteramente todas las tiras de bambú hasta que logramos tener un relleno parejo de nuestra mezcla machacada. La dimos vuelta e hicimos lo mismo del otro lado. Cuando terminamos, tuvimos una venda de color verde pálido con la cual podíamos detener una hemorragia y apresurar la curación. Había sido como preparar papel y lo obtuvimos, cuando el proceso quedó terminado, era semejante al cartón, flexible, no se

doblaba fácilmente y nos resultaba bastante difícil cortarlo con los elementos de que disponíamos. Pero al cabo nos arreglamos para cortarlo en tiras de diez centímetros de ancho, que arrancábamos de la plancha de metal a la que estaban adheridas. Se mantenían en buen estado y flexibles durante muchas semanas. Fueron una verdadera bendición.

Un día, una mujer que había estado trabajando en la cantina japonesa, fingió sentirse enferma. Vino a verme muy excitada. Había estado limpiando un depósito en el que se guardaban muchas cosas capturadas a los americanos. Se le había caído una lata sin etiqueta, de la cual se volcaron algunos cristales de color marrón rojizo. La mujer había tocado esos cristales, había puesto la mano dentro de la lata, sin saber de qué se trataba. Después, cuando se mojó las manos para seguir limpiando, descubrió que tenía manchas marrones en los dedos. ¿Estaba envenenada? ¿Era una trampa de los japoneses? Le había parecido que mejor sería consultarme. Le miré las manos, se las olí; si yo hubiera sido un hombre demostrativo, habría saltado de alegría. Sabía perfectamente qué había provocado las manchas: cristales de permanganato de potasio, precisamente lo que necesitábamos para nuestros muchos casos de úlceras tropicales.

—Nina, consigue esa lata, de cualquier manera. Ponle la tapa, guarda la lata en un balde y tráemela. Pero ten cuidado de no mojarla.

Regresó a la cantina, fuera de sí de alegría al pensar que había descubierto algo que aliviaría el sufrimiento. Esa misma tarde regresó con una lata de cistales; a los pocos días me trajo otra y después, otra más. Ese día les enviamos nuestras bendiciones a los americanos. ¡Hasta llegamos a bendecir a los japoneses por capturar provisiones americanas!

Las úlceras tropicales son terribles. Las provocan, principalmente, la falta de alimento adecuado y el descuido. Puede ser que contribuya a provocarlas la imposibilidad de lavarse como es debido. Primero se siente una leve picazón, y la víctima se rasca sin darse cuenta. Después

aparece un granito, del tamaño de una cabeza de alfiler, que provoca una picazón intolerable. La infección se produce porque las uñas sucias rompen la piel. Poco a poco toda la zona se pone roja. Bajo la piel se forman pequeños nódulos amarillos que causan más picazón todavía y el enfermo se rasca con violencia. La úlcera crece hacia afuera y hacia adentro. Aparece el pus maloliente. Con el tiempo, las reservas físicas se agotan y la salud se resiente aún más. La úlcera sigue creciendo hacia adentro, come la carne, traspasa el cartílago y finalmente llega al hueso y mata la médula y el tejido. Si no se toma alguna medida, el paciente muere.

Pero había que hacer algo. Había que arrancar la úlcera, la fuente del mal, y debía hacerse de cualquier manera y lo más rápido posible. Como carecíamos totalmente de equipo médico, tuvimos que recurrir a medios desesperados. Había que sacar la úlcera para salvar la vida del enfermo. Contábamos con un solo medio para hacerlo. Hicimos una cuchara con una lata y le afilamos el borde. Después esterilizamos la lata lo mejor posible a la llama de nuestra hoguera. Compañeras de cautiverio sujetaban a la enferma y yo, con la lata afilada, sacaba la carne muerta y el pus hasta que sólo quedaban tejidos sanos. Teníamos que estar muy seguros de que no se nos escapaba el menor punto de infección, porque, de ser así, la úlcera volvía a crecer como un yuyo maligno. Una vez extraída la úlcera llenábamos la cavidad con la pasta de hierbas y con infinito cuidado de nuestra parte, lográbamos que el paciente recobrara la salud... ¡salud según el nivel medio de nuestro campamento! Y ese nivel hubiera sido casi la muerte en cualquier otra parte. El permanganato de potasio contribuía el proceso de cicatrización, pues impedía que se formara nuevamente pus u otras fuentes de infección. Lo tratábamos como oro en polvo.

¿Nuestro tratamiento parece brutal? ¡Lo era! Pero nuestros métodos "brutales" salvaron muchas vidas, y también muchos miembros. Sin ese tratamiento, la úlcera crecía, envenenaba la circulación hasta que finalmente, había que amputar el brazo o la pierna (¡sin anestésicos) para

salvar la vida del paciente. La salud era un verdadero problema en nuestro campamento. Los japoneses no nos brindaban la menor ayuda, de modo que al caso decidí utilizar mi conocimiento de los mejores métodos para respirar y los enseñé en el campamento. Enseñé cómo se respira correctamente con propósitos especiales. Cuando se respira con corrección, siguiendo cierto ritmo, se hace mucho para mejorar la salud mental y física.

Mi guía, el lama Mingyar Dondup, me enseñó la ciencia de respirar después de haberme sorprendido un día en lo alto de la colina, casi sin aliento y agotado.

—Lobsang, Lobsang —me dijo— ¿qué has estado haciendo para llegar a este estado lamentable?

—Honorable maestro —dije con voz entrecortada— quise subir la colina en zancos.

Me miró con tristeza y sacudió la cabeza con aire de resignación. Suspiró y me hizo señas para que me sentara. Reinó silencio durante un largo rato... silencio, excepto por mi respiración jadeante que, poco a poco, volvió a la normalidad.

Había caminado con zancos cerca del Camino de Linghor, jactándome ante los peligros... jactándome de que los monjes de Chakpori podían caminar con zancos, mejor y más lejos que cualquier otra persona de Lhasa. Para probarlo de modo concluyente, había dado la vuelta y me había echado a correr colina arriba sobre los zancos. En cuanto doblé el primer recodo y los peregrinos no pudieron verme, me eché al suelo completamente agotado y, al poco rato, llegó mi Guía y me vió en aquel estado lamentable.

—Lobsang, ya es hora de que aprendas algo más. Ya has jugado bastante. Ahora, como lo has demostrado claramente, necesitas que te instruya en la ciencia de respirar con corrección. Ven conmigo. Veremos qué se puede hacer para remediar este estado de cosas.

Se puso de pie e inició la marcha colina arriba. Yo me levanté de mala gana, recogí los zancos que estaban en el suelo y lo seguí. El Lama caminaba con facilidad, parecía deslizarse. En sus movimientos no se advertía el menor

esfuerzo y yo, que era muchos años más joven, me arrastraba detrás de él, jadeando como un perro en un día de verano.

En lo alto de la colina, nos volvimos para entrar en el lamasterio y seguí a mi Guía hasta su cuarto. Nos sentamos en el suelo, como de costumbre, y el lama pidió el inevitable té, sin el cual ningún tibetano puede conversar seriamente. Guardamos silencio mientras los monjes de servicio nos trajeron té y *tsampa*. Cuando se retiraron, el lama sirvió el té y me dió las primeras instrucciones en el arte de respirar, instrucciones que me resultaron invalorables en el campamento de prisioneros.

—Estás jadeando como un viejo, Lobsang —me dijo—. Pronto te enseñaré a vencer eso, pues nadie debe afanarse tanto en lo que es un suceso común, natural y cotidiano. Muchísima gente no sabe respirar. Creen que alcanza con aspirar una cantidad de aire, expelerla y aspirar otra.

—Pero, Honorable Lama —repliqué—. Respiré bastante bien durante nueve años o más. ¿De qué otra manera puedo hacerlo, que no sea la que utilicé todo este tiempo?

—Lobsang, debes recordar que la respiración es realmente la fuente de la vida. Puedes caminar, puedes correr, pero si no respiras, no puedes hacer nada de eso. Debes aprender un nuevo sistema y antes que nada debes tener una medida de tiempo para respirar, porque mientras no conozcas esa medida no tienes cómo distribuir las varias veces que respiras en un tiempo determinado; respiramos a distinta velocidad, según lo que nos propongamos hacer.

Me tomó la muñeca derecha y señaló un punto en ella.

—Tómate el pulso. Su ritmo es: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Pon la mano en tu pulso, siéntelo, y comprenderás lo que quiero decir.

Le obedecí. Apoyé un dedo en la muñeca izquierda y sentí que la velocidad de mi pulso era tal como él me la había señalado: uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Miré a mi Guía y él continuó:

Si pensaras un poco, verás que aspiras aire mientras tu corazón late seis veces. Pero eso no es bastante bueno.

Tendrás que cambiar la manera de respirar. Dentro de un rato veremos cómo podrás hacerlo.

Hizo una pausa, me miró y añadió:

—Sabes una cosa, Lobsang... te he observado mientras juegas con los otros muchachos. Se cansan horriblemente porque no saben respirar. Creen que mientras aspiren aire y exhalen aire, ya respiran. No podrían hacerlo peor. Hay cuatro métodos principales de respirar; vamos a examinarlos y veremos qué nos ofrecen, qué son. El primer método es muy ineficaz. Se conoce como respiración superior porque en este sistema sólo se usan la parte superior del pecho y los pulmones; ésa, como debes saber, es la parte más pequeña de nuestra capacidad pulmonar, de modo que cuando se practica la respiración superior entra muy poco aire en los pulmones y en cambio se conserva una cantidad de aire viciado en la parte más profunda. Ves, cuando respiras sólo se mueve la parte superior de tu pecho. La parte inferior y el abdomen están inmóviles y eso es muy malo. Olvídate de la respiración superior, Lobsang, porque es completamente inútil. Es la forma peor de respirar y debemos abandonarla por otras.

Hizo una pausa, se volvió a mirarme y dijo:

—Mira, ésta es la respiración superior. Mira la posición forzada que tengo que adoptar. Pero ésta, como descubrirás más tarde, es la respiración que practican la mayoría de los occidentales, la mayoría de las gentes fuera de Tibet y de India. Los obliga a pensar de una manera muy poco clara y a ser mentalmente letárgicos.

Lo miré boquiabierto de asombro. Jamás había imaginado que respirar fuera algo tan complicado. Siempre había creído hacerlo bastante bien y resulta que estaba completamente equivocado.

—Lobsang, no me estás prestando bastante atención. Ahora vamos a ver cuál es el segundo sistema. Se conoce como respiración media. Tampoco es muy correcta. No vale la pena que entremos en detalles, porque no quiero que la emplees; pero cuando llegues a Occidente, oirás que la gente la menciona como la respiración de diafragma, porque este músculo permanece inmóvil. El tercer sis-

tema es el de la respiración inferior. Si bien es, posiblemente, algo mejor que los dos anteriores, tampoco es correcto. Hay quienes lo llaman respiración abdominal. En este sistema los pulmones no se llenan completamente de aire, éste no se reemplaza en su totalidad y tenemos otra vez aire viciado, mala respiración y enfermedad. De modo que no tienes que respirar según estos sistemas, sino hacer lo mismo que yo y los lamas: debes respirar según el sistema de Respiración Completa. Así es como debes hacerlo.

—¡Ah! —pensé— ahora llegamos al fondo del asunto, ahora voy a aprender algo; ¿para qué me contó todo lo anterior si después me dijo que no servía?

—Lo hice, Lobsang —dijo mi Guía, que evidentemente me leía el pensamiento—, porque debes conocer los defectos y las virtudes. Sin duda habrás advertido, desde que estás en Chakpori —continuó diciendo mi Guía, el lama Mingyar Dondup— que insistimos en la importancia de tener la boca cerrada. No lo hacemos sólo para evitar que se digan mentiras, sino para que todos respiren por la nariz. Si respiras por la boca, pierdes la ventaja de los filtros de aire de la nariz del sistema de control de la temperatura que tiene el organismo. Por otra parte, si persistes en respirar por la boca, finalmente se te tapa la nariz y sufres de catarro, sientes la cabeza pesada y todos inconvenientes que lo acompañan.

Me sentí culpable cuando advertí que lo estaba mirando con la boca abierta. La cerré con tanta prisa y tanto ruido que vi en sus ojos un relámpago de risa, aunque no me dijo nada.

—La nariz es muy importante y debemos mantenerla limpia. Si se te ensucian las fosas nasales, inhala un poco de agua por la nariz y deja que te corra por la garganta, para escupirla. Pero nunca, nunca respires por la boca, hazlo siempre por la nariz. Tal vez convenga usar agua tibia, pues el agua fría te hará estornudar.

Se volvió y tocó la campana que estaba a su lado. Entró un sirviente que volvió a llenar la tetera y trajo más *tsampa*. Hizo una reverencia y se retiró. Al cabo de unos

minutos, el lama Mingyar Dondup, reanudó su discurso.

—Ahora,Lobsang, vamos a estudiar el verdadero método de respiración, el método que ha permitido prolongar considerablemente la vida a muchos lamas de Tibet. Vamos a estudiar la Respiración Completa. Como el nombre lo indica, abarca los otros tres sistemas, el de respiración superior, media e inferior, de modo que los pulmones se llenan realmente de aire, y por lo tanto la sangre se purifica y se llena de fuerza vital. Es un sistema muy fácil. Tienes que sentarte o estar de pie en una posición cómoda y respirar por la nariz. Hace unos momentos, Lobsang, te vi completamente inclinado hacia adelante, agachado, y no puedes respirar como es debido en esa posición. Debes mantener la columna vertebral bien derecha. Ese es todo el secreto de respirar correctamnte.

Me miró y suspiró, pero el brillo de sus ojos desmintió la profundidad del suspiro. Después se puso de pie, se acercó a mí, me puso las manos debajo los codos y me levantó de modo que quedé sentado muy derecho.

—Así es como debes sentarte, Lobsang, con la columna vertebral derecha, con el abdomen perfectamente controlado y los brazos a los costados. Ahora siéntate así. Ensancha el pecho, haz fuerza con las costillas hacia afuera y después baja el diafragma para que el abdomen inferior también sobresalga. De esa manera harás una respiración completa. No hay nada de magia en todo esto, Lobsang. Es una manera de respirar común y sensata. Debes aspirar todo el aire que puedas, después tienes que expelerlo y reemplazarlo. Por el momento, esto te puede parecer complicado, puedes creer que es demasiado difícil, que no vale la pena, pero *sí* vale la pena, Lobsang. Crees que no porque eres letárgico, porque últimamente respiras con descuido; debes tener disciplina para respirar.

Respiré como me indicó y, ante mi gran asombro, descubrí que era muy fácil. Advertí que al principio la cabeza me daba vueltas, después fue todavía más fácil. Veía los colores con más claridad y a los pocos minutos me sentí mejor.

—Todos los días te daré algunos ejercicios respiratorios,

Lobsang, y te ruego que los cumplas. Vale la pena. Ya no volverás a quedarte sin aliento. Esa pequeña caminata cuesta arriba te dejó jadeante, pero yo, que soy muchos años mayor que tú, la hice sin el menor esfuerzo.

Volvió a sentarse y me observó mientras respiraba según me había indicado. Aun en esa etapa inicial, advertí cuánta razón tenía. Después, mi Guía siguió hablando.

—El único propósito de la respiración, sea cual fuere el sistema adoptado, es aspirar la mayor cantidad posible de aire y distribuirlo en el cuerpo de otra manera, de una manera que nosotros llamamos *prana*. Esa es la fuerza vital misma. Esa *prana* es la fuerza que hace mover al hombre, que activa a todos los seres vivientes, las plantas, los animales, el hombre; hasta los peces tienen que extraer el oxígeno del agua y convertirlo en *prana*. Sin embargo, ahora tenemos que ver cómo respiras, Lobsang. Aspira lentamente. Descubrirás que hay varias maneras de aspirar, contener la respiración y exhalar, que cumplen varias misiones, tal como limpiar, vitalizar, etc. Tal vez la forma general de respirar más importante, sea la que llamamos la respiración de limpieza. Ahora mismo te la voy a enseñar, porque quiero que la practiques todos los días, al despertar y antes de dormir, y al comienzo y al fin de cada ejercicio.

Yo había seguido atentamente sus instrucciones. Conocía muy bien el poder de aquellos altos lamas que podían deslizarse por la tierra con más rapidez que un caballo al galope y que llegaban a destino serenos, sin la menor fatiga. Decidí que mucho antes de llegar al estado de lama —pues en esa época no era más que un acólito— dominaría la ciencia de respirar. Mi Guía, el lama Mingyar Dondup, continuó hablando:

—Ahora, Lobsang, veremos esta respiración de limpieza. Aspira profundamente, haz tres respiraciones completas. No, por favor, no esas aspiraciones cortitas. Tienes que aspirar profundamente, todo lo más profundamente que puedas; llena los pulmones, levanta el pecho y llénate de aire. Eso, eso. Ahora, en la tercera aspiración, debes retener ese aire unos cuatro segundos, junta los labios

como si fueras a silbar, pero no hinches las mejillas. Sopla un poco de aire por la abertura de los labios, con todo el vigor que puedas. Sopla con fuerza, suelta el aire. Después, detente un segundo, retiene el aire que queda. Sopla otro poco, siempre con el mayor vigor. Detente otro segundo y luego sopla el aire restante de modo que no quede nada en tus pulmones. Sopla con toda la fuerza que puedas. Recuerda que, en este caso, *debes* exhalar con el mayor vigor por la abertura de los labios. Dime la verdad, ¿no te parece extraordinariamente refrescante?

Tuve que darle la razón. Me había parecido un poco tonto eso de soplar y soplar; pero, después de hacerlo varias veces, advertí un hormigueo de energía y me sentí mejor que nunca. Me inflé, resoplé y ensanché el pecho. De pronto, sentí que la cabeza me daba vueltas. Me pareció que cada vez era más liviano. En medio de la bruma oí a mi Guía:

—¡Lobsang, Lobsang, basta! No debes respirar de esa manera. Respira como te indiqué. No hagas experimentos, pues es peligroso. Ahora te has intoxicado por respirar de esa manera incorrecta, con demasiada prisa. Practica únicamente como yo te indico, pues tengo experiencia. Después podrás hacer todos los experimentos que quieras. Pero ten en cuenta esto, Lobsang: advierte siempre a quienes enseñes a respirar que sigan cuidadosamente los ejercicios, que no hagan experimentos. Diles que nunca deben experimentar con distintos ritmos de aspiraciones, a menos que los acompañe un maestro competente; pues experimentar con la respiración puede ser muy peligroso. Seguir los ejercicios es seguro, sano y los que respiran según las instrucciones no pueden experimentar el menor daño.

El lama se puso de pie y dijo:

—Ahora,Lobsang, vamos a aumentar tu fuerza nerviosa. Ponte de pie bien derecho, como yo. Aspira todo el aire que puedas; después, cuando te parece que tienes los pulmones completamente llenos, aspira un poco más. Exhala lentamente. Lentamente. Vuelve a llenar del todo los pulmones y contiene esa respiración. Extiende los bra-

zos al frente con bastante fuerza para mantenerlos horizontales, pero haz el menor esfuerzo posible. Ahora mírame. Lleva las manos a los hombros, contrayendo gradualmente los músculos de tal modo que, cuando las manos toquen los hombros, los músculos estén completamente tensos y los puños, cerrados. Obsérvame y fíjate cómo estoy cerrando los puños. Cierra las manos de tal manera que las sientas temblar por el esfuerzo. Manteniendo siempre los músculos tensos, extiende los brazos lentamente, después recógelos con rapidez. Hazlo varias veces, seis por lo menos. Exhala vigorosamente por la boca, con los labios algo cerrados como te enseñé antes, como si fueras a silbar. Sopla con toda la fuerza que puedas. Después de hacerlo varias veces, practica otra vez la respiración de limpieza.

Hice lo que me indicaba y, como antes, advertí que me beneficiaba. ¡Además era divertido, y yo estaba siempre listo cuando se trataba de divertirme! Mi Guía interrumpió mis pensamientos.

—Lobsang, quiero destacar otra vez que la rapidez con que recoges los puños y la tensión de los músculos determinan el beneficio que obtienes del ejercicio. Naturalmente, habrás cuidado de llenar bien los pulmones, antes de empezar. De paso, este ejercicio es invalorable y te será muy útil en el futuro.

Se sentó y me observó mientras practicaba ese sistema; corregía amablemente mis defectos, me elogiaba cuando hacía bien las cosas y, cuando estuvo satisfecho, me hizo repetir todos los ejercicios para comprobar que podía hacerlos sin más instrucciones. Finalmente me indicó que me sentara a su lado, mientras me contaba cómo se había creado el sistema tibetano de respirar, descifrando los viejos datos guardados en las profundas cavernas del Potala.

Cuando avancé en mis estudios, me enseñaron varias cosas acerca de la respiración, pues en Tibet no curamos solamente con hierbas, sino también por medio de la respiración. Esta es, en verdad, la fuente de la vida y seguramente ha de interesar a todos que diga algunas cosas

que permitan, a quienes sufren algún achaque viejo, borrar o aliviar el sufrimiento. Puede lograrse respirando correctamente. Pero recuerden... respiren únicamente como se indica en estas páginas, pues experimentar es peligroso a menos que se esté acompañado de un maestro competente. Experimentar a ciegas es una locura.

Los desórdenes estomacales, hepáticos y de la sangre pueden dominarse mediante lo que llamamos la "respiración contenida". No hay nada mágico en todo esto, excepto en el resultado; ese resultado puede parecer obra de magia, algo sin igual. Pero... Al principio hay que pararse muy derecho; si el paciente está en cama, debe acostarse también derecho. Supongamos, sin embargo, que está levantado.

Párese con los talones juntos, los hombros hacia atrás y el pecho levantado. El abdomen inferior debe estar completamente bajo control. Aspire profundamente, llénese los pulmones de aire y contenga la respiración hasta que sienta un latido débil —muy débil— en las sienes. En cuanto lo sienta, exhale vigorosamente con la boca abierta *vigorosamente,* no se trata de dejar escapar el aire, sino de soplarlo con toda fuerza. Después debe hacer respiración de limpieza. No vale la pena que repita ese ejercicio, pues ya lo describí tal como me lo enseñó mi Guía, el lama Mingyar Dondup. Repetiré solamente que la respiración de limpieza es invalorable cuando se trata de mejorar la salud.

Antes de seguir adelante con la respiración, debemos tener un ritmo, una unidad de tiempo que representa una respiración normal. Ya lo mencioné tal como me lo enseñaron, pero en este caso, la repetición tal vez resulte útil, pues ayudará a que lo fijen en su mente de modo permanente, quienes están interesados en practicarlo. Los latidos del corazón de una persona marcan el ritmo medio adecuado para la respiración de ese individuo. Naturalmente, son muy pocas las personas que tienen el mismo ritmo medio, pero eso no importa. Cada uno puede descubrir su ritmo normal de respiración tomándose el pulso. Coloque los dedos de la mano derecha en la muñeca

izquierda y busque el pulso. Supongamos que el término medio sea de uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis. Fije firmemente ese ritmo en su subconciente, de modo que lo conozca inconscientemente, sin pensar. Repito que no tiene importancia el ritmo, siempre que cada uno conozca el suyo, siempre que el subconsciente lo conozca. Pero aquí imaginamos que el ritmo es el término medio en el cual la aspiración de aire dura seis latidos del corazón. Esta es una rutina común y cotidiana. Vamos a alterar ese ritmo por distintos motivos. No es nada difícil hacerlo. En realidad, es algo muy fácil que puede lograr resultados espectaculares para mejorar la salud. En Tibet, a todos los acólitos del grado superior les enseñaban a respirar. Había ciertos ejercicios que teníamos que realizar antes de estudiar otra cosa, y ése era el procedimiento preliminar en todos los casos. ¿Les gustaría probarlo? Pues bien, antes que nada, hay que sentarse muy derecho; si quieren, pueden estar de pie, pero no veo el motivo para estarlo, cuando pueden sentarse. Aspiren lentamente el sistema de rspiración completa. Es decir, pecho y abdomen mientras cuentan seis pulsaciones. Eso es muy sencillo. Basta con mantener un dedo en el pulso y dejar que pasen uno, dos, tres, cuatro, cinco, seis latidos. Cuando han aspirado durante esas seis pulsaciones, contengan la respiración mientras el corazón lates tres veces. Después de eso, exhalen por la nariz durante seis pulsaciones. Vale decir, el mismo tiempo que han tardado en aspirar. Una vez que han exhalado, mantengan los pulmones vacíos durante otras tres pulsaciones, y luego repitan todo desde el principio. Repítanlo tantas veces como quieran, pero no se fatiguen. En cuanto sientan cansancio, deténganse. Nunca deben cansarse con los ejercicios, pues si lo hacen destruyen completamente su efecto. Son para entonarnos y hacernos sentir mejor, no para agitarnos o cansarnos.

Nosotros comenzábamos siempre con el ejercicio de la respiración de limpieza, el cual nunca se repite demasiado. Es completamente inocuo y sumamente beneficioso. Libra a los pulmones de todo rastro de aire viciado, los libra de impurezas. ¡En Tibet no hay tuberculosis! De

modo que pueden practicar la respiración de limpieza tantas veces como quieran, y se beneficiarán muchísimo.

Un método excelente de lograr el control mental es sentarse derecho y aspirar una respiración completa. Después se hace una respiración de limpieza. Luego se aspira según la norma uno, cuatro, dos. Es decir (esta vez vamos a hablar en segundos) que hay que aspirar durante cinco segundos, contener la respiración cuatro veces cinco segundos, vale decir, veinte segundos. Cuando se ha cumplido esa etapa, hay que exhalar durante diez segundos. Es posible curarnos de muchos dolores si respiramos de la manera adecuada, y éste es un buen método. Si tienen algún dolor, acuéstense o quédense de pie, pero bien derechos. Entonces respiren rítmicamente, sin dejar de pensar que con cada respiración el dolor se va atenuando, que con cada aspiración se aleja el dolor. Imaginen que cada vez que respiren, logran la fuerza vital que está desplazando al dolor. Apoyen una mano en la parte afectada e imaginen que con la mano, a cada respiración, borran lo que causa el dolor. Háganlo durante siete respiraciones completas. Después practiquen la respiración de limpieza y descansen varios segundos, respirando de manera lenta y normal. Probablemente comprobarán que el dolor ha desaparecido por completo o que se ha atenuado de tal manera que ya no los molesta. Pero, si por cualquier motivo siguen sintiéndolo, repitan todo el proceso una o dos veces hasta que sientan alivio. Naturalmente, deben comprender que si es un dolor inesperado y se repite, tendrán que consultar con el médico, porque el dolor es el medio de que se vale la naturaleza para advertirnos que algo no anda bien. Es perfectamente correcto y permisible atenuar el dolor cuando lo sentimos, pero es esencial descubrir qué lo provoca y curar ese motivo. Nunca hay que sufrir dolores sin consultar con el médico.

Si se sienten cansados o si han exigido demasiado de sus energías, éste es el método más rápido para recobrarse. Ahora tampoco tiene importancia que estén de pie o sentados, pero tengan los pies juntos, que se toquen los dedos y los talones. Después, unan las manos de manera que se

entrelacen los dedos de ambas y que los pies y las manos formen, por separado, un círculo cerrado. Respiren rítmicamente varias veces, con aspiraciones profundas y exhalaciones lentas. Luego, descansen el período de tres pulsaciones y hagan una respiración de limpieza. Verán cómo se va en seguida el cansancio.

Muchas personas se ponen sumamente nerviosas cuando tienen que entrevistarse con alguien. Se les humedecen las palmas de las manos y a lo mejor les tiemblan las rodillas. No hay necesidad de que se sienta de ese modo, porque es fácil de vencer esa sensación. Aquí les ofrezco el método de vencerla mientras se encuentran, por ejemplo, en la sala de espera del dentista. Aspiren profundamente —por la nariz, claro está— y contengan la respiración diez segundos. Después exhalen lentamente, sin perder el control de la respiración. Respiren de modo común dos o tres veces y vuelvan a aspirar profundamente durante diez segundos, para llenar bien los pulmones de aire. Contengan otra vez la respiración y exhalen con lentitud durante diez segundos. Hagan estos tres veces. Lo pueden hacer sin que nadie lo advierta y se sentirán completamente tranquilos. Habrán cesado los fuertes latidos del corazón y tendrán mucha más confianza en sus propias fuerzas. Cuando salgan de esa sala de espera y comience la entrevista, verán que son dueños de sí mismos. Si se sienten algo nerviosos... aspiren profundamente y contengan la respiración un segundo. Podrán hacerlo perfectamente mientras su interlocutor está hablando. Eso reforzará la propia confianza. Todos los tibetanos utilizan sistemas como éste. También controlamos la respiración cuando levantamos algún peso, porque resulta mucho más fácil levantarlo. Puede tratarse de muebles o de un paquete pesado, lo mismo da; la manera más fácil de hacerlo es aspirar profundamente y contener la respiración mientras se levanta el objeto. Cuando ya está levantado, pueden exhalar lentamente y seguir respirando de manera normal. Es fácil levantar algo pesado mientras se contiene una respiración profunda. Vale la pena hacer la prueba. Traten de levantar un objeto bastante pesado cuando tienen

los pulmones vacíos y después háganlo con los pulmones llenos. Verán la diferencia.

También se domina la ira por medio de la respiración: se aspira profundamente, se contiene la respiración, y se exhala con lentitud. Si por cualquier motivo se sienten muy irritados —¡con razón o sin ella!— aspiren hondo. Contengan la respiración algunos segundos y después exhalen con mucha lentitud. Advertirán que pueden dominar totalmente la emoción y que son dueños de la situación. Es muy peligroso ceder a la ira y a la irritación, porque eso puede provocar úlceras gástricas. De modo que... recuerden este ejercicio de respiración: aspiren profundamente, contengan el aliento y exhalen con lentitud.

Pueden practicar todos estos ejercicios con absoluta confianza, en la seguridad de que no pueden hacerles daño pero —permítanme una palabra de advertencia— aténgase a estos ejercicios y no traten de experimentar algo más avanzado, a menos que estén dirigidos por un maestro muy competente, porque los ejercicios de respiración mal aplicados pueden causar mucho daño. En nuestro campamento enseñamos a las prisioneras a respirar de este modo. También profundizamos algo más el asunto y les enseñamos a respirar de manera que no sintieran dolor. Ese sistema, unido a la hipnosis, nos permitió practicar operaciones abdominales y amputar piernas y brazos. No teníamos anestésicos; nos vimos obligados a recurrir a este método para matar el dolor... la hipnosis y el control de la respiración. Ese es el método de la naturaleza, el método natural.

CAPÍTULO XI

LA BOMBA

Los días se arrastraban con una monotonía desesperante, se alargaban en semanas, llegaban a formar meses y años. Un día, los guardias vinieron corriendo con hojas de papel en las manos y señalaron a un prisionero aquí, a otro allá. Yo estaba en esa lista. Nos reunieron en el claro que daba a nuestras chozas. Nos tuvieron allí parados, sin hacer nada, hasta que finalmente, cuando caía el sol, se presentó el comandante y nos dijo:

—Ustedes, los revoltosos que insultaron a nuestro Emperador, irán a otra parte para recibir otro tratamiento. Saldrán dentro de diez minutos.

Se volvió bruscamente y se alejó. Nos quedamos aturdidos. ¿Listos en diez minutos? Bueno, por lo menos no teníamos nada que llevar. Todo lo que teníamos que hacer era despedirnos rápidamente de los demás y regresar al recinto.

¿Así que nos llevaban a otro campamento? Meditamos qué clase de campamento sería, dónde estaría ubicado. Pero, como es inevitable en estos casos, nadie tenía la menor idea. Cuando finalizaron los diez minutos, sonaron los silbatos, los guardias se acercaron corriendo y nos fuimos. Seríamos trescientos. Marchamos por los portales; partimos llenos de curiosidad, ¿qué clase de campamento sería ese? Éramos revoltosos reconocidos. Jamás habíamos cedido a las zalamerías de los japoneses. Los conocíamos perfectamente. Sabíamos también que, cualquiera que fuese nuestro lugar de destino, el campamento no iba a ser agradable.

Durante nuestra marcha, pasaron muchos soldados que iban en dirección contraria. Parecían estar de excelente

humor. No nos sorprendió, porque según los informes que nos llegaban, los japoneses estaban venciendo en todas partes. Nos habían dicho que pronto tendrían a todo el mundo dominado. ¡Qué equivocados estaban! Sin embargo, en aquellos momentos sólo podíamos creer lo que los japoneses nos decían, no teníamos otra fuente de información. Los soldados que pasaban en dirección contraria se mostraban muy agresivos y no perdían oportunidad de golpearnos. Golpeaban con salvajismo, irracionalmente, sólo por el placer de oir chocar la culata de sus fusiles contra la carne. Nosotros seguimos nuestra marcha, animados por los insultos de los guardias. Con demasiada frecuencia los enfermos caían a los lados del camino, donde los guardias los apaleaban. Si no podían levantarse nuevamente y seguir a los tropezones, tal vez con ayuda de los demás, los guardias avanzaban y con un golpe de bayoneta terminaban la lucha. A veces el guardia decapitaba a la pobre víctima y clavaba la cabeza cortada en el extremo de su bayoneta. Entonces recorría la línea de prisioneros, sonriendo como un demonio ante nuestras miradas de terror.

Finalmente, después de muchos días de marcha agotadora, durante los cuales la comida había sido demasiado escasa, llegamos a un pequeño puerto. Nos condujeron a un campamento sumamente primitivo que habían construído cerca del embarcadero. Allí había una cantidad de hombres, hombres de todas las nacionalidades que eran revoltosos como nosotros. El cansancio y los malos tratos les habían provocado tal apatía que apenas levantaron la vista cuando entramos. Nuestro número se había reducido mucho. De los trescientos que partimos, sólo llegamos setenta y cinco. Pasamos esa noche tirados en el suelo, detrás de la cerca de alambre de púa. No había el menor resguardo para nosotros, no podíamos estar solos; pero ya estábamos acostumbrados a eso. Hombres y mujeres se acostaron en el suelo o hicieron lo que tenían que hacer bajo la mirada de los guardias japoneses que durante toda esa larga noche nos iluminaron con sus reflectores.

Por la mañana pasaron lista y después nos hicieron formar fila y nos tuvieron de pie dos o tres horas. Finalmente, los guardias tuvieron la amabilidad de acercarse y hacernos marchar. Nos llevaron al puerto, hasta un muelle donde había un buque de carga, viejo y herrumbrado, un verdadero barco abandonado. Yo no era, de ningún modo, un experto en asuntos náuticos. En realidad, casi todos los prisioneros sabían más de navegación que yo. Sin embargo, aun a mí el barco aquél me pareció a punto de hundirse. Nos hicieron subir a bordo por una planchada desvencijada que también amenazaba con romperse a cada momento y arrojarnos al mar espumoso que estaba cubierto de desperdicios, cajas, latas vacías, botellas y cadáveres.

Cuando estuvimos a bordo nos obligaron a bajar por una escotilla de proa. Allí tuvimos que acomodarnos trescientos prisioneros. No había lugar para sentarnos y mucho menos para movernos. Los últimos del grupo fueron obligados a bajar a golpes de culata, más los insultos de los guardias japoneses. Después llegó un sonido metálico que sonó a nuestros oídos como la Puerta del Destino. Dejaron caer la puerta de la escotilla y nubes de polvo cayeron sobre nosotros. Oímos el ruido de mazas que martillaban cuñas de madera y quedamos a oscuras. Al cabo de lo que nos pareció un tiempo larguísimo, el buque comenzó a vibrar. Se oyó el retumbar de la máquina viejísima. La vibración era tan fuerte, que teníamos la impresión de que la armazón se iba a hacer pedazos y todos íbamos a caer al mar desde el fondo del buque. De la cubierta nos llegaban gritos ahogados y órdenes en japonés. Siguió el traqueteo. Al poco rato, los rolidos y los cabeceos nos advirtieron que habíamos salido del puerto y nos encontrábamos en alta mar. El viaje fue muy movido. El mar debía estar picado. Continuamente éramos arrojados unos contra otros, nos caíamos y otros nos pisaban. Estábamos encerrados en la bodega de ese buque de carga y nos permitían salir a cubierta sólo una vez, en las horas de oscuridad. Durante los dos primeros días no nos dieron alimentos. Sabíamos

porqué. Lo hacían para abatirnos aún más. Pero eso tuvo muy poco efecto en nosotros. Después de ese par de días, nos dieron diariamente una taza de arroz a cada uno.

Muchos de los prisioneros más débiles murieron al poco tiempo, encerrados en ese ambiente sofocante, en esa bodega maloliente. No había bastante oxígeno para mantenernos vivos. Muchos murieron y se desplomaron al suelo de acero como muñecos rotos. Nosotros, los sobrevivientes —que éramos muy poco más afortunados que ellos— no podíamos hacer otra cosa que pararnos sobre los cadáveres en descomposición. Los guardias no nos permitían sacarlos de allí. Todos éramos prisioneros, y a los guardias no les importaba que estuviéramos vivos o muertos, teníamos que ser el mismo número que constaba en sus papeles. De modo que los muertos en descomposición tenían que permanecer en la misma bodega con los vivos sufrientes, hasta que llegáramos al puerto de destino, donde se contarían los cuerpos vivos y los muertos.

Perdimos noción del tiempo. Finalmente, después de un número no especificado de días, hubo un cambio en el ruido de la máquina. Disminuyó el movimiento. Cambió la vibración y adivinamos, correctamente, que nos aproximábamos a un puerto. Después de muchos ruidos y movimientos, se oyó el entrechocar de cadenas y arrojaron las anclas. Al cabo de lo que nos pareció un tiempo interminable, se abrieron las escotillas y los guardias japoneses comenzaron a bajar con un médico de puerto. A mitad de camino se detuvieron asqueados. El Oficial Médico vomitó encima de nosotros. Después, abandonando toda dignidad, se batieron en retirada hasta la cubierta.

La próxima noticia que tuvimos de nuestros captores fue cuando vimos que bajaron con mangueras haciendo llover ríos de agua sobre nosotros. Quedamos medio ahogados. El agua nos llegó a la cintura, al pecho, a la barbilla; partículas flotantes de los muertos, de esos muertos en descomposición, llegaron hasta nuestra boca.

Después, oímos gritos y exclamaciones en japonés y cesó la inundación. Uno de los oficiales de cubierta se asomó a la bodega y se inició una discusión. Dijo que el buque se iba a hundir si echaban otra gota de agua. Entonces arrojaron una manguera muy gruesa y con bombas para vaciar el compartimiento.

Todo ese día y toda esa noche permanecimos allí, temblando en nuestros andrajos mojados, asqueados por el olor de los muertos. Al día siguiente nos permitieron subir, dos o tres a la vez. Por fin llegó mi turno y subí a cubierta. Me interrogaron rudamente. ¿Dónde estaba mi disco de identidad? Controlaron mi nombre con el que figuraba en una lista, y me empujaron por uno de los costados hasta un lanchón atestado, más que atestado, de un grupo tembloroso de seres que no eran más que espantajos vivientes cubiertos con los últimos vestigios de unos pobres harapos. En realidad, algunos no tenían siquiera eso encima. Por fin, con la borda a flor de agua y cuando el lanchón amenazaba con hundirse si le añadían otra persona, los guadias japonesers decidieron que ya no podían apretujar a nadie más allí. Trepidó un motor y se estiró un cabo. La lancha de motor se dirigió a la costa, arrastrando el decrépito lanchón en que íbamos nosotros.

Esa fue mi primera visión de Japón. Cuando llegamos a la costa nos llevaron a un campamento al aire libre. Nos quedamos allí algunos días, mientras los guardias interrogaban a cada hombre y a cada mujer, hasta que separaron un grupo, en el que me conté yo, y nos hicieron caminar varios kilómetros hasta una cárcel que habían dejado vacía para encerrarnos a nosotros.

Un prisionero, un hombre blanco, habló durante la tortura y dijo que yo había ayudado a los prisioneros a huir y que los moribundos me habían dado informes militares. De manera que otra vez me llamaron para interrogarme. Los japoneses se mostraron muy entusiastas en sus esfuerzos para hacerme hablar. Vieron en mi legajo que habían sido inútiles todos los intentos anteriores, de modo que esta vez batieron su propio récord.

Me arrancaron las uñas, que ya me habían crecido nuevamente y me frotaron sal en la carne viva. Como con eso no lograron hacerme hablar, me suspendieron de los pulgares y me dejaron así un día entero. Esa tortura me hizo muchísimo daño, pero los japoneses no quedaron satisfechos. Soltaron de golpe la cuerda de la que estaba colgado y caí al suelo con ruido de huesos rotos. Me hundieron una culata en el pecho. Los guardias se arrodillaron en mi estómago, me abrieron los brazos y me los ataron a unos aros de hierro sujetos en la pared. ¡Aparentemente se habían especializado en ese método! Me pusieron una manguera en la boca y abrieron el grifo al que estaba conectada. Creí que me iba a asfixiar por falta de aire, que iba a ahogarme con tanta agua, o que iba a estallar con la presión; tuve la sensación de que me hinchaba como un globo. El dolor fue intensísimo. Vi estrellitas brillantes delante de los ojos. Me pareció tener una presión enorme en el cerebro y me desmayé. Me dieron algo que me hizo recobrar el conocmiento. Estaba demasiado débil y enfermo para ponerme de pie, de modo que tres guardias japoneses me levantaron —soy un hombre bastante grande— y me volvieron a arrastrar hasta aquella viga desde la cual me habían suspendido antes. Se acercó un oficial japonés que dijo:

—Estás muy mojado. Creo que es hora de que te sequemos. Eso te ayudará a hablar. Atenlo.

Dos guardias japoneses se inclinaron súbitamente y me levantaron de los tobillos. Lo hicieron con tanta rudeza que caí con violencia y me golpeé la cabeza en el suelo. Me ataron los tobillos con una cuerda que pasaron otra vez por la viga, y mientras ellos jadeaban como quien realiza una tarea muy pesada, yo fui levantado de los pies hasta quedar a un metro del suelo. Inmediatamente los guardias desparramaron papel y unos cuantos palitos en el suelo, justo debajo de mi cabeza. Lo hicieron con lentitud, como quien disfruta cada minuto. Sonriendo con malicia, uno de ellos encendió un fósforo y prendió fuego al papel. Poco a poco llegaron a mí olea-

das de calor. Se encendió la madera y sentí que la piel de la cabeza se arrugaba, se chamuscaba en el calor. Oí una voz que decía:

—Se está muriendo. No lo dejen morir, porque los haré responsables. Tiene que hablar.

Después, un golpe que me atontó cuando soltaron la cuerda y caí de cabeza sobre las maderas encendidas. Me desmayé otra vez.

Cuando recobré el conocimiento descubrí que estaba en una celda ubicada en un sótano. Me hallaba acostado de espaldas en un charco de agua sucia. Las ratas corrían de aquí para allá. Cuando hice el primer movimiento se alejaron de mí, chillando alarmadas. Horas más tarde aparecieron unos guardias que me levantaron, pues yo todavía no podía hacerlo por mis propios medios. Me llevaron con muchos insultos y golpes hasta la ventana enrejada que estaba al nivel del piso del patio exterior. Una vez allí, me esposaron las manos a los barrotes de modo que la cara me quedó pegada a ellos. Un oficial me dio un puntapié y dijo:

—Ahora vas a ver todo lo que ocurre. Si vuelves la cara o cierras los ojos, te clavaremos la bayoneta.

Miré, pero no había nada que ver, excepto ese terreno que estaba al nivel de mi nariz. De pronto, hubo un movimiento en un extremo y alcancé a ver una cantidad de prisioneros, que llegaban empujados por los guardias que los trataban con excesiva brutalidad. El grupo se acercó cada vez más; luego obligaron a los prisioneros a arrodillarse justo frente a mi ventana. Ya tenían las manos atadas a la espalda. Los doblaron como arcos y les ataron las muñecas a los tobillos. Cerré los ojos involuntariamente, pero pronto me vi forzado a abrirlos cuando un dolor intensísimo me cruzó el cuerpo. Un guardia japonés me había clavado su bayoneta y sentí que me corría sangre por las piernas.

Miré hacia el patio. Era una ejecución en masa. Algunos de los prisioneros morían a golpes de bayoneta, otros eran decapitados. Un pobre desdichado aparentemente había hecho algo horrible, según las normas

de los guardias japoneses, pues le arrancaron las entrañas y lo dejaron desangrarse hasta morir. Eso se repitió varios días. Traían a los prisioneros frente a mi ventana y los ejecutaban a tiros, a bayonetazos y los decapitaban. La sangre llegaba hasta mi ventana y caía en mi celda. Después de eso, las ratas aparecían como por encanto.

Los japoneses noche tras noche, me interrogaban para que diera los informes que esperaban obtener de mí. Yo me encontraba en una roja bruma de dolor; el dolor no cesaba jamás, lo sentía noche y día, y mi única esperanza era que me ejecutaran y así terminar con todo. Al cabo de diez días que me parecieron un centenar, me dijeron que me iban a fusilar a menos que confesara todo lo que querían saber. Los oficiales me dijeron que ya estaban aburridos de mí, que mi actitud era un insulto al Emperador. Seguí negándome a declarar. Me llevaron a mi celda y allí me arojaron desde la puerta; medio aturdido, golpeé contra mi cama de cemento. El guardián se volvió y dijo:

—No hay comida para ti. Ya no la necesitarás después de mañana.

Cuando los primeros rayos del sol aparecieron en el cielo, se abrió violentamente la puerta de la celda y entraron un oficial japonés y un pelotón de tiradores. Me llevaron al patio de ejecución, donde había visto morir a tantos. El oficial señaló el piso saturado de sangre y dijo:

—Pronto estará la tuya también. Pero tendrás tu propia tumba, cávala.

Me dieron una pala y, amenazado por las bayonetas, tuve que cavar mi propia fosa. Me ataron a un poste para que, después de la ejecución, con sólo cortar las cuerdas cayera de cabeza en el foso que yo mismo había cavado. El oficial adoptó una postura teatral cuando leyó la sentencia, en la que decían que me iban a fusilar por no cooperar con los Hijos del Cielo. Dijo:

—Ésta es tu última oportunidad. Dános los informes

que queremos o te enviaremos a que te reúnas con tus deshonrados antepasados.

No respondí —no me pareció que hubiera nada adecuado que decir— de modo que repitió sus palabras anteriores. Tampoco dije nada esa vez. A su orden, los soldados levantaron los fusiles. El oficial se acercó nuevamente y dijo que de veras era mi última oportunidad. Dió énfasis a sus palabras dándome una bofetada por cada una que pronunciaba. Ni aun entonces respondí. Marcó la posición de mi corazón para que apuntaran los soldados y, para completar la cosa, me golpeó la cara con la hoja de su espada y me escupió antes de volverse asqueado para reunirse con sus hombres.

A mitad de camino entre nosotros —pero cuidando de no encontrarse en la línea de fuego— miró a los soldados y dio orden de apuntar. Los hombres levantaron los fusiles. Los caños apuntaron a mi corazón. Me pareció que el mundo estaba lleno de agujeros negros; esos agujeros eran las bocas de los fusiles. Me pareció que se agrandaban cada vez más, amenazadores; sabía que en cualquier momento escupirían muerte. El oficial levantó lentamente la espada y la bajó con violencia mientras gritaba:

—¡Fuego!

"Tuve la impresión que el mundo se disolvía en llamas, dolor y nubes de humo sofocante. Me pareció que me habían pateado caballos gigantescos con cascos al rojo. Todo dio vueltas. El mundo estaba loco. Lo último que vi fue una bruma roja, sangre que caía, después oscuridad, una oscuridad que bramaba. Cuando caí... nada.

Más tarde recobré el conocimiento con cierto asombro de que los Campos Celestiales o el Otro Lugar me resultaran tan conocidos. Pero todo estaba arruinado para mí. Estaba tirado boca abajo en la losa. De pronto me pincharon con una bayoneta. De rabo de ojo vi al oficial japonés. Dijo que las balas del pelotón de fusilamiento habían sido preparadas especialmente.

—Las probamos en más de doscientos prisioneros —dijo. Habían quitado algo de la carga y también habían

reemplazado la bala de plomo con alguna otra cosa, algo que lastimara pero no matara... todavía querían ese informe.

—Y lo vamos a obtener —dijo el oficial—. Tendremos que inventar otros métodos. Vamos a saberlo al fin y cuanto más se resista, más dolores sufrirás.

Mi vida había sido muy dura, la instrucción recibida había sido rigurosa, estaba habituado a la autodisciplina. Precisamente la instrucción especial recibida en el lamasterio fue lo único que me permitió seguir adelante, sin perder el juicio. Es muy dudoso que hubiera sobrevivido alguien que no tenía ese adiestramiento.

Las heridas que recibí durante la "ejecución" me provocaron pulmonía doble. Estuve muy enfermo, al borde de la muerte. Se me negó atención médica, se me negó la comodidad más elemental. Estuve tendido en mi celda de cemento, en el suelo, sin mantas, sin nada, temblando, con la única esperanza de morir.

Lentamente me recobré algo. Recordaba haber oído durante cierto tiempo el rugir de motores de avión. Me parecieron aparatos desconocidos. No era el ruido de los aviones japoneses, que había llegado a conocer tanto y me pregunté qué estaba ocurriendo. La cárcel estaba en un pueblo cercano a Hiroshima e imaginé que los japoneses victoriosos —los japoneses estaban ganando en todas partes— traían aviones capturados al enemigo.

Un día, mientras estaba todavía muy enfermo, volví o oir el ruido de los aviones. De pronto se estremeció la tierra y se oyó un rugido palpitante. Nubes de polvo cayeron del cielo y se sintió un olor rancio. El aire pareció electirzarse y ponerse tenso. Todo quedó inmóvil un instante. Después, los guardias corrieron aterrorizados, gritando de miedo, llamando al Emperador para que los protegiera de no sabían qué. Era la bomba atómica arrojada en Hiroshima el 6 de agosto de 1945. Quedé un tiempo inmóvil, sin saber qué hacer. Me pareció evidente que los japoneses estaban demasiado ocupados para pensar en mí, de modo que me puse de pie tambaleando y me acerqué a la puerta. Estaba sin llave. Me

encontraba tan enfermo que los japoneses consideraron imposible mi huída. Por otra parte, siempre había guardias cerca, pero esos guardias habían desaparecido. Reinaba el pánico en todas partes. Los japoneses creyeron que su Dios Sol los había abandonado y andaban de aquí para allá como una colonia de hormigas perturbadas, andaban de aquí para allá presa del pánico más completo. Habían abandonado los fusiles, distintas prendas del uniforme, comida..., todo. Desde sus refugios antiaéreos llegaban gritos confusos y exclamaciones mientras todos trataban de entrar al mismo tiempo.

Yo estaba débil. Estaba demasiado débil para mantenerme en pie. Me incliné para recoger una túnica japonesa y una gorra, y estuve a punto de caer al suelo, mareado. Me dejé caer sobre las manos y las rodillas y después de muchos esfuerzos conseguí ponerme la túnica y la gorra. Cerca había un par de sandalias. También me las puse, pues estaba descalzo. Después me arrastré lentamente hasta los arbustos y seguí arrastrándome más allá. Reinaba un ruido ensordecedor, pues disparaban todos los cañones antiaéreos. El cielo estaba rojo y lleno de banderas de humo amarillo y negro. Me pareció que el mundo entero se partía y me pregunté por qué me esforzaba tanto por alejarme, cuando era evidente que ése era el fin de todo.

Pasé la noche entera caminando y arrastrándome hasta la costa que, como sabía muy bien, estaba a unos pocos kilómetros de la prisión. Estaba de veras enfermo. El aliento me raspaba la garganta, el cuerpo me temblaba y se estremecía. Tuve que sacar fuerzas de flaqueza para seguir andando. Por fin, al anochecer llegué a la costa. Cansadísimo, medio muerto de fatiga y enfermo, espié entre los arbustos y vi una vieja barca pesquera que se mecía suejta por un cabo. Estaba abandonada. Aparentemente, el dueño se había asustado y había corrido al pueblo. Con mucha lentitud me dirigí a ella y logré enderezarme para mirar sobre la borda. Estaba vacía. Conseguí poner un pie en el cabo que amarraba la barca y haciendo un esfuerzo enorme me enderecé. Después mis

fuerzas se agotaron y caí de bruces en el fondo de la barca, en medio del agua de pantoque y entre trozos de pescado en descomposición que evidentemente tenía el pescador como cebo. Me llevó mucho tiempo reunir fuerzas suficientes para cortar el cabo, con un cuchillo que encontré. Después volví a dejarme caer en el fondo, mientras el barco iba a la deriva, impulsado por la marea. Me dirigí a la popa y allí me quedé, agotado. Horas más tarde conseguí izar la vela, pues el viento parecía favorable. El esfuerzo resultó excesivo y caí desmayado.

Detrás de mí, en Japón, se había dado el paso decisivo. Habían arrojado la bomba atómica y ella había quitado a los japoneses todo deseo de luchar. La guerra había terminado y yo no lo sabía. La guerra también había terminado para mí, o así lo pensé, pues me encontraba navegando al garete en el Mar de Japón, sin más alimento que los trozos de pescado podrido que había en el fondo de la barca, y sin igua. Me puse de pie y me apoyé en el mástil para no caer; lo rodeé con mis brazos, apoyé en él la barbilla y me sostuve lo mejor que pude. Cuando volví la cabeza a popa, alcancé a ver la costa de Japón que se alejaba. La envolvía una niebla leve. Volví la cabeza hacia proa. Delante de mí no había nada.

Pensé en todo lo que había soportado. Pensé en la Profecía. Me pareció oír la voz de mi Guía, desde muy lejos, que me decía:

—Te has portado muy bien, Lobsang. Te has portado muy bien. No te desanimes, que éste no es el fin.

En la proa, un rayo de sol iluminó un momento el día, el viento se hizo más fresco y las olitas que levantaba la proa se alejaban del barco y producían un sonido agradable. ¿Y yo? Me dirigía... ¿hacia dónde? Todo lo que sabía era que, por el momento, estaba libre, libre de las torturas, libre de la prisión, libre de la vida en el infierno del campamento. Tal vez también estaba libre para morir. Pero no, aunque anhelaba la paz de la muerte, por el alivio que traería a mis sufrimientos, sa-

bía que no podía morir todavía, pues mi destino decía que tenía que morir en la tierra del hombre rojo. América. Y me encontraba flotando a la deriva, solo, hambriento, en un barco abierto y en el Mar de Japón. Me envolvieron oleadas de dolor. Sentí otra vez que me estaban torturando. El aliento me raspaba la garganta y no pude ver bien. Pensé que posiblemente, en ese mismo instante los japoneses que habían descubierto mi huída, enviaban una lancha rápida en mi busca. Ese pensamiento fue demasiado penoso. Solté el mástil. Se me aflojaron las piernas, caí en el fondo del barco y otra vez conocí la oscuridad del olvido. La barca siguió hacia lo desconocido.

FIN

SE TERMINÓ
DE IMPRIMIR EN LOS
TALLERES GRÁFICOS LUMEN
NOSEDA Y CÍA.
CALLE TUCUMÁN 2926
T. E. 87-6646/6647
BUENOS AIRES
REPÚBLICA ARGENTINA
SETIEMBRE
DE MIL NOVECIENTOS
SESENTA Y TRES

